



JOSTEIN GAARDER

**El misterio
del solitario**

Siruela Biblioteca Gaarder

**JOSTEIN
GAARDER**

**El misterio
del solitario**



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Portadilla

EL MISTERIO DEL SOLITARIO

EN ESTA HISTORIA TE ENCONTRARÁS CON

EN EL LIBRO DEL PANECILLO TE ENCONTRARÁS ADEMÁS CON

PICAS

AS DE PICAS

DOS DE PICAS

TRES DE PICAS

CUATRO DE PICAS

CINCO DE PICAS

SEIS DE PICAS

SIETE DE PICAS

OCHO DE PICAS

NUEVE DE PICAS

DIEZ DE PICAS

JOTA DE PICAS

REINA DE PICAS

REY DE PICAS

TRÉBOLES

AS DE TRÉBOLES

DOS DE TRÉBOLES

TRES DE TRÉBOLES

CUATRO DE TRÉBOLES

CINCO DE TRÉBOLES

SEIS DE TRÉBOLES

SIETE DE TRÉBOLES

OCHO DE TRÉBOLES

NUEVE DE TRÉBOLES

DIEZ DE TRÉBOLES

JOTA DE TRÉBOLES

REINA DE TRÉBOLES

REY DE TRÉBOLES

COMODÍN

COMODÍN

DIAMANTES

AS DE DIAMANTES

DOS DE DIAMANTES

TRES DE DIAMANTES

CUATRO DE DIAMANTES

CINCO DE DIAMANTES

SEIS DE DIAMANTES

SIETE DE DIAMANTES

OCHO DE DIAMANTES

NUEVE DE DIAMANTES

DIEZ DE DIAMANTES
JOTA DE DIAMANTES
REINA DE DIAMANTES
REY DE DIAMANTES

CORAZONES

AS DE CORAZONES
DOS DE CORAZONES
TRES DE CORAZONES
CUATRO DE CORAZONES
CINCO DE CORAZONES
SEIS DE CORAZONES
SIETE DE CORAZONES
OCHO DE CORAZONES
NUEVE DE CORAZONES
DIEZ DE CORAZONES
JOTA DE CORAZONES
REINA DE CORAZONES
REY DE CORAZONES

Notas

Créditos

**EL MISTERIO
DEL SOLITARIO**

JOSTEIN GAARDER

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Ilustraciones de
Pablo Álvarez de Toledo

Biblioteca Gaarder Ediciones Siruela

EL MISTERIO DEL SOLITARIO

EN ESTA HISTORIA TE ENCONTRARÁS CON

Hans Thomas que, de camino al país de los filósofos, va leyendo el libro que encontró dentro del panecillo.

El padre que se crió en Arendal como «hijo de alemán» antes de hacerse a la mar como marinero.

Mamá que se ha perdido en el mundo de la moda.

Line que es la abuela paterna de Hans Thomas.

El abuelo a quien enviaron al frente del este en 1944.

El enano que regala una lupa a Hans Thomas.

Una señora gorda en la casa de huéspedes de Dorf.

El viejo panadero que da a Hans Thomas un refresco de pera y cuatro panecillos en una bolsa de papel.

Una adivina gitana y su bella hija, una señora americana que es dos personas a la vez, **un agente griego** de la moda, **un neurocirujano ruso, Sócrates, el rey Edipo, Platón y un camarero charlatán.**

EN EL LIBRO DEL PANECILLO TE ENCONTRARÁS ADEMÁS CON

Ludwig que atravesó las montañas y llegó a Dorf en 1946.

Albert que se crió como un niño callejero tras perder a su madre.

Hans el Panadero que naufragó en 1842 cuando iba de Rotterdam a Nueva York antes de establecerse como panadero en Dorf.

Frode que naufragó con un gran cargamento de plata en 1790 yendo de México a España.

Stine que era la prometida de Frode y que ya esperaba un hijo cuando él se marchó a México.

El labrador Fritz André y el tendero Heinrich Albrechts.

52 naipes incluidos As de Corazones, Jota de Diamantes y Rey de Corazones.

Comodín que ve demasiado y demasiado profundamente.

Han pasado seis años desde que me encontrara delante del viejo templo de Poseidón, en el Cabo Sunion, mirando al mar Egeo. Hace casi siglo y medio que Hans el Panadero llegó a la singular isla del Atlántico. Y hace exactamente doscientos años que Frode naufragó cuando iba de México a España.

Tanto he de remontarme al pasado para entender por qué mamá huyó a Atenas.

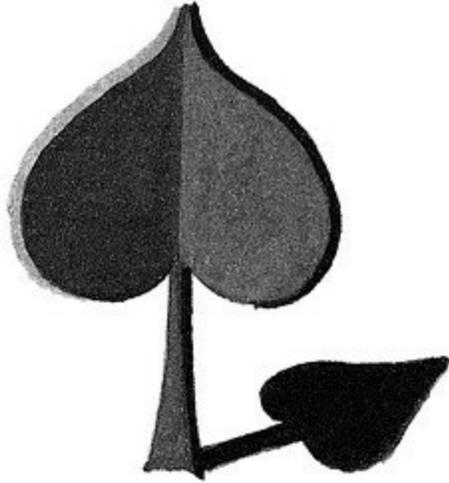
Realmente, me gustaría pensar en otra cosa. Pero sé que tendré que procurar anotar todo, mientras quede todavía en mí algo del niño que llevo dentro.

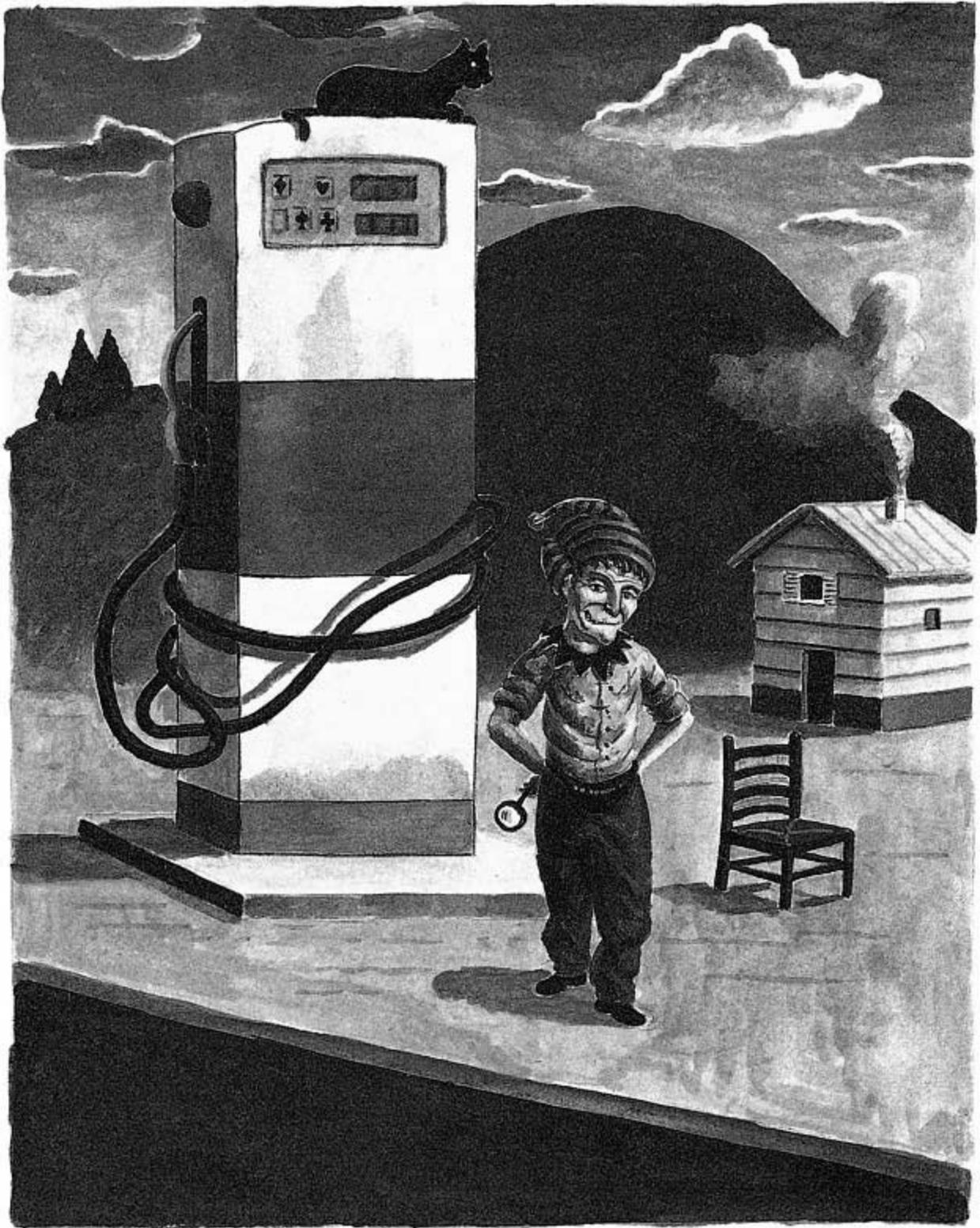
Estoy sentado delante de la ventana del salón de Hisoy viendo cómo fuera caen las hojas de los árboles. Bajan volando por el aire y se posan sobre las calles como una fina alfombra. Una niña pequeña va andando sobre las castañas, que a su paso saltan por entre las vallas de los jardines.

Es como si ya todo hubiera perdido su sentido.

Cuando pienso en los naipes del solitario de Frode, es como si todas las fuerzas de la naturaleza se hubieran desencadenado.

Picas





AS DE PICAS

...pasó por allí un soldado alemán en bicicleta...

El gran viaje al país de los filósofos comenzó en Arendal, una vieja ciudad marítima al sur de Noruega. Navegamos de Kristiansand a Hirtshals en el *Bolero*. No hay mucho que decir del viaje por Dinamarca y Alemania. Aparte de Legolandia y las enormes instalaciones portuarias de Hamburgo, no vimos otra cosa que autopistas y granjas. Pero, cuando llegamos a los Alpes, comenzaron a ocurrir cosas.

Mi viejo y yo habíamos llegado a un acuerdo: yo no protestaría si teníamos que conducir hasta tarde antes de parar a dormir, y él no fumaría en el coche; a cambio, decidimos hacer largos descansos para fumar. Esos descansos son lo que mejor recuerdo del viaje antes de llegar a Suiza.

Los descansos siempre comenzaban con un pequeño discurso de mi padre sobre algo que había estado pensando mientras él conducía y yo leía al Pato Donald o hacía solitarios en el asiento de atrás. Casi siempre hablaba de algo que tenía que ver con mamá. Si no, hablaba de cosas que le preocupaban desde que yo le conocía.

Desde que mi viejo dejó de ser marinero y volvió tierra adentro después de pasar muchos años en el mar, se había interesado por los robots. Quizá eso no fuera en sí tan extraño, pero lo de mi viejo no acababa ahí. Estaba convencido, además, de que la ciencia lograría crear algún día seres humanos artificiales. No se refería a esos estúpidos robots metálicos que parpadean con luces verdes y rojas y hablan con voz hueca. No, no, mi viejo creía que un día la ciencia lograría crear verdaderos seres pensantes como nosotros. Y aún había algo más: también pensaba que todos los seres humanos en realidad eran precisamente eso, artilugios artificiales.

–Estamos plenamente vivos, ¿sabes? –solía decir.

Los comentarios de este tipo eran habituales después de haberse tomado una o dos copitas.

Cuando estuvimos en Legolandia, se quedó mirando fijamente a esos seres de Lego. Le pregunté si estaba pensando en mamá, pero dijo que no.

–Imagínate si todo esto cobrara vida de repente, Hans Thomas, imagínate que todas esas figuritas empezaran de pronto a moverse entre sus casitas de plástico. ¿Qué haríamos entonces?

–Estás chiflado –me limité a decir, pues estaba seguro de que esa clase de comentarios no era muy normal entre los padres que llevaban a sus hijos a Legolandia.

Estuve a punto de pedirle un helado, aunque había aprendido que, para pedir algo, era aconsejable esperar hasta que mi viejo comenzara a airear sus chifladas ideas. Creo que de vez en cuando le remordía la conciencia por hablar de esas cosas con su hijo, y cuando a uno le remuerde la conciencia, suele mostrarse más generoso que de costumbre. Antes de que me hubiera dado tiempo a pedir el helado dijo:

–En el fondo, nosotros mismos somos figuras vivas de Lego.

Supe que tenía el helado asegurado, porque papá estaba a punto de comenzar uno de sus discursos filosóficos.

Íbamos de camino a Atenas, pero no se trataba de unas vacaciones normales de verano. En Atenas, o al menos en algún lugar de Grecia, intentaríamos encontrar a mamá. No era seguro que lo consiguiéramos, y aunque así fuera, puede que no quisiera volver con nosotros a Noruega. Tenemos que intentarlo, decía mi viejo, porque ni él ni yo soportábamos la idea de vivir el resto de nuestras vidas sin mamá.

Mamá nos abandonó a mi viejo y a mí cuando yo tenía cuatro años. Por eso yo aún continuaba llamándola «mamá». A mi viejo le había ido conociendo más a fondo y un día ya no me pareció oportuno seguir llamándole «papá».

Mamá se lanzó al mundo para encontrarse a sí misma. Tanto a mi viejo como a mí nos parecía que, con un niño de cuatro años, ya era hora de que lo hiciera; de modo que apoyamos el proyecto. Pero nunca llegué a comprender por qué tuvo que irse tan lejos. ¿Por qué no podía arreglárselas en nuestra ciudad, Arendal, o contentarse simplemente con un viaje a Kristiansand? Mi consejo a todos aquellos que quieran encontrarse a sí mismos es que sigan justamente donde están. Si no, existe un gran peligro de que se pierdan para siempre.

Habían pasado ya tantos años desde que mamá nos dejó que no era capaz de recordar cómo era su aspecto. Sólo recuerdo que era mucho más bonita que todas las demás mujeres. Al menos eso decía mi viejo. Además opinaba que cuanto más bonita, más difícil le resultaba a una mujer encontrarse a sí misma.

Yo había estado buscando a mamá desde que desapareció. Cada vez que cruzaba la plaza de Arendal pensaba que la vería de repente, y cada vez que iba de visita a casa de mi abuela en Oslo, la buscaba por la calle Karl Johan. Pero nunca la vi. No la vi hasta que mi viejo me enseñó una revista griega de modas. Allí estaba mamá, en la portada y dentro de la revista. Se veía claramente en la foto que aún no se había encontrado a sí misma. Porque las fotos de la revista no eran de mi mamá; era evidente que intentaba parecer otra persona. Tanto mi viejo como yo sentíamos muchísima lástima por ella.

La revista de modas entró en nuestra casa por una tía de mi viejo que había estado en Creta. Allí estaban las fotos de mamá en todos los quioscos de periódicos. Pagando un

par de dracmas, la revista era tuya. Me resultó un poco cómico; nosotros llevábamos años buscando a mamá y ella, en Creta, sonreía a todos los que pasaban.

—¿En qué demonios se habrá metido? —se preguntaba mi viejo mientras se rascaba la cabeza. Y, sin embargo, recortó las fotos donde ella aparecía y las puso en la pared del dormitorio. Pensaba que era mejor tener fotos de alguien que se pareciera a mamá que no tener ninguna.

Fue entonces cuando mi viejo decidió que iríamos a Grecia a buscarla.

—Tendremos que intentar arrastrarla hasta casa, Hans Thomas —dijo—. Si no, me temo que se va a perder en ese cuento de la moda.

No entendí muy bien lo que quería decir con esa última frase. En varias ocasiones había oído que uno podía perderse en un enorme vestido, pero no sabía que uno pudiera perderse en un cuento. Hoy ya sé que es algo de lo que todo el mundo tiene que cuidarse.

Cuando nos paramos en la autopista en las afueras de Hamburgo, mi viejo empezó a hablar de su padre. Yo ya conocía la historia, pero ahora parecía diferente, con los coches pasando a toda velocidad.

Lo que pasa es que mi viejo era lo que en Noruega llamamos «hijo de alemán». Ahora ya no me da vergüenza decirlo, porque ya sé que los hijos de alemanes pueden ser tan buenos como los demás, aunque claro, eso es fácil de decir. Yo no he sentido en mi propia carne cómo resulta criarse sin padre en una pequeña ciudad al sur de Noruega.

Supongo que mi viejo volvió a hablar de lo que sucedió entre mis abuelos paternos, precisamente porque nos encontrábamos en Alemania.

Todo el mundo sabe lo difícil que resultaba conseguir comida durante la guerra. También lo sabía mi abuela paterna el día en que cogió su bicicleta para ir a Froland a coger arándanos.

Sólo tenía 17 años. El problema surgió cuando se le pinchó una rueda.

Aquella excursión a por arándanos es lo más importante que ha sucedido en mi vida. Puede parecer algo extraño que lo más importante de mi vida sucediera más de treinta años antes de que yo naciera, pero si la abuela no hubiese pinchado aquel domingo, mi viejo no habría nacido. Y si él no hubiera nacido, yo tampoco hubiera tenido muchas posibilidades de existir.

Como ya he dicho, a la abuela se le pinchó la rueda en Froland, con la cesta llena de arándanos. Naturalmente, no llevaba nada para arreglarla, y aunque lo hubiera llevado, seguramente no habría sabido reparar la bici ella sola.

Entonces pasó por allí un soldado alemán en bicicleta. Aunque era alemán, no se mostró muy agresivo; al contrario, fue muy cortés con la joven, que no sabía cómo poder llegar a casa con sus arándanos. Además, llevaba todo lo necesario para reparar la llanta.

Si el abuelo hubiera sido de ese tipo de bruto malvado que solemos pensar que fueron

todos los soldados alemanes en Noruega, habría pasado de largo sin más. Pero, claro, lo que pasa es que la abuela debería haberse negado a recibir cualquier tipo de ayuda de las fuerzas alemanas de la guerra.

Lo malo fue que el soldado alemán comenzó a enamorarse de esa joven que tendría un desliz tan grande y del que, en parte, también él sería culpable. Pero todo esto no sucedió hasta varios años más tarde...

Al llegar a este punto del cuento, mi viejo solía encenderse un cigarrillo. Resultaba que también a la abuela le gustaba el alemán, ésa fue precisamente la metedura de pata. No sólo le agradeció al abuelo que le reparara la bicicleta, sino que también accedió a que la acompañara hasta la ciudad. La abuela no solamente era desobediente, también era tonta. De eso no cabía ninguna duda. Lo peor de todo fue que estaba dispuesta a volver a ver al *unterfeldwebel* Ludwig Messner.

Así fue como mi abuela se hizo novia de un soldado alemán. Desafortunadamente, no se elige siempre a la persona de la que uno se enamora. Pero ella debería haber elegido no volver a verlo, antes de enamorarse en serio de él. No lo hizo así, y tuvo que pagarlo caro.

El abuelo y la abuela siguieron viéndose en secreto. Si la gente de Arendal se hubiera enterado de que ella se citaba con un alemán, habría sido lo mismo que renunciar a formar parte de la «gente bien» de la sociedad. Porque de la única manera que la gente normal y corriente podía luchar contra los alemanes era no teniendo nada que ver con ellos.

En el verano de 1944, Ludwig Messner fue enviado de vuelta a Alemania para defender el Tercer Reich en el frente este. Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse como es debido de mi abuela. En el momento en que se subió al tren en la estación de Arendal, desapareció para siempre de su vida. Mi abuela no volvió a saber nada más de él – aunque durante muchos años después del final de la guerra lo estuvo buscando—. Con el tiempo, se iba convenciendo, cada vez más, de que había muerto en la batalla contra los rusos.

Tanto la excursión en bicicleta como lo que pasó después, a lo mejor habría quedado en el olvido, si no hubiera sido porque la abuela se había quedado embarazada. Eso pasó justo antes de que el abuelo se marchara al frente del este, pero ella no lo supo hasta muchas semanas después de su partida.

Lo que sucedió luego, es lo que mi viejo llama la maldad humana, y al llegar a este punto, suele encenderse otro cigarrillo. Mi viejo nació justo antes de la liberación, en el mes de mayo de 1945. Nada más rendirse los alemanes, mi abuela fue capturada por noruegos que odiaban a todas aquellas chicas noruegas que habían estado con soldados alemanes. Desgraciadamente, había muchas chicas de ésas, pero las que peor lo pasaron fueron las que habían tenido un hijo con un alemán. La verdad es que mi abuela estuvo con mi abuelo porque le quería, y no porque ella fuera nazi. De hecho, mi abuelo tampoco era nazi. Antes de que lo cogieran para devolverlo a Alemania, él y la abuela

estaban haciendo planes para huir juntos a Suecia. Lo único que los frenaba eran los rumores de que, los vigilantes suecos de la frontera, habían comenzado a pegar tiros contra los desertores alemanes que intentaban cruzarla.

La gente de Arendal se abalanzó sobre la abuela y le cortaron el pelo al cero. También le pegaron y golpearon, aunque acababa de dar a luz. Se puede decir con toda seguridad que Ludwig Messner se había comportado mejor que esa gente.

Sin un solo pelo en la cabeza, mi abuela tuvo que ir a vivir con sus tíos Trygve e Ingrid a Oslo, porque ya no estaba segura en Arendal. Aunque era primavera, y hacía calor, tenía que usar gorra porque estaba calva como un viejo. Su madre seguía viviendo en Arendal, y cinco años después del final de la guerra, mi abuela volvió a Arendal con mi viejo en brazos.

Ni la abuela ni mi viejo pretenden disculpar lo que sucedió en Froland. Lo único que podría cuestionarse, es el alcance de la condena. Por ejemplo, resulta interesante preguntarse durante cuántas generaciones debe ser castigado un delito. Es evidente que mi abuela tuvo parte de culpa por haberse quedado embarazada, eso tampoco lo ha negado nunca. Pero me resulta más difícil determinar si fue correcto castigar también al niño.

He pensado bastante en esto. Mi viejo nació como resultado de *un* pecado original. Pero todos los seres humanos tienen sus raíces en Adán y Eva, ¿no? Soy consciente de que esta comparación falla en algo. En un caso se trataba de manzanas y, en el otro, de arándanos. Si bien en ambos casos fue una serpiente¹ la que desencadenó la tentación.

Cualquier madre sabe, sin embargo, que no puede pasarse la vida reprochándose un hijo que ya nació. Yo pienso que no se debe culpar al niño; también un hijo de alemán tiene derecho a gozar de la vida. Pero, en ese punto, mi viejo y yo no nos poníamos de acuerdo.

Mi viejo se crió, pues, como hijo de alemán. Aunque los adultos de Arendal habían dejado de azotar a las «fulanas de alemanes», los niños –que aprenden fácilmente las maldades de los adultos– seguían acosando a los hijos de alemanes. Esto significa que mi viejo tuvo una infancia dura. Cuando cumplió diecisiete años, ya no aguantó más. Aunque quería mucho a su ciudad, se vio obligado a enrolarse como marinero. Siete años más tarde volvió a Arendal; para entonces, ya había conocido a mamá en Kristiansand. Se fueron a vivir a un viejo chalet en Hisoy, donde yo nací el 29 de febrero de 1972. Por supuesto, yo también debo cargar con parte de lo que sucedió en Froland. Eso es lo que se llama pecado original.

Con una infancia como hijo de alemán y luego muchos años de marinero, mi viejo siempre tuvo cierta afición por las bebidas fuertes. En mi opinión, le gustaban demasiado. Solía decir que bebía para olvidar, pero se equivocaba, porque cuando bebía siempre empezaba a hablar de la abuela y del abuelo, y de su vida como hijo de alemán. A veces también lloraba. Yo creo que esas bebidas fuertes contribuían a que recordara aún más.

Cuando mi viejo me hubo contado la historia de su vida en la autopista alemana, en las

afueras de Hamburgo, dijo:

–Y entonces desapareció tu mamá. Cuando tú empezaste a ir a la guardería, ella trabajó primero como profesora de baile. Luego empezó a trabajar de modelo. Viajaba bastante a Oslo, de vez en cuando también a Estocolmo, y un día no volvió a casa. El único mensaje que nos llegó fue una carta en la que nos decía que había conseguido un trabajo en el extranjero y que no sabía cuándo volvería. Eso es lo que dice la gente que se va a quedar fuera una semana o dos. Pero mamá ya lleva ocho años fuera...

También había oído muchísimas veces lo que mi viejo añadió:

–En mi familia siempre ha faltado algo, Hans Thomas. Siempre ha habido alguien que se ha perdido por el camino. Creo que es una maldición en nuestra familia.

Cuando dijo eso de la maldición, al principio me asusté un poco. Me quedé pensando en ello, y llegué a la conclusión de que tenía razón.

En definitiva, a mi viejo y a mí nos faltaban padre y abuelo paterno, mujer y madre. Y aún había una cosa más, que mi viejo seguramente también tendría en cuenta: cuando mi abuela era pequeña, a su padre le cayó un árbol encima y lo mató; de modo que también ella se crió sin padre. Quizá por eso tuviera un hijo con un soldado alemán que hubo de ir a la guerra a morir. Y quizá por eso, ese niño se casó con una mujer que se fue a Atenas para encontrarse a sí misma.

DOS DE PICAS

**...Dios está sentado en el cielo riéndose
porque los seres humanos no creen en él...**

En la frontera con Suiza, pasamos por una misteriosa gasolinera con un solo surtidor. De una casa verde salió un hombre que era tan pequeño que parecía un enano o algo semejante. Mi viejo sacó un mapa grande para preguntar por la mejor manera de cruzar los Alpes para llegar a Venecia.

El enano contestó con voz chillona mientras señalaba en el mapa. Hablaba sólo alemán, pero mi viejo me iba traduciendo, y dijo que el hombrecillo opinaba que debíamos hacer noche en un pueblo llamado Dorf.

Mientras hablaba, me miraba todo el tiempo, como si nunca hubiera visto un niño. Creo que le gusté, sobre todo porque éramos exactamente igual de altos. Cuando estábamos a punto de arrancar, me dio una pequeña lupa dentro de un estuche verde.

–Cógelo –susurró (Mi viejo tradujo.)–. Hace mucho tiempo la pulí de un vidrio viejo que encontré en la tripa de un corzo malherido. Te resultará útil en Dorf, ya lo creo. Voy a decirte una cosa, chico: nada más verte, me di cuenta de que podrías necesitar una pequeña lupa para el viaje.

Me pregunté si Dorf sería tan pequeño que haría falta una lupa para verlo. Pero me limité a darle la mano y las gracias por el regalo, antes de meterme en el coche. Su mano era mucho más pequeña que la mía y estaba mucho más fría.

Mi viejo bajó la ventanilla y dijo adiós con la mano al enano, que a su vez decía adiós con sus dos cortos brazos.

–Venís de Arendal, ¿verdad? –preguntó justo cuando mi viejo arrancaba.

–Así es –respondió mi viejo, y nos marchamos.

–¿Cómo sabía que venimos de Arendal?

Mi viejo me miró por el retrovisor:

–¿No se lo dijiste tú?

–¡Yo no!

–Que sí –insistió mi viejo–. Desde luego, yo no fui.

Pero yo sabía que yo no se lo había dicho, y aunque así hubiera sido, el enano no lo habría entendido, porque yo no sabía ni una palabra de alemán.

–¿Por qué crees que era tan pequeño? –pregunté cuando ya estábamos en la autopista.

–¿No lo sabes? Ese tipo es tan pequeño porque es un ser artificial. Fue construido por un mago judío hace muchos siglos.

Me di cuenta de que me estaba tomando el pelo, y sin embargo dije:

–Entonces, tiene varios centenares de años, ¿verdad?

–¿Tampoco sabías eso? Los seres artificiales no se hacen viejos como nosotros. Ésa es su única ventaja, que ya es importante, pues significa que jamás van a morir.

Saqué mi lupa para averiguar si mi viejo tenía piojos en el pelo. No vi ninguno, pero sí tenía unos pelos muy feos en la nuca.

Después de haber pasado la frontera de Suiza, vimos una señal que indicaba la salida a Dorf. Nos metimos por una pequeña carretera que subía por los Alpes. El lugar estaba casi desierto, sólo había alguna que otra casa de estilo suizo entre los árboles, sobre las altas colinas.

Empezaba a anochecer y estaba a punto de quedarme dormido en el asiento de atrás, pero cuando mi viejo paró el coche, me desperté de pronto.

–¡Descanso para fumar! –dijo.

Salimos al fresco aire alpino. Ya era totalmente de noche. Por encima de nosotros se extendía el cielo estrellado como una manta eléctrica con miles de lámparas minúsculas, cada una de una milésima parte de un vatio.

Mi viejo se puso a hacer pis en la cuneta. Luego se volvió hacia mí, encendió un cigarrillo, señaló el cielo estrellado y dijo:

–No somos más que unos pequeñísimos seres, hijo mío. Somos minúsculas figuritas de Lego intentando ir a gatas desde Arendal hasta Atenas, en un viejo Fiat. ¡Vivimos en un guisante! Allí fuera, quiero decir, fuera de este guisante sobre el que vivimos, Hans Thomas, hay millones y millones de galaxias. Cada una de ellas consta de millones y millones de estrellas. ¡Y Dios sabe cuántos planetas habrá!

Sacudió la ceniza del cigarrillo y prosiguió:

–No creo que estemos solos, chico, no lo creo. El universo hierve de vida. Lo que pasa es que nunca obtenemos una respuesta cuando preguntamos si estamos solos. Las galaxias son como islas desiertas sin comunicación por barco.

Se podrían decir muchas cosas de mi viejo, pero nunca me ha parecido aburrido hablar con él. No debería haberse contentado con ser mecánico. Si de mí hubiera dependido, le habría dado una subvención del Estado como filósofo. Él mismo dijo algo parecido en una ocasión. Tenemos ministerios de esto y aquello, dijo. Pero no hay ningún ministerio de filosofía. Incluso los países grandes creen que pueden arreglarse sin él.

Como lo llevaba en los genes, yo intentaba de vez en cuando participar en las conversaciones filosóficas a las que aspiraba mi viejo casi cada vez que hablaba de mamá. Entonces dije:

–Aunque el universo sea grande, no significa que este planeta sea un guisante.

Se encogió de hombros, tiró la colilla al suelo y encendió otro cigarrillo. En realidad, nunca le había preocupado gran cosa lo que opinaran los demás cuando él hablaba de la vida y de las estrellas. Sabía demasiado bien lo que él mismo opinaba. En lugar de contestar, dijo:

—¿De dónde demonios venimos los seres como nosotros, Hans Thomas? ¿Has pensado alguna vez en ello?

Yo había pensado en eso muchísimas veces, pero sabía que, en el fondo, a él no le interesaba lo que yo pudiera contestar.

De modo que le dejé seguir. Mi viejo y yo nos conocíamos desde hacía tanto tiempo que había aprendido que ésa era la mejor manera de actuar.

—¿Sabes lo que me dijo un día tu abuela? Dijo que había leído en la Biblia que Dios está sentado en el cielo riéndose porque los seres humanos no creen en él.

—¿Y por qué? —pregunté; siempre resultaba más fácil preguntar que contestar.

—Veamos. Si existe un Dios que nos ha creado, entonces somos de alguna manera artificiales a sus ojos. Charlamos, regañamos y peleamos. Nos abandonamos los unos a los otros, y nos morimos dejando solos a los demás. ¿Entiendes? Somos muy cojonudos, hacemos bombas atómicas y cohetes que llegan a la luna. Pero ninguno de nosotros se pregunta de dónde venimos. Simplemente estamos aquí, y no nos cuestionamos nada más.

—Y entonces Dios se ríe de nosotros, ¿quieres decir?

—¡Exactamente! Si *nosotros*, Hans Thomas, hubiéramos sabido crear un ser humano artificial que fuera capaz de hablar y no se hiciera la pregunta más sencilla y más importante de todas, es decir, cómo ha sido creado, también nos habríamos reído de buena gana.

Justamente así se rió mi viejo antes de proseguir:

—Deberíamos leer un poco más la Biblia, chico. Después de haber creado a Adán y Eva, Dios se quedó paseándose por el jardín espiándolos, en el sentido literal de la palabra. Se puso al acecho tras árboles y arbustos, vigilando muy de cerca todo lo que hacían. ¿Entiendes? No era capaz de quitarles ojo, tan absorto estaba en lo que había creado. Y no se lo reprocho. Todo lo contrario, le comprendo perfectamente.

Apagó el cigarrillo, con lo que dio por concluido el descanso para fumar. Me dije que, al fin y al cabo, podía considerarme un chico muy afortunado por tener la ocasión de participar en unos treinta o cuarenta descansos como éste para fumar, antes de llegar a Grecia.

Dentro del coche, saqué la lupa que me había regalado el misterioso enano. Decidí usarla para investigar más de cerca la naturaleza. Si me tumbaba en el suelo mirando durante mucho tiempo una hormiga o una flor, a lo mejor llegaba a sonsacar a la naturaleza alguno de sus secretos. Entonces le regalaría a mi viejo un poco de paz interior para Navidad.

Seguíamos subiendo por los Alpes, estábamos tardando mucho en llegar a Dorf.

–¿Estás dormido, Hans Thomas? –preguntó mi viejo después de un largo rato. Si no llega a decir algo, me habría quedado dormido en ese mismo instante.

Para no mentir dije que no, y con esto me despabilé más.

–¿Sabes? –dijo–, estoy empezando a pensar que ese enano nos engañó.

–¿No era verdad que la lupa estuviera en la tripa de un corzo? –murmuré.

–Estás cansado, Hans Thomas. Me refiero al camino. ¿Por qué nos ha enviado por este descampado? También la autopista pasa por los Alpes. Llevamos cuarenta kilómetros sin ver una sola casa, y es más, sin ver siquiera un lugar donde pasar la noche.

Tenía tanto sueño que no tuve fuerzas para contestar. Solamente pensé que a lo mejor tenía el récord mundial en querer a mi viejo. No debería ser mecánico, no. Debería tener ocasión de hablar de los secretos de la vida con los ángeles del cielo. Mi viejo me había enseñado que los ángeles son mucho más sabios que los seres humanos. No son tan sabios como Dios, pero entienden todo lo que el ser humano es capaz de comprender, sin tener que esforzarse nada.

–¿Por qué diablos querría que fuéramos a Dorf? –continuó mi viejo–. A lo mejor nos ha enviado al pueblo de los enanos.

Eso fue lo último que oí antes de quedarme dormido. Soñé con un pueblo lleno de enanos. Todos eran muy buenos. Hablaban por los codos, pero ninguno sabía contestar de dónde venían o en qué parte del mundo se encontraban.

Creo recordar que mi viejo me sacó en brazos del coche y me metió en una cama. Había un aroma a miel en el aire, y una voz de mujer que decía:

–*Ja, ja. Aber natürlich, mein Herr.*

TRES DE PICAS

...un poco extraño que adornen el fondo del bosque tan lejos de la gente...

A la mañana siguiente, cuando me desperté, me di cuenta de que habíamos llegado a Dorf. Mi viejo estaba durmiendo en una cama al lado de la mía. Eran más de las ocho y pensé que él necesitaría dormir un poco más. Aunque se le hiciera muy tarde, siempre solía tomarse una copita antes de quedarse frito. Él las llamaba «copitas», pero yo sabía que esas copas podían llegar a ser bastante grandes. Y a veces, también podían ser muchas.

Por la ventana vi un gran lago. Me vestí deprisa y fui al piso de abajo. Allí me encontré con una señora simpática y gorda que intentaba hablar conmigo, aunque no sabía ni una palabra de noruego.

–Hans Thomas –dijo varias veces. Eso quería decir que mi viejo me había presentado dormido, mientras me llevaba en brazos a la habitación.

Salí al césped que había delante del lago y monté en un extraño columpio alpino. Era tan largo que podía columpiarme por encima de los tejados del pequeño pueblo. Cuanto más alto subía, más paisaje veía.

Estaba un poco impaciente por que mi viejo se despertara. Se quedaría alucinado cuando viera Dorf a la luz del día. Dorf era un típico pueblo de muñecos. A lo largo de una o dos calles estrechas, entre puntiagudas montañas cubiertas de nieve, había algunas tiendas. Cuando subía muy alto en el columpio y miraba hacia abajo, me parecía estar viendo uno de esos pueblecitos de Legolandia. El hostel era un edificio blanco de tres plantas, con contraventanas rosas, y muchas ventanitas de cristales de colores.

Cuando empezaba a hartarme del columpio alpino, mi viejo salió a decirme que el desayuno estaba preparado.

Entramos en lo que puede que fuera el comedor más pequeño del mundo. Solamente cabían cuatro mesas, y, por si fuera poco, mi viejo y yo éramos los únicos huéspedes. Al lado del comedor había un restaurante grande, pero estaba cerrado.

Me di cuenta de que a mi viejo le remordía la conciencia haber dormido hasta más tarde que yo, así que pedí una naranjada con burbujas, en lugar de beber leche de los Alpes. Cedió enseguida, y él, a su vez, pidió un *viertel*. Sonaba bastante misterioso, pero

lo que echaron en el vaso tenía un sospechoso parecido con el vino tinto, por lo que deduje que no continuaríamos el viaje hasta el día siguiente.

Mi viejo me contó que estábamos alojados en una Gasthaus, que significa «casa de huéspedes», pero aparte de las ventanitas, no se diferenciaba mucho de un hostel cualquiera. La casa de huéspedes se llamaba Schöner Waldemar y el lago se llamaba lago de Waldemar. Si no me equivocaba, ambas cosas se llamaban así por un mismo hombre llamado Waldemar.

–Nos engañó –dijo mi viejo después de haber bebido su *viertel*.

Comprendí inmediatamente que se refería al enano. Él debía de ser el tal Waldemar.

–¿Hemos dado un rodeo?

–¿Un rodeo, dices? Desde aquí estamos exactamente a la misma distancia de Venecia que desde la gasolinera. Exactamente los mismos kilómetros, sabes. Lo que quiere decir que, todo lo que condujimos después de preguntar por el camino, fue tiempo perdido.

–¡Qué demonios! –exclamé, pues pasaba tanto tiempo con mi viejo que había comenzado a copiarle su lenguaje de marinero.

–Sólo me quedan dos semanas de vacaciones –continuó–. Y además, no es probable que encontremos a mamá nada más llegar a Atenas.

–¿Y por qué no podemos seguir viaje hoy? –tuve que preguntar, pues estaba tan interesado como él en encontrar a mamá.

–¿Y por qué piensas eso?

No me dio la gana contestar a esa pregunta, me limité a señalar el *viertel*.

Entonces empezó a reírse. Soltó tal carcajada que la señora gorda también tuvo que reírse, aunque no entendía ni una palabra de lo que hablábamos.

–Hemos llegado aquí a la una de la madrugada –dijo–. Por lo tanto podríamos tomarnos un día libre para recuperar fuerzas.

Me encogí de hombros. Yo era el que había puesto pegas a conducir de un tirón, sin hacer noche en ninguna parte, por eso no me pareció bien oponerme esta vez. Lo único que me preguntaba era si realmente quería «recuperar fuerzas», o si estaba pensando en aprovechar el resto del día para beber.

Mi viejo empezó a sacar algo de equipaje del Fiat. Al llegar tan tarde la noche anterior, no se había preocupado ni de sacar los cepillos de dientes.

Cuando el jefe puso orden en el coche, decidimos dar un buen paseo. La señora de la casa de huéspedes nos mostró una montaña con una estupenda vista, pero dijo que estaba un poco lejos, y que ya era muy tarde para llegar hasta arriba y volver a bajar.

Entonces, mi viejo tuvo una de sus brillantes ideas. Porque ¿qué hace uno cuando quiere bajar a pie de una montaña y no tiene ganas de subirla antes? Pues pregunta si alguna carretera llega hasta arriba, claro. La señora dijo que sí, pero que, si pensábamos subir en coche y bajar a pie, luego tendríamos que volver a subir para recoger el coche.

–Podemos coger un taxi hasta arriba y luego bajar andando –dijo mi viejo. Y eso fue

exactamente lo que hicimos.

La señora llamó a un taxi, y el taxista pensó que estábamos locos, pero mi viejo le mostró unos francos suizos y entonces el taxista hizo exactamente lo que le mandó.

La señora de la casa de huéspedes tenía más sentido de la distancia que el enano de la gasolinera. Nunca habíamos visto un paisaje semejante, tan montañoso y con tan buenas vistas, y eso que veníamos de Noruega.

Abajo, en la lejanía, vislumbramos un minúsculo charco, delante de un microscópico grupo de casas que eran como puntitos. Eran Dorf y Waldemarsee.

Aunque estábamos en pleno verano, cuando llegamos a la cima, el viento se filtraba a través de nuestra ropa. Mi viejo dijo que estábamos a mucha más altura sobre el nivel del mar que en ninguna montaña noruega. A mí me parecía estupendo, pero mi viejo estaba decepcionado. Me confesó que había querido llegar hasta la cima, con el sólo propósito de ver el Mediterráneo. Quizá pensó que podría ver lo que estaba haciendo mamá allá abajo, en Grecia.

—Cuando trabajaba en el mar, estaba acostumbrado a lo contrario —dijo—. Podía estar sobre la cubierta durante días sin ver tierra.

Intenté imaginarme cómo sería eso.

—Aquello era mucho mejor —dijo mi viejo como si me hubiera leído el pensamiento—. Cuando no he podido ver el mar, siempre me he sentido encerrado.

Iniciamos el descenso siguiendo un sendero que pasaba entre altos y frondosos árboles. También allí olía a miel.

Sólo una vez nos tumbamos en el suelo para descansar. Cuando saqué mi lupa, mi viejo encendió un cigarrillo. Encontré una hormiga que se arrastraba por un palito, pero no quería estarse quieta, de modo que resultaba imposible investigarla. Entonces sacudí el palito para que la hormiga se cayera. Ampliada, parecía muy interesante, pero no me sentía más sabio después de haberla visto.

De pronto, oímos un ruido entre los árboles. Mi viejo se estremeció, como si temiera que en lo alto de la montaña hubiera peligrosos bandidos. Pero sólo era un inocente corzo. El animal se quedó mirándonos a los ojos durante unos segundos, antes de desaparecer por el bosque. Observé a mi viejo y me di cuenta de que se había asustado tanto como el corzo. Desde entonces, siempre he pensado en mi viejo como un corzo, pero nunca me he atrevido a decirlo en voz alta.

Aunque mi viejo se había bebido un *viertel* para desayunar, se mantuvo en bastante buena forma durante todo el día. Bajamos corriendo la ladera de la montaña, y no nos detuvimos hasta descubrir un montón de piedras blancas colocadas en fila en un pedazo de tierra entre los árboles. Habría en total varios centenares, todas eran lisas y redondas, y ninguna más grande que un terrón de azúcar.

Mi viejo se quedó parado rascándose la cabeza.

—¿Crees que crecen aquí? —pregunté.

Negó con la cabeza y dijo:

–Aquí huele a sangre de cristianos, Hans Thomas.

–¿Pero no te resulta un poco extraño que adornen el fondo del bosque tan lejos de la gente?

No contestó inmediatamente, pero yo sabía que estaba de acuerdo conmigo.

Nada le disgustaba más a mi viejo que no encontrar explicación a algo. En esas situaciones, me recordaba un poco a Sherlock Holmes. Por fin dijo:

–Es como un cementerio. Cada piedrecita tiene su lugar bien definido en unos pocos metros cuadrados...

Creí que me iba a decir que los habitantes de Dorf habían enterrado ahí a unos minúsculos seres de Lego, pero eso habría resultado demasiado disparatado, incluso para mi viejo.

–Seguramente los chiquillos entierran aquí mariquitas –dijo, evidentemente, a falta de una explicación mejor.

–Puede ser –dije; acababa de tumbarme encima de una de las piedras con la lupa–. Pero no creo que fueran las mariquitas las que pusieran los huevos que hay en las piedras blancas.

Mi viejo se rió. Estaba turbado. Puso un brazo alrededor de mi hombro, y continuamos el descenso a una velocidad algo más lenta que antes.

Pronto pasamos por una cabaña de madera.

–¿Crees que vive alguien aquí? –pregunté.

–¡Claro que sí! –respondió mi viejo.

–¿Y cómo puedes estar tan seguro?

Se limitó a señalar la chimenea, de la que salía humo.

Un poco más abajo, bebimos agua de un tubo que salía de un pequeño arroyo. Mi padre dijo que eso era una fuente.

CUATRO DE PICAS

...lo que tenía en las manos era un minúsculo libro...

Cuando volvimos a Dorf, era ya bastante tarde.

–¡Qué bien va a sabernos la cena! –dijo mi viejo.

El restaurante estaba abierto, así que no tuvimos que meternos en el pequeño comedor. Había algunos «dorfienses» sentados en torno a una mesa, con una jarra de cerveza.

Comimos salchichas y *choucroute* suiza. De postre, tomamos una especie de tarta de manzana con nata de los Alpes.

Después de la cena, mi viejo se quedó sentado «saboreando» el licor de los Alpes, como él dijo. Yo estaba tan aburrido que me subí una botella de refresco de cerezas a la habitación y me puse a leer, por última vez, los tebeos noruegos del Pato Donald que me había leído ya diez o veinte veces. Luego me puse a hacer solitarios. Hice «el siete» dos veces, pero las dos veces se me estropeó casi nada más haber colocado las cartas. Entonces volví a bajar al restaurante.

Quería intentar convencer a mi viejo de que subiera a la habitación, antes de que estuviera tan borracho que no me pudiese contar historias de los siete mares. Pero era evidente que aún no había terminado de saborear el licor de los Alpes. Estaba hablando en alemán con algunos dorfienses.

–Puedes dar una vuelta y ver el pueblo –dijo.

Me pareció muy mal que no quisiera venirse conmigo.

Pero ahora me alegro de haber hecho lo que me mandó. Creo que he nacido con mejor estrella que mi viejo.

En «dar una vuelta y ver el pueblo» tardé exactamente cinco minutos, así de pequeño era. Prácticamente, constaba de una sola calle, que se llamaba Waldemar. Los habitantes de Dorf no tenían mucha imaginación para inventar nombres.

Estaba bastante cabreado con mi viejo, porque se había quedado sentado con los dorfienses, bebiendo licor de los Alpes. ¡«Licor de los Alpes»! Sonaba un poco mejor que decir alcohol. En una ocasión, mi viejo había dicho que no tenía salud para dejar de beber. Esa frase se quedó dando vueltas y vueltas en mi cabeza hasta que la entendí.

Como todo el mundo sabe, lo normal es que la gente diga lo contrario, pero podía ser que mi viejo fuera una excepción. Por algo era hijo de alemán.

Todas las tiendas del pueblo estaban cerradas, pero vi que una furgoneta roja se detuvo delante de una tienda de ultramarinos para entregar mercancía. Una chica suiza jugaba a la pelota contra una pared, un viejo estaba sentado en un banco debajo de un gran árbol fumando en pipa. ¡Pero eso era todo! A pesar de sus muchas casas de cuento, el pequeño pueblo alpino me resultó horriblemente aburrido y, a decir verdad, no entendía en absoluto para qué podía necesitar una lupa.

Lo único que me animaba un poco era que, a la mañana siguiente, proseguiríamos nuestro viaje. Y que por la tarde llegaríamos a Italia. Desde allí atravesaríamos Yugoslavia para llegar a Grecia. Y en Grecia quizá podríamos encontrar a mamá. El solo hecho de pensarlo me producía una especie de cosquilleo en el estómago.

Crucé la calle en dirección a una pequeña panadería. Era el único escaparate que aún no había visto. Junto a una bandeja con pastas resacas había una pecera que contenía solamente un pez naranja. En la parte superior del recipiente faltaba un trozo de cristal. El hueco era más o menos del mismo tamaño que la lupa que me había regalado el misterioso enano de la gasolinera. Saqué la lupa del bolsillo y la miré, era un poco más pequeña que el trozo de pecera que faltaba.

Un minúsculo pececito de color naranja nadaba sin parar dentro de la pecera. Seguramente se alimentaba con migas de pastas. Pensé que a lo mejor un corzo había querido comerse al pez y se había llevado un trozo de pecera, en lugar del pez.

De repente, por la minúscula ventana, entró el sol de la tarde e iluminó la pecera. Entonces vi que el pez no sólo era de color naranja, también era rojo, amarillo y verde. Tanto el agua como el cristal de la pecera estaban cogiendo el color del pez, era como una caja de pinturas. Cuanto más miraba al pez, al cristal y al agua, más me iba olvidando de dónde estaba. Durante unos segundos, creí que yo era el pez de la pecera, y que el pez era el que estaba fuera mirándome a mí.

Mientras estaba observando al pez, me di cuenta, de repente, de que había un señor viejo, de pelo blanco, detrás del mostrador de la panadería. Me estaba mirando y, con la mano, me hizo una señal para que entrara.

Me pareció un poco raro que una panadería estuviera abierta tan tarde. Primero eché un vistazo en dirección al Schöner Waldemar, para ver si mi viejo había acabado de tomar su licor de los Alpes, pero como no le vi, abrí la puerta de la panadería y entré.

–*Grüss Gott!* –dije solemnemente. Era lo único que había aprendido a decir en alemán suizo, y significaba «saludado sea Dios» o algo por el estilo.

Inmediatamente me di cuenta de que ese hombre era una buena persona.

–¡Noruego! –dije golpeándome el pecho para que entendiera que yo no comprendía su idioma.

El viejo se inclinó sobre el ancho mostrador de mármol, mirándome fijamente a los

ojos.

–¿De verdad? También he yo en Noruega vivido. Hace años muchísimos. Ahora he casi todo el noruego olvidado.

Se volvió y abrió una vieja nevera, de la que sacó una botella de refresco. Quitó el corcho y la puso sobre el mostrador.

–¿Und, gustan a ti los refrescos? –preguntó—. ¿No? Toma, mi joven amigo. Es un muy bueno refresco.

Me llevé la botella a la boca y bebí unos sorbos. Sabía aún mejor que el refresco de cerezas del Schöner Waldemar. Creo que era un refresco con sabor a pera.

El viejo de pelo blanco volvió a inclinarse sobre el mostrador, y dijo en voz baja:

–¿Está bueno?

–Buenísimo –exclamé.

–Sí, claro, verdaderamente es muy bueno. Aquí, en Dorf, otra clase de refresco hay. Es aún mejor. Pero no se vende en las tiendas. ¿Comprendes tú?

Asentí con la cabeza. Hablaba tan bajo y de una manera tan rara que casi me asusté. Pero volví a mirar sus ojos azules, que eran todo bondad.

–Vengo de Arendal. Mi viejo y yo vamos a Grecia a buscar a mi mamá. Desgraciadamente, se ha perdido en el mundo de la moda.

Me lanzó una mirada penetrante.

–¿Dices tú Arendal, amigo mío? ¿Se ha perdido? Hay más gente que se ha perdido. Yo también he en Grimstad vivido. Pero allí me habrán olvidado.

Le miré. ¿Sería verdad que había vivido en Grimstad? Era la ciudad más próxima a la nuestra. Mi viejo y yo solíamos ir hasta allí en barco los veranos.

–No está... muy lejos de Arendal –balbuceé.

–No, no. Y yo sabía que un joven aquí a Dorf un día vendría. Para recoger el tesoro, hijo mío. Ya no es sólo mío.

De repente oí que mi viejo me llamaba. Por su voz deduje que había bebido un montón de licor de los Alpes.

–Muchas gracias por el refresco. Ahora tengo que irme, mi viejo me está llamando.

–Padre sí. *Aber natürlich*, amigo mío. Espera un momento. Mientras tú has el pez mirado, yo he en el horno panecillos puesto. Que tú la lupa tenías vi. Entonces me di cuenta de que el joven eras. Ya lo entenderás, hijo mío, ya lo entenderás...

El viejo desapareció en la trastienda y volvió al instante con cuatro panecillos recién hechos que metió en una bolsa de papel. Me dio la bolsa y dijo muy serio:

–Sólo una cosa importante me tienes que prometer. Debes el panecillo más grande para el final guardar y cuando tú solo estás comer. Y nunca debes nada a nadie contar, ¿comprendes tú?

–Sí, sí –contesté—. Y muchas gracias.

Salí a la calle. Todo transcurrió tan rápidamente que no recuerdo nada más hasta el encuentro con mi viejo, entre la pequeña panadería y el Schöner Waldemar.

Le conté que un viejo panadero que había emigrado de Grimstad me había regalado una botella de refresco y cuatro panecillos. Seguramente, mi viejo pensaba que me lo estaba inventando, pero se comió uno de los panecillos de camino al hostal. Yo me comí dos. El panecillo más grande lo dejé en la bolsa.

Mi viejo se quedó frito nada más echarse en la cama. Yo me quedé despierto pensando en el viejo panadero y en su pez naranja. Al final, me entró tanta hambre que me levanté de la cama para coger la bolsa con el último panecillo. Me senté en una silla y mordí un trozo en la oscuridad.

De repente noté que mis dientes se toparon con algo duro. Hurgué en el panecillo y encontré un objeto del tamaño de una caja de cerillas. Mi viejo estaba en su cama roncando. Encendí la lámpara e iluminé la silla.

Lo que tenía en las manos era un minúsculo libro. En la portada ponía: «La bebida púrpura y la isla mágica».

Empecé a hojearlo. Era muy pequeño, pero tenía más de cien páginas con letra también diminuta. Lo abrí por la primera página e intenté leer sus pequeñísimas letras, pero era totalmente imposible. Entonces me acordé de la lupa que me había regalado el enano de la gasolinera. Busqué en mis pantalones; en uno de los bolsillos encontré la lupa dentro de su estuche verde y la puse sobre las letras de la primera página. Seguían siendo minúsculas, pero ahora eran lo suficientemente grandes como para poder leerlas inclinando la cabeza sobre la lupa.

CINCO DE PICAS

...oí al viejo andar por el desván...

Querido hijo (permíteme llamarte así), estoy narrando la historia de mi vida. Sé que un día vas a venir a este pueblo. Quizá pases por la panadería de la calle Waldemar, y te pares delante de la pecera para mirarla. Tú no sabes por qué vienes aquí, pero yo sé que has venido a Dorf para continuar la historia sobre la bebida púrpura y la isla mágica.

Estoy escribiendo en el mes de enero de 1946 y soy aún un hombre joven. Cuando te encuentres conmigo, dentro de treinta o cuarenta años, seré viejo y tendré el pelo blanco. Estoy contando mi historia a alguien que vendrá después de mí.

El papel sobre el que escribo es como un bote salvavidas, hijo desconocido. Un bote salvavidas puede navegar contra viento y marea, hasta llegar, tal vez, a un puerto lejano. Pero algunos de esos botes toman un rumbo totalmente distinto. Navegan hacia el País del Mañana, y, desde allí, no hay camino de retorno.

¿Y cómo sé yo que eres tú el que vas a llevar la historia al futuro? Lo veré cuando vengas hacia mí, hijo. Veré que llevas la señal.

Escribo en noruego para que me entiendas, pero también para que la gente de Dorf no pueda leer la historia de los enanos. Si así fuera, el secreto de la isla mágica se convertiría en una sensación y una sensación funciona siempre como una novedad, y una novedad nunca tiene una larga vida. Atrae la atención durante un día, y luego se olvida. Pero la historia de los enanos no debe apagarse jamás con el brillo de la noticia. Es preferible que sólo un ser humano conozca el secreto de los enanos a que todos los seres humanos se olviden de él.

Yo fui uno de los muchos que buscaron un nuevo paradero después de la Gran Guerra. Media Europa se había convertido de golpe en un campo de refugiados. Un continente entero se estaba despidiendo. No sólo éramos refugiados políticos, también éramos almas desalojadas, en busca de nosotros mismos.

Tuve que abandonar Alemania para iniciar una nueva vida, pero como suboficial del ejército del Tercer Reich, las posibilidades de huida no fueron muchas.

No sólo me encontré en una nación destrozada. De ese país del norte me había traído un amor también destrozado. Todo el mundo estaba fragmentado a mi alrededor.

Sabía que no podía vivir en Alemania, pero tampoco podía volver a Noruega. Al final logré llegar, a través de las montañas, a Suiza.

Por allí estuve vagando algunas semanas, pero en Dorf me encontré con el viejo panadero Albert Klages.

Yo bajaba de la montaña. Agotado por el hambre y la caminata de muchos días, vi de pronto un pequeño pueblo. El hambre me hizo correr, como un animal perseguido, a través del espeso bosque. Al poco tiempo, me desplomé delante de una vieja cabaña de madera. Oía el zumbido de las abejas y me llegaba un olor a leche y miel.

El viejo panadero debió de llevarme en brazos hasta el interior de la cabaña. Al despertarme sobre un camastro, vi a un hombre de pelo blanco sentado en una mecedora fumando en pipa. Cuando me vio mover los párpados, acudió inmediatamente a mi lado.

—Has vuelto a casa, querido hijo —dijo con voz reconfortante—. Sabía que un día llegarías a mi puerta para recoger el tesoro, hijo mío.

Debí de volver a dormirme. Cuando desperté de nuevo, estaba solo en la cabaña. Me levanté y salí afuera.

Allí estaba sentado el viejo, inclinado sobre una mesa de piedra en la que había una hermosa pecera. Y, dentro de la pecera, nadaba un hermoso pez de muchos colores.

Se me ocurrió inmediatamente que era muy extraño que un pececito de un mar muy lejano pudiera nadar tan a gusto aquí, entre altas montañas, en el centro de Europa. Una parte viva del mar había sido llevada hasta los Alpes suizos.

–*Grüss Gott!* –saludé al viejo.

Se volvió y me miró con ojos bondadosos.

–Me llamo Ludwig –le dije.

–Y yo soy Albert Klages –replicó.

Se metió en la cabaña, pero volvió a salir al sol con leche, pan, queso y miel.

Señalando hacia abajo, al pequeño pueblo, dijo que se llamaba Dorf y que él tenía allí una pequeña panadería.

Me quedé a vivir unas semanas con el viejo. Pronto empecé a acompañarle a la panadería. Albert me enseñó a hacer pan y bollos, roscones y toda clase de pastas. Yo sabía de antes que los suizos eran grandes expertos en bollería y en pastelería.

Albert se alegró de tener ayuda, sobre todo para vaciar los enormes sacos de harina.

También intentaba relacionarme con la gente del pueblo. De vez en cuando visitaba la vieja taberna Schöner Waldemar.

Creo que la gente del pueblo llegó a apreciarme. Seguramente sabían que había sido soldado alemán, pero nadie me hacía preguntas sobre mi pasado.

Una noche, alguien hizo un comentario sobre Albert, quien tan bien me había recibido.

–Está un poco chiflado –dijo el labrador Fritz André.

–También lo estaba el anterior panadero –continuó el viejo tendero Heinrich Albrechts.

Cuando intervine en la conversación, preguntando qué querían decir con eso, al principio me contestaron con evasivas. Había bebido algunos vasos de vino y noté que la cara me ardía.

–¡Si no queréis contestar a mi pregunta, retirad por lo menos esos chismes maliciosos sobre el que os hace el pan que coméis! –dije.

No se dijo nada más sobre Albert aquella noche. Pero algunas semanas más tarde, Fritz volvió a hablar de ello:

–¿Sabes dónde consigue todos sus pececitos de colores?

Me había dado cuenta de que me prestaban un interés especial, porque compartía la casa con el viejo panadero.

–No sabía que tuviera más de uno –contesté, y era verdad–. Seguramente ése lo habrá comprado en Zurich, en una tienda de animales.

El viejo labrador y el tendero se echaron a reír.

–Tiene muchos más –añadió el labrador–. Una vez que mi padre volvía de cazar, Albert estaba ventilando sus pececitos. Los había colocado todos al sol, y no eran pocos, te lo digo yo, aprendiz de panadero.

–Además, nunca ha salido de Dorf –replicó el tendero–. Tenemos exactamente la misma edad, y, que yo sepa, nunca ha estado fuera de aquí.

–Algunos opinan que es un mago –añadió el labrador–, hay gente que dice que, además de hacer pan y bollos, también *fabrica* esos pececitos. Al menos una cosa es cierta, y es que no los ha pescado en el lago de Waldemar.

También yo empecé a preguntarme si verdaderamente Albert no estaría guardando un gran secreto. Había algunas frases que siempre se repetían en mis oídos. «Has vuelto a casa, querido hijo. Sabía que un día llegarías a mi puerta para recoger el tesoro, hijo.»

No quise herir al viejo panadero contándole los chismes del pueblo. Si de verdad guardaba un secreto, yo estaba seguro de que me lo desvelaría cuando llegara el momento oportuno.

Durante mucho tiempo, pensé que se hablaba tanto del viejo panadero porque vivía solo allá en lo alto, en las afueras del pueblo. Pero, esa vieja casa, también a mí me daba que pensar.

Al entrar en ella, te encontrabas en una gran sala con una chimenea y un rincón que servía de cocina. En la sala había dos puertas, una era la del dormitorio de Albert y la otra, la de un pequeño cuarto que me asignó cuando llegué a Dorf. Los techos no eran especialmente altos, pero al mirar la casa desde fuera resultaba claro que debía de haber un gran desván. Desde la colina detrás de la casa se veía, además, una pequeña claraboya en el tejado de pizarra.

Lo curioso era que Albert nunca hablaba del desván. Tampoco subía nunca, así que cada vez que mis compañeros mencionaban a Albert, me era inevitable pensar en ese desván.

Pero una noche que estuve en Dorf y que volví tarde a casa, oí al viejo andar por el desván. Me sorprendí tanto, y debo reconocer que también me asusté un poco, que salí corriendo a coger agua de la fuente. Tardé mucho, y cuando volví a entrar, Albert estaba sentado en la mecedora fumando su pipa.

–Llegas tarde –dijo, pero tuve la sensación de que estaba pensando en otra cosa muy distinta.

–¿Has estado en el desván? –pregunté. No sabía cómo me había atrevido a mencionar eso, simplemente se me escapó.

Dio un respingo. Pero luego me miró con esos ojos tan bondadosos, con los que me había mirado aquel día, varios meses antes, en que me recogió delante de la vieja casa cuando llegué completamente agotado.

–¿Estás cansado Ludwig?

Negué con la cabeza. Era sábado por la noche. Al día siguiente podíamos dormir hasta que nos despertara el sol.

Se levantó y echó algunas ramas más al fuego.

–Entonces nos quedamos sentados aquí esta noche.

SEIS DE PICAS

...una bebida que te sabrá mil veces mejor...

Estuve a punto de quedarme dormido encima de la lupa y del libro del panecillo. Sabía que había leído el principio de un gran cuento, pero no me parecía que ese cuento pudiera tener algo que ver conmigo. Arranqué un trocito de la bolsa del panecillo para usarlo como marcador.

Una vez había visto algo parecido en la librería de Danielsen, en la plaza de Arendal. Era un minúsculo libro de cuentos, metido en una cajita. La diferencia era que aquel librito tenía unas letras tan grandes que sólo cabían unas quince o veinte palabras en cada página. Tampoco se trataba de cuentos muy largos, claro está.

Era la una y cuarto. Antes de acostarme, metí la lupa en un bolsillo del pantalón y el librito en el otro.

A la mañana siguiente, mi viejo me despertó temprano. Dijo que teníamos que darnos prisa y continuar nuestro viaje. Si no, no tendríamos tiempo de llegar a Atenas antes de tener que volver a casa. Se puso un poco pesado porque yo había dejado un montón de migas de panecillo en el suelo.

¡Migas de panecillo!, pensé. Entonces lo del librito no había sido un sueño. Me puse los pantalones a toda prisa y noté que en cada bolsillo tenía algo duro. Dije a mi viejo que había tenido tanta hambre por la noche que me había comido el último panecillo. No quise encender la luz, expliqué, por eso cayeron al suelo tantas migas.

Nos dimos prisa en hacer el equipaje y meterlo en el coche, y luego fuimos corriendo hasta el comedor para desayunar. Eché un vistazo al restaurante vacío, donde Ludwig había estado alguna vez bebiendo vino con sus amigos.

Después de desayunar, nos despedimos del Schöner Waldemar y nos metimos en el coche. Al pasar por las tiendas de la calle Waldemar, mi padre señaló la panadería y preguntó si era allí donde me habían dado los panecillos. No tuve que contestar a esa pregunta porque, en ese momento, el panadero de pelo blanco salió a la escalera y nos dijo adiós con la mano. También dijo adiós a mi padre, quien le devolvió el gesto.

Pronto llegamos a la autopista. Con cuidado, saqué la lupa y el libro de los bolsillos del pantalón, y empecé a leer. Mi viejo me preguntó dos veces qué estaba haciendo. La primera vez, dije que estaba comprobando si había piojos o pulgas en el asiento de atrás; la segunda vez que me preguntó, le dije que estaba pensando en mamá.

Albert vino a sentarse en la mecedora. Encontró algo de tabaco en un viejo estuche, llenó la pipa y la encendió.

«Nací aquí en Dorf en 1881», empezó. «Era el más pequeño de cinco hijos. Quizás por eso era el que estaba más apegado a mi madre. Aquí, en Dorf, existía la costumbre de que los chicos se quedaran en casa, con la madre, hasta los siete u ocho años, pero, cuando cumplían ocho, empezaban a acompañar a su padre al bosque y al campo.

Recuerdo todas aquellas luminosas mañanas en que estaba en la cocina, pegado a las faldas de mi madre. Sólo los domingos nos reuníamos toda la familia. Entonces dábamos largos paseos juntos, comíamos tranquila y pausadamente y jugábamos a los dados por la noche.

De repente, un día llegó la desgracia a la familia. Cuando yo sólo tenía cuatro años, mi madre enfermó de tuberculosis. Convivimos con esa enfermedad durante mucho tiempo.

Como era muy pequeño, no entendía muy bien lo que pasaba, pero recuerdo que mi madre se tenía que sentar a menudo para descansar. Poco a poco, se iba quedando postrada en la cama durante largas temporadas. A veces me sentaba al lado de su cama y le contaba cuentos que yo mismo había inventado.

Un día la encontré inclinada sobre el banco de la cocina, con un violento ataque de tos. Al ver que tosía sangre, me enfadé tanto que empecé a destruir todo lo que encontré en la cocina: platos, tazas, vasos, todo lo que tuve a mano. En ese momento, comprendí que ella iba a morir.

También recuerdo que mi padre entró en mi habitación un domingo por la mañana temprano, antes de que los demás se hubieran despertado.

—Albert —dijo—. Tú y yo tenemos que hablar, porque ya no falta mucho tiempo para que tu madre muera.

—¡No va a morir! —grité enfurecido—. ¡Estás mintiendo!

Pero no mentía. Sólo permaneció con nosotros algunos meses más. Aunque era muy pequeño, me acostumbré a vivir con la idea de la muerte mucho antes de que llegara. Notaba que mi madre se iba quedando cada vez más pálida y delgada. Siempre tenía fiebre.

Lo que mejor recuerdo es el entierro. Tanto mis dos hermanos como yo tuvimos que pedir prestada ropa de luto a amigos del pueblo. Fui el único que no lloré; estaba tan enfadado con mamá porque nos había abandonado que no derramé ni una lágrima. Desde entonces, siempre he pensado que la mejor medicina contra el dolor del alma es el enfado...»

El viejo me miró, como si supiera que también yo llevaba dentro un gran dolor.

«Así mi padre tuvo que ocuparse de cinco hijos», prosiguió. «Al principio, nos arreglamos bastante bien. Además de trabajar en la pequeña granja, mi padre también se convirtió en el jefe de Correos del pueblo. En aquellos tiempos, Dorf sólo tenía doscientos o trescientos habitantes. Mi hermana mayor, que tenía trece años cuando murió mi madre, empezó a ocuparse de la casa, y yo, que era demasiado pequeño para ayudar, pasaba mucho tiempo solo. Con frecuencia, iba al cementerio y me sentaba delante de la tumba de mi madre a llorar. Todavía no le había perdonado haber muerto.

Pronto, mi padre comenzó a beber, primero sólo los fines de semana, pero al cabo de poco tiempo, también todos los días. Primero perdió el puesto en Correos, más tarde también la granja comenzó a decaer. Mis dos hermanos se fugaron a Zurich antes de hacerse adultos. Yo seguía solo como siempre.

Con el tiempo, la gente empezó a molestarme diciéndome que mi padre siempre estaba «alegre». Si le encontraban completamente borracho en el pueblo, alguien le solía ayudar a meterse en la cama. Pero el que recibía el castigo era yo. Al parecer, siempre era yo el que tenía que pagar por la muerte de mi madre.

Finalmente, encontré un buen amigo: Hans el Panadero. Era un anciano de pelo blanco, que había llevado la pequeña panadería del pueblo durante muchísimos años. Pero no se había criado en Dorf, razón por la cual siempre fue considerado forastero. Además, era un hombre de pocas palabras. La gente del pueblo opinaba que nadie le conocía bien.

Hans el Panadero había sido marinero, pero se había establecido de panadero en el pueblo al volver tierra adentro, tras haber pasado muchos años en el mar. Cuando andaba por la panadería en camiseta —lo que no era muy frecuente—, mostraba cuatro grandes tatuajes en los brazos. Eso le convirtió en un hombre algo misterioso a nuestros ojos. Nadie más en Dorf tenía tatuajes.

Recuerdo especialmente el tatuaje de una mujer sentada sobre un gran ancla. Debajo del tatuaje ponía “MARÍA”. Circulaban muchas historias sobre ella. Unos decían que había sido su novia, y que había muerto

de tuberculosis antes de cumplir los veinte años. Otros decían que Hans el Panadero había matado a una mujer alemana que se llamaba María, y que por eso se había instalado en Suiza...»

Me parecía que Albert me miraba como si supiera que también yo me había fugado por una mujer. ¿¡No creería que yo la había matado!?, pensé.

Añadió:

«También había quien decía que *María* era el nombre de un barco con el que había navegado, pero que había naufragado en algún lugar del gran Atlántico.»

Albert se levantó y cogió un gran queso de cabra y un pan. También puso sobre la mesa dos vasos y una botella de vino.

—¿Te aburro, Ludwig? —me preguntó.

Dije enérgicamente que no con la cabeza, y el viejo panadero prosiguió:

«Como yo era una especie de “niño callejero”, me quedaba parado de vez en cuando delante de la panadería de la calle Waldemar. Tenía hambre, y me parecía que el hambre se aliviaba mirando los panes y las pastas. Un día, Hans el Panadero me hizo una señal para que entrara en la panadería, y me dio un gran trozo de bizcocho de pasas. Desde ese día tenía un amigo. Ese día empieza mi era, Ludwig.

Desde entonces pasaba muy a menudo a ver a Hans el Panadero. Creo que pronto descubrió lo solo que me encontraba, totalmente abandonado a mi suerte. Si tenía hambre, me daba un trozo de un pan recién hecho, otras veces, me regalaba succulentos pasteles y alguna que otra botella de refresco. Como compensación, empecé a hacer pequeños recados para él, y antes de cumplir los trece años, me había convertido en aprendiz de panadero. Pero eso fue después de muchos y largos años. Antes de eso, todo fue revelado. Entonces yo ya me había convertido en su hijo.

Ese mismo año murió mi padre. Supongo que habría que decir que la bebida lo mató. Hasta el final, hablaba de que se encontraría con mi madre en el cielo. Mis dos hermanas se habían casado y vivían lejos de Dorf, y de mis dos hermanos no sé nada hasta la fecha...»

Por fin, Albert echó vino en los vasos. Se acercó a la chimenea a vaciar la ceniza de su pipa. Luego la llenó de tabaco y la volvió a encender. La habitación se inundó de grandes y densas nubes de humo.

«Hans el Panadero y yo nos convertimos en un apoyo el uno para el otro. En una ocasión, también actué como mi protector, cuando cuatro o cinco chicos se lanzaron sobre mí fuera de la panadería. Me habían tirado al suelo a puñetazos. Por lo menos, así es como lo recuerdo ahora. Yo ya sabía, desde hacía mucho tiempo, por qué era posible que sucedieran esas cosas. Era el castigo que merecía porque mi madre había muerto y mi padre era un borracho. Pero ese día Hans el Panadero salió hecho una furia. Fue algo que no olvidaré jamás, Ludwig. Me separó de ellos y les pegó a todos, ni uno se libró de algún que otro rasguño. Quizá estuviera más violento de lo estrictamente necesario, pero, desde ese día, nadie volvió a atreverse a hacerme nada.

Bueno, esa pelea fue, en muchos aspectos, un momento crucial en mi vida. Hans el Panadero me hizo entrar en la panadería, sacudió su delantal blanco y abrió una botella de refresco que puso sobre el mostrador de mármol.

—¡Bebe! —me ordenó.

Hice como me dijo, y me pareció que ya me había recompensado con creces por la pelea.

—¿Te ha gustado? —me preguntó, casi sin dejarme acabar el primer sorbo de la dulce bebida.

—Muchas gracias —contesté sin más.

—Si este refresco te ha sabido bien, te prometo que un día te ofreceré una bebida que te sabrá mil veces mejor.

Yo pensaba, claro está, que estaba bromeando, pero nunca olvidé esa promesa. Fue por la manera en que lo dijo; y también por la propia situación. Él estaba todavía acalorado por el esfuerzo que había hecho fuera en la calle. Además, Hans el Panadero no solía bromear...»

Albert Klages balbuceó y tosió. Pensé que se le había metido el humo por la garganta, pero debió de ser simplemente por la excitación. Me miró por encima de la mesa, con sus ojos negros algo entornados:

—¿Tienes sueño, chico? ¿Quieres que sigamos otro día?

Bebí un sorbo de vino y negué con la cabeza.

«Yo no tenía más que doce años entonces», prosiguió ensimismado. «Los días transcurrían como antes, pero ya nadie en el pueblo se atrevía a meterse conmigo. Yo visitaba constantemente al panadero. Algunas

veces charlábamos, otra veces se limitaba a darme un trozo de rosquilla antes de volver a enviarme a la calle. Lo veía muchas veces muy callado; pero, otras, me contaba emocionantes historias sobre el mar. Así aprendí muchas cosas de lejanos países.

Siempre era yo quien pasaba a verle a la panadería. No me encontré jamás con él en otro sitio. Pero un frío día de invierno, cuando estaba sentado tirando piedras al hielo de la calle Waldemar, apareció de repente a mi lado.

–Estás creciendo, Albert –se limitó a decir.

–Cumpliré trece años en febrero.

–Bueno, bueno, creo que ha llegado el momento. Dime ¿crees que ya eres lo suficientemente mayor como para guardar un secreto?

–Guardaré todos los secretos que me quieras contar hasta el día en que me muera.

–Eso pensaba yo. Y es importante, hijo mío, porque a lo mejor no me queda mucho tiempo de vida.

–Claro que sí –me apresuré a contestar–. Te queda mucho tiempo.

De repente, me quedé helado; tan helado como el hielo y la nieve que me rodeaban. Era la segunda vez en mi vida que me veía obligado a recibir un mensaje de muerte.

Hizo como si no me hubiera oído, y siguió diciendo:

–Sabes dónde vivo, Albert. Quiero que vayas a mi casa esta noche.»

SIETE DE PICAS

...un misterioso planeta...

Tenía que forzar tanto la vista para poder leer el libro del panecillo que, después de un párrafo tan largo, me escocían los ojos. Las letras eran tan minúsculas que a veces me preguntaba si no me estaría inventando alguna que otra cosa.

Estuve un rato pensando en Albert, que había perdido a su madre, y que además tenía un padre que a veces estaba algo «alegre», mientras desfilaban ante mis ojos las enormes cumbres montañosas. Al cabo de un rato, mi viejo dijo:

–Nos estamos acercando al famoso túnel de San Gotardo. Creo que atraviesa ese enorme macizo montañoso que ves allí delante.

Me dijo que el túnel de San Gotardo era el túnel más largo del mundo. Tenía una longitud de más de 16 km y había sido inaugurado hacía pocos años. Durante más de un siglo, había sido un túnel de ferrocarril, y antes de eso, el puerto de San Gotardo fue un lugar de paso muy transitado por frailes, piratas y otras gentes que viajaban entre Italia y Alemania.

–De modo que siempre ha sido un punto muy concurrido –dijo para terminar. Al instante siguiente nos encontrábamos ya dentro del larguísimo túnel.

Tardamos unos quince minutos en atravesarlo, y ya al otro lado, pasamos por una pequeña ciudad que se llamaba Airolo.

–Oloria –dije.

Era una especie de juego al que había estado jugando desde que atravesamos Dinamarca. Leía todos los nombres y señales de tráfico al revés, para ver si escondían alguna palabra secreta o algún mensaje oculto. Algunas veces me salía mejor que otras. «Roma», por ejemplo, se convertiría en «amor», y eso me parecía muy adecuado.

«Oloria» tampoco estaba mal. Sonaba a nombre de un país de cuento. Si entornaba los ojos, me era fácil imaginarme pasando por ese país, justo en ese instante.

Continuamos por un valle poblado de pequeñas granjas con cercas de piedra, y pronto cruzamos un río llamado Tesino. Cuando mi viejo se percató, oleadas de mar inundaron sus ojos, cosa que no le había sucedido desde que pasamos por Hamburgo.

Frenó bruscamente, se apartó de la carretera y detuvo el coche. Luego salió como un cohete, señalando el brillante río que fluía entre las altas laderas del valle.

Cuando yo salí del coche, ya le había dado tiempo a encenderse un cigarrillo. Dijo:

–Por fin estamos junto al mar, hijo mío. Noto el olor a algas y alquitrán.

Mi viejo siempre solía decir cosas así de sorprendentes pero, esta vez, me temí que se le hubieran cruzado los cables por completo. Y lo que más miedo me dio fue que no dijo nada más. Por lo visto, afirmar que habíamos llegado al mar era lo único que tenía que decir.

Yo sabía muy bien que seguíamos en Suiza y que ese país no tiene costa. Pero aunque no hubiera tenido ni idea de geografía, las altas montañas eran prueba evidente de que nos encontrábamos lejos del mar.

–¿Estás cansado? –pregunté.

–En absoluto –contestó y volvió a señalar el río–. Me temo que no te he contado gran cosa sobre el tráfico fluvial en el centro de Europa, y ese fallo lo voy a reparar inmediatamente.

Me debió de ver tal cara de susto que añadió:

–Tranquilo, Hans Thomas; aquí no hay piratas.

Señalando las montañas, continuó:

–Acabamos de atravesar la sierra de San Gotardo, donde nacen muchos de los ríos más grandes de Europa. Aquí recoge el Rin sus primeras gotas; aquí tiene su origen el Ródano, y, como puedes ver, el Tesino, que un poco más abajo confluye con el río Po y, más adelante, desemboca en el mar Adriático.

Empecé a entender por qué de repente había comenzado a hablar del mar, pero para confundirme aún más, siguió:

–Ya te he dicho que el Ródano también tiene su origen aquí –dijo señalando de nuevo las montañas–. Ese río atraviesa Ginebra y fluye por Francia, antes de desembocar finalmente en el Mediterráneo, a unos veinte o treinta kilómetros al oeste de Marsella. Y luego tenemos el Rin, que discurre por Alemania y Holanda, antes de desembocar en el mar del Norte. Pero hay muchos más ríos, ¿sabes?, y todos nacen aquí arriba, en los Alpes.

–¿Y por estos ríos navegan barcos? –pregunté, queriendo pillarle.

–Claro que sí, hijo mío. Pero no sólo navegan por los ríos, ¿sabes?. También navegan *entre* ellos.

Se encendió otro cigarrillo, y volví a preguntarme si había perdido ya del todo la cabeza. A veces tenía miedo de que la bebida le atacara el cerebro.

–Por ejemplo, si navegas por el Rin –continuó–, en realidad estás navegando por el Ródano, el Sena y el Loira a la vez, y también por muchos otros ríos importantes. Así tienes acceso a todos los grandes puertos del mar del Norte, de la costa Atlántica y del Mediterráneo.

–¿Pero no son precisamente las altas montañas las que separan los ríos? –pregunté.

–Sí, sí. Y las montañas están muy bien mientras se pueda navegar entre ellas.

–¿Pero de qué estás hablando? –le interrumpí; a veces, cuando se expresaba en clave me irritaba.

–Canales. ¿No sabías que se puede navegar desde el mar Báltico hasta el mar Negro sin acercarse ni al Atlántico ni al Mediterráneo?

Me limité a negar con la cabeza; me daba por vencido.

–Puedes llegar hasta el mar Caspio, es decir, muy adentro de Asia –dijo ya muy excitado.

–¿Es cierto?

–¡Pues claro que sí! Es tan cierto como el túnel de San Gotardo, aunque ese túnel también resulte bastante increíble.

Me quedé un instante mirando río abajo, y entonces a mí también me pareció notar un lejano olor a algas y alquitrán.

–¿Qué aprendéis en el colegio, Hans Thomas?

–A estarnos quietos. Y resulta tan difícil que necesitamos años para aprender.

–Vale... ¿Pero crees que te habrías estado quieto si tu profe te hubiera hablado de las vías fluviales de Europa?

–Probablemente –dije–. Sí, estoy seguro.

Con esto, se acabó el descanso para fumar. Seguimos valle abajo, a lo largo del río Tesino. Primero pasamos por Bellinzona, una gran ciudad con tres enormes castillos medievales. Después de que mi viejo me diera una pequeña conferencia sobre los Cruzados en la Edad Media, dijo:

–Sabes que me interesa bastante el espacio, Hans Thomas. Lo que más me interesa son los planetas, y, sobre todo, los planetas con vida.

No contesté. Tanto él como yo sabíamos muy bien que esos temas le apasionaban.

–¿Sabías que acaban de descubrir un misterioso planeta donde viven millones de seres inteligentes que andan sobre dos patas y que miran el planeta a través de dos lentes vivas?

Tuve que admitir que todo eso me era totalmente desconocido.

–Ese pequeño planeta está unido mediante una compleja red de líneas, sobre las que esos tipos tan listos ruedan dentro de unos vagones de colores.

–¿De verdad?

–¡Claro que sí! Y en ese mismo planeta, esos enigmáticos seres han levantado enormes edificios de más de cien plantas; y, por debajo de esas construcciones, han excavado larguísimos túneles por los que pueden desplazarse con unos artilugios eléctricos que se mueven sobre raíles.

–¿Estás completamente seguro?

–Completamente.

–¿Pero... por qué nunca he oído hablar de ese planeta?

–Bueno... En primer lugar, no hace tanto tiempo que se ha descubierto, y además, me temo que lo ha descubierto mucha gente, aparte de mí.

–¿Dónde está?

En ese momento mi viejo pisó fuerte el freno y detuvo el coche al lado de la carretera.

–¡Aquí! –contestó, y dio un golpe con la palma de la mano en el salpicadero del coche–. Éste es el extraño planeta, Hans Thomas. Y nosotros somos esos seres inteligentes que van rodando en un Fiat rojo.

Durante unos instantes, me sentí muy ofendido porque me había tomado el pelo. Pero, de repente, entendí lo fantástico que es este planeta nuestro, y enseguida le perdoné.

–Los humanos hubieran enloquecido si los astronautas hubiesen descubierto otro planeta con vida –afirmó finalmente mi viejo–. Lo que pasa es que no se dejan asombrar por su propio planeta.

Se calló durante un largo rato, y aproveché para seguir leyendo a escondidas el libro del panecillo.

No era fácil aclararse entre todos esos panaderos de Dorf. Pero pronto me di cuenta de que Ludwig era el que había escrito el libro del panecillo, y Albert el que había contado a Ludwig lo que le ocurrió cuando era pequeño e iba a visitar a Hans el Panadero.

OCHO DE PICAS

...como un torbellino de países lejanos...

Albert Klages levantó el vaso y bebió un sorbo de vino.

Mirando su anciano rostro, me resultaba curioso pensar que ese hombre hubiera sido un día aquel niño desamparado que había perdido a su madre. Intenté imaginarme aquella extraña relación que se había ido entablando entre él y Hans el Panadero.

Yo también me sentía solo y abandonado cuando llegué a Dorf, pero él, que me recibió entonces, había sido tan desgraciado como yo.

Albert volvió a dejar el vaso sobre la mesa, y removió la leña en la chimenea con el atizador, antes de proseguir:

«Toda la gente de Dorf sabía que Hans el Panadero vivía en una cabaña de madera en las afueras de Dorf. Corrían muchos rumores sobre cómo era la cabaña por dentro, pero no creo que nadie hubiera entrado nunca en su casa. Por eso, no era de extrañar que sintiera cierto cosquilleo en el estómago, cuando aquella noche de invierno subía las nevadas cuestas que conducían a casa de Hans. Yo era la primera persona que iba a tener acceso a la casa del enigmático panadero...

Sobre las montañas del este, se dibujaba una blanca luna llena y ya habían aparecido las primeras estrellas en el cielo de la tarde.

Subiendo la última cuesta, me volví a acordar de que Hans había dicho que un día me iba a dar a probar una bebida mil veces mejor que el refresco que me dio después de la gran pelea. ¿Tendría algo que ver esa bebida con el gran secreto?

Pronto divisé la casa en lo alto de la colina, y como seguramente ya habrás adivinado, Ludwig, esa casa es la misma en la que te encuentras ahora.»

Asentí con la cabeza y el viejo panadero continuó:

«Dejé atrás la fuente, crucé el patio, que estaba cubierto de nieve, y llamé a la puerta. Hans el Panadero contestó:

–¡Entra, hijo!

Recuerda que yo no tenía más que doce o trece años en aquella época. Vivía todavía en la granja con mi padre, y me resultaba muy extraño que otro hombre me llamara “hijo”.

Entré y fue como adentrarme en otro mundo. Hans el Panadero estaba sentado en una gran mecedora, y por toda la sala, había peceras con peces de colores. Una franja del arco iris resplandecía en cada rincón.

Pero no sólo había peces de colores. Permanecí de pie durante mucho rato, viendo cosas que no había visto jamás. Hasta muchos años más tarde, no fui capaz de dar nombre a todo lo que vi.

Había botellas con barcos dentro, caracolas, estatuas de Buda y piedras preciosas, boomerangs y muñecas negras, viejos sables y espadas, cuchillos y pistolas, pufs persas y mantas indias de lana de llama. Me fijé especialmente en una extraña figura de cristal de un animal, que tenía la cabeza puntiaguda y seis patas. Era todo como un torbellino de países lejanos. A lo mejor había oído hablar de alguno de aquellos objetos, pero yo aún no había visto ninguna fotografía.

El ambiente que se respiraba en el interior de la pequeña cabaña, era muy distinto del que me había imaginado. Era como si ya no estuviera en casa de Hans el Panadero, sino en la de un viejo marino. Había varias lámparas de aceite encendidas –muy distintas de los quinqués que yo conocía–, que deberían de proceder de algún barco.

El viejo me invitó a sentarme en una silla junto a la chimenea, y era precisamente la silla en la que estás sentado tú ahora, Ludwig. ¿Entiendes?»

Volví a asentir con la cabeza.

«Antes de sentarme en la silla, di una vuelta por la sala, mirando los peces de colores. Algunos eran rojos, amarillos y naranjas, otros eran verdes, azules y malvas. El único pececito de ese tipo que había visto antes, era el que nadaba dentro de una pecera que había encima de una mesa en la trastienda de la panadería. A menudo me había quedado mirando ese pececito, mientras Hans amasaba sus panes.

–¡Cuántos peces tienes! –exclamé mientras cruzaba la habitación para ir hacia él–. ¿Vas a decirme dónde los has capturado?

Dijo riéndose:

–Todo a su debido tiempo, hijo, todo a su debido tiempo. Dime, ¿te gustaría convertirte en el panadero de Dorf, el día que yo desaparezca?

Aunque sólo era un niño, esa idea ya me había pasado por la cabeza. No tenía a nadie más en el mundo que a Hans el Panadero y su panadería. Mi madre había muerto, mi padre ya había dejado de preocuparse por mis idas y venidas, y todos mis hermanos se habían marchado de Dorf.

–Ya había decidido ser panadero –dije solemnemente.

–Eso me parecía, replicó el viejo pensativo–. Hmm... Entonces, también tendrás que cuidar de mis peces. Y eso no es todo. También guardarás el secreto de la bebida púrpura.

–¿La bebida púrpura?

–Eso, y todo lo demás, hijo mío.

–Cuéntame lo de la bebida púrpura.

Levantó sus blancas cejas y susurró:

–Primero hay que probarla, chico.

–¿Y no puedes decirme a qué sabe?

Negó con su vieja cabeza.

–Los refrescos normales saben a naranja, pera o frambuesa, y ya está. Eso no ocurre con la bebida púrpura, Albert. Esa bebida sabe a todo eso a la vez, y también a frutas y a bayas que jamás has probado.

–Entonces será muy buena –dije.

–¡Más que buena! Los refrescos normales solamente dejan sabor en la boca... primero en la lengua y en el paladar, y luego un poco en la garganta. Pero la bebida púrpura también deja sabor más arriba, en la nariz y la cabeza, y más abajo, hasta las piernas, y también en los brazos.

–Creo que estás bromeando.

–¿Eso crees?

El viejo parecía perplejo, así que decidí preguntarle algo más fácil de contestar.

–¿De qué color es?

Hans el Panadero se echó a reír.

–Cuánto preguntas, chico; eso me gusta, pero no siempre resulta fácil contestarte; será mejor que te la enseñe.

Dicho esto, se levantó y fue hacia la puerta que daba a un pequeño dormitorio. También allí había una gran pecera de cristal, con un pez de colores dentro. El viejo sacó una escalera de debajo de la cama, y la colocó contra la pared. En el techo vi una trampilla que estaba cerrada con un grueso candado.

El panadero subió por la escalera y abrió la trampilla con una llave que sacó del bolsillo de la camisa.

–Ven conmigo, hijo –exclamó–. Aquí no ha pisado nadie más que yo, desde hace más de cincuenta años.

Le seguí al interior del desván.

Por el tejado, a través de una pequeña claraboya, se filtraba la luz de la luna, que se posaba sobre viejos baúles y campanas de barco, cubiertos por una espesa capa de polvo y telarañas. Pero no era sólo la luna lo que iluminaba el oscuro desván. La luz de la luna era azul, pero allí se veía un maravilloso resplandor de todos los colores del arco iris.

Hans el Panadero se paró en el último rincón del desván y señaló una vieja botella debajo del techo abuhardillado. Irradiaba una luz tan indescritiblemente hermosa y brillante que tuve que taparme los ojos. El vidrio de la botella era transparente, pero lo que había dentro era rojo y amarillo, verde y malva, o de todos los colores a la vez.

Hans levantó la botella y entonces vi que su contenido parecía un diamante líquido.

–¿Qué es eso? –murmuré tímidamente.

La expresión del viejo panadero se endureció.

–Eso, chico, es la bebida púrpura. Son las últimas gotas que quedan en el mundo.

–¿Y eso otro? –dije señalando una cajita de madera, que contenía un montón de naipes tan viejos y sucios que casi no se distinguían las figuras. Encima del montón estaba el ocho de picas. Apenas se podía distinguir el número ocho en el extremo superior izquierdo del naipe.

Se puso el dedo índice sobre la boca y susurró:

–Son los naipes del solitario de Frode, Albert.

–¿¡Frode!? –exclamé.

–Frode, sí. Pero esa historia la dejamos para otro día. Ahora vamos a bajar la botella a la sala.

El anciano cruzó el desván llevando la botella en la mano. Parecía un gnomo con una linterna. La única diferencia era que esa linterna no era capaz de decidirse por una luz roja, verde, amarilla o azul. Salpicaba manchitas de colores por todo el desván, como si hubiera cientos de minúsculos faroles danzando.

De vuelta en la sala, el panadero puso la botella sobre la mesa que había delante de la chimenea. Sus colores se reflejaban en los exóticos objetos de la habitación. La estatua de Buda se volvió verde; un viejo revólver, azul; y un boomerang, completamente rojo.

–¿Es la bebida púrpura?

–Las últimas gotas. Sí. Y menos mal, Albert, porque esta bebida es tan deliciosa que resulta peligrosa, y podría ser terrible si se vendiera en una tienda.

Se levantó y volvió con una copita, en la que vertió algunas gotas. Se quedaron centelleando en el fondo, como cristales de nieve.

–Basta –dijo.

–¿No me das más? –pregunté sorprendido.

El viejo negó con la cabeza.

–Un pequeño sorbo es más que suficiente, porque el sabor de una sola gota de bebida púrpura dura horas.

–Entonces, podría beber un poco ahora y otro poco mañana por la mañana –sugerí.

Hans el Panadero volvió a decir que no.

–No, no. Una gota ahora, y luego nunca más. Esa gota te sabrá tan bien que sentirás tentaciones de robar el resto. Por eso, en cuanto te hayas marchado, volveré a guardar la bebida bajo llave en el desván. Cuando acabe de contarte la historia de los naipes de Frode, te alegrarás de que no te haya dado toda la botella.

–¿Tú la has probado alguna vez?

–Una vez, sí. Pero hace más de cincuenta años.

Hans el Panadero se levantó de su silla, cogió la botella con el diamante líquido, y la metió en el pequeño dormitorio.

Cuando volvió, puso su brazo alrededor de mi hombro, y dijo:

–Bebe ya. Éste es el momento más grande de tu vida, hijo mío. Siempre lo recordarás, pero jamás volverá a repetirse.

Levanté la copa y bebí las brillantes gotas que estaban en el fondo. En cuanto la primera gota me rozó la punta de la lengua, me invadió una oleada de placer. Primero sentí todos los buenos sabores que había saboreado antes en mi corta vida, y luego, otros mil sabores diferentes invadieron mi cuerpo.

Fue como lo había descrito Hans el Panadero: empezó en la boca, es decir, primero, en la punta de la lengua, pero luego me supo a fresa y frambuesa, a manzana y plátano, tanto en los brazos como en los pies. En la punta del dedo meñique de la mano, noté sabor a miel; en uno de los dedos del pie, a peras en conserva; y en la espina dorsal me supo a crema de vainilla. En todo el cuerpo sentí el aroma a mi madre. Era un olor que había olvidado, pero que había añorado durante todos esos años desde que murió.

Cuando el primer huracán de sabores había cesado, fue como si el mundo entero estuviera dentro de mi cuerpo, como si yo fuera el cuerpo del mundo. Sentí de repente que todos los bosques y lagos, montañas y campos, formaban parte de mi propio cuerpo. Aunque mi madre estaba muerta, era como si ella estuviera en algún lugar allí fuera...

Al mirar la pequeña figura verde de Buda, me pareció que empezaba a reírse. Volví a mirar las dos espadas que colgaban cruzadas en la pared; ahora era como si estuvieran practicando esgrima ellas solas. Sobre un

gran armario, estaba la botella con el barco que había visto nada más entrar en la cabaña de Hans. Ahora tuve la sensación de encontrarme a bordo del viejo velero, navegando hacia una exuberante isla que se divisaba a lo lejos.

—¿A qué sabe? —oí que decía una voz. Era la de Hans el Panadero. Se inclinó sobre mí y me tiró amistosamente del pelo.

—Hmm... —dije simplemente, pues no sabía qué contestar.

Y hasta hoy, sigo sin saber. Ignoro cómo describir el sabor de la bebida púrpura, habría que decir que sabía a todo. Sólo sé que, aún hoy, se me saltan las lágrimas al recordar lo buena que estaba.»

NUEVE DE PICAS

**...siempre veía cosas extrañas, a las que
los demás estaban ciegos...**

Mientras estaba leyendo lo de la bebida púrpura, mi viejo había intentado varias veces iniciar una conversación, pero esa bebida estaba tan buena que era incapaz de dejar el libro del panecillo. A veces me veía obligado, por pura cortesía, a mirar por las ventanillas del coche, y contemplar alguna vista que él me señalaba.

–¡Estupendo! –decía yo, o–: ¡Precioso!

Una de las cosas en que me hizo fijarme mi viejo, mientras yo andaba por el desván de Hans el Panadero, era en que todas las señales y nombres a lo largo de la carretera estaban escritos en italiano. Estábamos atravesando la parte italiana de Suiza, lo que era evidente no sólo por los nombres. Mientras leía, observaba que, en el valle por el que pasábamos, había flores y árboles propios de países mediterráneos.

Mi viejo, que había estado en todos los continentes, hacía toda clase de comentarios sobre la vegetación.

–¡Mimosas! –exclamaba–. ¡Magnolias! ¡Rododendros! ¡Azaleas! ¡Cerezos japoneses!

También vimos palmeras mucho antes de pasar la frontera de Italia.

–Nos estamos acercando a Lugano –dijo mi viejo justo cuando dejé el libro del panecillo.

Sugerí que hiciéramos noche allí, pero mi viejo dijo que no.

–Habíamos acordado llegar a Italia –replicó–. No queda mucho, y todavía es muy temprano.

Lo que sí hicimos fue tomarnos un largo descanso en Lugano. Primero dimos una vuelta por las calles y los distintos parques y jardines característicos de esa ciudad. Yo llevaba la lupa e iba haciendo observaciones botánicas, y mi viejo se compró un periódico inglés y se encendió un cigarrillo.

Estudí dos árboles que eran muy distintos. Uno tenía grandes flores rojas, y el otro, tenía unas flores amarillas más pequeñas. Las flores también tenían una forma completamente diferente, y sin embargo, era evidente que los dos árboles pertenecían a la misma familia, porque, al observar sus hojas con la lupa, vi que los nervios y texturas eran casi idénticos.

De repente oímos un ruiseñor. Gorjeaba, silbaba y trinaba tan maravillosamente que

estuve a punto de echarme a llorar de emoción. Mi viejo estaba tan impresionado como yo, pero a él le dio por reírse.

Hacía tanto calor que me compró dos helados sin que tuviera que animarle a filosofar. Intenté engañar a una gran cucaracha para que subiera al palo del helado y poder examinarla con la lupa, pero justamente aquella cucaracha tenía pánico al doctor.

–Las cucarachas aparecen en cuanto la temperatura sube por encima de los treinta grados –dijo mi viejo.

–Y vuelven a desaparecer en cuanto huelen un palo de polo –repliqué yo.

Antes de volvernos a meter en el coche, mi viejo compró una baraja, lo que hacía con la misma frecuencia con que otros se compran una revista. No le gustaba especialmente jugar a las cartas, ni tampoco hacer solitarios, eso me lo dejaba a mí. Así que tengo que explicar esas compras.

Mi viejo trabajaba de mecánico en un gran taller de Arendal. Además de ocuparse de su trabajo, siempre había estado obsesionado por las cuestiones trascendentales. Las estanterías de su habitación estaban rebosantes de libros más o menos desgastados sobre distintos temas filosóficos. Pero tenía un hobby normal y corriente. Aunque... no sé hasta qué punto era normal y corriente.

Mucha gente colecciona piedras, monedas, sellos o mariposas. También mi viejo tenía una de esas manías: coleccionaba comodines. Lo hacía desde mucho antes de que yo naciera, creo que empezó cuando era marinero. Tenía un cajón lleno de comodines diferentes.

Cuando veía a alguien jugar a las cartas, iba a pedirle un comodín. Era capaz de acercarse a desconocidos que estuvieran jugando en un café, o en el borde de un embarcadero, y pedirles un comodín, si no les hacía falta para el juego. La mayoría buscaba el comodín y se lo daba inmediatamente, pero otros se le quedaban mirando como si quisieran decirle que hay mendigos muy extraños en este mundo. Algunos respondían a su petición con un cortés «no», y otros le contestaban groseramente. A veces, me sentía como un niño gitano utilizado contra su voluntad para pedir limosna.

Naturalmente, me preguntaba a qué podía deberse ese hobby tan original. Mi viejo conseguía, de ese modo, coleccionar una carta de todas las barajas con las que se topaba. En ese sentido, su hobby era similar a los que consistían en coleccionar una postal de todas las ciudades del mundo. Era evidente que los únicos naipes que podía conseguir eran los comodines. No podía coleccionar nueves de picas o reyes de tréboles, por ejemplo, porque no se iba a acercar a pedir el rey de tréboles o el nueve de picas a un grupo que estuviera jugando al bridge.

La clave estaba en que casi todas las barajas tienen dos comodines. A veces habíamos encontrado hasta tres y cuatro, pero por regla general solía haber dos. Además, no hay muchos juegos que precisen del comodín, y las pocas veces que se usan, suele bastar con uno. No obstante, el interés de mi viejo por los comodines tenía una causa más profunda que esas cuestiones meramente prácticas.

Mi viejo se consideraba un comodín. Lo decía muy pocas veces, pero yo sabía desde hacía mucho tiempo que se consideraba un comodín de la baraja.

El comodín es un pequeño bufón, distinto a todos los demás. No es ni trébol ni diamante, ni corazón ni pica. Tampoco es un ocho o un nueve, ni rey ni reina. Es el que se queda fuera de todo aquello de lo que los demás forman parte. Está dentro de la misma caja, con todos los demás naipes, pero no es como ellos. Por lo tanto, puede ser retirado sin que nadie lo eche de menos.

Creo que mi viejo se sentía como un comodín cuando se crió como hijo de alemán en Arendal. Pero eso no era todo: mi viejo era un comodín también en su papel de filósofo. Siempre veía cosas extrañas, a las que los demás estaban ciegos.

De modo que cuando mi viejo compró esa baraja en Lugano, no fue por el interés que tuviera la baraja en sí. Sentía una curiosidad especial por ver cómo era precisamente el comodín de esa baraja. Tenía tanto interés que enseguida abrió el paquete y sacó uno de los comodines.

–Es como había pensado –dijo–. Nunca había visto uno como éste.

Se metió el comodín en el bolsillo de la camisa. Ahora me tocaba a mí:

–¿Me dejas ver la baraja?

Mi viejo me la alcanzó inmediatamente. Era una ley no escrita: cuando compraba una baraja, él se quedaba con un comodín, nunca más de uno, y me daba el resto de las cartas, si tenía tiempo de pedírselas antes de que se hubiera desecho de ellas por otra vía. Así, había conseguido cerca de cien barajas. Como era hijo único, y además no había mamá en casa, era muy aficionado a hacer solitarios, y como no era coleccionista, me parecía que ya tenía suficientes barajas. Por eso algunas veces, cuando mi viejo compraba una, sacaba a toda prisa el comodín y tiraba el resto a la basura. Era más o menos como pelar un plátano y luego tirar la cáscara.

–¡Basura! –exclamaba a veces al separar el grano de la cizaña, y tiraba todo a la papelera.

Por regla general, se libraba de la basura de una manera menos brusca. Si yo no quería la baraja, solía dársela a algún chaval, sin más comentarios. De esa manera, devolvía a la humanidad todos esos comodines que había ido pidiendo a jugadores desconocidos. En mi opinión, la humanidad hizo un buen negocio.

Al arrancar el coche, mi viejo dijo que el paisaje en ese lugar era tan maravilloso que quería dar un pequeño rodeo. En vez de seguir por la autopista de Lugano a Como, fuimos por el lago de Lugano. Y cuando tuvimos medio lago a nuestras espaldas, cruzamos la frontera y entramos en Italia.

Rápidamente comprendí por qué mi viejo había elegido ese camino. Nada más dejar atrás el lago de Lugano, llegamos a otro lago mucho más grande y con mucho tráfico fluvial. Era el lago de Como. Primero pasamos una pequeña ciudad llamada Menaggio.

Oigganem, dije yo. Y luego recorrimos bastantes kilómetros a lo largo del gran lago, antes de llegar a Como, cuando ya se estaba haciendo de noche.

Por el camino, mi viejo iba reconociendo todos los árboles que veíamos.

–Pino –decía–, ciprés, olivo, higuera.

Yo no sabía dónde había aprendido tantos nombres. Yo había oído algunos antes, pero con todos los demás podría haberme engañado, si hubiese querido, porque me eran totalmente desconocidos.

Entre todas esas maravillas naturales, seguí leyendo el libro del panecillo. Tenía muchas ganas de saber dónde había conseguido Hans el Panadero esa fantástica bebida púrpura y, también, todos los pececitos de colores.

Antes de continuar la lectura, hice medio solitario, para poder justificar mi silencio. Le había prometido al amable panadero de Dorf que el libro del panecillo sería un secreto entre nosotros dos.

DIEZ DE PICAS

...islas lejanas que no podía alcanzar con las velas de ese barco...

Cuando volví a casa aquella noche, aún tenía el sabor de la bebida púrpura en el cuerpo. De repente, noté el sabor a cereza en la punta de un oído; en el codo, sentí un rastro de lavanda. También en una de mis rodillas surgió de pronto un ácido sabor a ruibarbo.

La luna se había escondido tras las montañas, y, por encima de ellas, brillaban muchas estrellas; parecía que habían sido derramadas por un salero mágico.

Pensaba que yo era una pequeña persona en la Tierra. Pero en ese momento, cuando todavía llevaba dentro la bebida púrpura, no era sólo un pensamiento. Noté en todo mi cuerpo que este planeta era mi hogar.

Comprendí el peligro de esa bebida. Había despertado en mí una sed que nunca podría apagar del todo. Ya me apetecía más.

Cuando llegué a la calle Waldemar, me encontré a mi padre, que venía tambaleándose del Schöner Waldemar. Le dije que había estado de visita en casa del panadero. Se enfadó muchísimo y me dio un fuerte cachete.

En aquel instante en que todo me parecía tan hermoso, el cachete me dolió tanto que me eché a llorar; al verme, también mi padre se echó a llorar. Me preguntó si le podría perdonar alguna vez. No le contesté; simplemente, me fui con él a casa.

Lo último que dijo mi padre aquella noche antes de acostarse fue que mi madre era un ángel, y que el alcohol era una maldición del diablo. Creo que fue lo último que dijo, antes de que la bebida le ahogara del todo y para siempre.

A la mañana siguiente, me acerqué temprano a la panadería. Ni Hans el Panadero ni yo comentamos nada sobre la bebida púrpura. Era como si no perteneciera al pueblo, sino, más bien, a otro mundo diferente. Pero los dos sabíamos que guardábamos juntos un gran secreto.

Si él me hubiera preguntado de nuevo si yo sería capaz de guardar el secreto, me hubiera puesto muy triste, pero el viejo panadero sabía que no tenía que volvérmelo a preguntar.

Hans se metió en la trastienda para hacer masa de roscón, y yo me senté en una banqueta para observar el pez naranja. Nunca me cansaba de mirarlo. Tenía unos colores preciosos, y nadaba dentro del cristal haciendo de vez en cuando pequeñas zambullidas en el agua, guiado sólo por su propia voluntad interior. Tenía conchitas vivas en todo el cuerpo. Sus ojos eran dos puntitos negros que nunca se cerraban. Sólo su pequeña boca se abría y cerraba constantemente.

Incluso el animal más pequeño es una persona, pensé. Este pececito que nada dentro de la pecera vivirá únicamente esa vez. Y cuando su vida se apagara algún día, ya no volvería jamás.

Cuando me disponía a irme, como hacía siempre después de haber hecho una pequeña visita matutina a Hans el Panadero, el viejo se dirigió a mí y me dijo:

—¿Vienes esta noche, Albert?

Asentí con la cabeza. Él añadió:

—Aún no te he hablado de la isla... y no sé cuántos días de vida me quedan.

Yo me volví hacia él y le abracé.

—No te puedes morir —dije—. ¡Tú nunca te morirás!

–Toda la gente mayor tiene que morir –contestó, apretando con fuerza mi delgado hombro–. Precisamente por eso, es bueno saber que detrás viene alguien que puede continuar donde el viejo tuvo que dejarlo.

Cuando subí aquella noche hasta la cabaña, Hans el Panadero vino a mi encuentro hasta la fuente.

–Ya está colocada de nuevo en su sitio –dijo.

Comprendí que se refería a la bebida púrpura.

–¿Nunca podré volver a probarla?

El viejo arrugó la nariz:

–¡No, jamás!

En ese momento, se mostró firme y severo. Pero yo sabía que tenía razón, nunca más volvería a probar la bebida misteriosa.

–La botella permanecerá en el desván. Y no deberá ser sacada de nuevo hasta dentro de medio siglo, más o menos. Entonces llamará a tu puerta un joven, y a él le tocará probar el dorado brebaje. De ese modo, el contenido de la botella fluirá por muchas generaciones, y algún día el maravilloso arroyo desembocará en el País del Mañana. ¿Lo entiendes, hijo? ¿O es demasiado complicado para un muchacho?

Contesté que lo había entendido, y entramos en la cabaña, donde había tantas cosas extrañas de otros tantos rincones del mundo. Nos sentamos delante de la chimenea como la noche anterior. Había dos vasos sobre la mesa, y Hans el Panadero los llenó con el zumo de arándanos que guardaba en una antigua licorera.

«Yo nací en Lübeck, una fría noche de invierno de enero de 1811», comenzó. «Fue durante las largas guerras napoleónicas. Mi padre era panadero, como yo ahora; pero, desde muy pequeño, yo había decidido ser marinerero. Seguramente la verdad es que me vi obligado a ello, pues éramos ocho hijos y la pequeña panadería de mi padre no daba para mantenernos a todos. Con apenas dieciséis años, en 1826, me embarqué en un gran velero en Hamburgo. El barco se llamaba *María*, y procedía de la ciudad noruega de Arendal.

María fue mi hogar y mi vida entera durante más de quince años. Sin embargo, en el otoño de 1842, navegábamos de Rotterdam a Nueva York con carga común. Teníamos una buena tripulación, pero esa vez, tanto la brújula como el octante, nos engañaron. Creo que cogimos un rumbo demasiado al sur ya desde que salimos del Canal de La Mancha. Debimos de navegar hacia el Golfo de México. Cómo pudo ocurrir, sigue siendo un misterio para mí.

Según todos los cálculos, tras siete u ocho semanas en mar abierto, tendríamos que haber llegado a puerto, pero aún no se veía tierra por ninguna parte. Quizá en ese momento nos encontráramos en algún punto muy al sur de las Bermudas. Una mañana, el viento empezó a soplar fuerte y se convirtió en una tempestad. Fue en aumento y pronto se desencadenó un tremendo huracán.

No sé exactamente lo que ocurrió. Puede que el gran velero naufragara en una de las sacudidas del huracán. Del propio naufragio, sólo tengo recuerdos dispersos, todo ocurrió muy deprisa. Pero sí recuerdo que el velero volcó, y que entraba agua. Uno de mis compañeros cayó al mar y desapareció entre las enormes olas. Y eso es todo. Lo siguiente que recuerdo es que me desperté en un bote salvavidas sobre un mar completamente en calma.

No sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento. Puede que unas horas, quizá varios días. Mi vida comenzó de nuevo en el momento en que desperté en el bote salvavidas. Después supe que el velero naufragó sin dejar rastro ni del barco ni de la tripulación. Yo fui el único superviviente del naufragio.

El bote salvavidas tenía un pequeño cordaje, y debajo de las planchas de proa encontré una vieja lona. Icé la vela e intenté navegar guiándome por el sol y la luna. Pensé que me encontraba en algún lugar de la costa este de América y procuré llevar rumbo hacia el oeste.

Así permanecí a la deriva durante más de una semana, sin otro alimento que agua y galletas. No vi nunca nada que se pareciera al mástil de un barco.

Recuerdo especialmente la última noche. Por encima de mí, las estrellas brillaban como si fueran islas lejanas que no podía alcanzar con las velas de ese barco. Me pareció muy extraño pensar que me encontraba bajo el mismo cielo que mi madre y mi padre en mi casa de Lübeck. Aunque estábamos viendo las mismas estrellas, nos encontrábamos muy lejos los unos de los otros. Pues las estrellas no revelan nada de nadie, Albert. No les importa cómo vivimos nuestras vidas en la Tierra.

Pronto mis padres recibirían la triste noticia de que yo había naufragado con el *María*.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando el cielo de la noche se retiraba, y la aurora aparecía en el

horizonte, vi de pronto un puntito en la lejanía. Primero creí que el puntito era una mota en mi ojo, pero, aunque me froté los ojos hasta hacerme llorar, el puntito permanecía en el mismo sitio. Finalmente comprendí que tenía que tratarse de una isla.

Intenté dirigir el bote hacia allí, pero notaba que una fuerte corriente que procedía de aquel pequeño trozo de tierra que se divisaba a lo lejos me lo impedía. Arrié la vela, busqué un par de remos, me senté de espaldas a la isla, y coloqué los remos en los soportes. Remaba sin cesar, pero tenía la sensación de no avanzar nada. Ante mí se encontraba el inmenso mar, que sería mi tumba si no conseguía llegar hasta la isla. Habían pasado casi veinticuatro horas desde que me había bebido la última ración de agua. Luché contra el mar durante muchas horas, me sangraban las palmas de las manos de agarrar tan fuerte los remos, pero mi única posibilidad de sobrevivir era llegar a aquella isla.

Cuando me volví después de haber remado como un loco durante horas, y miré de nuevo hacia el puntito, se había convertido en una isla, con su contorno claramente definido. Vi una laguna con palmeras. Pero aún no había llegado a mi destino; aún me quedaba mucho trabajo.

Al final vi recompensados mis esfuerzos. Al cabo de muchas horas, entré en la laguna y noté un suave golpe en el bote, al encallar en la arena de una playa.

Me bajé del bote y lo empujé hasta la orilla; después de esos interminables días en el mar, el sentir tierra firme bajo los pies me parecía un cuento de hadas.

Me comí la última ración de galletas, antes de arrastrar el bote entre las palmeras. Lo primero que me pregunté era si en la isla habría agua.

Aunque me encontraba a salvo en un lugar de los mares del sur, no me sentía muy optimista. Enseguida me di cuenta de que la isla debía de estar deshabitada. Además, parecía muy pequeña. Desde donde me encontraba, podía ver cómo se curvaba. Me pareció que podía ver hasta la otra orilla.

No había muchos árboles pero, de repente, oí el canto de un pájaro que provenía de la copa de una palmera. Era el canto de pájaro más hermoso que había oído jamás. Seguramente me pareció tan maravilloso porque fue la primera señal de vida en aquella isla. Tras muchos años en el mar, sabía con certeza que ese pájaro no era un ave marina.

Abandoné el bote y seguí un pequeño sendero para acercarme al pájaro del árbol. Conforme me adentraba en la isla, me parecía que ésta iba creciendo. De repente, descubrí que había más árboles, y ya en el interior, oí el canto de más pájaros. Al mismo tiempo, aunque creo que lo había notado desde el principio, reparé en que muchas flores y arbustos eran distintos a todo lo que había visto hasta entonces.

Desde la playa, sólo había visto siete u ocho palmeras. Más tarde descubrí que el pequeño sendero por el que caminaba continuaba entre altos rosales y desembocaba, más adelante, en un pequeño grupo de palmeras.

Corrí hacia allí, quería hacerme una idea del tamaño de la isla. Cuando llegué hasta ellas, vi que servían de pórtico a un espeso bosque. Miré hacia atrás y aún pude ver la laguna por la que había entrado. A derecha e izquierda, contemplé el Atlántico, que brillaba con luz dorada bajo la intensa luz del día.

Ya no pensaba en nada, sólo estaba obsesionado por saber dónde terminaba el bosque. Empecé a correr entre los frondosos árboles. Cuando llegué al otro lado, me encontré con que por todas partes se levantaban empinadas cuestas. Ya no podía ver el mar.»

JOTA DE PICAS

...como castañas pulidas...

Estuve leyendo el libro del panecillo, hasta que empecé a ver doble. Por fin lo guardé debajo de los tebeos del Pato Donald, y me puse a contemplar el lago de Como.

Me preguntaba por la misteriosa conexión que podía haber entre la lupa y el libro que el panadero de Dorf había metido dentro del panecillo. ¿No era también un misterio que alguien pudiera escribir con una letra tan pequeña?

Cuando entramos en la ciudad de Como, al final del lago, estaba ya oscureciendo. Eso no quiere decir que fuera muy tarde, porque en esa época del año oscurecía antes en Italia que en Noruega. Como íbamos hacia el sur, cada día que pasaba se hacía de noche una hora antes.

Mientras dábamos una vuelta en el coche por esa alegre ciudad, las farolas se encendieron y, de pronto, descubrí una feria. Fue la única vez en todo el viaje que hice todo lo posible por salirme con la mía.

–Podríamos parar a ver esa feria –dije.

–Ya veremos –contestó mi viejo. Había empezado a mirar a derecha e izquierda buscando un sitio donde pasar la noche.

–¡No señor! Vamos a la feria.

Al final cedió, pero con una condición: que primero nos instaláramos. Además, también se empeñó en tomar una cerveza antes de proseguir con la discusión. Así que luego sería imposible ir en coche a ningún sitio².

Afortunadamente, encontramos un hotel a dos pasos de la feria. Se llamaba Mini Hotel Baradello.

–Olledarab Letoh Inim.

Mi viejo me preguntó por qué de repente había empezado a hablar en árabe. Señalé el cartel del hotel, y le entró la risa.

Cuando habíamos subido las cosas a la habitación y mi viejo se había tomado su cerveza, fuimos hacia la feria. En el camino, mi viejo se metió en una tienda y compró dos botellitas de algún licor fuerte.

La feria no estaba mal, pero mi viejo se apuntó únicamente al tren del terror y a la noria. Yo también monté en la montaña rusa, que era guay.

Desde lo alto de la noria pudimos contemplar toda la ciudad y gran parte del lago de

Como. Una vez arriba, nos quedamos balanceando mientras subían nuevos pasajeros. Flotando entre el cielo y la tierra vi de repente a un hombrecillo que estaba abajo mirándonos. Me levanté del asiento señalando al hombrecillo y dije:

–¡Allí está otra vez!

–¿Quién? –preguntó mi viejo.

–El enano, el de la gasolinera, el que me regaló la lupa.

–¡Tonterías! –dijo mi viejo. Pero también él miró hacia abajo.

–Es él –insistí–. Lleva el mismo sombrero. Y es enano, ¿no lo ves?

–En Europa hay muchos enanos, Hans Thomas. Y también muchos sombreros. ¡Siéntate!

Estaba completamente seguro de que se trataba del mismo enano. Además, estaba claro que él también nos miraba a nosotros.

Cuando empezamos a acercarnos de nuevo al suelo, le vi desaparecer a toda prisa entre unas casetas.

Habían dejado de interesarme los cacharros de la feria. Mi viejo me preguntó si quería conducir un auto de choque, pero le di educadamente las gracias y le dije que no.

–Sólo quiero dar una vuelta –añadí.

Lo que no confesé fue que estaba buscando al enano, aunque mi viejo debía de sospechar algo porque, de repente, quería a toda costa que subiera al tiovivo y a otros artilugios mecánicos.

Alguna vez mi viejo me daba la espalda para beber un trago de una de las dos botellitas que había comprado. Creo que hubiese preferido hacerlo mientras yo visitaba el túnel del terror o algo parecido.

En medio de la feria, había una tienda de campaña de cinco lados. Leí las letras al revés:

–Alibis.

–¿Cómo dices? –preguntó mi viejo.

–¡Mira allí!

–Sibila –dijo–. Significa adivina. ¿Quieres que te lea la mano?

No lo dudé ni un instante, me fui derecho a la tienda.

Delante de la entrada había una chica de mi edad muy guapa. Tenía el pelo largo y negro, y los ojos muy oscuros, seguramente era gitana. Era tan hermosa que el mirarla me producía un ligero cosquilleo en el estómago.

La chica se interesó mucho más por mi viejo que por mí. Le miró y preguntó en un inglés con mucho acento:

–*Will you see your future, sir? Only 5.000 lire.*

Mi viejo sacó un billete, me señaló y dio el dinero a la chica. En ese instante, una mujer mayor asomó la cabeza por una abertura de la lona. Ella era la adivina. Me llevé una pequeña decepción al ver que no era la chica la que me iba a leer la mano.

Me metieron en la tienda. Del techo colgaba una lámpara roja. La adivina se sentó

junto a una mesa redonda en la que había una bola de cristal y una pecera con un pequeño pez plateado. También había una baraja.

Me señaló una banqueta para que me sentara. Si no hubiera tenido la seguridad de que mi viejo estaba fuera de la tienda con su botella en la mano, me habría sentido bastante desgraciado.

–Do you speak English, my dear? –preguntó ella primero.

–Of course –contesté.

Cogió la baraja y sacó una carta. Era la jota de picas. Me dijo que cogiera veinte cartas. Luego tuve que barajarlas. Hice lo que me mandó y entonces me dijo que metiera la jota de picas en el montón. Hecho esto, la adivina empezó a colocar las veintiuna cartas sobre la mesa, mirándome fijamente a los ojos.

Las colocó en tres filas, cada una de siete cartas. Señaló la fila de arriba y dijo que representaba el pasado, la del centro, el presente y la de abajo, el futuro. En la fila del centro, volvió a aparecer la jota de picas, ahora al lado de un comodín.

–Amazing –murmuró–. *A very special spread.*

Luego se quedó callada un buen rato. Empecé a pensar que esas cartas eran tan especiales que estaba hipnotizada por ellas, pero finalmente empezó a hablar.

Primero señaló la jota de picas de la fila del centro y luego las cartas que la rodeaban.

–I see a growing boy. He is far away from home.

Hasta ahí no me impresionó mucho; no hacía falta ser adivino para averiguar que yo no era de Como. La gitana siguió:

–Are you not happy, my dear?

No contesté, y ella volvió a mirar las cartas.

Entonces señaló la fila del pasado. Allí estaba el rey de picas y muchas otras cartas también de picas.

–Many sorrows and obstacles in the past.

Levantó el rey de picas y dijo que era mi viejo. Ha tenido una infancia amarga, continuó. Luego dijo un montón de cosas, de las que sólo capté la mitad. En varias ocasiones, mencionó la palabra «grandfather».

–But where is your mother, dear son?

Contesté que estaba en Atenas, pero me arrepentí enseguida de haberle dado tantas pistas. Puede que todo fuera un timo.

–She has been away for a very long time –continuó la adivina.

Señaló la fila de abajo. Allí, a la derecha, estaba el as de corazones, muy lejos de la jota de picas.

–I think this is your mother. She is a very attractive woman... wearing beautiful clothes... in a foreign country far away from the land in the north.

Continuó con sus adivinaciones, aunque yo captaba sólo la mitad de lo que decía. Cuando empezó a hablar del futuro, sus oscuros ojos gitanos brillaban como castañas pulidas.

–I have never seen a spread like this...

Señalando el comodín, que estaba al lado de la jota de picas, añadió:

–Many great surprises. Many hidden things, my boy.

Se levantó y sacudió la cabeza como si estuviera nerviosa. Lo último que dijo fue:

–And it is so close...

La sesión había terminado. La adivina me acompañó hasta el exterior de la tienda y se fue derecha hacia mi viejo para decirle algo al oído. Yo la seguí, y ella puso su mano sobre mi cabeza y dijo:

–This is a very special boy, sir... Many secrets. God knows what he will bring.

Creo que mi viejo estuvo a punto de echarse a reír. Quizás le diera un billete más a la señora sólo para no morir de risa.

Cuando ya nos habíamos alejado bastante de la tienda, la adivina seguía mirándonos.

–Me leyó las cartas.

–¿Ah sí? Le habrás pedido el comodín.

–Estás como una cabra –contesté malhumorado. Me pareció una pregunta casi blasfema–. ¿Quiénes son los gitanos, ellas o nosotros?

Mi viejo se rió con ganas. Por su risa deduje que se había bebido el contenido de las dos botellitas.

De vuelta en el hotel, convencí a mi viejo para que me contara alguna historia sobre piratas de los siete mares.

Durante muchos años navegó entre las Antillas y Europa, y así llegó a conocer a fondo el Golfo de México y también ciudades como Rotterdam, Hamburgo y Lübeck. Pero el barco también hacía otras rutas, y así mi viejo viajó por todos los rincones del mundo. Ya habíamos visitado Hamburgo, y habíamos paseado durante un día entero por la zona portuaria. Al día siguiente, llegaríamos a otro puerto que mi viejo había conocido de joven: el de Venecia. Y cuando finalmente llegáramos a Atenas, quería visitar El Pireo.

Antes de que emprendiéramos ese largo viaje, pregunté a mi viejo por qué no íbamos en avión. Así tendríamos más tiempo para buscar a mamá en Atenas. Pero mi viejo dijo que iríamos en coche, porque el gran objetivo del viaje era traernos a mamá a casa, y sería mucho más fácil empujarla dentro del Fiat que arrastrarla hasta una agencia de viajes y comprarle un billete de avión.

Por otra parte, me pareció que él no tenía mucha fe en que fuéramos a encontrarla. En ese caso, quería pasar, al menos, unas buenas vacaciones. Mi viejo deseaba conocer Atenas desde que era un niño. Cuando estuvo en El Pireo, que está a pocos kilómetros de Atenas, su capitán no le permitió visitar la vieja ciudad. En mi opinión, ese capitán debería haber sido degradado a grumete.

Mucha gente viaja a Atenas para estudiar los viejos templos. Mi viejo quería ir a Atenas, sobre todo, porque allí vivieron los grandes filósofos.

A mi viejo no le sentó bien que mamá nos abandonara y, mucho menos, que eligiera

Atenas para encontrarse a sí misma, ya que era una ciudad que él siempre había querido visitar, y podrían haberlo hecho juntos.

Después de contarme dos interesantes historias sobre la vida en el mar, mi viejo se durmió. Yo me quedé despierto en la cama, pensando en el libro del panecillo y en el extraño panadero de Dorf.

Me fastidiaba haberme dejado el librito en el coche porque, hasta el día siguiente, no podría saber lo que le ocurrió a Hans el Panadero después del naufragio.

Antes de dormirme, pensé en Ludwig, en Albert y en Hans el Panadero. Todos ellos habían tenido un pasado difícil antes de ser panaderos en Dorf. Lo que los unía era el secreto de la bebida púrpura y de todos los peces de colores. Luego, Hans había mencionado a un tipo llamado Frode, que tenía unos extraños naipes con los que hacía solitarios...

Si no me equivocaba, todo eso estaría relacionado con el naufragio de Hans el Panadero.

REINA DE PICAS

...esas mariposas emitían un sonido que recordaba el canto de los pájaros...

Mi viejo me despertó temprano a la mañana siguiente, lo que no era nada habitual, por lo que deduje que el licor de las botellitas que compró cuando íbamos a la feria no sería demasiado fuerte.

–Hoy vamos a Venecia –dijo–. Saldremos cuando salga el sol.

En cuanto me levanté de la cama, me acordé de que había soñado con el enano y la adivina de la feria. En mi sueño, el enano era una figura de cera en el túnel del terror, que de repente cobra vida porque la adivina gitana de pelo negro, que monta en el tren con su hermosa hija, le mira fijamente a los ojos. En la profunda oscuridad de la noche, el enano sale furtivamente del túnel y anda errante por Europa temiendo a cada momento que alguien le reconozca y le devuelva al túnel del terror. En ese caso, volvería a convertirse en una figura de cera.

Mi viejo estaba listo para partir, antes de que yo hubiera conseguido quitarme ese extraño sueño de la cabeza y me hubiera puesto los pantalones. Me hacía mucha ilusión ir a Venecia. Allí veríamos el Mediterráneo por primera vez desde que iniciamos el largo viaje. Nunca había visto ese mar, y mi viejo no lo veía desde sus tiempos de marinero. Desde Venecia continuaríamos, a través de Yugoslavia, hacia Atenas.

Bajamos al comedor y nos tragamos ese pobre desayuno que sirven en todas partes al sur de los Alpes. Antes de las siete, estábamos ya en el coche, y en el momento de arrancar, el sol salía por encima del horizonte. Mi viejo se puso sus gafas oscuras y dijo:

–Supongo que tendremos esa resplandeciente estrella delante toda la mañana.

De camino a Venecia, pasamos por la famosa llanura del río Po, que es una de las más fértiles del mundo, debido, claro está, a la frescura del agua de los Alpes.

Pasábamos por campos de naranjos y limoneros, y al momento siguiente, estábamos rodeados de cipreses, olivos y palmeras. En las zonas más húmedas había grandes extensiones de arrozales entre altos álamos. Por todas partes al borde de la carretera crecían amapolas. Eran de un rojo tan intenso que tenía que mirar con los ojos entreabiertos.

Antes del mediodía, llegamos a una colina desde donde pudimos contemplar una

meseta tan rica en colores que, para poder hacer un cuadro realista, un pintor habría tenido que utilizar toda su caja de pinturas a la vez.

Mi viejo aparcó el coche, salió a toda prisa y se encendió un cigarrillo, mientras se concentraba para darme una de esas breves conferencias que soltaba constantemente.

–Todo esto brota a chorros cada primavera, Hans Thomas. Tomates y limones, alcachofas y nueces y, como puedes ver, toneladas de verde materia vegetal. ¿No te parece increíble que todo eso pueda surgir de la negra tierra?

Se quedó mirando la obra de la creación y añadió:

–Lo que más me impresiona es que todo esto proceda de una sola célula. En una ocasión, hace miles de millones de años, brotó una pequeña semilla que empezó a dividirse. Y con los años, esa pequeña semilla se convirtió en elefantes y manzanos, frambuesas y orangutanes. ¿Lo entiendes, Hans Thomas?

Le dije que no con la cabeza, y él siguió con su rollo. Fue una exhaustiva conferencia sobre el origen de las distintas especies de plantas y animales. Al final, señaló una mariposa que acababa de abandonar una flor azul y explicó que precisamente esa mariposa podía vivir en paz aquí, en la llanura del Po, porque los puntos de sus alas se parecían a los ojos de los animales salvajes.

Cuando mi viejo se quedaba callado durante un descanso para fumar, en lugar de abrumar a su indefenso hijo con conferencias filosóficas, lo que ocurría muy pocas veces, yo aprovechaba para sacar la lupa del bolsillo del pantalón y hacer alguna que otra interesante observación biológica. La lupa también me era útil para leer el libro del panecillo sentado en el asiento de atrás. Me parecía que, tanto la naturaleza como el libro, contenían una enorme riqueza de secretos.

Durante unos cuantos kilómetros, mi viejo condujo pensativo. Yo sabía que en cualquier momento podría decir algo importante, bien sobre el planeta en que vivimos o bien sobre mamá, que un buen día nos abandonó. Pero ahora lo más importante de todo era leer el libro del panecillo.

Me sentí aliviado por haber aterrizado en un lugar que no era un simple islote en el mar. Pero aún había algo más. Era como si esta isla guardara un secreto inescrutable. Conforme me seguía adentrando en ella, me parecía que continuaba creciendo, que se desdoblaba por todos los lados a cada paso que daba. Se estaba extendiendo en todas las direcciones, como si estuviera expulsando algo desde su interior.

Continué el sendero, adentrándome cada vez más en la isla, pero pronto se dividió en dos caminos y tuve que elegir uno. Empecé a correr por el de la izquierda. Luego también ése se dividía en dos. Volví a coger el de la izquierda.

El sendero me introdujo en una profunda grieta entre dos montañas. Por allí, entre la maleza, había unas enormes tortugas, las más grandes medían más de dos metros de largo. Yo había oído hablar de grandes tortugas, pero era la primera vez que las veía con mis propios ojos. Una de ellas sacó la cabeza de la concha y me miró como si quisiera darme la bienvenida a la isla.

Seguí andando toda la mañana. Ví nuevos bosques, valles y llanuras, pero no volví a ver el mar. Era como si hubiese penetrado en un paisaje mágico, un laberinto al revés, en el que los caminos nunca se topaban con ninguna pared.

Ya muy avanzada la tarde, llegué a un paisaje abierto, con una gran laguna que brillaba al tenue sol del

atardecer. Me lancé a la orilla y bebí hasta apagar la sed. Por primera vez en varias semanas, bebía agua fresca.

También había pasado mucho tiempo desde que me había lavado por última vez. Me quité el ceñido traje de marinero y me zambullí en el agua para nadar. Era refrescante, después de haber andado toda la tarde bajo el abrasador sol tropical. Me di cuenta de que me había quemado la frente por haber navegado sin protección en el bote salvavidas.

Un par de veces bucéé hasta el fondo. Cuando abrí los ojos, descubrí un banco de pequeños peces de todos los colores del arco iris. Unos eran verdes, como las plantas del borde del agua, otros azules, como piedras preciosas, y otros emitían destellos rojos, amarillos y naranjas, y al mismo tiempo, cada uno de ellos tenía algo de todos los colores.

Salí del agua y me sequé al sol de la tarde. Noté que el hambre invadía todo mi cuerpo. Entonces descubrí unos arbustos con bayas amarillas del tamaño de una fresa. Jamás había visto unas bayas de ese tipo, pero supuse que eran comestibles. Sabían a una mezcla entre nuez y plátano. Cuando me había hartado de comer bayas, volví a ponerme el traje de marinero y, al final, me dormí agotado en la orilla del gran lago.

A la mañana siguiente, me desperté sobresaltado antes de que hubiera salido el sol. Fue como una repentina toma de conciencia, que recorrió todo mi cuerpo.

¡He sobrevivido al naufragio!, pensé. Por fin lo entendí en toda su magnitud. Tuve la sensación de haber nacido de nuevo.

A la izquierda del lago, se extendía un tortuoso paisaje de colinas. Estaba cubierto de hierba amarilla y de algunas flores rojas con forma de campana, que se movían ligeramente con la suave brisa de la mañana.

Antes de que el sol hubiera salido, me encontraba en la cima de una colina. Tampoco desde allí pude ver el mar. Veía delante de mí una gran extensión de tierra, un continente. Había estado en América del Norte y en América del Sur, pero ahora no me encontraba en ninguno de esos continentes, pensé. No había rastro de seres humanos.

Me quedé allí hasta que el sol, de un intenso color rojo, y resplandeciente como un espejismo, apareció por el este, encima de una estepa allá en la lejanía. Como el horizonte estaba tan bajo, era el sol más grande y más rojo que jamás había visto, incluso en el mar.

¿Sería el mismo sol que brillaba sobre la casa de mis padres en Lübeck?

Continué caminando por esos parajes durante toda la mañana. Cuando el sol estaba ya alto en el cielo, bajé hasta un valle donde había rosales amarillos, por entre los que volaban unas mariposas gigantes. Las más grandes eran del tamaño de las cornejas, pero infinitamente más bonitas. Todas eran de un intenso color azul, pero en las alas tenían dos grandes estrellas de color rojo sangre. Me parecían flores vivas. Era como si algunas de las flores de la isla, de repente, se hubiesen despegado del suelo y aprendido el arte de volar. Sin embargo, lo más curioso de esas mariposas era que emitían un sonido que recordaba el canto de los pájaros. Se asemejaba a un débil silbido de flauta con diferentes tonos. Así, una suave música inundaba todo el valle, como cuando todos los instrumentos de viento de una gran orquesta son afinados a la vez antes del concierto. A veces me rozaban suavemente con sus alas, era como un roce de terciopelo. Noté su olor, pesado y dulzón, como el de un caro perfume.

Por el valle fluía un caudaloso río. Decidí seguir su cauce, para no vagar sin rumbo por la gran isla. Pensé que de este modo, seguro que antes o después, llegaría al mar. Pero no resultó tan fácil porque, al poco tiempo, el gran valle se acabó. Primero se estrechó como un embudo, y finalmente me topé con la pared de una montaña.

No entendía cómo podía ser eso, porque un río no puede dar la vuelta y comenzar a fluir, en sentido contrario, por el mismo camino por el que ha llegado. Al bajar por el precipicio, descubrí que el río continuaba por un túnel que atravesaba la montaña. Me acerqué hasta la entrada y miré hacia el interior de la montaña. El agua formaba allí un canal subterráneo.

Delante de la entrada del túnel, unas ranas tan grandes como conejos saltaban en el borde del agua y, cuando croaban todas a la vez, hacían un ruido ensordecedor. Nunca me hubiera imaginado que en la naturaleza existieran unas ranas tan enormes.

Por la húmeda hierba se arrastraban grandes lagartos y otros reptiles también enormes. Aunque jamás los había visto tan grandes, estaba habituado a ver animales de ese tipo en mis visitas a los puertos de todo el

mundo. Pero era la primera vez que los veía de tantos colores. En esa isla, los reptiles eran rojos, amarillos y azules.

Descubrí que se podía ir por la orilla del río y entrar en el túnel. Así que entré para ver hasta dónde llegaba.

Dentro de la montaña había una enigmática luz azul verdosa. El agua apenas se movía. También allí dentro, en el agua cristalina, había bancos de peces de colores.

Al cabo de un rato, percibí un débil sonido más adentro del túnel. Conforme avanzaba, el sonido se hacía cada vez más fuerte, parecían atronadores timbales. Comprendí que me estaba acercando a una cascada subterránea.

Así que tendré que dar la vuelta de todos modos, pensé. Pero antes de llegar a la cascada, el espacio se llenó de una intensa luz. Miré hacia arriba y descubrí una pequeña oquedad en la montaña. Empecé a trepar hacia ella, y poco después contemplé debajo de mí una naturaleza tan indescriptiblemente hermosa que se me saltaron las lágrimas.

A duras penas, logré salir por el hueco. Cuando me puse en pie, ante mis ojos se extendía un valle tan frondoso y verde que ya no añoré el mar.

Andando por la ladera, descubrí varias clases de árboles. De unos colgaban manzanas y naranjas, y de otros, otras frutas que me eran conocidas. Pero, en ese valle, también crecían frutos y bayas que jamás había visto. En los árboles más grandes, crecía una fruta parecida a las ciruelas, pero más alargada. Los árboles más pequeños tenían frutos verdes del tamaño de un tomate.

Seguí bajando por el valle. Entonces descubrí los molucos.

Las abejas y las mariposas me habían hecho abrir ojos como platos, pero, aunque eran más grandes y más hermosas que las de su misma especie en Alemania, al fin y al cabo eran abejas y mariposas, y lo mismo pasaba con las ranas y los reptiles. Pero ahora tenía ante mí unos grandes animales blancos, tan distintos de todo lo que había visto y oído nunca que tuve que frotarme los ojos.

Era un rebaño de unos doce o quince ejemplares. Eran grandes como caballos o vacas, pero tenían una piel gruesa y blanquecina, que me recordaba a la del cerdo, y todos tenían seis patas. En comparación con los caballos y las vacas, sus cabezas eran más pequeñas y puntiagudas. A veces las elevaban hacia el cielo diciendo ¡«bratch, bratch»!

No tuve miedo. Aquellos animales de seis patas tenían pinta de ser tan buenos y tan tontos como las vacas de Alemania. Me hicieron darme cuenta de que me encontraba en un país que no figuraba en el mapa. Ese descubrimiento me pareció tan escalofriante como si me hubiera encontrado con un ser humano sin rostro.

Naturalmente, se tardaba mucho más en leer las minúsculas letras del libro del panecillo que las letras normales. Había que sacar del conjunto cada minúscula letra y enlazarla con las demás. Cuando acabé el apartado sobre los animales de seis patas, era ya bastante tarde, y mi viejo salió de la autopista y cogió otra carretera.

–Vamos a cenar a Verona –dijo.

–Anorev –repliqué, porque ya había visto la señal.

Mientras entrábamos en la ciudad, mi viejo me contó la triste historia de Romeo y Julieta, que no podían estar juntos por pertenecer a dos familias rivales. Los jóvenes novios, que sacrificaron su vida por un amor imposible, habían vivido en Verona hacía muchos años.

–Me recuerda un poco a los abuelos –dije. Mi viejo rió porque eso nunca se le había ocurrido.

Comimos «antipasto» y pizza en un gran restaurante al aire libre. Antes de continuar, dimos una vuelta por las calles, y en un quiosco de *souvenirs*, mi viejo compró una

baraja con cincuenta y dos mujeres medio desnudas. Como siempre, se aseguró rápidamente de que hubiera comodín, pero esta vez se quedó con toda la baraja.

Creo que sintió un poco de vergüenza porque las mujeres de la baraja llevaban aún menos ropa de la que se había imaginado. Se apresuró a guardárselas en el bolsillo de la camisa.

–En realidad es increíble que haya tantas mujeres –comentó, más bien para sí mismo. Algo tenía que decir, claro.

Pero era un comentario que, en sí, no servía para nada, ya que, de hecho, la mitad de la población mundial son mujeres. Supongo que lo que quería decir era que había muchas mujeres desnudas, porque a eso, uno no está tan acostumbrado.

Si era eso lo que quería decir, estaba de acuerdo con él, pues me parecía un poco fuerte juntar cincuenta y dos ejemplares en una sola baraja. En cualquier caso, era un invento malo, pues no se puede jugar con una baraja que sólo tiene damas. Es cierto que ponía rey de picas, cuatro de tréboles, etc., etc., en el extremo superior izquierdo, pero estoy seguro de que, jugando con una baraja así, la gente se quedaría mirando a las mujeres, en lugar de concentrarse en el juego.

El único hombre de la baraja era un comodín. En esta ocasión era una escultura griega o romana, con cuernos de macho cabrío. También él estaba desnudo, pero eso es normal en todas las esculturas clásicas.

De vuelta en el Fiat, seguía pensando en la extraña baraja, y dije:

–¿Nunca has pensado en la posibilidad de buscarte una nueva mujer, en lugar de emplear media vida en volver a encontrar a una que aún no se ha encontrado a sí misma?

Primero soltó una carcajada, pero luego contestó:

–Tienes razón, es un poco misterioso; en este planeta viven más de cinco mil millones de seres. Te enamoras de una persona y no la quieres cambiar por nadie en el mundo.

No hubo más comentarios sobre aquella baraja. Aunque contenía cincuenta y dos mujeres, todas esforzándose en estar lo más guapas posible, mi viejo pensaba que a esa baraja le faltaba una carta importante. Ésa era la carta que debíamos encontrar en Atenas.

REY DE PICAS

...encuentro en cuarta fase...

Cuando por fin llegamos a Venecia, ya tarde, tuvimos que aparcar el coche en un enorme aparcamiento antes de poder entrar en la ciudad en sí, porque Venecia no tiene ni una calle de verdad. En cambio tiene 180 canales, más de 450 puentes y miles de lanchas motoras y góndolas.

Desde el aparcamiento, fuimos en un taxi-góndola hasta el hotel, que se encontraba junto al Gran Canal, el más importante de Venecia. Mi viejo había reservado la habitación desde el hotel de Como.

Dejamos tirado el equipaje en la habitación más pequeña y más fea de todas en las que nos alojamos durante el viaje, y nos fuimos a pasear por los canales y por algunos de los innumerables puentes.

Íbamos a estar dos días en esa ciudad llena de canales, antes de proseguir el viaje. Por eso, yo sabía que había un grave peligro: que mi viejo aprovechara lo que la ciudad podía ofrecerle, en lo que a bebida se refería.

Después de cenar en la gran plaza de San Marcos, conseguí convencerle para que diéramos un pequeño paseo en góndola. Mi viejo señaló en el plano dónde quería ir, y el gondolero no paraba de mover la pértiga. Lo único que no fue como esperaba es que el gondolero no cantó ni una estrofa. No me importó lo más mínimo, porque esos gritos de gondolero siempre me habían recordado los maullidos de gato.

Mientras estábamos en la góndola, sucedió algo sobre lo que mi viejo y yo nunca llegamos a ponernos de acuerdo. En el instante en que nos disponíamos a pasar por debajo de uno de los puentes, una cara conocida apareció encima de nosotros, sobre la barandilla. Yo estaba convencido de que era el enano de la gasolinera, y esta vez el sorprendente reencuentro me disgustó. Me pareció que estábamos siendo perseguidos, en el sentido más literal de la palabra.

–¡El enano! –exclamé y me puse de pie en la barca señalándole.

Ahora entiendo que mi viejo se enfadara, porque la góndola estuvo a punto de volcar.

–¡Siéntate! –me ordenó, aunque, una vez pasado el puente, también él miró hacia arriba, pero el enano ya había desaparecido, exactamente igual que en la feria de Como.

–No hay duda de que era él –dije, y empecé a llorar; un poco por el susto de lo de la góndola, pero, sobre todo, porque estaba seguro de que mi viejo no me creía.

–Son imaginaciones tuyas, Hans Thomas.

–Pero *era* un enano –insistí.

–Puede ser, pero no el mismo –protestó, aunque ni siquiera le había visto.

–¿Quieres que me crea que Europa está llena de enanos?

Con esta pregunta di en el clavo, porque mi viejo se quedó sentado en la góndola, con una pícaro sonrisa en la cara.

–Puede ser. Todos somos unos extraños enanos. Somos esas misteriosas figuras que aparecen de repente sobre los puentes de Venecia.

El gondolero, que no había cambiado la expresión de la cara en todo el viaje, nos dejó en una plaza con muchas terrazas en las aceras. Mi viejo me invitó a un helado y a un refresco, y él pidió café y algo así como Vecchia Romagna. No me sorprendí demasiado al descubrir que lo que acompañaba al café era una bebida marrón, servida en una elegante copa que me recordaba a una pecera.

Tras dos o tres de esas copas, mi viejo me miró muy serio a los ojos, como si hubiera decidido confiarme el mayor secreto de su vida.

–¿No te habrás olvidado de nuestro jardín en Hisoy, verdad? –empezó.

No me digné contestar una pregunta tan tonta, y él tampoco esperaba ninguna respuesta.

–Bueno –continuó–, entonces escúchame bien, Hans Thomas. Imaginémos que un día sales al jardín y descubres un pequeño marciano entre los manzanos. Digamos que es un poco más pequeño que tú, y en lo que respecta a si el hombrecillo es amarillo o verde, se lo dejo a tu imaginación.

Asentí con la cabeza, no hubiera servido de nada protestar por el tema elegido.

–El forastero se queda mirándote fijamente, como se suele mirar a seres de otro planeta. La cuestión es cómo reaccionarías *tú*.

Estuve a punto de decir que le habría invitado a un desayuno del planeta Tierra, pero dije que seguramente me hubiese entrado tal pánico que me hubiera puesto a gritar como un loco.

Mi viejo asintió con la cabeza, evidentemente satisfecho por mi respuesta. Al mismo tiempo, comprendí que tenía algo más que decir.

–¿No crees que también te preguntarías quién era ese hombrecillo y de dónde vendría?

–Naturalmente –contesté.

Volvió a echar la cabeza hacia atrás, como si estuviera examinando a todas las personas de la plaza. Luego preguntó:

–¿No se te ha ocurrido nunca pensar que tú mismo podrías ser uno de esos marcianos?

Estaba acostumbrado a escuchar todo lo que salía de su boca, pero entonces tuve que agarrarme al borde de la mesa, para no caerme de la silla en la que estaba sentado.

–O un terrestre, si quieres. En realidad, no importa gran cosa cómo llamemos al

planeta en que vivimos. Lo importante es que tú eres un hombrecillo de dos patas que anda a gatas por un planeta del universo.

–Exactamente como ese marciano.

Mi viejo asintió y continuó:

–Aunque no te tropieces con un marciano en el jardín, puede ocurrir que lo hagas contigo mismo. El día en que eso te ocurra, a lo mejor también te pones a gritar como un loco. No faltaría más, pues no todos los días descubres que eres un terrestre de carne y hueso sobre una pequeña isla del universo.

Entendía lo que quería decir, pero no resultaba fácil añadir nada. Lo último que dijo sobre el marciano fue:

–¿Recuerdas que vimos una película que se llamaba *Encuentro*?

Asentí. Era una extraña película, sobre gente que descubre un platillo volante de otro planeta.

–El ver una nave espacial de otro planeta se llama encuentro en la primera fase. Si además se ve a seres de dos patas salir de la nave, se llama encuentro en la segunda fase. Pero al año siguiente de ver *Encuentro*, vimos otra película...

–Que se llamaba *Encuentros en la tercera fase*.

–Exactamente. Eso es porque *tocaron* a esos seres de otro sistema solar. Es ese contacto directo con lo desconocido lo que se llama encuentro en la tercera fase. ¿Vale?

–Vale.

Permaneció sentado, mirando la plaza con todas las terrazas, y siguió diciendo:

–Pero tú, Hans Thomas, tú has vivido el encuentro en *cuarta fase*.

Me debí de quedar totalmente perplejo.

–Porque *tú* eres un misterioso ser del espacio –dijo mi viejo con énfasis. Solté la taza de café en la mesa con tal ímpetu que a los dos nos sorprendió que no se rompiera–. Tú eres ese misterioso ser, y tú lo conoces desde dentro.

Yo estaba ya bastante alucinado, pero comprendí que mi viejo tenía razón.

–Deberías recibir una subvención del Estado por filósofo –me limité a decir, y esas palabras salieron del fondo de mi corazón.

De vuelta en el hotel, ya de noche, descubrimos una enorme cucaracha en el suelo.

Mi viejo se inclinó sobre ella diciendo:

–Lo siento, amiga, pero no podrás dormir aquí esta noche. Hemos reservado una habitación doble, y sólo cabemos nosotros dos. Además soy yo el que paga la factura.

Creí que se había vuelto ya totalmente loco, pero entonces me miró y continuó:

–Esta cucaracha es demasiado gorda para poder matarla, Hans Thomas. Es tan enorme que habrá que considerarla un individuo, y no se mata a los individuos, aunque se reaccione con cierto rechazo ante su presencia.

–Entonces, ¿vamos a dejar que se pasee por la habitación mientras dormimos?

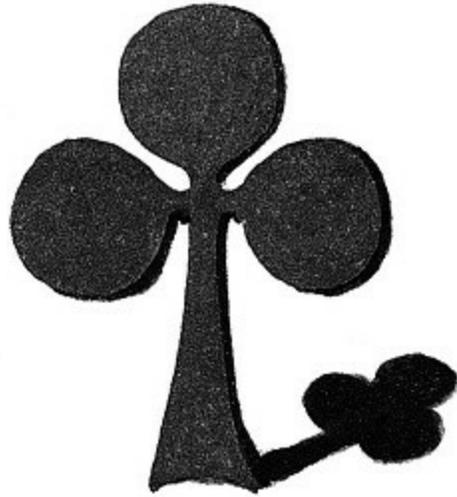
–¡Claro que no! La acompañaremos fuera.

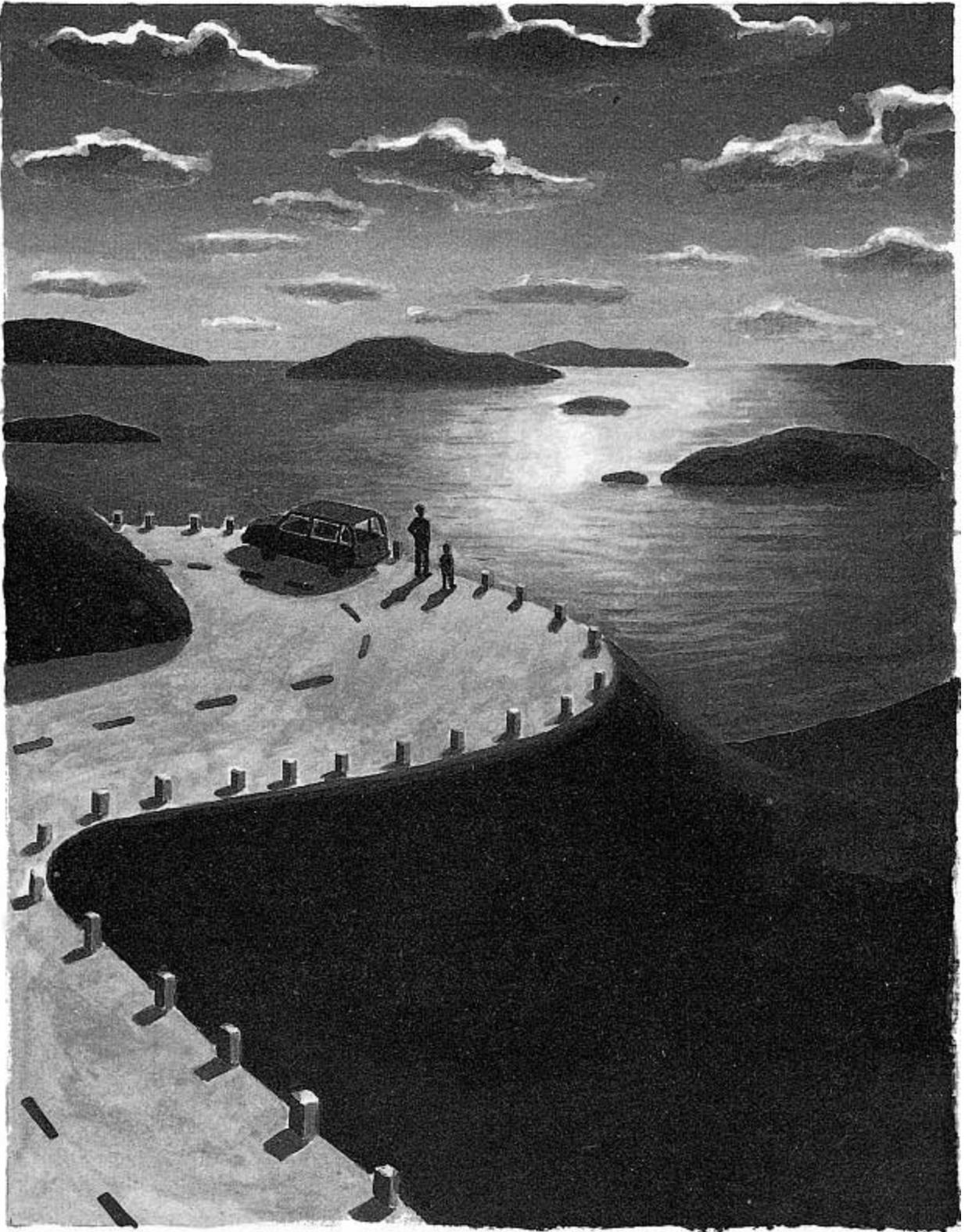
Y eso fue exactamente lo que hizo. Mi viejo empezó a sacarla fuera de la habitación, como haría un pastor con su rebaño. Primero colocó las maletas y bolsas de modo que formaran una especie de larga pista sobre el suelo. Luego, con una cerilla empezó a hacer cosquillas a la cucaracha en el trasero, para meterle un poco de prisa. A la media hora, consiguió sacarla al pasillo, fuera de nuestro cuartucho. Con eso, mi viejo se dio por satisfecho, y no la acompañó hasta abajo.

–Y ahora vamos a dormir –dijo cerrando la puerta tras él. Se metió en la cama y se quedó frito instantáneamente.

Dejé encendida la luz de encima de mi cama, y seguí leyendo el libro del panecillo en cuanto estuve seguro de que mi viejo ya había sellado su pasaporte en la frontera del país de los sueños.

Tréboles





AS DE TRÉBOLES

...eran exactamente igual que las figuras de los naipes...

Durante todo aquel día, permanecí en el frondoso vergel. De repente, descubrí a lo lejos dos figuras humanas. Mi corazón empezó a latir más deprisa.

Estoy salvado, pensé. Después de todo, quizá había llegado a América.

Mientras caminaba hacia ellos, iba pensando en que seguramente no nos entenderíamos. Yo sólo hablaba alemán y, después de cuatro años a bordo del *María*, algo de inglés y noruego, pero esas gentes hablarían un idioma totalmente diferente.

Conforme me iba acercando, vi que estaban inclinados sobre un sembrado, y también descubrí que eran mucho más bajos que yo. ¿Serían niños?

Cuando me encontraba ya muy cerca de ellos, observé que estaban cogiendo unas raíces de color rosa que metían en una cesta. De pronto, se volvieron y me miraron. Eran dos hombres regordetes, que me llegarían a la altura del pecho. Los dos tenían el pelo negro, y la piel oscura y grasienta. Vestían idénticos uniformes azul marino. La única diferencia era que uno de ellos tenía tres botones en la chaqueta y el otro solamente dos.

–*Good afternoon* –dije primero en inglés.

Los hombrecillos dejaron en el suelo las herramientas que tenían en la mano, y me miraron fijamente a los ojos.

–*Do you speak English?* –empecé de nuevo.

Los dos se limitaron a agitar los brazos y a decir que no con la cabeza.

Instintivamente, los saludé en mi lengua materna. Entonces, el hombrecillo que tenía tres botones en el uniforme me contestó en un fluido alemán:

–Si vales más de tres, tienes derecho a vencernos, pero te rogamos insistentemente que no lo hagas.

Me quedé tan pasmado que no supe qué contestar. ¡En lo más profundo de una isla desierta del Atlántico, alguien me contestaba en mi propia lengua! Además, tampoco sabía qué significaba lo de «valer más de tres».

–Vengo en son de paz –dije por si acaso.

–Más te vale; si no, el rey te castigaría.

¡El rey!, pensé. Entonces no estoy en Norteamérica.

–Me gustaría hablar con el rey.

Entonces intervino el de los dos botones:

–Lo que yo pensaba. No conoce las reglas.

El que tenía tres botones me miró y dijo:

–Hay más de un rey.

–¿Ah sí? ¿Cuántos?

Los dos hombres se echaron a reír, dándome a entender con ello que mis preguntas les parecían estúpidas.

–Uno por cada palo –suspiró el de los dos botones.

Por fin me di cuenta de lo bajos que realmente eran. No medirían más que cualquier enano, pero sus

cuerpos estaban perfectamente proporcionados. No obstante, esos liliputienses me parecieron mentalmente retrasados.

Estuve a punto de preguntar cuántos eran los «palos», para saber el número de reyes que había en la isla. Pero evité esa pregunta e hice otra:

–¿Cómo se llama el rey más poderoso?

Se miraron y movieron la cabeza.

–¿Crees que nos está tomando el pelo? –preguntó el de los dos botones.

–No sé –contestó el otro–. Pero tenemos que contestarle.

El de los dos botones espantó a una mosca que se había posado en uno de sus mofletes y dijo:

–Por regla general, el rey negro tiene derecho a vencer a uno rojo pero, de vez en cuando, un rey rojo también tiene derecho a vencer al negro.

–¡Qué bruto! –dije.

–Así son las reglas.

De repente, se oyeron unos agudos estallidos en la lejanía. A juzgar por el sonido, se estaba rompiendo algo de cristal. Los dos enanos se volvieron hacia el lugar de donde venía el ruido.

–¡Idiotas! –dijo el de los dos botones–. Rompen más de la mitad de lo que producen.

Durante el breve instante en que estuvieron de espaldas a mí, descubrí algo siniestro: el de los dos botones, tenía dibujados en la espalda dos tréboles, y el otro tres. Eran exactamente igual que las figuras de los naipes. Este descubrimiento hizo que la extraña conversación que estábamos manteniendo pareciera menos incongruente.

Cuando se volvieron de nuevo hacia mí, opté por dar otro enfoque a la misma.

–¿Vive mucha gente en esta isla? –pregunté.

También entonces se miraron extrañados.

–¡Cuánto pregunta éste! –dijo uno.

–Sí, es vergonzoso –replicó el otro.

Si no hubiéramos hablado el mismo idioma, seguro que la conversación no hubiera sido tan absurda, porque aunque entendía todas las palabras que decían, no captaba lo que *querían decir*. Casi hubiera sido mejor hablarnos por señas, sin utilizar palabras.

–¿Cuántos sois? –lo intenté de nuevo, empezando ya a impacientarme.

–Ves que somos Dos y Tres, ¿no? –contestó el que llevaba tres tréboles en la espalda–. Si necesitas gafas, más vale que hables con Frode, porque él es el único aquí que conoce el arte de pulir el vidrio.

–¿Y por cierto, cuántos eres tú? –preguntó el otro.

–¿Cómo? Yo sólo soy uno.

El de los dos botones en la chaqueta se volvió hacia el de tres y silbó ruidosamente.

–¡As! –dijo.

–Entonces hemos perdido –contestó el otro perplejo–. También habría vencido al rey.

Dicho esto, sacó una botellita del bolsillo interior de su chaqueta. Bebió un largo sorbo, y pasó la botella al otro, que también dio un buen trago.

–¿Pero el As no es una dama? –preguntó el de los tres botones.

–No necesariamente –contestó el otro–. Sólo las reinas son siempre damas. Puede que él venga de otra baraja.

–¡Tonterías! No hay más barajas. Y el As es una dama.

–Quizá tengas razón. Pero, para vencernos, sólo le hubieran hecho falta cuatro botones.

–Para vencernos a nosotros sí, pero no a nuestro rey, tonto. ¡Nos ha engañado!

Siguieron bebiendo de la botellita y sus miradas eran cada vez más distantes. Pero, de repente, el hombrecillo de los dos botones se estremeció. Me miró fijamente a los ojos y dijo:

–EL PEZ DE COLORES NO REVELA EL SECRETO DE LA ISLA, PERO SÍ EL PANECILLO¹.

Dicho esto, se tumbaron los dos en el suelo murmurando:

–Ruibarbo... mango... *curibayas*... dátiles... limón... *hunja*... cocos... plátanos... *suka*...

Siguieron nombrando un montón de frutas y bayas. Yo sólo conocía algunos de esos nombres. Al final se tumbaron boca arriba y se durmieron instantáneamente.

Intenté despertarlos a empujones, pero no sirvió de nada.

De nuevo me encontraba solo y abandonado. Recuerdo que en ese momento pensé que esa isla debía de ser un reducto para locos sin remedio, y que la botellita debía de contener algún tranquilizante. En ese caso, pronto aparecería por allí algún médico o alguna enfermera, acusándome de excitar a los pacientes.

Me fui por donde había llegado, pero enseguida se me acercó otro hombrecillo. Llevaba un uniforme del mismo tipo, pero con una chaqueta cruzada con un total de diez botones. Tenía la piel tan oscura y grasienta como los otros dos.

–¡CUANDO EL MAESTRO DUERME, LOS ENANOS VIVEN SU PROPIA VIDA! –exclamó agitando los brazos y dirigiéndome una mirada ausente.

Éste también está loco, pensé.

Señalé a los dos que estaban tumbados cerca de allí.

–Parece que también los enanos se han dormido –le dije.

Esto le hizo apresurarse. Aunque corría tanto como sus cortas piernas le permitían, no avanzaba mucho. Se caía, se levantaba y se volvía a caer. Tuve tiempo de sobra para contar hasta diez tréboles en su espalda.

Pronto me encontré en un estrecho camino de carros, y al cabo de muy poco tiempo, fui testigo de un gran tumulto. Primero oí un tremendo ruido detrás de mí. Por el sonido, parecían cascos de caballos que estaban cada vez más cerca. Me volví y, de un salto, me aparté a un lado.

Eran los animales de seis patas que había visto antes. Dos de ellos iban montados por sendos jinetes, y detrás de todos, corría un enano agitando un gran palo. Los tres llevaban los mismos uniformes azul marino. Observé que las chaquetas eran cruzadas con cuatro, seis y ocho botones negros respectivamente.

–¡Parad! –grité mientras pasaban a toda velocidad por el sendero.

Sólo el que iba andando frenó un poco la marcha. En la chaqueta llevaba ocho botones.

–¡TRAS 52 AÑOS, EL NIETO DEL NÁUFRAGO VUELVE AL PUEBLO! –gritó muy excitado.

Los enanos y los animales de seis patas ya habían desaparecido. Me fijé en que los enanos tenían tantos tréboles sobre la espalda como botones en las chaquetas cruzadas.

A ambos lados del sendero, crecían altas palmeras con racimos de frutas amarillas, del tamaño de una naranja. Debajo de uno de estos árboles había un carro lleno hasta la mitad de esas frutas. No era muy distinto al carro que utilizaba mi padre para transportar el pan en Lübeck, mi ciudad. Lo único diferente era el animal que tiraba de él, que, en lugar del caballo de mi padre, era uno de esos animales de seis patas.

Cuando estaba ya muy cerca del carro, descubrí que debajo del árbol había un enano sentado. Antes de que él me viera, tuve tiempo de fijarme en que su chaqueta no era cruzada, sino que tenía sólo una fila de cinco botones. Por lo demás, el uniforme era idéntico al de los otros. Observé también que, los redondos cráneos de todos los enanos que había visto hasta entonces, estaban cubiertos por una gruesa capa de pelo marrón...

–¡Buenas tardes, Cinco de Tréboles! –dije.

Levantó la cabeza y me miró con indiferencia.

–Buenas ta... –se interrumpió, y siguió sentado, mirándome fijamente sin decir palabra.

–Date la vuelta –dijo finalmente.

Hice lo que me ordenó, y cuando estuve de nuevo frente a él, estaba rascándose la cabeza con sus gordos dedos.

–¡Problemas! –suspiró y levantó los brazos.

En ese instante, alguien tiró dos frutos desde lo alto de la palmera. Uno cayó sobre las rodillas de Cinco de Tréboles, y el otro, casi me da en la cabeza.

No me sorprendí demasiado al descubrir a Siete de Tréboles y Nueve de Tréboles, que bajaron del árbol unos segundos más tarde. Así que, de Dos a Diez, ya los he visto a todos, pensé.

–Intentamos golpearle con la fruta suka –dijo Siete.

–Pero se apartó justo en el momento en que la lanzamos –dijo el otro.

Se sentaron debajo del árbol junto a Cinco.

–Vale, vale –dije yo–. Os perdonaré todo, si me contestáis a unas preguntas muy sencillas. ¿Entendido?

Logré asustarlos lo suficiente para que se quedaran sentados debajo del árbol sin decir nada. Uno por uno, les fui mirando a todos a los ojos. Los tres los tenían de color marrón oscuro.

–Comencemos... ¿Quiénes sois?

Se pusieron de pie y cada uno de ellos pronunció una frase, a cuál más disparatada:

–EL PANADERO ESCONDE LOS TESOROS DE LA ISLA MÁGICA–dijo Cinco.

–LA VERDAD ESTÁ EN LAS CARTAS –dijo Siete.

–SÓLO EL COMODÍN DE LA BARAJA DESENMASCARA EL ESPEJISMO –dijo Nueve.

Yo sacudí la cabeza.

–Os agradezco la información –les dije–. ¿Pero quiénes sois?

–Tréboles –contestó Cinco al instante. Parecía que se había tomado en serio mi amenaza.

–Sí, de eso ya me he dado cuenta. ¿Pero de dónde venís? ¿Habéis llovido del cielo, o habéis crecido de la tierra como los otros tréboles?

Se miraron rápidamente, y Nueve de Tréboles contestó:

–Venimos del pueblo.

–¿Ah sí? ¿Y cuántos... gnomos como vosotros viven allí?

–Ninguno –dijo Siete de Tréboles–. Quiero decir, solamente nosotros. Nadie es totalmente idéntico a otro.

–No, tampoco era de esperar. Pero en total... ¿cuántos gnomos hay en esta isla?

Se miraron todos.

–¡Vamos! –dijo Nueve de Tréboles–. ¡Nos largamos!

Se tumbaron en el carro. Uno de ellos arreó al animal blanco, que se puso a correr a toda velocidad con sus seis patas.

Jamás me había sentido tan impotente. Los hubiera podido detener, claro está. Incluso podría haberles retorcido el cuello. Pero ni lo uno ni lo otro me habría dado más información sobre ellos.

DOS DE TRÉBOLES

...empezó a agitar dos billetes...

Lo primero en que pensé al despertarme en el cuartucho del hotel de Venecia fue en Hans el Panadero, y en aquellos extraños enanos que había encontrado en la isla mágica. Saqué la lupa y el libro del panecillo de los pantalones, que estaban al lado de la cama. Pero justo cuando iba a encender la luz para empezar la lectura, mi viejo dio un grito y se despertó tan repentinamente como solía dormirse.

–Todo el día en Venecia –bostezó. No había pasado ni un segundo, cuando ya se había levantado.

Sin que me viera, tuve que volver a meter el libro del panecillo en su escondite, el bolsillo del pantalón. Había prometido que eso sería un secreto entre el viejo panadero de Dorf y yo.

–¿Estás jugando al escondite? –preguntó mi viejo justo cuando conseguí meter el libro en su sitio.

–Estoy mirando si hay cucarachas.

–¿Y para eso necesitas una lupa?

–Quizá tengan crías –contesté.

Naturalmente era una respuesta muy tonta, pero así, sobre la marcha, no se me ocurrió ninguna mejor. Por si acaso añadí:

–Además, puede que vivan aquí cucarachas enanas.

–Nunca se sabe –dijo mi viejo, y se metió en el baño.

El hotel en el que nos hospedábamos era tan malo que ni siquiera servían desayunos, pero nos vino muy bien, porque la noche anterior habíamos descubierto un café muy guay, donde servían desayunos de ocho a once.

Las calles estaban tranquilas, y también los canales y las anchas aceras que los bordeaban. Cuando llegamos al café, pedimos zumo de naranja, huevos revueltos, pan tostado y mermelada de naranja. Ese desayuno fue la única excepción, en todo el viaje, que confirmó la regla de que no hay desayuno como el de casa.

Mientras desayunábamos, mi viejo tuvo una de sus brillantes ideas. De repente, se quedó mirando al infinito, y yo pensé que el enano había vuelto a aparecer. Pero, por fin, dijo:

–Espérame aquí sentado, Hans Thomas. Vuelvo en cinco minutos.

Yo no tenía ni idea de lo que iría a hacer, pero le había visto así antes. Cuando a mi padre se le ocurría alguna idea, no había casi nada que pudiera detenerle.

Desapareció tras una puerta de cristal al otro lado de la plaza. Cuando volvió, se comió los huevos revueltos sin decir palabra. Luego señaló la tienda en la que había estado.

–¿Qué pone en ese cartel, Hans Thomas? –preguntó.

–Sartap-Anocna –leí al revés.

–Ancona-Patras, eso es.

Mojó el pan tostado en el café, antes de metérselo en la boca. Apenas podía tragar, porque no paraba de sonreír.

–¿Y qué? –pregunté–. Esas dos palabras me suenan a griego, tanto si las leo al revés, como si no.

Entonces me miró a los ojos.

–Nunca hemos estado juntos en el mar, Hans Thomas. Nunca has navegado conmigo.

Empezó a agitar dos billetes y continuó:

–Un viejo marinero no puede bordear el Adriático. Dejemos de ser marineros de agua dulce. Meteremos el Fiat en un gran barco, y navegaremos hasta Patras, en la costa oeste del Peloponeso. De allí a Atenas sólo hay veinte o treinta kilómetros.

–¿De verdad?

–¿Qué coño quieres decir? ¡Pues claro que sí!

Seguramente empezó a decir tacos sin pensárselo dos veces, porque estaba a punto de volver al mar. Así que no pasamos un día entero en Venecia, como habíamos planeado, porque el barco para Grecia salía de Ancona aquella misma noche, y hasta allí había casi trescientos kilómetros.

Lo único que mi viejo quiso ver, antes de ponerse al volante, fue el famoso arte veneciano de trabajar el vidrio.

Para fundir el vidrio se necesitan fogones, y el peligro de incendio fue lo que hizo que los venecianos llevaran, ya en la Edad Media, la producción vidriera de la ciudad a unos islotes fuera de Venecia. Hoy en día, esos islotes se llaman Murano. Mi viejo insistió en pasar por Murano de camino al aparcamiento donde habíamos dejado el coche. Pero primero tuvimos que ir a recoger el equipaje.

En Murano, visitamos primero un museo, donde había vidrio de todos los colores y formas, con cientos de años de antigüedad. Luego vimos el taller de los sopladores de vidrio, donde soplaban jarrones y vasijas de cristal ante la atenta mirada de los turistas. Lo que hacían, lo vendían luego, pero mi viejo dijo que eso era mejor dejarlo para los americanos ricos.

Desde la isla de los sopladores de vidrio, cogimos un taxigóndola hasta el aparcamiento y, a la una, estábamos ya en la autopista en dirección a Ancona, que estaba a trescientos kilómetros al sur de Venecia.

La carretera iba bordeando todo el tiempo la costa del Adriático, y mi viejo disfrutaba como un enano sólo con ver el mar.

A veces pasábamos por colinas desde donde había magníficas vistas al mar. Entonces mi viejo paraba el coche y hacía comentarios sobre los veleros y barcos que veíamos.

Ya en el coche, me contó muchas cosas que yo no sabía sobre Arendal, como ciudad naval. Mencionó una larga lista de años y nombres de grandes veleros, y también me enseñó la diferencia entre goletas, bergantines y barcos de tres mástiles. Me habló de los primeros veleros de Arendal, que navegaron rumbo a América y al Golfo de México. Me dijo además que, el primer barco a vapor que llegó a Noruega, atracó primero en Arendal. Era un velero al que pusieron un motor a vapor y una paletilla. El barco se llamaba *Savannah*.

Mi viejo había navegado en un petrolero que había sido construido en Hamburgo, propiedad de la naviera Kuhnle de Bergen. El barco pesaba más de 8.000 toneladas y tenía una tripulación de 40 hombres.

—Hoy en día los petroleros son mucho más grandes —dijo—. Pero la tripulación se reduce a ocho o diez hombres, ahora todo se realiza con máquinas y tecnología. La vida del marinero ya no es como antes, Hans Thomas. Me refiero a la vida que hacíamos en el mar. En el siglo que viene, habrá unos idiotas sentados en tierra, dirigiéndolo todo a distancia.

Si no le había entendido mal, quería decir que, lo que él llamaba vida de marinero, acabó hace ciento cincuenta años, cuando terminó la era de los veleros.

Mientras mi viejo hablaba de la vida en el mar, saqué una baraja, separé del dos al diez de tréboles, y los coloqué a mi lado sobre el asiento trasero del coche.

¿Por qué todos los enanos de la isla mágica tenían tréboles en la espalda? ¿Quiénes eran y de dónde venían? ¿Se encontraría Hans el Panadero a alguien con quien poder hablar en el país al que había llegado? Mi cabeza estaba llena de preguntas sin respuesta.

Dos de Tréboles había dicho además algo que no podía olvidar:

«El pez de colores no revela el secreto de la isla, pero sí el panecillo.» ¿Podría tratarse del pez de colores del panadero de Dorf? Y el panecillo, ¿podría ser el panecillo que me habían dado en Dorf?, pues Cinco de Tréboles había dicho que «el panadero esconde los tesoros de la isla mágica». ¿Pero cómo era posible que esos enanos que Hans el Panadero había conocido a mediados del siglo pasado pudiesen saber algo de eso? Durante muchos kilómetros, mi viejo fue silbando canciones que había aprendido cuando era marinero. Yo aproveché para coger el libro del panecillo y continuar la lectura.

TRES DE TRÉBOLES

...no somos tréboles...

Seguí la dirección que había tomado el carro con los tres gnomos. El camino se adentraba entre altos y espesos árboles. Era como si el fuerte sol de la tarde chisporroteara entre las hojas de los árboles.

En un claro del bosque, apareció una casa muy grande hecha con troncos de madera. Tenía dos chimeneas por las que salía un humo negro. A lo lejos vi una figura vestida de rosa que se metía a toda prisa dentro de la casa.

Pronto me di cuenta de que a la casa de madera le faltaba una pared, y vi algo que me sorprendió tanto que tuve que agarrarme a un tronco para no perder el equilibrio. En una gran superficie, que carecía totalmente de tabiques, había una especie de taller.

No tardé mucho en comprender que tenía que tratarse de una fábrica de vidrio.

El tejado estaba sostenido por gruesas vigas. Encima de tres o cuatro enormes hornos, había unos grandes recipientes de piedra blanca, en los que hervía un líquido al rojo vivo del que salía un grasiento vapor. Por entre los recipientes, corrían unas mujeres vestidas de rosa, todas del mismo tamaño que los gnomos que había visto antes. Metían los extremos de unos tubos de hierro huecos muy largos en los recipientes, cogían un poco de masa y, por el otro extremo del tubo, soplaban hasta formar una esfera hueca de vidrio que luego manipulaban para crear diferentes objetos. En un extremo del solar había un montón de arena y, en el otro, los artículos fabricados estaban apilados en estantes a lo largo de la pared. En medio del suelo había, además, un montón de más de un metro de altura de botellas, vasos y vasijas rotas.

De nuevo me pregunté que a qué país había llegado. De no ser por sus extraños uniformes, esos gnomos podrían haber vivido igualmente en una sociedad de la Edad de Piedra. Pero resultó que la isla tenía una exquisita producción de vidrio.

Las mujeres que trabajaban en la fábrica llevaban vestidos rosas. Su piel era casi blanca y las tres tenían un pelo largo y lacio, de color plata.

Enseguida constaté asustado que todos los vestidos llevaban imágenes de diamantes en la espalda. Eran idénticas a las imágenes de diamantes de las barajas. Una de ellas tenía tres diamantes, otra siete y la tercera nueve. La única diferencia era que estos diamantes eran de color plata.

Las tres mujeres estaban tan ocupadas soplando vidrio que tardaron mucho tiempo en percatarse de mi presencia, aunque estaba de pie justo donde faltaba la pared. Andaban con pasos muy rápidos por el amplio solar, moviendo los brazos con tanta ligereza que parecían casi ingravidas. Si a una de ellas le hubiera dado por volar bajo el techo, no me habría asombrado más de lo que ya estaba.

De repente, una de ellas me descubrió. Era la que tenía siete diamantes en el vestido. Por un momento, estuve a punto de salir corriendo pero, cuando me vio, se sorprendió tanto que se le cayó una vasija al suelo y, con el estruendo, todas se volvieron hacia mí y ya era tarde para huir.

Entré y las saludé en alemán, con una profunda inclinación de cabeza. Se miraron las unas a las otras sonriendo tan abiertamente que sus blancos dientes brillaron a la luz de los incandescentes hornos. Me acerqué a ellas, y ellas me rodearon.

–Espero que no les importe que les haga una visita –dije.

Volvieron a mirarse y sonrieron aún más que antes. Todas tenían los ojos azules. Eran tan parecidas que seguro que procedían de la misma familia. Quizá fueran hermanas.

–¿Entendéis lo que digo?

–Entendemos todas las palabras corrientes –dijo Tres de Diamantes con una aguda voz como de muñeca. Empezaron a hablar todas a la vez. Algunas me hicieron reverencias, y Nueve de Diamantes incluso se acercó a mí y me dio la mano. Me sorprendió que su pequeña y fina mano estuviera tan fría dentro de ese taller tan caluroso.

–Qué trabajo tan bonito hacéis –dije, y ellas se echaron a reír alegremente.

Esas artesanías del vidrio eran más amables que los irascibles gnomos con que me había topado antes, pero, aparentemente, eran igual de inabordables.

–¿Quién os ha enseñado el arte de soplar el vidrio? –proseguí, dando por sentado que no lo habían aprendido por su cuenta.

Tampoco a esto me contestó ninguna, pero Siete de Diamantes se fue corriendo a buscar una vasija de cristal, que me entregó.

–¡Tenga! –dijo.

Y las muchachas comenzaron de nuevo a reír.

En medio de tanta amabilidad, no resultaba fácil conseguir alguna información, y si no me enteraba pronto de qué estaba pasando allí, iba a volverme completamente loco.

–Acabo de llegar a esta isla –comencé a decir–, pero no tengo la menor idea de en qué parte del mundo me encuentro. ¿Podrías contarme algo sobre este lugar?

–No podemos hablar... –dijo Siete de Diamantes.

–¿Hay alguien que os lo prohíba?

Las tres dijeron que no, moviendo la cabeza con tanto ímpetu que sus cabellos plateados revolotearon a la luz de los hornos.

–Sabemos soplar el vidrio –continuó Siete de Diamantes–. Pero no somos capaces de pensar. Y por eso tampoco podemos hablar.

–Entonces sois como los tréboles.

Este comentario hizo que, de nuevo, les entrara la risa.

–No somos *tréboles* –replicó Siete de Diamantes, moviéndose el vestido–, ¿no ves que somos diamantes?

–¡Idiotas! –se me escapó, y las tres se estremecieron.

–No debes enfadarte –dijo Tres de Diamantes–. Nos entristecemos fácilmente, y eso nos hace infelices.

No estaba totalmente seguro de si debía creerla o no. Su sonrisa era tan convincente que me parecía que un pequeño enfado no conseguiría borrarla. No obstante, tomé nota de la advertencia.

–¿De verdad tenéis la mente tan vacía? –pregunté.

Asintieron solemnemente con la cabeza.

–Me gustaría... –dijo Nueve de Diamantes.

–¿Sí? –pregunté amablemente.

–Me gustaría pensar algo tan difícil que no fuera capaz de pensarlo, pero no puedo.

Me quedé meditando sus palabras, y llegué a la conclusión de que ese arte debía de ser igual de complicado para todas ellas.

De repente, una empezó a llorar. Era Tres de Diamantes.

–Quiero... –sollozó.

Nueve le puso el brazo alrededor del hombro, y Tres de Diamantes continuó:

–Me gustaría despertarme... pero *estoy* despierta.

Eso era exactamente lo que yo sentía.

Finalmente, Siete de Diamantes se quedó observándome con la mirada ausente. Luego dijo muy seria:

–EL HIJO DEL VIDRIERO SE HA BURLADO DE SUS PROPIAS IMAGINACIONES.

Enseguida, las tres empezaron a lloriquear. Una, cogió una gran vasija de cristal y la tiró con todas sus fuerzas contra el suelo. Otra, empezó a tirarse de su pelo plateado. Y yo llegué a la conclusión de que debía marcharme ya.

–Perdonad que os haya molestado –me limité a decir.

–¡Adiós!

Ya no me cabía ninguna duda de que me encontraba en un reducto para gente con trastornos mentales.

Además, estaba convencido de que en cualquier momento aparecería algún enfermero vestido de blanco, pidiéndome cuentas por haber sembrado la angustia y la intranquilidad entre los pacientes.

Sin embargo, había algo que no entendía. En primer lugar, el tamaño de los habitantes de la isla. Debido a mi condición de marinero, había viajado por muchos países, y sabía que no había ningún lugar en el mundo donde la gente fuera tan pequeña. Los gnomos y las muchachas que trabajaban el vidrio tenían, además, un color de piel completamente distinto, lo que indicaba que no podían ser parientes muy cercanos.

¿Podría ser que en algún momento hubiera brotado una epidemia mundial que hiciera más tonta y más baja a la gente, y que las víctimas de esa epidemia hubieran sido confinadas en esa isla para no contagiar al resto? Si eso fuera así, pronto yo mismo sería igual de tonto y pequeño.

Otra cosa que no entendía era la división en diamantes y tréboles, como en una baraja. ¿Sería para que los médicos y enfermeros pudieran distinguir a los pacientes?

Seguí andando por el camino para carros, que ahora se internaba entre espesos árboles de altas copas. El suelo del bosque estaba cubierto por una alfombra de musgo verde claro, y por todas partes crecían unas flores azules, parecidas a los nomeolvides. Los rayos del sol no atravesaban las copas de los árboles, y las ramas formaban una especie de tejado dorado sobre el paisaje.

Al cabo de un rato, divisé una figura clara entre los troncos. Era una mujer menuda, de pelo largo y rubio. Llevaba un vestido amarillo y no era más alta que los demás enanos de la isla. De vez en cuando, se agachaba para coger flores, y pude ver que, en la espalda, llevaba un gran corazón de color rojo.

Al acercarme, oí que tarareaba una melancólica melodía.

–¡Hola! –susurré cuando estaba ya muy cerca de ella.

–¡Hola! –dijo y se levantó. Lo dijo de un modo tan natural y espontáneo que parecía que nos conociéramos de antes.

Era tan bella que no me atrevía a mirarla.

–Cantas muy bien –logré decir por fin.

–Gracias...

Deslicé los dedos por mi pelo. Por primera vez desde que llegué a este sitio pensé en mi aspecto. No me había afeitado desde hacía más de una semana. Ella siguió diciendo:

–Creo que me he perdido.

Movió su pequeña cabeza, parecía desconcertada.

–¿Cómo te llamas? –pregunté.

Se quedó callada un momento y luego contestó:

–¿No ves que soy As de Corazones?

–Pues sí... –dejé pasar un largo rato antes de proseguir–: Y eso me parece un poco extraño.

–¿Por qué?

Se agachó a coger otra flor.

–Por cierto, ¿quién eres tú?

–Me llamo Hans.

Se quedó pensando.

–¿Te parece más extraño ser As de Corazones que Hans?

Esta vez no supe qué contestar.

–¿Hans? –continuó–. Creo que lo he oído alguna vez. O quizá haya sido sólo un pensamiento... Es algo tan lejano...

Se volvió a agachar para coger otra flor. De pronto, sufrió una especie de ataque epiléptico. Con voz temblorosa dijo:

–LA CAJITA DE DENTRO DESEMBALA A LA DE FUERA, A LA VEZ QUE LA DE FUERA DESEMBALA A LA DE DENTRO.

Era como si esa frase tan absurda no hubiera sido pronunciada por ella. Parecía que las palabras salían de su boca sin que fuera consciente de lo que estaba diciendo. Cuando terminó la frase, volvió a su estado inicial, y señalando mi traje de marinero, dijo asustada:

–¡Pero si vas totalmente de blanco!

–¿Te refieres a que no llevo ningún signo en la espalda?

Dijo que sí. Luego se echó el pelo hacia atrás:

–¿Sabes que no puedes vencerme?

–Yo nunca vencería a una dama –dije.

–¡Qué bobadas dices, yo no soy una dama!

Tenía dos profundos hoyuelos en las mejillas. Su hermosura era tan enigmática como un elfo. Cuando sonreía, sus ojos verdes brillaban como esmeraldas, y me sentía incapaz de apartar la mirada de ella.

De pronto, su rostro adquirió una expresión de preocupación.

–¿¡No serás triunfo!?! –exclamó.

–No, no, no soy más que un marinero.

En ese instante, se metió detrás del tronco de un árbol y desapareció. Intenté seguirla, pero fue como si se la hubiese tragado la tierra.

CUATRO DE TRÉBOLES

**...una gran lotería en la que solamente
son visibles los boletos ganadores...**

Volví a guardar el libro del panecillo y me puse a contemplar el Adriático.

Lo que acababa de leer abría tantos interrogantes que no sabía por cuál empezar a pensar.

Cuanto más leía sobre los enanos de la isla mágica, más enigmáticos me parecían. Hans el Panadero ya había conocido a hombrecillos tréboles y muchachas diamantes. Incluso se había encontrado a As de Corazones, aunque luego desapareció.

¿Quiénes eran esos enanos? ¿Cómo habían surgido y de dónde venían?

Estaba convencido de que, al final, el libro del panecillo desvelaría todos los secretos. Pero había algo más: las muchachas con los signos de diamante en la espalda se dedicaban a soplar vidrio, y yo, justamente entonces, acababa de visitar una fábrica de vidrio. Era mucha casualidad.

Estaba convencido de que tenía que haber alguna extraña conexión entre mi viaje por Europa y el libro del panecillo. Pero lo que en él se narraba era algo que Hans el Panadero había contado a Albert hacía muchisísimos años. ¿Habría, aun así, una misteriosa relación entre mi vida en la Tierra y el gran secreto que habían compartido Hans el Panadero, Albert y Ludwig?

¿Quién era el viejo panadero que había conocido en Dorf? ¿Quién era el enano que me regaló la lupa y que, además, aparecía constantemente en mi viaje por Europa? Estaba convencido de que tenía que haber alguna relación entre el panadero y el enano, aunque ellos, posiblemente, no lo supieran.

No podía hablar a mi viejo sobre el libro del panecillo, por lo menos, hasta no haber terminado de leerlo. No obstante, era bueno tener un filósofo en el coche.

Acabábamos de pasar Rávena cuando pregunté:

—¿Tú crees en las casualidades, viejo?

Me miró por el retrovisor.

—¿Que si *creo* en las casualidades?

—Eso es.

—Pues una casualidad es, precisamente, algo que ocurre casualmente. Cuando me tocaron diez mil coronas en la lotería, mi boleto resultó premiado entre miles y miles.

Evidentemente, el resultado me satisfizo, pero fue pura casualidad que me tocara justo a mí.

–¿Estás seguro? ¿No recuerdas que habíamos encontrado un trébol de cuatro hojas aquella misma mañana? Y si no te hubiera tocado todo ese dinero, quizá no habríamos podido emprender el viaje a Atenas.

Se limitó a refunfuñar un poco y yo continué:

–¿Fue igualmente una casualidad que tu tía fuera a Creta y descubriera a mamá en aquella revista de modas? ¿O era el *destino*?

–¿Pretendes preguntarme si creo en el destino? –me dijo, y tuve la sensación de que se sentía satisfecho por que su hijo se interesara por cuestiones filosóficas–. La respuesta es no.

Me acordé de las muchachas que soplaban el vidrio, y de que yo mismo había visitado una fábrica de vidrio, justo antes de leer en el libro del panecillo ese episodio. Pensé, además, en el enano que me regaló una lupa justo antes de que cayera en mis manos un libro con letra microscópica. También me vino a la memoria cuando a mi abuela se le pinchó la rueda de la bici en Froland, y todo lo que sucedió después.

–No creo que mi nacimiento se deba a casualidades.

–¡Descanso para fumar! –exclamó mi viejo. Al parecer, había dicho algo que hizo saltar la chispa para que comenzara una de sus conferencias.

Aparcó el coche en una colina desde donde había una magnífica vista del Adriático.

–¡Siéntate aquí! –me ordenó señalando una gran piedra–. 1349 –empezó.

–La peste negra –dije. Sabía bastante historia, pero no era capaz de imaginar qué relación podía haber entre la peste negra y las casualidades.

–Vale –dijo simplemente, y luego ya no hubo quien lo parara.

–Seguramente sabrás que, durante la peste negra, la mitad de la población noruega murió. Pero hay algo relacionado con eso que nunca te he contado.

Por esa forma de empezar, deduje que la conferencia iba a ser larga.

–¿Te das cuenta de que tenías miles de antepasados en aquella época? –prosiguió.

Resignado, negué con la cabeza. ¿Cómo era eso posible?

–Se tienen dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos, etc. Si vas sumando así, hacia atrás, puedes llegar hasta el 1349.

Asentí.

–Y entonces llegó la peste. La muerte iba de pueblo en pueblo, y los más afectados fueron los niños. En algunas familias murieron todos, y en otras sobrevivieron quizá uno o dos. Muchos de tus antepasados eran niños en aquella época, Hans Thomas, pero ninguno de *ellos* la palmó.

–¿Y cómo puedes estar tan seguro de eso? –pregunté sorprendido.

Dio una calada al cigarrillo.

–Porque tú estás aquí ahora, contemplando el Adriático.

Una vez más, había dicho algo tan sorprendente que no supe cómo reaccionar. Pero

comprendí que tenía razón, porque si uno solo de mis antepasados hubiera muerto cuando era niño, no podría haber sido mi antepasado.

—La posibilidad de que ninguno de tus antepasados muriera de niño, era una contra miles de millones —continuó, y a partir de ese momento, las palabras fluían de su boca sin parar, como el agua de una cascada—. Porque no se trata únicamente de la peste negra, ¿sabes?, sino que, además, *todos* tus antepasados se hicieron mayores y tuvieron hijos, incluso durante las peores catástrofes naturales, e incluso en tiempos en que la tasa de mortalidad infantil era muy alta. Naturalmente, muchos padecerían alguna enfermedad, pero siempre se recuperaron. En ese sentido, has estado a un paso de la muerte cien mil millones de veces, Hans Thomas. Tu vida sobre este planeta se ha visto amenazada por insectos y animales salvajes, por meteoritos y rayos, enfermedades y guerras, inundaciones e incendios, envenenamientos e intentos de asesinato. En la batalla de Stiklestad², por mencionar sólo un ejemplo, te hirieron centenares de veces, porque habría antepasados tuyos en ambos bandos; en realidad, luchabas contra ti mismo y tus posibilidades de nacer, mil años más tarde. Y, como puedes suponer, en la última Guerra Mundial se dio el mismo caso: si a tu abuelo paterno lo hubiera matado de un tiro algún patriota noruego, durante la ocupación alemana, entonces no habríamos nacido ni tú ni yo. Lo que quiero decir es que esto ha ocurrido miles de millones de veces a lo largo de la Historia. Cada vez que han volado flechas por los aires, *tus* posibilidades de nacer han estado bajo mínimos. ¡Y, sin embargo, aquí estás, bajo el cielo, hablando conmigo, Hans Thomas! ¿Lo entiendes?

—Creo que sí —contesté. Al menos creí comprender la importancia de aquel pinchazo de la bici de mi abuela en Froland.

—Estoy hablando de una continua cadena de casualidades —continuó mi viejo—. Y, de hecho, esta cadena retrocede hasta la primera célula viva que se dividió en dos, dando así origen a todo lo que crece en este planeta hoy. La posibilidad de que *mi* cadena no se rompiera en ningún momento en el transcurso de tres o cuatro mil millones de años era tan remota que resulta casi impensable. Pero, como ves, he sobrevivido. Ya lo creo, coño. Por otra parte, creo que tengo una gran suerte por poder vivir en este planeta contigo. Pienso que cada pequeño habitante de la Tierra tiene una enorme suerte.

—¿Y qué pasa con los que no tienen tanta suerte?

—¡Ellos *no existen!* —gritó—. Nunca han nacido. La vida es como una gran lotería en la que solamente son visibles los boletos ganadores.

Permaneció sentado durante un largo rato, mirando al mar.

—¿Continuamos el viaje? —pregunté tras unos minutos.

—¡No señor! Ahora sigues tranquilamente ahí sentado, Hans Thomas, porque no he acabado todavía.

Lo dijo como si no fuera dueño de sus propias palabras, como si se considerase un receptor de radio que sólo capta las ondas que llegan al aparato. Quizá fuera eso que llaman inspiración.

Mientras él esperaba la inspiración, saqué la lupa del bolsillo del pantalón, para estudiar un pulgón rojo que corría por una piedra. A través de la lupa, se convirtió en un monstruo.

–Y así ocurre con todas las casualidades –dijo mi viejo.

Dejé la lupa y lo miré. Cuando se quedaba así sentado, durante un rato, concentrándose antes de comenzar a hablar, sabía que estaba a punto de decir algo importante.

–Veamos un ejemplo sencillo: me pongo a pensar en un amigo y, justo en ese momento, me llama por teléfono o llama a la puerta.

Mucha gente cree que una casualidad como ésa se debe a algo «sobrenatural». Pero, otras veces, también pienso en este amigo y él no aparece por eso en casa. Y, además, en muchas ocasiones me llama sin que yo haya pensado en él. *You see?*

Asentí.

–Lo que quiero decir es que la gente sólo colecciona aquellas ocasiones en que ambas cosas ocurren a la vez. Si se encuentran un billete justo cuando les hace mucha falta, creen que ha sido motivado por algo «sobrenatural», incluso cuando siempre están faltos de dinero. De esta forma empiezan a propagarse un sinfín de rumores sobre distintas experiencias «sobrenaturales» cuando, en realidad, son experiencias que todos los humanos han tenido. La gente muestra tanto interés por estas cosas que enseguida surgen las historias. Pero con esto ocurre también lo que te he dicho antes: solamente son visibles los boletos ganadores. ¡Si *colecciono* comodines, no resultará muy extraño que tenga el cajón lleno!

Suspiró algo irritado.

–¿Nunca has pensado en pedir una subvención? –pregunté.

–¿De qué demonios estás hablando? –gruñó.

–De una posible subvención del Estado como filósofo.

Soltó una carcajada, y luego, bajando un poco la voz, añadió:

–Cuando la gente se interesa tanto por lo «sobrenatural», es debido a una extraña ceguera. No son capaces de ver lo más misterioso de todo, es decir, el hecho de que haya un mundo. Les preocupan más los marcianos y los platillos volantes que toda la misteriosa obra de creación que se extiende a nuestros pies. Yo no creo que *el mundo* sea una casualidad, Hans Thomas.

Finalmente se inclinó sobre mí y susurró:

–Yo creo que todo en el universo es intencionado. Puede que tras esa infinidad de estrellas y galaxias haya una intención.

Me pareció que lo que acababa de decir formaba parte de una larga serie de instructivos descansos para fumar. Pero me seguía extrañando que todo lo que tenía que ver con el libro del panecillo fuera casual. Quizá fuera una ciega casualidad el que mi viejo y yo estuviéramos en Murano justo antes de empezar a leer sobre los enanos de diamantes. También podía ser el mismo tipo de ciega casualidad el que me hubieran dado

una lupa justo antes de encontrar dentro de un panecillo un libro escrito con una letra minúscula. Pero el que fuera precisamente yo el que recibiera el libro del panecillo, debería de tener alguna intención.

CINCO DE TRÉBOLES

...ya no me resultaba fácil seguir jugando a las cartas...

Cuando llegamos a Ancona aquella noche, mi viejo estaba de tan buen humor que casi me daba miedo. Mientras estábamos esperando en el coche para embarcar, permaneció en silencio, con la mirada clavada en el barco.

Era un gran barco amarillo, llamado *Mediterranean Sea*. La travesía hasta Grecia duraría dos noches y un día. El barco zarparía a las nueve de la noche. Pasaríamos todo el domingo en el mar, y, de no ser atacados por piratas, pondríamos pie en tierra griega el lunes a las ocho de la mañana.

Mi viejo ya se había hecho con un folleto explicativo del barco.

–Pesa 18.000 toneladas, Hans Thomas, así que no es ninguna bañera. Va a una velocidad de 17 nudos y caben en él más de mil pasajeros y trescientos coches. Tiene varias tiendas y restaurantes, bares, solarium, discoteca y casino. Pero eso no es todo: ¿Sabías que hay una piscina en la cubierta? No es que eso sea muy importante, sólo quería comprobar si lo sabías. Y ahora tengo que hacerte una pregunta: ¿Te da mucha pena no pasar por Yugoslavia en coche?

–¿Piscina en la cubierta? –fue lo único que dije.

Creo que tanto mi viejo como yo comprendimos que no había nada más que decir. Y, sin embargo, mi viejo añadió:

–Y también he reservado un camarote, claro está; tuve que elegir entre los que están en el interior del barco y los exteriores, con grandes ventanas y vistas al mar. ¿Cuál crees que elegí?

Estaba seguro de que había elegido el camarote exterior, y de que él sabía que yo lo había adivinado. Por eso me limité a decir:

–¿Había alguna diferencia de precio?

–Algunas liras, sí. Pero no iba a llevar a mi hijo al mar para encerrarle en un escobero.

No le dio tiempo a decir nada más, porque empezaron a hacernos señas para que nos metiéramos en el barco.

En cuanto aparcamos el coche, fuimos a buscar el camarote. Estaba en la segunda cubierta, y tenía una decoración muy bonita, camas anchas, cortinas, lámparas, una mesa de salón y sillones. Por la ventana, se veía a la gente pasear por la cubierta.

Aunque el camarote tenía unas ventanas muy grandes y era superguay, decidimos que no podíamos seguir allí dentro. Lo decidimos sin tener necesidad de intercambiar una sola palabra. Antes de dejar el camarote, mi viejo sacó una petaca y bebió un trago.

–¡Salud! –exclamó, aunque yo no tenía nada con qué brindar.

Pensé que debía de estar muy cansado, después de haber conducido desde Venecia. Quizá también había sentido un ligero hormigueo en las piernas, al volver a caminar dentro de un barco, después de tantos años en tierra. Yo me sentía, además, mucho más feliz de lo que me había sentido en mucho tiempo. Y, sin embargo, o quizá precisamente por eso, hice un comentario sobre esa maldita costumbre suya de la bebida.

–¿*Tienes* que estar empinando el codo todo el santo día?

–¡Sí señor! –dijo, soltó un eructo, y no se habló más sobre el tema. Pero él se quedó pensando, y yo también. Ya volveríamos sobre ese asunto más adelante.

Cuando sonó la campana anunciando que íbamos a zarpar, ya estábamos familiarizados con el barco. Me desilusioné un poco al descubrir que la piscina estaba cerrada, pero mi viejo averiguó enseguida que la abrirían a la mañana siguiente.

Nos quedamos asomados sobre la barandilla de la cubierta, hasta que ya no vimos tierra firme.

–Muy bien. Ya estamos en el *mar*, Hans Thomas.

Después de ese comentario tan comedido, entramos en el restaurante para cenar. Luego jugamos una partida de cartas en el bar, antes de meternos en el catre. Mi viejo llevaba una baraja en el bolsillo. Afortunadamente, no era la de las mujeres.

El barco estaba lleno de gente de todas las partes del mundo. Algunos me parecían bajísimos, aunque eran adultos. Mi viejo me dijo que eran griegos.

A mí me tocaron, entre otras cartas, el dos de picas y el diez de diamantes. Cuando descubrí esa última carta, resultó que tenía otros dos diamantes en la mano.

–¡Artesanas del vidrio! –exclamé.

Mi viejo abrió unos ojos como platos.

–¿Qué has dicho, Hans Thomas?

–Nada...

–¿Has dicho «artesanas del vidrio»?

–Sí –contesté–. Me refiero a esas señoras de la barra. Están tan aferradas a sus copas, que parece que no han hecho otra cosa en toda su vida.

Me pareció que había conseguido salvar la situación. Pero ya no me resultaba fácil seguir jugando a las cartas. Era casi como jugar con la baraja que mi viejo había comprado en Verona, porque al poner el cinco de tréboles sobre la mesa, no podía dejar de pensar en esos gnomos que Hans el Panadero había conocido en la extraña isla. Cuando veía algún diamante, me venían a la mente bonitas figuras femeninas con vestidos rosas y cabellos de color plata. Y cuando mi viejo echó el as de corazones y se llevó el seis y el ocho de picas en una sola baza, exclamé:

—¡Allí está ella otra vez!

Mi viejo sacudió la cabeza y pensó que ya era hora de que nos acostáramos. Sólo le quedaba una cosa importante por hacer, antes de abandonar el bar; como no éramos los únicos que estábamos jugando a las cartas, antes de marcharnos se paseó por las mesas pidiendo comodines. Eso lo hacía siempre al irse, y a mí me parecía muy cobarde.

Hacía mucho tiempo que mi viejo y yo no jugábamos a las cartas. Cuando yo era más pequeño lo hacíamos más a menudo, pero el interés de mi viejo por los comodines había ido quitándome las ganas de jugar. Por otra parte él era un genio para los trucos con la baraja. Pero la mayor de todas sus hazañas con las cartas fue una vez que inventó un solitario que, en el mejor de los casos, tardaría días en salir. Para poder disfrutar de ese solitario, no sólo haría falta paciencia, también habría que disponer de mucho tiempo.

De vuelta en el camarote, nos quedamos un rato mirando al mar. No *se veía* nada, porque era totalmente de noche. Pero sabíamos que aquella oscuridad que estábamos contemplando era el mar.

Por delante de nuestra ventana, pasaron unos norteamericanos armando mucho jaleo y, entonces, echamos las cortinas y mi viejo se tumbó en la cama. Debía de haber tomado suficiente medicina para dormir, porque inmediatamente se quedó frito.

Yo me quedé tumbado, observando cómo se mecía el barco.

Al cabo de un rato, saqué la lupa y el libro del panecillo, y seguí leyendo la increíble historia que Hans el Panadero había relatado a Albert, quien, a su vez, había perdido a su madre de pequeño.

SEIS DE TRÉBOLES

...como si quisiera asegurarse de que yo era una persona real, de carne y hueso...

Continué andando por el espeso bosque y pronto llegué a un paisaje abierto. Al pie de una ladera cubierta de flores, había un pueblo. Entre las casas, discurría un camino por el que pululaba un montón de gente del mismo tamaño que los enanos que había visto antes. Un poco más arriba, en la colina, se veía una casita solitaria.

En ese lugar, no debía de haber ningún policía municipal a quien poder dirigirme, pero tenía que enterarme, por todos los medios, de en qué parte del mundo me encontraba.

Una de las primeras casas del pueblo era una pequeña panadería. Justo cuando pasaba por delante de ella, una señora rubia apareció en la puerta. Llevaba un vestido de color rojo con tres corazones rojo sangre sobre el pecho.

—¡Pan recién hecho! —exclamó, le salieron como dos manchas rosas en las mejillas y sonrió dulcemente.

El olor a pan fresco me hacía cosquillas en la nariz; era un olor tan agradable que no pude resistirme, y entré inmediatamente en la pequeña panadería. Hacía más de una semana que no probaba el pan, y allí había montones de roscas y panes en una ancha estantería, a lo largo de una de las paredes.

De un horno que había en la trastienda, salía un poco de humo, y otra señora vestida de rojo entró en la tienda. Llevaba cinco corazones sobre el pecho.

Los tréboles trabajan el campo y se ocupan de los animales, pensé. Los diamantes soplan vidrio. Los ases se pasean con vestidos preciosos cogiendo flores y bayas. Y los corazones hacen pan. Si consiguiese saber a qué se dedicaban los picas, tendría una idea global de todo el solitario.

Señalando uno de los panes, pregunté a la señora de la panadería:

—¿Me deja probarlo?

Cinco de Corazones se inclinó sobre el sencillo mostrador, hecho de troncos de madera, en el que había una pecera con un solo pez dentro, y mirándome fijamente a los ojos dijo:

—Me parece que hace varios días que no hablo contigo.

—Así es —contesté—. Acabo de caer de la luna. Además, nunca se me ha dado muy bien hablar, ya que no me resulta fácil pensar, y cuando no se es capaz de pensar, tampoco sirve de mucho hablar.

Ya había llegado a la conclusión de que hablar coherentemente con los enanos no servía para nada, por lo que decidí expresarme de forma incomprensible, a ver si así podía congeniar con ellos.

—¿De la luna, dices?

—Eso.

—Entonces sí debes de necesitar algo de pan, ya lo creo —contestó lacónicamente Cinco de Corazones, como si lo de caer de la luna fuera algo tan normal como estar haciendo pan en una panadería.

Así que yo tenía razón. Hablando como ellos, no era tan difícil entenderse con esos seres de corta estatura. Pero en ese momento, como si le hubiera dado un repentino ataque de locura, Cinco de Corazones se inclinó sobre el mostrador y susurró muy exaltada:

—LO QUE VA A SUCEDER ESTÁ EN LAS CARTAS.

Al instante, volvió a su estado normal, partió un gran trozo de pan y me lo dio. Me lo metí inmediatamente en la boca y salí a la calle. Me supo un poco más agrio que el que yo solía comer, pero resultaba agradable masticarlo y llenaba igual que cualquier otro pan.

Ya en la calle, pude comprobar que todos los enanos llevaban corazones, tréboles, diamantes o picas sobre el pecho. Había cuatro trajes o uniformes distintos: los corazones iban de rojo, los tréboles de azul, los diamantes de rosa y los picas de negro.

Algunos eran un poco más altos que los demás e iban vestidos de reyes, reinas y jotas. Los reyes y las reinas llevaban coronas, y los jotas llevaban una espada, colgada de un cinturón.

Me pareció que sólo había uno de cada clase. Vi un rey de corazones, un seis de tréboles y un ocho de picas. Además no había niños ni ancianos. Todos esos enanos eran adultos y tenían más o menos la misma edad.

Cuando los enanos se percataban de mi presencia, primero me miraban, y luego me daban la espalda, como si no les importara que un extraño hubiera llegado al pueblo.

Solamente Seis de Tréboles, a quien horas antes había visto montando uno de los animales de seis patas, se detuvo en la calle delante de mí y soltó una de esas frases absurdas:

–LA PRINCESA DEL SOL ENCUENTRA EL CAMINO AL MAR –dijo. Al instante, dobló una esquina y desapareció.

Me sentía aturdido. Era evidente que había llegado a una sociedad que tenía un ingenioso sistema de castas. Al parecer, el único código que seguían los habitantes de esa isla era el de la baraja.

Mientras me adentraba en el pequeño pueblo, tuve una incómoda sensación de encontrarme entre dos cartas de un solitario que nunca salía.

Las casas eran pequeñas cabañas de troncos de madera. Fuera, tenían colgados unos faroles de cristal iguales que los que había visto en la fábrica de vidrio. No estaban encendidos, porque, aunque las sombras se iban alargando, el pueblo seguía bañado por el dorado sol de la tarde.

Sobre los bancos y las cornisas había innumerables peceras. También se veían por todas partes botellas de distintos tamaños. Unas estaban tiradas entre las casas, y algún que otro enano también llevaba alguna.

Una de las casas era mucho más grande que las demás; parecía un almacén. De ella salían agudos chirridos, y al asomarme por una puerta que había abierta, descubrí que era una carpintería. Cuatro o cinco hacendosos enanos estaban haciendo una mesa muy grande. Todos llevaban unos uniformes parecidos a los de los gnomos, pero éstos eran completamente negros, y, sobre la espalda, donde los gnomos llevaban tréboles, éstos llevaban picas. Con eso ya había resuelto un enigma: los picas trabajaban de carpinteros. Tenían el pelo muy negro, pero su piel era mucho más clara que la de los tréboles.

Delante de una cabaña, sentado sobre un pequeño banco, observando cómo el sol de la tarde se reflejaba en su espada, estaba sentado Jota de Diamantes. Llevaba una larga chaqueta rosa y unos pantalones anchos, de color verde.

Me acerqué a él y le hice una respetuosa reverencia.

–Buenas tardes, Jota de Diamantes –dije intentando ser amable–. ¿Podrías indicarme qué rey está en el poder en este momento?

Jota volvió a envainar su espada y me miró.

–Rey de Picas –dijo hurañamente–. Porque mañana es el día de Comodín. Pero está prohibido hablar en las cartas.

–Qué pena. Tengo que pedirte que me enseñes dónde se encuentra la máxima autoridad de la isla.

–Ohcid eh et, satrac sal ne ralbah odibihorp atse.

–¿Qué dices?

–Satrac sal ne ralbah odibihorp atse –repitió.

–Muy bien. ¿Y qué significa eso?

–¡Salger sal riuges euq seneit euq!

–¿Ah sí?

–¡Is euq!

–¿Conque sí, eh?

Estudí su pequeño rostro. Tenía el pelo brillante y la piel pálida, como las artesanas de la fábrica de vidrio.

–Tienes que disculparme, pero no estoy muy acostumbrado a este dialecto. ¿Es holandés?

Jota me miró con sorna.

–Sólo los reyes, reinas y jotas conocen el arte de hablar al revés. Si tú no lo entiendes, vales menos que

yo.

Me quedé pensando. ¿Quería decir que hablaba empezando por el final?

«Is euq»... sería «que sí». Dos veces había dicho «Satrac sal ne ralbah odibihorp atse». Empezando por el final sería «Está prohibido hablar en las cartas».

–Está prohibido hablar en las cartas –dije.

Cambió de actitud.

–¿Secah ol euq rop secnotne? –preguntó titubeante.

–¡Abeurp a etrenop arap! –contesté con decisión.

Jota se quedó totalmente perplejo.

–Te pregunté si sabías qué rey tenía ahora el poder, sólo para ver si eras capaz de dejar de contestar –proseguí–. Pero ese arte no lo conoces, y por eso has roto las reglas.

–¡Qué cara tienes! –dijo.

–Pues aún puedo tener más.

–¿Omoc?

–Mi padre se llamaba Otto. ¿Puedes decirme ese nombre al revés?

–Otto –dijo mirándome.

–Exactamente –exclamé–. Y ahora, ¿puedes decirlo al revés?

–Otto –dijo de nuevo.

–Sí, sí, ya lo has dicho –repliqué–. Pero ahora quiero que lo digas al revés.

–¡Otto, Otto! –gritó Jota.

–Al menos lo has intentado –dije para tranquilizarle–. ¿Hacemos una palabra un poco más larga?

–¡Elav! –contestó.

–Anilina.

–Anilina –repitió Jota.

Agité los brazos y dije:

–Simplemente estás diciendo la misma palabra al revés.

–¡Anilina, anilina! –dijo Jota.

–Gracias, ya basta. ¿Eres capaz de traducir una frase entera también?

–¡Etnemlarutan!

–Entonces quiero que digas «Dábale arroz a la zorra el abad».

–¡Dábale arroz a la zorra el abad! –dijo Jota inmediatamente.

–Exactamente, y ahora al revés.

–¡Dábale arroz a la zorra el abad! –dijo de nuevo.

Yo sacudí la cabeza.

–No haces más que repetir lo que yo digo. Será porque no eres capaz de decirlo al revés.

–¡Dábale arroz a la zorra el abad! –gritó de nuevo.

Me daba un poco de pena, pero yo no fui el que empezó a decir tonterías.

Jota desenvainó la espada y golpeó con ella una botella, que se rompió contra la pared de una casa. Unos corazones que pasaban por allí se quedaron boquiabiertos, pero enseguida miraron hacia otro lado.

De nuevo pensé que la isla debía de ser un reducto para dementes incurables. ¿Pero por qué eran todos tan pequeños? ¿Por qué hablaban alemán? Y sobre todo: ¿Por qué esa división en palos y números como en una baraja?

Decidí no perder de vista a Jota de Diamantes hasta haber conseguido una respuesta a todas las incógnitas. Simplemente tendría que procurar no hablar demasiado claro, porque lo único que causaba problemas a estos enanos eran las cosas dichas claramente.

–Acabo de aterrizar –dije–. Y creía que este país estaba tan desierto como la luna. Ahora me gustaría saber quiénes sois y de dónde venís.

Jota dio un paso atrás y dijo resignado:

–¿Eres un nuevo comodín?

–No sabía que Alemania tuviera una colonia en el Atlántico –proseguí–. Y tengo que admitir que, aunque he viajado por muchos países, nunca había visto unas personas tan pequeñas.

–¡Eres un nuevo comodín! ¡Selocarac! ¡Ojalá no aparezcan más! No es necesario que haya un comodín

por cada palo.

–Pues no lo sé. Si los comodines son los únicos capaces de mantener una conversación, este solitario habría salido mucho mejor si todos hubieran sido comodines.

Intentó hacerme desaparecer con las manos.

–Resulta agotador tener que adoptar una postura ante tantas cosas –dijo.

Yo sabía que esto iba a ser difícil, pero lo intenté de nuevo.

–De modo que andáis arrastrando los pies por esta extraña isla del Atlántico –dije–. ¿Y no sería razonable que buscarais una explicación a cómo habéis llegado aquí?

–¡Paso!

–¿Qué has dicho?

–Has interrumpido el juego, te he dicho. ¡Paso!

Sacó una botellita del bolsillo de la chaqueta y bebió un trago de lo que parecía la misma bebida brillante que habían bebido antes los tréboles. Cuando le había puesto el corcho de nuevo, movió enérgicamente el brazo y dijo en voz muy alta y con gran énfasis, como si estuviera recitando el principio de un poema:

–BERGANTÍN DE PLATA NAUFRAGA EN MAR EMBRAVECIDO.

Sacudí la cabeza y suspiré resignado. Supuse que enseguida se quedaría dormido y, en ese caso, tendría que buscar a Rey de Picas por mi cuenta. De todas formas, sospechaba que tampoco él me aclararía mucho más.

De repente me acordé de algo que había dicho uno de los tréboles. Dije para mis adentros:

–A ver si encuentro a Frode...

Jota de Diamantes se despabiló instantáneamente. De un salto, se puso en pie y levantó el brazo derecho como si estuviera haciendo un saludo militar.

–¿Has dicho Frode?

Asentí con la cabeza:

–¿Puedes llevarme hasta él?

–¡Etnemlarutan!

Empezamos a andar entre las casas, y pronto llegamos a una pequeña plaza con un pozo en el centro, del que Ocho y Nueve de Corazones estaban sacando un cubo de agua.

Sus vestidos, de un intenso color rojo, iluminaban la plaza.

Los cuatro reyes estaban colocados en círculo delante del pozo, enlazados por los hombros. Quizá estuvieran deliberando sobre algún importante decreto. Recuerdo que pensé que debía de ser poco práctico tener cuatro reyes. Sus trajes eran del mismo color que las chaquetas de los jotas, pero su aspecto era mucho más elegante y cada uno llevaba su corona de oro.

También estaban en la plaza todas las reinas. Andaban a paso ligero entre las casas, y sacaban constantemente pequeños espejos en los que se miraban. Era como si se olvidaran con tanta facilidad y tan rápidamente de quiénes eran y de qué aspecto tenían que tuvieran que mirarse una y otra vez en el espejo. También llevaban sus coronas, que eran un poco más altas y más estilizadas que las de los reyes.

Al fondo vi de repente un anciano de pelo rubio y con una larga barba blanca. Estaba sentado en una gran piedra fumando una pipa. Lo más interesante del anciano era su tamaño: era tan alto como yo. Pero también había otra cosa que le hacía diferente de los enanos. Llevaba una camisa gris de lana gruesa y unos anchos pantalones marrones, lo que le daba un aspecto pobre y de estar por casa, que contrastaba con los alegres uniformes de los enanos.

Jota se dirigió directamente a él y me presentó:

–Maestro, aquí llega un nuevo comodín.

Fue lo único que dijo antes de desplomarse en la plaza y quedarse dormido. Esto seguramente se debía a la bebida que había tomado.

El anciano se levantó de un salto de la piedra. Se quedó estudiándome sin decir ni una palabra. Al final, empezó a tocarme. Me rozó las mejillas, me tiró cuidadosamente del pelo y tocó mi traje de marinero. Parecía como si quisiera asegurarse de que yo era una persona real, de carne y hueso.

–¡Nunca he visto nada semejante! –exclamó al final.

–Frode, supongo –dije, y le di la mano.

Me la estrechó con fuerza y la retuvo mucho tiempo. De repente, le entraron muchas prisas, como si se hubiera acordado de algo desagradable.

–Tenemos que marcharnos del pueblo inmediatamente.

Me pareció que estaba tan trastornado como el resto. Pero, por lo menos, no reaccionó con la misma falta de interés que los demás. Y eso bastó para infundirme cierta esperanza.

El anciano empezó a correr queriendo escapar del pueblo, aunque sus piernas eran tan débiles que estuvo a punto de caerse varias veces.

Sobre una colina al fondo, por encima del pueblo, vi de nuevo una solitaria casa de madera. Pronto llegamos hasta ella, pero no entramos. El anciano me ofreció asiento en un pequeño banco fuera.

Justo cuando acababa de sentarme, apareció una figura por una esquina de la casa. Era un extraño hombrecillo con un traje violeta y una gorra verde y roja con orejas de asno. De la gorra y del traje violeta colgaban pequeños cascabeles que sonaban débilmente cada vez que el enano efectuaba algún movimiento.

Se acercó a mí. Primero me pellizcó la oreja, luego me dio un cachete en la tripa.

–¡Baja al pueblo, Comodín! –ordenó el viejo.

–Bueno, bueno –dijo el hombrecillo con una sonrisa burlona.

–Como por fin le visita alguien de su patria, el maestro aparta de su lado a los viejos amigos. Conducta peligrosa, dice Comodín. Hay que tener en cuenta mis palabras.

El anciano suspiró con resignación y dijo:

–Tendrás cosas que hacer para la gran fiesta.

Comodín dio unos saltitos de burro con su cuerpo ágil y ligero.

–No hace falta. No hay que dar nada por sentado.

Dio unos brincos hacia atrás y siguió diciendo:

–No digamos nada más por ahora, ¡pero volveremos a vernos!

Y, con esto, desapareció cuesta abajo hacia el pueblo.

El viejo se sentó a mi lado. Desde el banco podíamos ver a todos los pintorescos enanos moviéndose entre las casas de madera.

SIETE DE TRÉBOLES

...que dentro de mi boca creciese esmalte y marfil...

Me quedé leyendo el libro del panecillo hasta muy tarde. A la mañana siguiente, cuando me desperté, me incorporé de un salto en la cama. La lámpara de encima de la mesilla seguía encendida. Debí de quedarme dormido con la lupa y el libro entre las manos.

Respiré aliviado al ver que mi viejo todavía estaba dormido. Encontré la lupa sobre la almohada, pero no veía el libro del panecillo por ninguna parte. Al final, lo encontré debajo de la cama. Me apresuré a esconderlo en el bolsillo del pantalón.

Después de haber eliminado todas las huellas, me levanté.

Lo que había leído antes de quedarme dormido era tan indignante que me sentía muy desasosegado.

Aparté las cortinas y miré por la ventana; no se veía más que mar por todas partes. Excepto algún que otro velero, no había ningún barco. El sol estaba a punto de salir. La aurora era como una estrecha franja entre el cielo y el mar.

¿Cuál sería la explicación al misterio de los enanos en la isla mágica? Evidentemente, no podía estar seguro de que todo lo que ponía en el libro del panecillo fuera cierto, aunque todo lo que había leído sobre Ludwig y Albert en Dorf me había parecido muy real.

En mi opinión, no cabía ninguna duda de que, tanto la bebida púrpura, como todos los pececitos de colores, procedían de la isla a la que Hans el Panadero había llegado. Yo mismo había visto con mis propios ojos una pequeña pecera en la panadería de Dorf. No probé ninguna bebida púrpura, pero el viejo panadero me dio una botella de refresco de pera y me habló de una bebida mucho mejor...

Sin embargo, todo podía ser un invento. Tal vez esa bebida no existiera, y todo lo que ponía en el libro del panecillo fuera mentira. Tampoco era tan extraño que el panadero de Dorf quisiera adornar su escaparate con un pececillo de colores. Pero sí era bastante curioso que metiera un minúsculo libro dentro de la masa de un panecillo y que luego lo regalara, metido en una bolsa de papel, a un forastero que casualmente pasaba por allí. Y, en cualquier caso, escribir un libro entero con una letra tan pequeña, era una verdadera

hazaña. Y sobre todo no podía olvidar que, justo antes, un misterioso enano me había regalado una lupa.

Aunque todos esos detalles concretos no me preocupaban demasiado esa mañana. Me sentía indignado por una razón muy distinta. De repente, me había dado cuenta de que los seres humanos eran tan inconscientes como esos apáticos enanos de la isla mágica.

Vivimos nuestras vidas en un cuento maravilloso, pensé. Pero, sin embargo, a la mayoría de la gente, el mundo le parece algo «normal». Por otra parte, se pasan la vida buscando algo «anormal», como por ejemplo ángeles o marcianos, porque no comprenden que el mundo, por sí mismo, es ya un misterio. Yo mismo me sentía completamente diferente. El mundo me pareció un sueño extraño. Y estaba buscando una explicación razonable a todo eso.

Mientras estaba viendo cómo el cielo se ponía cada vez más rojo y luego cada vez más claro, noté una sensación que jamás había experimentado, y que, desde entonces, nunca me ha abandonado.

Así, de pie, delante de la ventana, me sentí como una criatura misteriosa que estaba viva, pero que no sabía nada de sí misma. Sentí que era un ser vivo sobre un planeta en la Vía Láctea. Seguramente lo había sabido siempre, porque, con la educación que había recibido, no era fácil cerrar los ojos a tales hechos pero entonces lo sentí por primera vez en mi propio ser. Era algo que se había metido en cada célula de mi cuerpo.

Viví mi propio cuerpo como algo sorprendente y ajeno. ¿Cómo podía estar en ese camarote, teniendo esos pensamientos tan extraños? ¿Cómo era posible que me crecieran la piel, el pelo y las uñas? ¡Por no decir los dientes! No encontré ningún sentido al hecho de que dentro de mi boca creciese esmalte y marfil, a que todo eso formara parte de mi ser. Pero supongo que la gente no piensa en esas cosas hasta que se ve obligada a ir al dentista.

Me pareció un misterio cómo los seres del mundo pueden, simplemente, vagar por la Tierra, sin preguntarse, a cada momento, quiénes son y de dónde vienen. ¿Cómo podía ser la vida de este planeta algo ante lo que se cerraban los ojos o algo que, sencillamente, se daba por sentado?

Todos estos pensamientos y sensaciones que me invadían me entristecían y me alegraban al mismo tiempo. Me hicieron sentirme solo, pero era una soledad reconfortante.

De todos modos, me alegré mucho cuando mi viejo de repente emitió un rugido de león. Antes de que le hubiera dado tiempo a poner los pies en el suelo, pensé que ciertamente era importante tener los ojos abiertos a todo, pero que no había nada tan importante como estar con un ser querido.

—¿Ya estás levantado? —preguntó.

Miró por la ventana justo en el momento en el que el sol salía por encima del mar.

—Y el sol también —le contesté.

Así comenzó la mañana del día que íbamos a pasar entero en el mar.

OCHO DE TRÉBOLES

...si nuestro cerebro fuera tan sencillo como para poder entenderlo...

Durante el desayuno, mantuvimos una conversación bastante filosófica. Mi viejo sugirió en broma que secuestráramos el barco y que interrogáramos a todos los pasajeros para averiguar si alguno de ellos sabía algo que pudiera aclarar el misterio de la vida.

–Ésta es una oportunidad única. Este barco es como la humanidad en miniatura. Somos más de mil pasajeros, procedentes de todas partes del mundo. Pero todos estamos a bordo del mismo barco; a todos nos levanta la misma quilla...

Señaló el comedor y añadió:

–Entre tanta gente, tiene que haber alguien que sepa algo que los demás no sabemos. ¡Con tantas cartas buenas en la mano, debe haber al menos un comodín!

–Hay dos –dije mirándole. Su sonrisa me dio a entender que había captado bien mi mensaje.

Por fin dijo:

–En realidad deberíamos coger a todos los pasajeros y preguntarles uno por uno si saben por qué vivimos. A los que no supieran contestar, los tiraríamos por la borda.

–¿Y qué pasará con los niños? –pregunté.

–Aprobarán con notas excelentes.

Decidí hacer algunas investigaciones en el transcurso de la mañana. Primero me bañé mucho rato en la piscina, mientras mi viejo leía un periódico alemán, y luego me senté en la cubierta a mirar a la gente.

Unos se untaban grasientas cremas bronceadoras, otros leían libros de bolsillo en francés, inglés, japonés o italiano. Otros hablaban sin parar mientras tomaban cerveza o bebidas rojas con cubitos de hielo. También había algunos niños. Los mayores estaban tomando el sol como los adultos, los medianos correteaban por la cubierta tropezando con bolsos y bastones, los más pequeños estaban sentados sobre las rodillas de los mayores, y un bebé estaba mamando del pecho de su mamá. Tanto la madre como el bebé se comportaban con la misma naturalidad que si se encontraran en la cocina de su casa en Francia o Alemania.

¿Quiénes eran todas esas personas? ¿Cómo habían nacido? Y sobre todo: ¿Habría alguien, aparte de mi viejo y yo, que se hiciera esas mismas preguntas?

Me quedé sentado, mirándolos uno por uno, para averiguar si había algo que los delatara. Si, por ejemplo, hubiera un dios que decidiera todo lo que decían y hacían, una exhaustiva observación de sus comportamientos podría dar buenos resultados.

Podía sacar provecho de una importante ventaja: si lograra encontrar un interesante objeto de investigación, éste no podría escapárseme hasta que llegáramos a Patras. De esta forma, sería más fácil estudiar a las personas del barco que a pulgones hiperactivos o ágiles cucarachas.

Algunos de los pasajeros movían los brazos, otros se levantaban de las tumbonas para estirar las piernas, un señor mayor se quitó y se puso las gafas cuatro o cinco veces en sólo un minuto.

Era evidente que esas personas no eran conscientes de todos sus actos. No reparaban en ninguno de sus movimientos, lo que indicaba que estaban más vivos que conscientes.

Me pareció especialmente interesante estudiar cómo esas distintas personas movían sus párpados. Todo el mundo parpadeaba, naturalmente, pero nadie lo hacía con la misma frecuencia. Resultaba curioso ver cómo los pequeños pliegues de la piel de encima de los ojos se movían por su cuenta hacia arriba y hacia abajo. En una ocasión había visto parpadear a un pájaro. Daba la impresión de que llevaba incorporada una máquina que regulaba el parpadeo. Ahora me parecía que la gente del barco parpadeaba de un modo igual de misterioso.

Algunos alemanes con enormes barrigas me recordaban a las morsas. Estaban echados en las tumbonas con un gorro blanco sobre la frente. Lo único que hacían en toda la mañana era untarse crema bronceadora. Mi viejo los llamaba «alemanes de bratwurst». Yo pensé que venían de un lugar de Alemania llamado Bratwurst, pero mi viejo me explicó que los llamaba así porque siempre estaban comiendo una salchicha muy gorda que se llama «bratwurst».

Yo me preguntaba en qué podía estar pensando un «alemán de bratwurst» tumbado al sol. Llegué a la conclusión de que estaba pensando en «bratwurst». Por lo menos, no había nada que indicara que estuviera pensando en otra cosa.

Seguí con mis investigaciones filosóficas hasta por la tarde. Mi viejo y yo habíamos acordado no seguirnos las huellas todo el día, así que tenía permiso para moverme libremente por el barco. Lo único que tuve que prometerle fue que no saltaría por la borda.

Mi viejo me había dejado sus prismáticos. De vez en cuando, observaba a escondidas a algún pasajero. Resultó muy emocionante, porque tenía que cuidarme bien de no ser descubierto.

Lo más grave que hice, fue seguir a una señora americana que estaba tan loca que pensé que a lo mejor podría darme una explicación de lo que era el ser humano.

La pillé escondiéndose en un rincón del salón. Miró hacia atrás, para estar segura de que nadie la veía. Yo me había metido debajo de un sofá, mirando hacia arriba, y nadie

me descubrió. Sentía un cosquilleo en el estómago, pero la verdad es que no temía por mí, sino por ella. ¿Qué secretos ocultaría?

Al final, pude ver que sacaba del bolso un estuche de cosmética verde, del que extrajo un pequeño espejo. Primero, se miró desde todos los ángulos posibles, luego se pintó los labios.

Comprendí inmediatamente que lo que acababa de ver podría tener cierta importancia para un filósofo, pero ahí no acabó todo: cuando terminó de maquillarse, empezó a sonreírse a sí misma y, justo antes de volver a meter el espejo en el bolso, levantó una mano y se saludó a través del espejo, mientras sonreía abiertamente y se guiñaba un ojo.

Cuando desapareció del salón, me quedé agotado en mi escondite.

¿Cómo era posible que se saludara a sí misma? Tras algunas reflexiones filosóficas, llegué a la conclusión de que esa señora era tan rara porque quizá fuera una dama comodín. Porque, si se saludaba a sí misma, lo que está claro es que era consciente de que existía. De esa manera, era dos personas al mismo tiempo. Era a la vez la señora que estaba en el salón pintándose los labios y la que se saludaba desde el espejo.

Yo sabía que, en realidad, no está permitido hacer experimentos con seres humanos, así que no seguí a nadie más. Pero cuando por la tarde volví a ver a la señora jugando al bridge, me dirigí a ella y le pregunté en inglés si me daba el comodín.

–*No problem* –dijo, y me lo dio.

Levanté una mano y la saludé a la vez que le guiñaba un ojo. Se quedó tan perpleja que casi se cae de la silla. A lo mejor se preguntaba si yo conocía su pequeño secreto.

Esa fue la primera vez en mi vida que pedí un comodín por mi cuenta.

Mi viejo y yo habíamos quedado en vernos en el camarote antes de cenar. Sin darle muchas explicaciones, le conté que había hecho algunas observaciones importantes, y durante la cena mantuvimos una interesante discusión acerca del ser humano.

Yo dije que me parecía curioso que los seres humanos, que somos tan listos para muchas cosas, como por ejemplo la exploración del espacio y la composición de los átomos, no sepamos más sobre nosotros mismos. Entonces mi viejo dijo algo tan inteligente que creo que puedo recordarlo palabra por palabra:

–Si nuestro cerebro fuera tan sencillo como para poder entenderlo, seríamos tan tontos que, de todos modos, no lo podríamos entender.

Me quedé un buen rato meditando sobre esta frase. Al final, llegué a la conclusión de que la frase decía más o menos todo lo que podía decirse sobre la pregunta que yo había hecho.

Mi viejo continuó:

–Porque hay cerebros mucho más simples que el nuestro. Por ejemplo, podemos, al menos hasta cierto punto, entender cómo funciona el cerebro de una lombriz. Pero la lombriz no puede; para eso, su cerebro es demasiado simple.

–Puede que haya un dios que nos entienda.

Mi viejo se sobresaltó. Creo que le impresionó un poco que yo fuera capaz de hacer una pregunta tan astuta.

–Puede ser. Pero, en ese caso, él sería tan enormemente complicado que seguramente no sería capaz de entenderse a sí mismo.

Hizo señas al camarero para pedirle una cerveza con la comida. Siguió filosofando hasta que se la trajeron. Mientras el camarero echaba la cerveza en el vaso, dijo:

–Si hay algo que no entiendo, es por qué Anita nos dejó.

Me llamó la atención que de repente utilizara su nombre, ya que solía decir «mamá», como yo.

Mi viejo hablaba tanto de mamá que a veces me hartaba. Yo la echaba de menos tanto como él o más, pero me parecía mejor echarla de menos cada uno por nuestra cuenta que echarla de menos los dos *juntos*.

Añadió:

–Me parece que entiendo más de la composición del espacio que de las razones por las que esa mujer simplemente se fue, sin dar una clara explicación de *por qué* desapareció.

–Quizá ella misma tampoco lo entendiera –repliqué.

Después de cenar, dimos un paseo por el barco. Mi viejo señalaba a los oficiales y a la tripulación, explicándome el significado de los distintos galones e insignias. Yo no pude evitar pensar en una baraja.

Un poco más tarde, mi viejo me confesó que tenía la intención de darse una vueltecita por el bar. Pensé que era mejor no iniciar ninguna discusión al respecto, y le dije que prefería volver al camarote a leer mis tebeos.

Creo que le pareció bien quedarse un rato a solas, y yo, por mi parte, estaba ya pensando en lo que le contaría Frode a Hans el Panadero.

Por supuesto, no tenía ninguna intención de leer tebeos del Pato Donald. Quizá fuera ése el último verano en que me gastara dinero en ese tipo de comics.

Al menos ese día aprendí una cosa: ya no era sólo mi viejo el que filosofaba. Yo también había empezado a hacerlo.

NUEVE DE TRÉBOLES

...una especie de gaseosa dulce, de aspecto centelleante y ligeramente espumosa...

–¡Menos mal que pudimos escapar! –dijo el anciano de la barba blanca y larga.

Permaneció sentado durante mucho tiempo, con la mirada clavada en mí.

–Tenía miedo de que contaras algo.

Por fin dejó de mirarme. Señaló hacia abajo, al pueblo, y se estremeció de nuevo:

–¿No habrás contado nada, verdad?

–Me temo que no entiendo lo que quieres decir.

–Es verdad. Seguramente estoy empezando por el final.

Asentí comprensivo:

–Si hay un principio –dije–, seguramente será bueno empezar por él.

–¡Naturalmente! –exclamó–. Pero ante todo quiero que me contestes a una pregunta: ¿Sabes a qué día estamos hoy?

–No estoy totalmente seguro –admití–. Debe de ser uno de los primeros días de octubre...

–No me refiero exactamente al día. ¿Sabes en qué año estamos?

–En 1842 –dije. De pronto empecé a entender algunas cosas.

El viejo movió la cabeza.

–Entonces hace exactamente 52 años, hijo mío.

–¿Tanto tiempo llevas viviendo en esta isla?

–Sí, tanto tiempo.

Se le escapó una lágrima por el rabillo del ojo, que rodó por su mejilla, sin que él hiciera ningún intento de secarla.

–En el mes de octubre de 1790 salimos de México –prosiguió.

–Al cabo de unos días de travesía, el bergantín en el que navegaba naufragó. El resto de la tripulación se perdió con el barco, pero yo me agarré a unos gruesos troncos que flotaban entre los restos del naufragio y logré llegar a esta isla...

Se quedó profundamente ensimismado. Le conté que yo también había llegado a la isla tras un naufragio.

Movió la cabeza con aire melancólico. Luego añadió:

–Dices «isla» y yo también lo he dicho. ¿Pero podemos estar totalmente seguros de que se trata de una isla? Yo he vivido aquí durante más de cincuenta años, hijo mío, y he explorado mucho, pero jamás he vuelto a encontrar el camino hacia el mar.

–Será una isla muy grande.

–¿Una isla muy grande que no figura en ningún mapa? –dijo mirándome.

–Evidentemente puede que hayamos encallado en algún lugar del continente americano –repliqué–. O en África, si quieres. No es fácil saberlo, ya que estábamos a merced de las corrientes marinas, antes de ser lanzados a la playa.

El anciano volvió a sacudir la cabeza con resignación.

–Tanto en América como en África hay *seres humanos*, joven.

–Pero si esto no es una isla, y tampoco uno de los grandes continentes, ¿qué es entonces?

–Algo muy diferente... –murmuró.

Volvió a quedarse totalmente ensimismado.

–Los enanos... –dije–. ¿Te refieres a ellos?

Pero contestó a mi pregunta con otra:

–¿Estás seguro de que vienes del mundo exterior? ¿No serás tú también de aquí?

–¿Yo...?

Por sus palabras deduje que al fin y al cabo, se estaba refiriendo a los enanos.

–Yo me enrolé en Hamburgo –dije.

–¿Ah sí? Yo soy de Lübeck...

–¡Y yo también! Me enrolé en un barco noruego en Hamburgo, pero yo nací y me crié en Lübeck.

–¿De verdad? Entonces cuéntame primero lo que ha sucedido en Europa durante mis cincuenta años de ausencia.

Le conté lo que sabía. La mayor parte de mi relato se refirió a Napoleón y a todas las guerras. Dije que Lübeck había sido saqueada por los franceses en 1806.

–En 1812, el año en que nací, Napoleón inició una campaña en Rusia –dije para terminar–, pero tuvo que retirarse con grandes pérdidas. En 1813, fue vencido en una gran batalla en Leipzig. Entonces convirtió Elba en su pequeño imperio. Pero regresó unos años más tarde y reinstauró el imperio francés. Esta vez fue vencido en Waterloo. Vivió sus últimos años en la isla de Santa Elena, al oeste de África.

El anciano escuchaba con gran interés.

–Él al menos pudo ver el mar –murmuró.

Parecía estar rememorando todo lo que le acababa de contar.

–Suenan como un cuento de hadas –añadió al cabo de mucho rato–. Así puede haber transcurrido la historia desde que yo dejé Europa. Pero también podría haberlo hecho de un modo completamente distinto.

En eso tuve que darle la razón. La Historia es un gran cuento, con la única diferencia de que es un cuento real. El sol estaba a punto de ponerse tras las montañas del oeste. El pequeño pueblo ya estaba en penumbra. Allí abajo, los enanos deambulaban de un lado para otro, como pequeñas manchas de color entre las casas.

Señalándolos, pregunté:

–¿Vas a hablarme de ellos?

–Naturalmente –contestó–. Te lo contaré todo. Pero tienes que prometerme que ellos no se van a enterar de nada de lo que te cuente.

Asentí con la cabeza, pendiente de lo que iba a decirme.

«Yo era marinero en un gran bergantín español que iba de Veracruz, en México, a Cádiz, en España.

Navegábamos con una gran carga de plata. El tiempo era bueno, claro y tranquilo, y sin embargo naufragamos pocos días después de haber zarpado. Debimos de estar aguardando el viento en algún lugar entre Puerto Rico y las Bermudas. Ya habíamos oído hablar de extraños sucesos precisamente en esa zona. Pero supongo que los considerábamos cuentos de marineros. De repente, una mañana el barco se levantó por encima de un mar completamente en calma. Fue como si una mano gigantesca le diera la vuelta. Sólo duró un par de segundos, y volvimos a bajar al mar. El barco quedó ladeado, la carga se desplazó y comenzó a entrar agua.

Sólo tengo vagos recuerdos de la pequeña playa en la que finalmente me encontré a salvo, porque enseguida comencé a adentrarme en la isla. Tras andar errante algunas semanas, me establecí aquí, y aquí he vivido desde entonces.

Me las arreglé bien. Aquí crecían patatas y maíz, manzanas y plátanos. Pero también había otras frutas y plantas que jamás había visto antes, y que desde entonces forman parte de mi sustento. Yo mismo tuve que inventar nombres para todas las plantas desconocidas de esta isla.

Pasado un tiempo, logré domesticar a los molucos hexápodos. No sólo me proporcionaban una leche buena y nutritiva, también me servían como animales de tiro. A veces mataba alguno y me comía la carne, que era blanca y fina. Me recordaba a la carne de jabalí, que siempre comíamos en Alemania por Navidad.

Con el paso de los años, con las plantas de la isla fabriqué remedios contra las distintas enfermedades que contraía. También preparé bebidas que me ayudaban a levantar el ánimo. Pronto probarás algo que yo llamo tuf. Es una bebida algo amarga que obtengo hirviendo raíces de la palmera de tufta. El tuf me despierta cuando estoy cansado, y me ayuda a dormir cuando estoy demasiado excitado. Es una bebida rica, y completamente inofensiva.

Pero también elaboré lo que llamamos la bebida púrpura. Es una bebida maravillosa para todo el cuerpo, pero al mismo tiempo tan traidora y peligrosa que me alegró de que no se venda en las tiendas en Alemania. La hago con el jugo de la rosa púrpura, que es un pequeño arbusto con minúsculas rosas de color púrpura y que crece por todas partes en esta isla. Ni siquiera tenía que molestarme en coger las rosas y sacar el jugo, porque ese trabajo me lo hacían unas abejas gigantes, más grandes que los pájaros en Alemania. Construyen sus colmenas en árboles huecos y allí almacenan sus existencias de jugo de púrpura. Simplemente hay que ir y servirse.

Mezclando el jugo de las flores con agua del río del Arco Iris, en el que también cojo peces de colores, obtuve una especie de gaseosa dulce, de aspecto centelleante y ligeramente espumosa.

Lo tentador de la bebida púrpura era que no sabía sólo a una cosa, sino que estimulaba todos los órganos del sabor, con todo el registro de matices que es capaz de saborear un ser humano. Y es más: la bebida púrpura no dejaba el sabor únicamente en la boca y en la garganta, sino que se saboreaba en cada célula del cuerpo. Pero no es sano devorar el mundo entero en un solo sorbo, hijo mío. Es mejor ingerir el mundo en porciones.

Cuando obtuve la bebida púrpura, empecé a beberla a diario. Me ponía más alegre, pero solamente al principio. Poco a poco, comencé a perder la noción del tiempo y del espacio. De repente me «despertaba» en algún lugar de la isla sin acordarme de cómo había llegado hasta allí. De esa manera, vagaba durante días y días sin encontrar el camino de regreso a casa. A veces me olvidaba de quién era y de dónde venía. Era como si todo lo que me rodeaba fuera yo mismo. Empezaba como un picor en los brazos y las piernas, luego se iba extendiendo hasta la cabeza, y finalmente la bebida empezó a consumir mi alma. Bueno, al menos me alegró de haber parado antes de que fuera demasiado tarde. Hoy en día, la bebida púrpura sólo es consumida por el resto de los habitantes de esta isla. Más adelante te contaré por qué.»

Habíamos estado sentados mirando el pueblo mientras hablaba. Estaba anocheciendo y, abajo en el pueblo, los enanos habían encendido los faroles de aceite que colgaban entre las casas.

—Empieza a hacer fresco —dijo Frode.

Se levantó y abrió la puerta de la cabaña. Entramos en una pequeña sala que tenía las paredes cubiertas de troncos de madera. Todos los utensilios que en ella podían verse habían sido fabricados por Frode con materiales encontrados en la isla. No se veía nada de metal, todo estaba hecho con barro, madera y piedra. Sólo había un material que recordaba a la civilización: había tazas y jarras, lámparas y fuentes de vidrio. Además había varias peceras con peces de colores dentro. También las ventanas de la cabaña eran de vidrio.

—Mi padre era maestro vidriero —dijo el anciano, como si hubiera adivinado mis pensamientos—. Y yo aprendí el oficio antes de hacerme marinero. Aquí, en la isla, me resultó muy útil. Después de algún tiempo, comencé a mezclar distintas clases de arena. Pronto pude fundir una excelente masa de vidrio, en hornos que fabriqué con una piedra resistente al fuego, a la que llamé dorfita porque la encontré en la montaña que está en las afueras del pueblo.

—Ya he visitado la fábrica de vidrio.

El viejo se volvió hacia mí y dijo bruscamente:

—¿No habrás contado nada, no?

No entendí muy bien lo que quería decir con eso de «contar algo» a los enanos.

—Sólo pregunté por el camino al pueblo —contesté.

—¡Bueno! Ahora vamos a tomarnos una copita de tuf.

Nos sentamos sobre unas banquetas que había a cada extremo de una mesa hecha de una madera oscura que yo no conocía. Frode echó de una jarra de vidrio una bebida marrón en un par de vasos redondos y encendió una lámpara de aceite que colgaba del techo.

Bebí un pequeño sorbo. Sabía a una mezcla de coco y limón. Mucho tiempo después de haberla tragado, un sabor ácido permanecía en mi boca.

—¿Qué te parece? —preguntó el viejo expectante—. Es la primera vez que invito a tuf a un auténtico europeo. Contesté que la bebida era refrescante y muy rica, lo cual era cierto.

—¡Bien! Entonces supongo que ha llegado el momento de hablarte de mis pequeños ayudantes aquí en la isla. Seguro que estás pensando en ellos, hijo mío.

Asentí con la cabeza. El viejo comenzó su relato.

DIEZ DE TRÉBOLES

**...no era capaz de entender cómo algo podía,
sin más, surgir de la nada...**

Dejé la lupa y el libro del panecillo en la mesilla y comencé a dar vueltas por el camarote pensando en lo que acababa de leer.

Frode había vivido en esa extraña isla durante 52 largos años, y allí se había encontrado un buen día con los apáticos enanos. ¿O habrían llegado de repente a la isla mucho tiempo después que Frode?

Lo que estaba claro es que tenía que haber sido Frode el que había enseñado a los diamantes el arte de soplar el vidrio, a los tréboles a cultivar la tierra, a los corazones a hacer pan y a los picas el oficio de carpinteros. ¿Pero quiénes eran los enanitos?

Sabía que a lo mejor obtenía la respuesta a mis preguntas si continuaba leyendo, pero no estaba del todo seguro de atreverme a seguir, estando solo en el camarote.

Aparté la cortina de la ventana y me encontré directamente con una carita al otro lado del cristal. ¡*Era el enano!* Estaba sobre la cubierta mirándome fijamente.

Todo esto no duró más que breves segundos. En cuanto se dio cuenta de que lo había descubierto, salió corriendo y desapareció.

Me entró tal miedo que me quedé de pie, totalmente rígido, sin poder moverme. Lo único que hice inmediatamente fue volver a correr la cortina. Al cabo de un rato, me tumbé en la cama y me eché a llorar.

No se me ocurrió que podía salir del camarote e ir a buscar a mi viejo al bar. Tenía tanto miedo que lo único que quería era esconder la cabeza bajo la almohada y, en realidad, ni a eso me atrevía.

No sé cuánto tiempo estuve allí llorando. Mi viejo debió de oír mis gritos desde el pasillo, porque abrió la puerta violentamente y entró como un loco.

—¿Qué te pasa, Hans Thomas?

Me dio la vuelta e intentó abrirme los ojos.

—El enano... —sollocé—. He visto al enano por la ventana... Estaba allí... mirándome.

Me pareció que mi viejo se había temido algo aún peor, porque me soltó inmediatamente y empezó a dar vueltas por el camarote.

—Lo que dices es una tontería, Hans Thomas. No hay ningún enano a bordo de este barco.

–Pues *lo he visto* –insistí.

–Viste a un hombre bajo. Seguramente era un griego.

Al final, mi viejo casi logró convencerme de que me había equivocado. Al menos consiguió tranquilizarme. Pero yo puse una condición a cambio de dejar de hablar del asunto: tuvo que prometerme que preguntaría a la tripulación si había algún enano a bordo.

–¿Crees que reflexionamos demasiado? –preguntó mientras yo seguía sollozando de vez en cuando.

Dije que no con la cabeza.

–Primero, buscaremos a mamá en Atenas –prosiguió–; dejemos para más adelante la solución de los enigmas de la vida. No son urgentes, pues nadie va a robarnos el proyecto mientras.

Me miró de nuevo y continuó:

–Interesarse por quiénes son los seres humanos y de dónde viene el mundo, es un hobby tan rarísimo que, prácticamente, somos los únicos que lo tenemos. Los que nos interesamos por esas cosas vivimos tan dispersos que ni siquiera nos hemos preocupado de crear nuestra propia asociación.

Cuando por fin dejé de llorar, echó como medio centímetro de aguardiente en un vasito. Añadió agua y me lo dio.

–Bebe esto, Hans Thomas. Así dormirás bien esta noche.

Di un par de sorbos. Me supo tan asqueroso que no pude entender cómo mi padre iba siempre por ahí en busca de esas cosas.

Cuando mi viejo se disponía a acostarse, saqué el comodín que había pedido a la señora americana y dije:

–Te lo regalo.

Lo cogió y lo estudió detenidamente. No creo que fuera un ejemplar muy raro, pero era el primer comodín que yo le regalaba.

Me lo agradeció con un truco de cartas. Metió el comodín en una baraja que encontró entre el equipaje. A continuación, la dejó sobre la mesilla y sacó del aire el mismo comodín.

Seguí todo muy atentamente y hubiera jurado que había metido el comodín en la baraja. Quizá sacudiera la carta de la manga de su chaqueta. ¿Pero cómo había llegado hasta allí?

No era capaz de entender cómo algo podía, sin más, surgir de la nada.

Mi viejo cumplió su promesa y preguntó a la tripulación sobre el enano, pero le aseguraron que no había ninguno a bordo. Entonces tendría que ser lo que yo me temía: el enano era un polizón.

JOTA DE TRÉBOLES

**...si el mundo es un gran juego
de magia, también tiene que haber
un gran prestidigitador..**

Decidimos no desayunar a bordo, y esperar hasta desembarcar en Patras. Habíamos puesto el despertador a las siete, una hora antes de la llegada, pero yo me desperté a las seis.

Lo primero que vi fue la lupa y el libro del panecillo en la mesilla. Al ver aquella misteriosa cara frente a la ventana, me olvidé completamente del libro, así que mi viejo no lo había visto de pura casualidad.

El jefe seguía dormido. Desde que abrí los ojos, estaba pensando en lo que contaría Frode sobre los enanos de la isla. Así pues, leí un trozo más del libro, hasta que mi viejo empezó a hacer ruidos en la cama, como hacía siempre, justo antes de despertarse.

«En el mar, jugábamos mucho a las cartas. Yo tenía siempre una baraja metida en el bolsillo de la camisa, y precisamente una de esas barajas francesas fue lo único que traje a esta isla después del naufragio.

En mi soledad, los primeros años hacía muchos solitarios. Los naipes eran las únicas imágenes que podía contemplar. No sólo hacía los que había aprendido en Alemania y en el mar. Enseguida descubrí que con 52 cartas y todo el tiempo del mundo, no hay límites en la invención de solitarios y juegos. Con el tiempo, empecé a atribuir determinadas cualidades a cada una de las cartas, viéndolas como individuos pertenecientes a cuatro familias distintas. Los tréboles tenían la piel marrón, el pelo espeso y rizado, y eran de compleción fuerte. Los diamantes eran más delgados, más ligeros y más gráciles, tenían la piel casi blanca y su pelo brillaba como la plata. Y los corazones... pues los corazones eran precisamente un poco más cordiales que los demás. Tenían cuerpos rechonchos, las mejillas sonrosadas y el pelo rubio, abundante y rizado. Y finalmente los picas: de figura estilizada, aspecto autoritario, ojos penetrantes y pelo negro y escaso.

Empecé a imaginarme las figuras cuando hacía solitarios. Por cada carta que ponía, era como si soltara a un espíritu de una botella hechizada. Un espíritu, sí, porque no sólo variaba el aspecto de las figuras de cada palo, tenían además, cada uno, su genio y su talante. Los tréboles tenían una personalidad un poco más torpe y firme que los ambiguos y susceptibles diamantes. Los corazones eran más amables y más alegres que los huraños y coléricos picas. Pero también había grandes diferencias dentro de cada palo. Todos los diamantes eran muy vulnerables, pero Tres de Diamantes era la que se echaba a llorar con más facilidad. Todos los picas eran algo irascibles, pero el más irascible de todos era Diez de Picas.

De ese modo, fui creando, con los años, 52 individuos invisibles que de alguna manera vivían conmigo en la isla. En total fueron 53, porque Comodín llegaría a jugar un papel muy importante.

—¿Pero cómo...?

—No sé si eres capaz de imaginarte lo solo que me sentía. El silencio era infinito. Me topaba constantemente con animales; por las noches me despertaban los búhos y los molucos, pero no tenía a nadie con quien hablar. A los pocos días de estar aquí, empecé a hablar solo. Pasados unos meses, también

empecé a hablar con las cartas. Unas veces, las colocaba en círculo a mi alrededor y jugaba a que eran personas de carne y hueso como yo. Otras veces, sólo sacaba una carta con la que mantenía largas conversaciones.

Con el uso, la baraja se fue desgastando y, al final, quedó tan deteriorada que estaba a punto de romperse. El sol había ido consumiendo los colores, y apenas podía distinguir ya la imagen de una carta de la de otra. Entonces metí los restos en una cajita de madera que he guardado hasta hoy. Pero las figuras seguían viviendo en mi conciencia. Hacía los solitarios en la cabeza, ya no me hacía falta la baraja. Es como cuando de pronto un día sabes sumar y restar sin utilizar el ábaco. Porque siete más seis *son* trece aunque no se vea con bolitas.

Continué hablando con mis amigos invisibles, y pronto tuve la sensación de que me contestaban, aunque sólo fuera en el pensamiento. Cuando dormía estaban más presentes que nunca, porque en mis sueños me veía casi siempre con las figuras de la baraja. Éramos como una pequeña comunidad. En mis sueños, las figuras decían y hacían cosas por su cuenta. De ese modo, las noches se me hacían un poco menos solitarias que los largos días. Entonces las cartas daban rienda suelta a su propia personalidad y correteaban por mi conciencia como verdaderos reyes y reinas, como personas de carne y hueso.

Con algunas de las cartas, entablé una relación más íntima. En los primeros tiempos, mantuve largas conversaciones con Jota de Tréboles. Con Diez de Picas también podía bromear, siempre y cuando él fuera capaz de controlar su genio.

Durante un período estuve enamorado en secreto de As de Corazones. Me sentía tan solo que conseguía enamorarme de mis propias imaginaciones. Me la imaginaba con un vestido amarillo, pelo largo, rubio y ojos verdes. Echaba mucho de menos a una mujer en la isla. En Alemania estaba comprometido con una chica que se llamaba Stine. Bueno, bueno, Stine perdió a su novio en el mar.»

El anciano se acarició la barba y permaneció sentado un buen rato sin decir nada.

–Es tarde, hijo mío –dijo finalmente–. Estarás agotado después del naufragio. ¿Quieres que sigamos mañana?

–No, no –protesté–. Quiero oírlo todo.

–De acuerdo, claro que sí. Además tienes que saberlo antes de que vayamos a la fiesta de Comodín.

–¿La fiesta de Comodín?

–¡Eso! La fiesta de Comodín.

Se levantó y dio una vuelta por la habitación.

–Pero tendrás mucha hambre –dijo.

No pude negarlo. El anciano entró en una especie de despensa y sacó comida que colocó en unos hermosos platos de vidrio. Los puso sobre la mesa junto a la que estábamos sentados.

Pensaba que la comida de la isla era sencilla y pobre, pero resultó todo lo contrario. Frode puso primero una fuente con pan y bollos. Luego sacó diferentes quesos y patés y fue a por una jarra de leche de aspecto delicioso. Comprendí que era leche de moluco. Al final sirvió el postre: una fuente grande con diez o quince frutas distintas. Reconocí las manzanas, naranjas y plátanos. Las demás clases eran especialidades de la isla.

Cuando acabamos de comer, Frode reanudó su relato.

Tanto el pan como el queso sabían un poco distinto a lo que yo estaba acostumbrado. Lo mismo ocurría con la leche, era mucho más dulce que la leche de vaca. La mayor sorpresa en cuanto a sabores llegó, no obstante, con las frutas, porque algunas tenían un sabor tan sorprendente que me hacía dar pequeños gritos y saltar en la silla.

–En lo que a la comida se refiere, nunca he podido quejarme.

Cortó una rodaja de una fruta redonda, del tamaño de una calabaza. Por dentro, la carne era blanda y amarilla, como la de un plátano.

«Ocurrió una mañana», prosiguió. «Había soñado mucho por la noche. Al salir temprano de la cabaña, cuando el rocío aún cubría la hierba y el sol estaba saliendo por encima de las montañas, vi de repente dos figuras que venían hacia mí desde una ladera al este. Pensé que por fin recibía la visita de alguien en esta isla, y fui a su encuentro. El corazón me dio un vuelco cuando me acerqué y los reconocí: eran Jota de Tréboles y Rey de Corazones.

Primero pensé que estaba dormido y que este extraño encuentro no era más que un nuevo sueño. A la vez,

estaba completamente convencido de que estaba despierto. Pero eso me sucedía a menudo cuando soñaba, así que no podía estar totalmente seguro.

Me saludaron como si ya nos conociéramos, lo que, en cierto modo, era verdad.

–Hace un día muy bueno, Frode –dijo Rey de Corazones.

Ésas fueron las primeras palabras pronunciadas en esta isla por alguien que no era yo.

–Debemos hacer hoy algo útil –dijo Jota.

–Ordeno que construyamos una nueva cabaña –dijo el rey.

Y eso hicimos. Las primeras noches, los dos durmieron conmigo en esta casa. Al cabo de unos días, pudieron meterse en una cabaña nueva, un poco más abajo de la mía.

Se convirtieron en mis amigos y en mis iguales, con una única diferencia importante: nunca reconocieron que no habían estado en esta isla durante todos los años que yo llevaba viviendo en ella. Había algo dentro de ellos que les impedía entender que en realidad eran producto de mi imaginación. Lo mismo ocurre con todos los productos de la imaginación, claro está. Nada de lo que creamos en nuestra imaginación es consciente de sí mismo. Pero esas imaginaciones no fueron precisamente como otras imaginaciones. Habían recorrido el inexplicable camino del espacio creativo dentro de mi propia mente, hasta el espacio creado al aire libre bajo el cielo.»

–¡Es... imposible! –dije sobresaltado.

Pero Frode no me hizo caso.

«Poco a poco se sumaron más figuras a las dos primeras. Lo más curioso era que los más viejos nunca parecían reaccionar ante la llegada de nuevas figuras. Es como cuando dos personas que viven en la misma casa se encuentran por el pasillo. Ninguna de ellas necesita hacer gestos o decir algo por el mero hecho de cruzarse con la otra.

Los enanos hablaban entre ellos como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Y, en cierto modo, era verdad: habían convivido en esta isla durante muchos años, mientras yo soñaba, dormido o despierto, que las figuras hablaban entre ellas.

Una tarde que estaba talando árboles en el bosque justo en este lugar, me encontré por primera vez con As de Corazones. Creo que se encontraba más o menos en el centro de la baraja, que no fue ni de las primeras ni de las últimas que salieron, quiero decir. Al principio no me vio, iba sola, canturreando una hermosa melodía. Me detuve y se me saltaron las lágrimas, porque me acordé de Stine.

Me armé de valor y la llamé.

–As de Corazones –murmuré.

Entonces me vio y se acercó. Me abrazó y dijo:

–Gracias por haberme encontrado, Frode. ¿Qué haría yo sin ti?

Era una pregunta muy oportuna. Sin mí, no habría podido hacer nada. Pero ella no lo sabía. Y no debe saberlo nunca.

Su boca era tan roja y tan suave que me entraron ganas de besarla, pero hubo algo que me retuvo.

Conforme iban llegando más figuras a la isla, les hacíamos nuevas casas. Así, se construyó un pueblo entero a mi alrededor. Ya no me sentía solo. Pronto formamos una pequeña comunidad, en la que todo el mundo tenía una misión que cumplir.

Hace ya treinta o cuarenta años que el solitario está completo, con sus 52 figuras. Sólo había una excepción: Comodín llegó mucho más tarde. No apareció en la isla hasta hace dieciséis o diecisiete años. Fue un alborotador que alteró nuestra armonía, justo cuando todos nos habíamos acostumbrado a nuestra nueva vida. Pero eso podrá esperar hasta más adelante. Mañana será otro día, Hans. Si la vida en esta isla me ha enseñado algo, es que siempre hay otro día...»

Lo que Frode contó era tan increíble que, hasta hoy, recuerdo cada palabra.

¿Cómo era posible que 52 imágenes soñadas dieran de pronto un salto e irrumpieran en la realidad como personas de carne y hueso?

–No... no es posible –volví a murmurar.

Frode insistió:

«En el transcurso de unos años, todas las cartas de la baraja habían logrado salir de mi conciencia y aparecer en la isla donde yo me encontraba. ¿O era yo quien había hecho el camino al revés? También ésa era una posibilidad que no podía descartar.

Aunque he vivido rodeado de todos esos nuevos amigos durante muchísimos años, aunque juntos hemos construido el pueblo, cultivado la tierra, preparado y degustado la comida, jamás he dejado de preguntarme si las figuras que me rodeaban eran reales.

¿Sería yo el que había entrado en el eterno mundo de los sueños? ¿Me había perdido, no sólo en una gran isla, sino también en mi propia imaginación? Y si éste era el caso: ¿Volvería a encontrar el camino de vuelta a la realidad alguna vez?

Hasta que Jota de Tréboles no te llevó a la fuente y te vi, no pude estar totalmente seguro de que la vida que estaba viviendo era real. Porque ¿no serás tú un nuevo comodín en la baraja; verdad, Hans? ¿No te habré soñado a ti también, no?»

El anciano me dirigió una mirada suplicante.

–No, no –me apresuré a decirle–. A mí no me has soñado. Discúlpame por dar la vuelta a la pregunta: si no eres tú quien está dormido, tendré que ser yo. Puede que sea yo el que esté soñando todas esas cosas tan irreales que me estás contando.

De repente, mi viejo se movió en la cama. Me levanté de un salto, me puse los pantalones y puse el libro del panecillo a salvo en uno de los bolsillos.

No se despertó del todo enseguida. Me acerqué a la ventana y aparté las cortinas. Ya se divisaba tierra, pero no le di mucha importancia, pues mis pensamientos estaban en otra parte, y en otra época.

Si era verdad lo que Frode estaba contando a Hans el Panadero, lo que yo estaba leyendo era el juego de magia más increíble del mundo. Sacar por arte de magia una baraja completa era en sí bastante impresionante, pero convertir a las 52 cartas en seres vivos sobre la Tierra, era magia a un nivel totalmente distinto.

De ahí en adelante dudaría una y otra vez de todo lo que leyera en el libro del panecillo. Al mismo tiempo, desde entonces observo el mundo, y a todos los seres que lo habitan, como un gran juego de magia.

Pero si el mundo es un gran juego de magia, también tiene que haber un gran prestidigitador. Espero descubrirlo algún día, pero no es fácil descubrir un truco cuando el prestidigitador ni siquiera aparece en el escenario.

Mi viejo se puso como loco cuando levantó la cortina y vio que nos estábamos acercando a tierra.

–Pronto estaremos en el país de los filósofos –dijo.

REINA DE TRÉBOLES

...al menos podría haber firmado su obra maestra antes de desaparecer..

Lo primero que hizo mi viejo al desembarcar en el Peloponeso, fue comprar un número de la misma revista para mujeres que su tía había comprado en Creta.

Nos sentamos en una terraza del puerto y pedimos dos desayunos. Mientras esperábamos el café, el zumo y el insulso pan tostado con una cucharadita de mermelada de cereza aguada, comenzamos a hojear la revista.

–¡Caray! –exclamó de repente.

Me enseñó una foto a toda página de mamá. No estaba tan desnuda como las mujeres de la baraja que mi viejo había comprado en Verona, pero poco faltaba. Aunque mamá tenía una buena disculpa, ya que hacía publicidad de bañadores.

–Quizá demos con ella en Atenas –dijo mi viejo–. Pero va a resultar difícil llevárnosla a casa.

Debajo de la foto ponía algo, pero estaba escrito en griego, así que aparte de no entender el significado de las palabras, mi viejo tenía ciertos problemas con el alfabeto. Grecia aún no se ha preocupado por adoptar el modo europeo de escritura.

El desayuno ya estaba en la mesa, pero mi viejo aún no había tenido tiempo de probarlo, porque había cogido la revista y había empezado a preguntar a la gente que estaba sentada cerca si hablaba alemán o inglés. Al final tuvo suerte con unos jóvenes. Mi viejo les enseñó la foto de mamá y les pidió que tradujeran lo que ponía en letra pequeña. Los jóvenes me miraron, y todo el episodio resultó bastante penoso. Sólo esperaba que mi viejo no empezara a discutir con ellos y a decirles algo así como que estaban secuestrando a mujeres noruegas.

Mi viejo volvió con el nombre de una agencia de publicidad en Atenas.

–Nos estamos aproximando –dijo simplemente.

También había fotos de muchas otras mujeres en la revista, pero mi viejo sólo tenía interés por la foto de mamá. La separó con cuidado y tiró el resto de la revista en una papelera, más o menos como cuando tiraba una baraja totalmente nueva después de haberse quedado con el comodín.

El camino más corto a Atenas atravesaba la parte sur del gran golfo de Corinto y su

famoso canal. Pero mi viejo nunca ha sido de los que cogen el camino más rápido si dando un rodeo se puede ver algo interesante.

Lo cierto era que tenía algo que preguntar al Oráculo de Delfos, lo que significaba tener que cruzar el golfo de Corinto con transbordador y luego llegar a Delfos, al norte de la bahía.

La travesía sólo duró media hora. Después de conducir unos veinte kilómetros, llegamos a una pequeña ciudad llamada Nafpaktos, donde nos paramos a tomar un café y un refresco en una plaza con vistas a un castillo.

Naturalmente, yo estaba pensando en lo que ocurriría cuando encontráramos a mamá en Atenas, pero también seguía obsesionado por lo que había leído en el libro del panecillo. No sabía cómo hablar con mi viejo de algunas de las cosas que me preocupaban, sin delatarme.

Mi viejo llamó al camarero para pedir la nota. Yo dije:

–¿Crees en Dios, viejo?

Se sobresaltó.

–¿No te parece un poco temprano? –preguntó.

No carecía de razón, pero no tenía ni idea de en dónde había estado yo esa madrugada, mientras él aún estaba en el País de los Sueños. ¡Si supiera...! él que de vez en cuando hacía algún que otro truco de cartas, y albergaba algún pensamiento inteligente en su mente. Pero yo... yo había visto cómo una baraja, de repente, empezaba a volar bajo el cielo en forma de seres vivos de carne y hueso.

–Si realmente existe un dios –proseguí–, ese dios es muy hábil jugando al escondite con sus criaturas.

Mi viejo soltó una carcajada, pero comprendí que estaba totalmente de acuerdo.

–Quizá se asustara al ver lo que había creado –dijo–. Y luego se marchara dejándolo todo. ¿Sabes?, no es fácil saber quién se asustó más, si Adán o el Maestro. Yo creo que un acto de creación de esa clase asusta igual a ambas partes. Pero admito que al menos podría haber firmado su obra maestra antes de desaparecer.

–¿Firmar?

–Por lo menos, podría haber grabado su nombre en una roca o algo por el estilo.

–¿De modo que tú no crees en Dios?

–No he dicho eso. Acabo de decir que Dios está en el cielo riéndose de nosotros porque no creemos en él.

¿«Acabo de»?», pero si lo dijo en Hamburgo...

Continuó:

–Pero aunque no ha dejado ninguna tarjeta de visita, ha dejado el mundo. Creo que con eso basta.

Se quedó pensando un rato. Luego añadió:

–Érase una vez un astronauta y un neurocirujano rusos que discutían sobre religión. El neurocirujano era creyente, y el astronauta no. «He estado muchas veces en el espacio»,

presumió el astronauta, «pero jamás he visto ángeles». El neurocirujano se quedó boquiabierto, y luego dijo: «Yo he operado bastantes cerebros inteligentes, pero jamás he visto un pensamiento».

Ahora fui yo el que se quedó boquiabierto.

–¿Te acabas de inventar eso? –pregunté.

Negó con la cabeza:

–Era una de los chistes malos del profesor de filosofía de Arendal.

Lo único que había hecho mi viejo para conseguir un certificado de filósofo, fue el «examen philosophicum»³ en la universidad popular de Arendal. Él ya había leído muchos libros sobre filosofía, pero el año anterior había recibido clases de Historia de la Filosofía, en Arendal.

A mi viejo no le bastó con escuchar al profesor en la clase, está claro. También se lo trajo a casa. «¡No iba a dejarle solo en el hotel», dijo. Así que yo también lo conocí, hablaba por los codos, y estaba casi tan obsesionado como mi padre por las cuestiones trascendentales.

Mi viejo se quedó mirando el castillo. Dijo:

–Dios ha muerto, Hans Thomas. Y nosotros hemos sido sus asesinos.

Esa afirmación me pareció tan incomprensible y escandalosa que no me digné contestar.

Cuando dejamos atrás el golfo de Corinto, y comenzamos a subir la montaña camino de Delfos, atravesamos extensos olivares. Nos habría dado tiempo a llegar a Atenas ese mismo día, pero mi viejo opinaba que no se podía pasar por Delfos sin hacer una visita al viejo santuario.

Lo primero que hicimos al llegar a Delfos al mediodía, fue reservar una habitación en un hotel que estaba situado encima de la pequeña ciudad, con una maravillosa vista sobre el golfo de Corinto. Había muchos otros hoteles, pero mi viejo eligió el que ofrecía las mejores vistas sobre el mar.

Desde el hotel, atravesamos la ciudad para llegar al famoso lugar donde se levantaban los templos, situado a unos pocos kilómetros más al este. Conforme nos íbamos acercando a la zona de excavaciones, mi viejo hablaba cada vez más.

–A aquí vino la gente durante toda la Antigüedad para pedir consejo al oráculo de Apolo. Preguntaban de todo: con quién se casarían, a qué parte del mundo viajarían, cuándo deberían entrar en guerra con otros estados y por qué calendarios deberían guiarse.

–¿Pero en qué consistía el oráculo? –pregunté.

Mi viejo me contó que el dios Zeus había enviado dos águilas que debían atravesar la Tierra volando cada una desde un extremo. Se encontraron precisamente encima de Delfos, por lo que los griegos pensaron que era el centro del mundo. Luego llegó Apolo y, antes de poder establecerse en Delfos, tuvo que matar al peligroso dragón Pitón. Por

ello su sacerdotisa se llamó Pitia. Ya muerto el dragón, se convirtió en una serpiente, que siempre acompañaría a Apolo.

No entendí gran cosa de lo que me contó, pues aún no me había explicado lo que era un oráculo. Nos estábamos acercando a la entrada del recinto de los templos. Estaba situado en una garganta, al pie del monte del Parnaso. En ese monte vivían las Musas, que concedían a los seres humanos sus habilidades artísticas.

Antes de entrar, mi viejo dijo que teníamos que beber de una fuente sagrada que estaba a poca distancia de la entrada y en la que todos los visitantes tenían que lavarse antes de entrar en el lugar sagrado. Añadió que, bebiendo de esa fuente, aumentaban la sabiduría y las habilidades artísticas.

Ya dentro del recinto de los templos, mi viejo compró un mapa donde podía verse cómo era ese lugar hace más de dos mil años. Ese mapa me resultó muy útil, porque lo único que quedaba en Delfos eran unas destartadas ruinas.

Primero pasamos por los restos de las cámaras de los tesoros de las viejas ciudades Estado. Para pedir consejo al oráculo de Delfos, había que llevar regalos a Apolo. Esos regalos fueron conservados en edificios especiales que los diferentes Estados tuvieron que construir.

Cuando llegamos al gran templo de Apolo, mi viejo me explicó por fin lo que era el oráculo.

—Lo que ves aquí, son los restos del gran templo de Apolo —empezó—. Dentro del templo había una piedra tallada que llamaban «ombligo» porque los griegos creían que este templo era el centro del mundo. Pensaban, además, que Apolo vivía dentro del templo, al menos durante ciertas épocas del año. Y a él era al que se pedía consejo. Hablaba por medio de la sacerdotisa Pitia, que se sentaba en una silla de tres patas colocada sobre una grieta de la tierra. De esa grieta, emanaban unos gases alucinógenos, necesarios para que Apolo pudiera manifestarse a través de Pitia. Al llegar a Delfos, había que entregar la pregunta a los sacerdotes, que a su vez la transmitían a Pitia. Lo que ella contestaba era tan confuso y ambiguo que los sacerdotes tenían que interpretar la respuesta a los que habían hecho la pregunta. De esa manera, los griegos podían sacar provecho de la sabiduría de Apolo, porque Apolo sabía todo, del pasado y del futuro.

—¿Qué pregunta vamos a hacerle?

—Vamos a preguntarle si encontraremos a Anita en Atenas —dijo mi viejo—. Tú serás el sacerdote que ofrece la pregunta, y yo seré Pitia, y transmitiré la contestación del dios.

Dicho esto, se sentó delante de las ruinas del famoso templo de Apolo y empezó a sacudir la cabeza y los brazos como si estuviera loco. Unos turistas franceses y alemanes retrocedieron asustados, pero yo pregunté muy serio:

—¿Vamos a encontrar a Anita en Atenas?

Al parecer, mi viejo estaba esperando a que obrasen en él los poderes de Apolo. Luego dijo:

—Joven de un país lejano... encontrarse con mujer hermosa... cerca del viejo templo.

Pronto volvió en sí. Estaba muy contento.

–Con eso basta, las respuestas de Pitia nunca han sido más precisas.

Yo no estaba de acuerdo en que la respuesta fuera lo suficientemente clara, porque ¿quién era el joven, quién era la mujer hermosa y dónde estaba el gran templo?

–Echemos a cara o cruz si vamos a encontrarla o no –dije–. Si Apolo es capaz de guiar tu boca, seguramente también será capaz de guiar una moneda.

Mi viejo aceptó la propuesta. Sacó una moneda de 20 dracmas; si salía cara, era que íbamos a encontrar a mamá en Atenas. Eché la moneda al aire y miré con gran expectación al suelo.

¡Salió cara! Una gran cara que nos miraba como si llevara miles de años en el suelo, esperando a que pasáramos por allí a descubrirla.

REY DE TRÉBOLES

**...le resultaba molesto no saber más
sobre la vida y sobre el mundo...**

Con la garantía del oráculo de que encontraríamos a mamá en Atenas, fuimos a ver otras partes del recinto de los templos y llegamos a un viejo teatro con capacidad para cinco mil espectadores. Desde arriba, había una magnífica vista sobre el valle.

Mientras bajábamos, mi viejo dijo:

–Hay algo más que debo contarte sobre el oráculo de Delfos, Hans Thomas. Este lugar tiene un especial interés para filósofos como nosotros.

Nos sentamos en unos restos de templo. Resultaba curioso pensar que tenían más de dos mil años.

–¿Te acuerdas de Sócrates?

–No demasiado –tuve que admitir–. Supongo que era un filósofo griego.

–Correcto. Y voy a decirte lo que significa la palabra filósofo...

Yo sabía que esto era el principio de una pequeña conferencia, y, a decir verdad, me pareció demasiado, porque el sol quemaba tanto que sudaba como un pollo.

–Un «filósofo» es alguien que busca la sabiduría. Con ello no quiere decirse que un filósofo sea especialmente sabio. ¿Entiendes la diferencia?

Asentí.

–El primero que mostró eso en la práctica fue Sócrates. Andaba por la plaza de Atenas hablando con la gente, pero jamás les echaba sermones. Al contrario, hablaba con ellos para aprender. Porque «los árboles del campo no me pueden enseñar nada», decía. Pero se desilusionaba mucho cuando descubría que la gente a la que le gustaba presumir de saber muchísimo, no sabía gran cosa, o mejor dicho no sabía nada. Quizá supieran decirle los precios del vino y del aceite de oliva, pero no sabían nada de *la vida*. El mismo Sócrates decía que él sólo sabía una cosa: que no sabía nada.

–Entonces no era muy sabio.

–No saques conclusiones precipitadas –replicó mi viejo con tono severo–. Si dos personas no tienen ni idea de nada, pero una de ellas da a entender que sabe un montón, ¿quién de las dos te parece la más inteligente?

Tuve que admitir que el más sabio era el que no daba la impresión de saber más de lo que sabía.

–Entonces has entendido el punto clave. Lo que convirtió en filósofo a Sócrates era precisamente que le resultaba molesto no saber más sobre la vida y sobre el mundo. Se sentía completamente marginado.

Asentí con la cabeza.

–Una vez, un ateniense fue al oráculo de Delfos a preguntar a Apolo quién era el hombre más sabio de Atenas. El oráculo contestó que Sócrates. Al enterarse de esto, Sócrates se sorprendió muchísimo, porque pensaba que él no sabía gran cosa. Pero cuando fue a ver a todos aquellos que tenían fama de ser más sabios que él y les hizo algunas preguntas razonables, finalmente se dio cuenta de que el oráculo tenía razón. La diferencia entre Sócrates y todos los demás era que los demás estaban muy satisfechos con lo poco que sabían, aunque no sabían más que Sócrates. Y los que están satisfechos con lo que saben, nunca podrán ser filósofos.

Me pareció bastante sensato, pero mi viejo no había acabado aún. Señaló a los turistas que salían de los autocares como a borbotones abajo en el valle y subían por la ladera como gruesas filas de hormigas.

–Si entre toda esa gente hubiera al menos alguien que sintiera el mundo como algo maravilloso y misterioso...

Tomó un respiro antes de continuar:

–Allí abajo habrá unas mil personas, Hans Thomas. Si tan sólo una de ellas viviese la vida como una alucinante aventura, y con eso quiero decir vivirla día a día...

–¿Entonces, qué? –pregunté, porque de nuevo se había detenido en medio de una frase.

–Entonces él o ella sería un comodín de la baraja.

–¿Crees que hay aquí algún comodín?

Se incorporó con una expresión de resignación.

–¡No, señor! –dijo–. Evidentemente, no puedo estar completamente seguro, porque sí existen algunos comodines, pero la posibilidad es muy remota.

–¿Y tú? ¿Vives la vida como una aventura todos los días?

–¡Por supuesto!

La respuesta llegó tan pronta y tan concisa que no me atrevía a protestar.

Añadió:

–Cada mañana me despierto con un estallido. Es como si alguien me inyectara la sensación de estar vivo, de que soy un muñeco vivo en medio de la aventura. ¿Porque, quiénes somos, Hans Thomas? ¿Puedes decírmelo? Estamos remendados con una porción de polvo estelar. ¿Pero qué es eso? ¿De dónde demonios viene este mundo?

–Ni idea –contesté, sintiéndome tan marginado como Sócrates.

Mi viejo prosiguió:

–Y por la noche vuelvo a tener la misma sensación. Soy un ser humano solamente esta vez, pienso. Y no volveré jamás.

–Entonces, llevas una vida dura...

–Dura sí, pero muy emocionante. No necesito buscar castillos para ir a la caza de fantasmas. Yo mismo soy un fantasma.

–Y luego te preocupas cuando tu hijo ve un pequeño fantasma en la ventana del camarote.

No sé por qué dije eso, pero me pareció necesario recordarle lo que había dicho en el barco la noche anterior.

Simplemente se echó a reír.

–Supongo que podrás aguantarlo –se limitó a decir.

Lo último que dijo mi viejo sobre el oráculo de Delfos fue que los antiguos griegos habían grabado una inscripción en el gran templo: «Conócete a ti mismo».

–Pero siempre resulta más fácil decirlo que hacerlo –añadió.

Volvimos a bajar hacia la entrada. Mi viejo quería visitar un museo cercano para estudiar el famoso «ombligo del mundo», que estuvo en el templo de Apolo. Le rogué que me dejara quedarme fuera y, finalmente, pude sentarme a la sombra de un árbol a esperarle. Supuse que en aquel museo no había nada indispensable para mi educación.

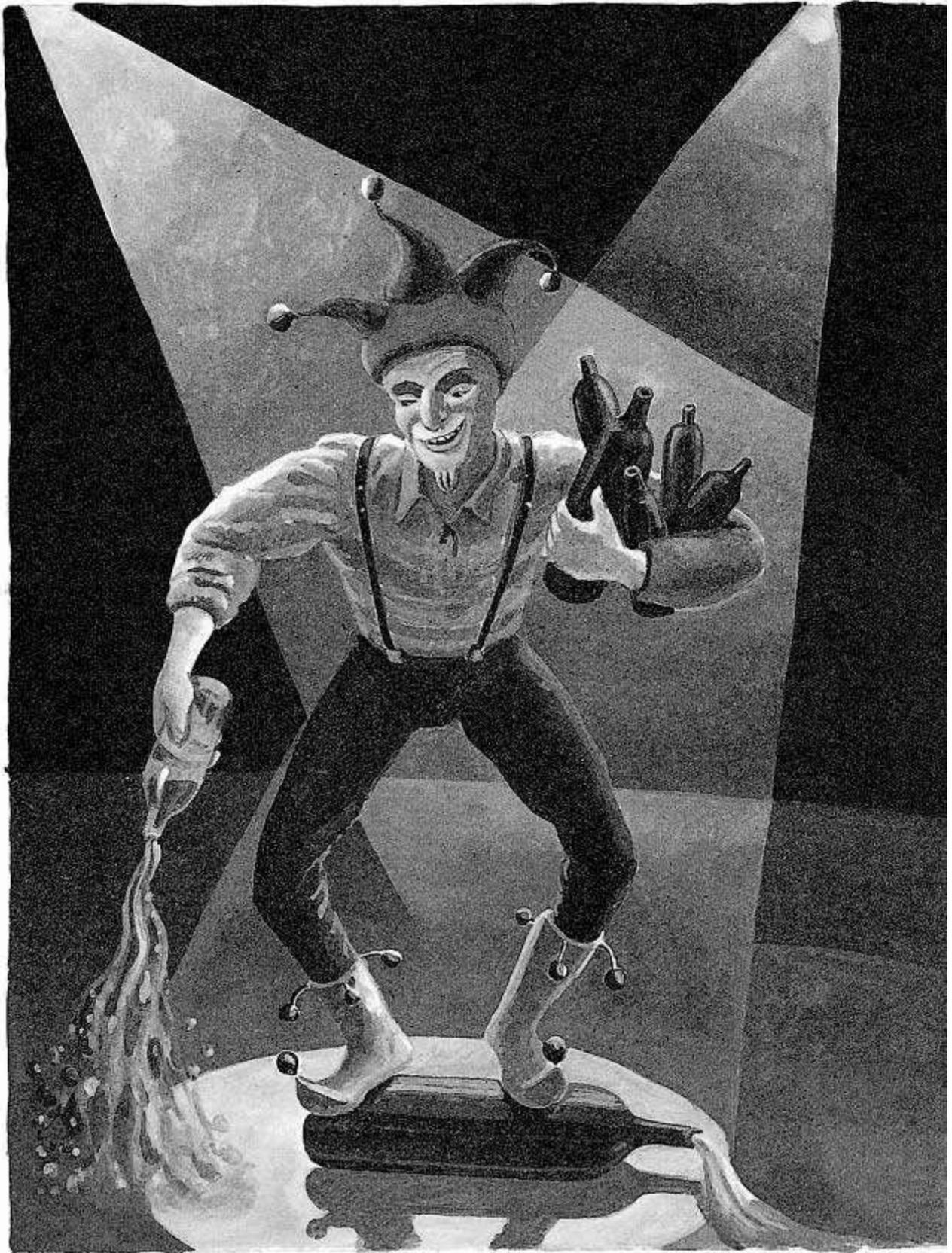
–Puedes sentarte debajo de ese árbol –dijo señalando un tipo de árbol que no había visto jamás. Habría jurado que no era posible, pero el árbol estaba repleto de fresones rojos.

Naturalmente tenía mis razones secretas para no entrar en el museo: la lupa y el libro del panecillo me habían estado quemando el bolsillo durante toda la mañana. A partir de entonces, no dejé escapar ninguna oportunidad para seguir leyendo. Lo único que quería era no tener que levantar la vista del libro, hasta haberlo terminado del todo. Pero también tenía que ocuparme un poco de mi viejo.

Había empezado a pensar que el libro era una especie de libro de oráculo, que respondería al final a todas mis preguntas. No obstante, me resultaba estremecedor leer acerca del comodín de la isla mágica exactamente entonces, cuando acabábamos de hablar tanto sobre los comodines.

Comodín





COMODÍN

...se deslizó por el pueblo a hurtadillas, como una serpiente venenosa...

El viejo se levantó, abrió la puerta y salió. Yo le seguí. En el exterior, era noche cerrada.

–He tenido un cielo estrellado sobre mí y otro cielo estrellado bajo mis pies –murmuró.

Comprendí lo que quería decir. Sobre nosotros resplandecía el cielo estrellado más claro que jamás había visto. Pero ése era sólo uno de ellos. Abajo, en la ladera, brillaban las tenues luces de las cabañas del pueblo. Parecía como si un poco de polvo estelar se hubiese desprendido del cielo y esparcido sobre la tierra.

–Los dos cielos son igual de inescrutables –y señalando hacia el pueblo, añadió–: ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen?

–Eso es algo que ellos tendrán que preguntarse –objeté.

El viejo se volvió hacia mí:

–¡No, no! –exclamó–. Jamás deben hacerse esa clase de preguntas.

–Pero...

–No podrían vivir junto al que los ha creado, ¿no lo entiendes?

Entramos de nuevo en la cabaña, cerramos la puerta y nos sentamos cada uno a un lado de la mesa.

–Todas las figuras eran distintas –continuó el viejo–. Pero tenían algo en común: ninguna se preguntaba quiénes eran o de dónde venían. De esa manera, formaban una parte natural de su entorno. Simplemente *existían* en ese frondoso jardín... tan terca y descuidadamente como los animales... Entonces llegó Comodín. Se deslizó por el pueblo a hurtadillas, como una serpiente venenosa.

Se me escapó un sonoro silbido:

–Ya hacía muchos años que la baraja estaba completa, y nunca se me había ocurrido pensar que pudiera llegar algún comodín a esta isla. Aunque en la baraja había uno, pensaba que ese comodín era yo mismo. Pero, de repente, un día el pequeño bufón entró en el pueblo. Jota de Diamantes fue el primero que lo vio y, por primera vez en la historia de la isla, se armó algo de revuelo en torno a un recién llegado. No sólo iba vestido de forma extraña, con cascabeles que colgaban de su traje, sino que, además, tampoco pertenecía a ninguna de las cuatro familias. Y, sobre todo, enfurecía a los enanos, haciéndoles preguntas a las que no eran capaces de contestar. Poco a poco, empezó a vivir su vida algo retirado de los demás. Le hicimos una cabaña para él solo en las afueras del pueblo.

–¿Era capaz de razonar más que los otros?

El viejo suspiró profundamente:

«Una mañana que yo estaba sentado aquí, delante de la puerta, apareció de repente por la esquina de la casa. Dio una alocada voltereta y un gran salto delante de mí, haciendo sonar todos sus cascabeles, inclinó su pequeña cabeza y dijo:

–Maestro, hay algo que no entiendo...

Me pareció extraño que me llamara “maestro”, porque los enanos siempre me habían llamado Frode. Tampoco era corriente que iniciaran una conversación diciendo que no entendían porque, cuando alguien asume que no entiende algo, es que está en el buen camino para comprender muchas cosas.

El pequeño comodín carraspeó un par de veces, y siguió:

–Hay cuatro reyes en este pueblo, así como cuatro reinas y cuatro jotas. Tenemos cuatro ases, y, del dos al diez en cuatro palos.

–Correcto –dije.

–Pero es que, además, también son trece en cada palo, sean diamantes, corazones, tréboles o picas.

Asentí con la cabeza. Era la primera vez que uno de los enanos daba una descripción tan precisa del orden del que todos formaban parte.

Comodín prosiguió:

–¿Y quién puede haber organizado todo esto tan sabiamente?

–Debe de ser una casualidad... –mentí–. Es como cuando lanzas unos palitos al aire; siempre podrás buscar una interpretación a la forma en que hayan caído.

–No lo creo –dijo el pequeño bufón.

Era la primera vez que alguien de esta isla me hacía frente. No estaba delante de una figura de cartón, sino que tenía ante mí a una persona.

Por un lado me alegré, quizá Comodín podría convertirse en un buen interlocutor; pero también me entró una gran preocupación: ¿y si los enanos entendieran de repente quiénes eran y de dónde venían?

–¿Ah, no!?, ¿entonces tú qué crees? –pregunté.

Me miró fijamente a los ojos. Estaba inmóvil como una estatua, pero una de sus manos le temblaba ligeramente, y hacía sonar los cascabeles.

–Todo parece muy planificado –dijo intentando ocultar su preocupación–, perfectamente preparado y tramado. Creo que estamos de espaldas a algo que puede elegir ponernos boca arriba, o no hacerlo.

Los enanos utilizaban con frecuencia palabras y expresiones del lenguaje de las cartas, lo que les permitía expresar de forma adecuada lo que tenían en la mente. Yo intentaba pagarles con la misma moneda cuando era posible.

El pequeño bufón dio unos extraños saltos tan bruscos que hizo sonar todos los cascabeles.

–¡Yo soy *Comodín!* –exclamó–. No lo olvides, querido maestro. No soy como los otros habitantes de este pueblo, ¿sabes? No soy ni rey ni jota, y tampoco soy diamante ni trébol, ni corazón ni pica.

Yo ya estaba preocupado, pero sabía que no debía poner las cartas sobre la mesa.

–¿Quién soy yo? –continuó–. ¿Por qué soy Comodín? ¿De dónde vengo y hacia dónde voy?

Opté por una jugada de riesgo:

–Ya has visto todo lo que he obtenido de las plantas de esta isla –empecé a decir–. ¿Qué pensarías si dijera que soy yo quien te creé a ti y a todos los demás enanos del pueblo?

Se quedó mirándome fijamente a los ojos. Vi cómo temblaba su frágil cuerpo, y oí el nervioso tintineo de los cascabeles.

Dijo con voz entrecortada:

–Entonces, querido maestro, sólo me quedaría la alternativa de matarte, con el fin de recuperar mi dignidad.

Me reí forzosamente.

–Naturalmente –contesté–. Pero ése no es, afortunadamente, el caso.

Se quedó un segundo o dos mirándome con desconfianza. De repente, desapareció por la esquina de la casa, pero volvió al cabo de un momento, trayendo consigo una botellita de bebida púrpura. Era una botella que yo había tenido escondida en lo más oculto de un armario durante muchos años.

–¡Salud! –exclamó–. ¡Mmm, dice Comodín!

Dicho esto, se llevó la botella a la boca.

Me sentí totalmente paralizado. No era por mi propia vida por la que temía. Lo que me preocupaba era que todo lo que yo había creado en esta isla se disolviera y desapareciera tan de repente como había llegado.»

–Pero eso no pasó, ¿no?

«Deduje que Comodín había bebido de la botella, y que esa extraña bebida fue la que le proporcionó tanta lucidez.»

–¿Pero no dijiste que la bebida púrpura hace que uno pierda la capacidad mental y el sentido de la orientación?

«Sí, es verdad, pero no enseguida. Al principio, la bebida te vuelve enormemente inteligente. Es porque toda la inteligencia es absorbida de golpe. Pero, poco a poco, va llegando la apatía. Eso es lo que hace que esa bebida sea tan peligrosa.»

–¿Qué ocurrió con Comodín?

«“¡Se acabó la conversación!” gritó. “¡Pero volveremos a vernos!”»

Bajó corriendo al pueblo y dio la botella a los enanos, y, desde ese día, todos los habitantes del pueblo han estado consumiendo la bebida púrpura. Varias veces por semana los tréboles van a recoger jugo de púrpura a los troncos huecos. Luego, los corazones fabrican la bebida roja, y los diamantes la embotellan.»

–¿Todos los enanos se volvieron tan inteligentes como Comodín?

«No exactamente, aunque estuvieron tan lúcidos durante unos días que tuve miedo de que me descubrieran. Pero luego se volvieron más distantes aún que antes. Lo que has visto hoy, no son más que restos de lo que fueron.»

Pensé en todos los trajes y uniformes de colores. Por un instante, vi en mi mente a As de Corazones con el vestido amarillo.

–Pero al menos son unos hermosos restos –dije.

«Sí, son hermosos, pero inconscientes. Están en esta naturaleza exuberante pero no lo saben. Ven el sol y la luna, saborean todas las plantas y verduras, pero no lo notan. Cuando dieron el gran salto eran verdaderas personas, pero en cuanto comenzaron a tomar la bebida púrpura se distanciaron y desaparecieron. Era como si se hubiesen encerrado en sí mismos. Todavía son capaces de mantener algo parecido a una conversación, pero se olvidan de lo que han dicho nada más terminar de decirlo. Comodín es el único que conserva algo de la antigua chispa. Y quizá también As de Corazones. Dice siempre que está intentando “encontrarse a sí misma”.»

–Hay algo que no me cuadra.

–¿Qué?

–Dijiste que los primeros enanos llegaron a la isla sólo unos cuantos años después de tu propia llegada. Pero todos parecen muy jóvenes. Resulta difícil creer que muchos de ellos tienen cincuenta años.

El anciano rostro se iluminó con una misteriosa sonrisa:

–No se hacen viejos.

–Pero...

–Cuando yo estaba solo en la isla, las imágenes de mis sueños eran cada vez más nítidas; luego, saltaron de mis pensamientos y se lanzaron a la vida en este lugar. Pero siguen siendo imaginación. Y la imaginación tiene la extraña capacidad de que lo creado por ella se mantiene siempre joven y vivo.

–Es incomprensible...

–¿Has oído hablar de Rapunzel?, hijo mío.

Negué con la cabeza.

–Pero sí habrás oído hablar de Caperucita Roja, o de Blancanieves, o de Hansel y Gretel.

Asentí.

–¿Y qué edad crees que tienen? ¿Cien años? ¿Acaso mil? Son a la vez muy jóvenes y muy antiguos, porque han surgido de la imaginación de seres humanos. Tampoco yo iba a imaginarme que los enanos de esta isla se volvieran viejos y canosos; ni siquiera los trajes que llevan han envejecido un ápice. Es distinto al caso de los mortales, que un buen día estamos tan gastados que nos rompemos en trocitos y desaparecemos. No ocurre así con nuestros sueños, siguen vivos en otras personas, mucho, muchísimo tiempo después de que hayamos desaparecido.

Se acarició su pelo cano y señaló su gastada chaqueta.

–La gran pregunta –prosiguió– no era saber si las figuritas serían consumidas por el tiempo. La cuestión era saber si verdaderamente también *estaban* en el jardín y podían ser vistas por otras personas.

–¡Y sí que estaban! –dije–. Primero conocí a Dos y Tres de Tréboles. Luego me encontré con los diamantes en la fábrica de vidrio...

–Hmm...

El viejo se quedó absorto en sus propios pensamientos. Parecía no escucharme.

–La segunda gran pregunta es –dijo finalmente– saber si seguirán aquí cuando yo haya desaparecido.

–¿Qué crees tú?

–No sé la respuesta a esa pregunta, y nunca la sabré. Porque cuando yo ya no esté, no podré saber si mis figuras siguen viviendo en la isla o no.

De nuevo se quedó callado durante un largo rato. Me pregunté si no sería todo un sueño. Quizá no estaba en la cabaña de Frode. Quizá estuviera en un sitio distinto y, todo lo demás, ocurriera sólo dentro de mí.

–Mañana te contaré más, hijo mío. Tengo que hablarte del calendario y del gran juego de Comodín.

–¿El juego de Comodín?

–Mañana, hijo. Ahora, los dos necesitamos dormir.

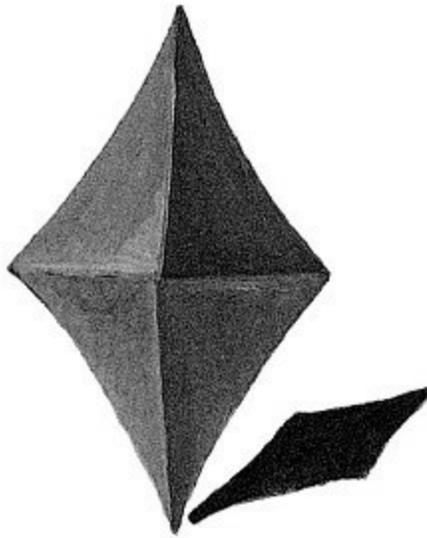
Se levantó y me señaló un camastro cubierto con pieles y mantas tejidas a mano. También me dio un camisón de lana. Fue agradable poderme quitar por fin el sucio traje de marinero.

Esa noche, mi viejo y yo nos quedamos en la terraza contemplando la ciudad y el golfo de Corinto. Mi viejo había experimentado tantas nuevas sensaciones que apenas pronunció palabra. Puede que estuviera pensando en lo que nos había dicho el oráculo acerca de que pronto veríamos a mamá.

Ya tarde, la luna llena se levantó por encima del horizonte al este. Iluminó el oscuro valle e hizo palidecer al estrellado cielo.

Era como estar sentado delante de la cabaña de Frode observando el pueblo de los enanos.

Diamantes





AS DE DIAMANTES

...un hombre justo, que quería poner todas las cartas sobre la mesa...

Como de costumbre, me desperté antes que mi viejo, aunque no tardó mucho en empezar a desperezarse.

Decidí comprobar si era verdad que todas las mañanas se despertaba con un estallido, como había dicho el día anterior.

Llegué a pensar que a lo mejor tenía razón, porque, en el momento de abrir los ojos, tenía cara de asombro. Igual podría haberse despertado en un lugar muy diferente. En la India, por ejemplo, o en un pequeño planeta de otra galaxia.

–Eres un ser vivo –le dije–. En este momento te encuentras en Delfos, un lugar de la Tierra, que es un planeta vivo que por ahora gira alrededor de una estrella de la Vía Láctea. En dar una vuelta alrededor de la estrella, el planeta tarda unos 365 días.

Clavó su mirada en mí, como si tuviera que acostumbrar a sus ojos al cambio del País de los Sueños a la dura realidad exterior.

–Te agradezco la información –dijo–. Todo lo que acabas de decir, me lo digo todos los días antes de levantarme.

Se incorporó diciendo:

–Sería bueno que me susurraras esas palabras al oído cada mañana, Hans Thomas. Llegaría antes al baño.

Cerramos el equipaje rápidamente, desayunamos, y enseguida estuvimos de nuevo en el coche. Cuando pasamos por el recinto de los templos, mi viejo dijo:

–Es increíble lo ingenuos que eran.

–¿Por creer en el oráculo?

No contestó inmediatamente. Tuve miedo de que dudara de la palabra del oráculo sobre el encuentro con mamá en Atenas.

–Por eso también –dijo finalmente–. Pero piensa en todos esos dioses, Apolo y Asclepio, Atenea y Zeus, Poseidón y Dionisos. Durante cientos y cientos de años construyeron costosos templos de mármol para ellos. Por regla general, tuvieron que recorrer enormes distancias, arrastrando pesados bloques de mármol.

No entendía muy bien lo que estaba diciendo, pero sin embargo pregunté:

–¿Cómo puedes estar tan seguro de que esos dioses no existían? Puede que ya hayan

desaparecido, o se hayan buscado otro pueblo ingenuo; pero durante algún tiempo anduvieron sobre esta tierra.

Mi viejo me miró a través del espejo.

—¿Eso crees, Hans Thomas?

—No estoy seguro —contesté—. Pero de alguna manera estuvieron en el mundo mientras la gente creía en ellos. Porque se ve lo que se cree. Y hasta que la gente comenzó a dudar de ellos, no envejecieron o se desgastaron.

—¡Bien dicho! —exclamó mi viejo—. Pero que muy bien dicho, Hans Thomas. Quizá tú también llegues a ser filósofo algún día.

Por una vez tuve la sensación de haber dicho algo tan sensato que incluso mi viejo tuvo que meditar sobre ello. Por lo menos, se quedó sentado sin decir nada.

En realidad, era como un engaño, porque yo no habría dicho nada de todo eso si no hubiera estado leyendo el libro del panecillo. Lo cierto es que no estaba pensando en los dioses de la antigua Grecia, sino en las cartas del solitario de Frode.

Pasó tanto rato sin que dijéramos una palabra que decidí sacar la lupa y el libro del panecillo. Pero, justo cuando iba a seguir leyendo, mi viejo paró el coche al lado de la carretera. Salió disparado del Fiat, se encendió un cigarrillo y miró un mapa.

—¡Aquí! —dijo—. Sí, tiene que ser aquí.

Bajo nosotros, a la izquierda, había una hondonada, pero no se veía nada que pudiera explicar ese repentino interés.

—Siéntate —dijo mi viejo.

Comprendí que me iba a dar otra de sus charlas, pero esta vez no me enfadé, pues sabía que era un hijo privilegiado.

—Allí fue donde Edipo mató a su padre —prosiguió, señalando la hondonada.

—Muy estúpido por su parte. ¿Pero de qué demonios estás hablando?

—El destino, Hans Thomas. Hablo del destino. O de la maldición de las familias, si quieres. Es algo que debería atañernos a nosotros dos en especial, que hemos viajado hasta este país para buscar a una esposa y madre perdida.

—¿Y tú crees en el destino? —me vi obligado a preguntar.

Mi padre tenía un pie en la piedra en la que yo estaba sentado, y un cigarrillo en la mano.

Negó con la cabeza.

—Pero los antiguos griegos sí creían en el destino. Y en que si alguien se rebelaba contra él, recibiría su merecido castigo.

Me sentí un poco culpable, y entonces empezó en serio:

—En Tebas, una ciudad por la que vamos a pasar dentro de poco, vivió el rey Layo con su esposa Yocasta. El oráculo de Delfos había dicho que Layo jamás debería tener hijos, porque si nacía un varón, éste mataría a su propio padre y se casaría con su madre. Cuando Yocasta, sin hacer caso de la profecía, tuvo un hijo, Layo optó por abandonarlo para que muriera de hambre o fuera devorado por animales salvajes.

–¡Qué bárbaro!

–Tienes razón, pero escucha. El rey Layo ordenó a un pastor que abandonara al niño en el campo. Para más seguridad, perforó los tendones de Aquiles del niño para que éste no pudiera moverse por las montañas o encontrar el camino de retorno a Tebas. El pastor hizo lo que el rey le ordenó, pero andando por las montañas con las ovejas, se encontró con un pastor de Corinto, ya que la casa real de Corinto tenía pastos por esos parajes. El pastor de Corinto sintió gran compasión por el pobre niño que o moriría de hambre o sería devorado por animales salvajes. Suplicó al pastor de Tebas que le dejara llevar al niño a su propio rey en Corinto. De ese modo, el niño se crió como príncipe de esta ciudad, porque los reyes de Corinto no tenían hijos. Le llamaron Edipo, que significa «pie hinchado», por el mal trato que había recibido en Tebas. Edipo creció y se convirtió en un hermoso joven, apreciado por todos. Pero nadie le contó que no era el verdadero hijo de los reyes. Una vez, en una gran fiesta apareció un huésped que murmuró que Edipo no era el hijo legítimo de los reyes...

–Y no lo era –dije yo.

–Exactamente. Pero cuando se lo preguntó a la reina, tampoco recibió una respuesta concreta. Entonces decidió visitar el oráculo de Delfos para aclarar el asunto. A la pregunta de si era el legítimo príncipe heredero de Corinto, Pitia contestó: «Sal de donde está tu padre, porque si vuelves a encontrarte con él lo matarás. Y luego te casarás con tu propia madre y engendrarás hijos con ella».

Di un silbido de asombro. Era la misma profecía que el oráculo le había hecho al rey de Tebas. Mi viejo continuó:

–Entonces Edipo no se atrevió a regresar a Corinto porque pensaba que el rey y la reina eran sus legítimos padres, así que se dirigió hacia Tebas. Cuando llegó exactamente al lugar donde estamos ahora, se encontró con un elegante caballero que iba en un magnífico carro tirado por cuatro caballos. Con él iban varios guardias que golpearon a Edipo para que dejara paso al carro. Edipo, que, como sabes, se había criado como príncipe heredero de Corinto, no estaba dispuesto a tolerar un trato así, y tras algunas vacilaciones, el trágico encuentro terminó con que Edipo mató al rico caballero.

–Que en realidad era su propio padre.

–Exactamente. Mató también a todos los guardias, pero el cochero logró escapar. Volvió a Tebas y contó que un león había matado al rey Layo. La reina y el pueblo de Tebas guardaron luto, pero había, además, otra cosa que preocupaba a los habitantes de la ciudad.

–¿El qué?

–Una esfinge, un monstruo enorme, con cuerpo de león y cabeza de mujer, que vigilaba el camino a Tebas. Mataba a todos los transeúntes que no sabían resolver los enigmas que les planteaba. Entonces, el pueblo de Tebas prometió que el que supiera resolver el enigma se casaría con la reina Yocasta y se convertiría en rey de Tebas, tras la muerte del rey Layo.

Volví a dar un silbido de asombro.

–Edipo, que pronto olvidó que había tenido que emplear la espada en el largo viaje, llegó al monte de la esfinge. La esfinge planteó a Edipo el siguiente enigma: «¿Quién anda a la vez sobre dos, tres y cuatro patas?».

Mi viejo me miró para comprobar si yo sabía la respuesta al difícil enigma. Me limité a negar con la cabeza.

–«El hombre», respondió Edipo: «Se mueve a cuatro patas por la mañana, camina erguido al mediodía y utiliza tres pies al atardecer», porque necesita bastón. Edipo había dado la respuesta correcta, lo cual fue tan terrible para la esfinge que se lanzó desde la montaña y cayó muerta. Debido a este suceso, Edipo fue recibido como un héroe en Tebas. Le dieron la recompensa prometida y se casó con Yocasta, que, como sabes, era su propia madre. Con el tiempo, tuvieron dos hijos y dos hijas.

–¡Qué demonios! –dije. No le había quitado ojo a mi viejo ni un solo instante. Pero, entonces, no pude dejar de echar un vistazo hacia aquel lugar, en que Edipo había matado a su padre.

–Pero la historia no termina aquí –continuó mi viejo–. Poco tiempo después, brotó una terrible peste en la ciudad. En aquellos tiempos, los griegos creían que ese tipo de desgracias se debía a la cólera de Apolo y que su enfado tendría alguna causa. Así que, una vez más, hubo que recurrir al oráculo de Delfos, con el fin de averiguar por qué el dios les había enviado esa terrible peste. Pitia respondió que deberían buscar al asesino del rey Layo. Si no lo encontraban, toda la ciudad moriría.

–¡Ostras! –dije a secas.

–Fue precisamente el rey Edipo el que hizo todo lo posible por encontrar al asesino de su antecesor. Él jamás había relacionado la pelea en el camino con el asesinato del rey Layo. Sin saberlo, el mismo Edipo era el asesino que debía aclarar su propio crimen. Lo primero que hizo fue preguntar a un vidente quién había matado al rey Layo, pero el hombre se negó a contestar, porque pensaba que la verdad era demasiado cruda. Pero Edipo, que quería hacer todo lo posible por ayudar a su pueblo, finalmente le sacó la verdad. El vidente le contó que el propio rey era el culpable. Aunque Edipo iba recordando lo que había sucedido en el camino, y finalmente tuvo que reconocer que había matado a un rey, no tenía aún ninguna prueba de que fuera el hijo del rey Layo. Pero Edipo era un hombre justo, que quería poner todas las cartas sobre la mesa. Al final logró confrontar al viejo pastor de Tebas con el de Corinto, y entonces se confirmó que él había matado a su propio padre y que había vivido en matrimonio con su propia madre. Cuando al final se dio cuenta de toda la verdad, se sacó los ojos. De alguna manera, había estado ciego todo ese tiempo.

Respiré hondo. La historia me pareció muy trágica y terriblemente injusta.

–Eso es lo que yo llamaría una verdadera maldición de familia –dije.

–Pero tanto el rey Layo como Edipo habían intentado varias veces huir del destino. Según los griegos, eso era totalmente imposible.

Cuando pasamos por Tebas, había un gran silencio en el coche. Creo que mi viejo iba meditando sobre la maldición de su propia familia, al menos no dijo ni pío.

Después de haber repasado a fondo la trágica historia del rey Edipo, saqué la lupa y el libro del panecillo.

DOS DE DIAMANTES

...viejo maestro recibe importante comunicado de su país...

A la mañana siguiente, me despertó el canto de un gallo. Por un momento, pensé que estaba en mi casa de Lübeck; pero, antes de despertarme del todo, me acordé del naufragio. Recordé que había empujado el bote salvavidas hasta la playa de una pequeña laguna rodeada por palmeras. Luego me había adentrado en la isla y me había dormido a la orilla de un gran lago. Al despertarme, había nadado entre un montón de pececillos de colores.

¿En ese lugar me encontraba ahora? ¿Había soñado con un viejo marinero que llevaba más de cincuenta años viviendo en la isla, y que además la había poblado con 53 enanos vivos?

Decidí pensar en la respuesta antes de abrir los ojos.

¡No podía ser simplemente un sueño! Me había acostado en la cabaña de Frode, que se encontraba en una colina por encima del pueblo...

Por fin abrí los ojos. Los dorados rayos del sol matutino penetraban en una oscura cabaña de troncos de madera. Entendí que lo que había vivido era tan real como el sol y la luna.

Me levanté y me pregunté: ¿Dónde está Frode? Al mismo tiempo, descubrí una cajita de madera sobre una repisa encima de la puerta de entrada.

La bajé y vi que estaba vacía. Seguramente se trataba de la caja que había contenido los naipes antes de la gran transformación.

La volví a dejar en su sitio y salí fuera. Allí estaba Frode, con las manos a la espalda mirando el pueblo. Me puse a su lado, pero ninguno de los dos dijimos nada.

Los enanos estaban ya ocupados en sus tareas. Tanto el pueblo como las colinas lindantes estaban bañadas por el sol.

–Día de Comodín... –dijo finalmente el anciano. Una expresión de preocupación ensombreció su rostro.

–¿Día de Comodín? –repetí.

–Desayunaremos aquí fuera, hijo. Tú siéntate, te traeré el desayuno.

Me señaló un banco junto a la pared de la cabaña con una mesa delante. También estando sentado había una magnífica vista. Unos enanos arrastraban un carro hacia la salida del pueblo. Eran tréboles, que se dirigían a su trabajo en el campo. Del gran taller salía el ruido de movimiento de materiales.

Frode volvió con pan y queso, leche de moluco y tuf caliente. Se sentó a mi lado y comenzó a contarme más cosas sobre los primeros tiempos en la isla.

–Pienso a menudo en esa época como la época de los solitarios –dijo–. Estaba todo lo solo que un ser humano puede estar. Quizá por eso no es tan extraño que 53 naipes se convirtieran poco a poco en un idéntico número de figuras imaginarias. Los naipes también jugaron un importante papel en el calendario que empleamos en esta isla.

–¿El calendario?

–Ah, sí. El año tiene 52 semanas, de manera que cada carta de la baraja tiene una semana.

–Siete por 52 –dije–. Son 364.

–Exactamente. Pero el año tiene 365 días. A ese día de diferencia lo llamamos día de Comodín. No pertenece a ningún mes, y tampoco a ninguna semana. Es un día añadido, en el que todo puede suceder. Cada cuatro años hay dos días de comodín.

–Qué astuto...

–Las 52 semanas... o «cartas», como yo las llamo, están repartidas en 13 meses, cada uno de 28 días. Porque 13 por 28 también son 364. El primer mes es As, y el último mes del año es Rey. Por tanto pasan cuatro años hasta que volvemos a tener dos días de Comodín. Se empieza con un año de diamantes, luego sigue el año de tréboles, luego el de corazones y finalmente el de picas. De ese modo, todas las cartas tienen su propia semana y su propio mes.

El viejo me miró fugazmente. Parecía sentirse a la vez avergonzado y orgulloso de su ingeniosa cronología.

–Suenan un poco complicado al principio –dije–, pero me parece un invento muy ingenioso.

Frode asintió con la cabeza y dijo:

–En algo tuve que ocupar mi mente. Y luego, el año está dividido en cuatro estaciones: los diamantes en la primavera, los tréboles en el verano, los corazones en el otoño y los picas en el invierno. La primera semana del año es As de Diamantes, luego siguen los demás diamantes. El verano empieza con As de Tréboles, y el otoño con As de Corazones. El invierno se inicia con As de Picas y la última semana del año es Rey de Picas.

–¿En qué semana nos encontramos ahora?

–Ayer fue el último día de la semana del Rey de Picas, y a la vez, fue el último día del mes del Rey de Picas.

–Y hoy...

–...es el día de Comodín. O el primero de los dos días de Comodín. Se celebra con una gran fiesta.

–Qué extraño...

–Sí, querido compatriota. Ha sido extraño que tú hayas llegado a la isla justo en el momento de poner la carta de comodín... antes de empezar un año completamente nuevo y un nuevo período de cuatro años. Pero eso no es todo...

El viejo marinero se quedó ensimismado.

–¿Sí?

–Las cartas también se incluyeron en lo que sería la cronología de la isla.

–Ahora no te entiendo.

–Como ya te he dicho, di una semana y un mes a cada carta para poder llevar la cuenta de los días del año. El primer año que pasé en la isla lo llamé As de Diamantes. Luego siguió Dos de Diamantes, y luego todas las demás cartas, en el mismo orden que las 52 semanas del año. Pero te acordarás de que te dije que he vivido aquí en la isla durante exactamente 52 años.

–Ah...

–Acabamos de finalizar el año del Rey de Picas, marinero. Y más allá de esto no he pensado. Porque más de 52 años aquí...

–¿No entraba en tus cálculos pasar aquí más de 52 años?

–Supongo que no. Pero, hoy, Comodín inaugurará el año de Comodín y esta tarde se celebrará la gran fiesta. Los picas y los corazones están preparando el taller de carpintería para el gran acontecimiento. Los tréboles recogen frutas y bayas, y los diamantes decoran la sala con vidrio.

–¿Yo también voy a participar en la fiesta?

–Tú serás el invitado de honor. Pero debes saber algo más. Aún nos quedan algunas horas, marinero, y tenemos que aprovecharlas...

Eché bebida marrón en un vaso fabricado en el taller de vidrio. Bebí un pequeño sorbo, y el viejo continuó:

–La fiesta de Comodín se celebra al final de cada año, o si quieres, al principio de cada año nuevo. Pero sólo se hace un solitario cada cuatro años.

–¿Un solitario?

–Sí, cada cuatro años. Entonces se representa el gran juego de Comodín.

–Me temo que me lo tendrás que explicar mejor.

Carraspeó dos veces y prosiguió:

–Como ya te he dicho, cuando vivía solo en la isla, necesitaba algún pasatiempo. A veces iba carta por carta y hacía como si cada una «dijera» una frase. Luego, jugaba a intentar recordar de memoria todas las frases. Cuando logré aprender lo que decían todas las cartas, comenzó la segunda parte del juego, que

consistía en barajarlas para reunir todas las frases. A menudo, componía una especie de relato, que, como comprenderás, estaba formado por frases que habían «inventado» las cartas, y que no tenían que ver unas con otras.

–¿Eso era el juego de Comodín?

–Bueno, supongo que en realidad era una especie de solitario con el que llenaba mi soledad. Pero fue el principio del gran juego de Comodín, que ahora se representa en el día de Comodín, cada cuatro años.

–¡Cuéntame!

–En el transcurso de los cuatro años de que consta cada período, cada uno de los 52 enanos debe pensar en una frase. A lo mejor resulta un poco exagerado, pero debes tener en cuenta que piensan muy lentamente. Además, tienen que aprendérselas de memoria y, para unos enanos casi carentes de razón, no resulta fácil recordar una frase entera durante tanto tiempo.

–¿Y en la fiesta de Comodín las recitan?

–Correcto. Pero eso es sólo la primera fase del juego. Luego, le toca el turno a Comodín, que no ha pensado en ninguna frase, pero que, mientras se recitan todas, está sentado en un sillón tomando notas. En el transcurso de la fiesta, debe barajar para que las frases de las figuras formen un conjunto. Coloca a los enanos por orden y cada uno debe repetir su frase, cada una de las cuales constituye ahora una minúscula parte de un gran cuento.

–¡Qué astuto! –dije.

–Sí, puede que sea astuto, pero también puede resultar bastante sorprendente.

–¿Qué quieres decir?

–Podría pensarse que lo que ocurre es que Comodín, como puede, intenta crear algo coherente partiendo de un caos, porque cada figura ha inventado su frase sin tener en cuenta al resto.

–¿Sí?

–Pero, sin embargo, da la impresión de que el conjunto, es decir, el cuento o el relato, existiera de antemano.

–¿De verdad?

–No lo sé. Pero, si es así, entonces los 52 enanos son en realidad algo muy distinto, y mucho más que simplemente 52 individuos. En ese caso, hay un hilo invisible que los une. Y eso no es todo.

–¡Continúa!

–Cuando jugaba con las cartas, al principio de encontrarme en la isla, también intentaba leerlas. Naturalmente, no era más que un juego. Pero pensaba que a lo mejor había algo de verdad en lo que tantas veces había oído decir a marineros, en muchos puertos del mundo: que una baraja puede decirnos algo sobre el futuro. Y es cierto que precisamente, en los días anteriores a la llegada a la isla de las primeras figuras (Jota de Tréboles y Rey de Corazones), justo estas cartas jugaron un papel predominante en muchos de los solitarios que hice.

–Curioso.

–No pensé en eso cuando empezamos con el juego de Comodín, tras la llegada de todas las demás figuras. ¿Pero sabes cuáles fueron las últimas frases del cuento de la anterior fiesta de Comodín, es decir, hace cuatro años?

–¿¡Cómo quieres que lo sepa!?

–Pues escucha: «Joven marinero llega al pueblo el último día del Rey de Picas. El marinero resuelve adivinanzas con jota de vidrio. Viejo maestro recibe importante comunicado de su país.

– Pero qué... qué extraño.

–No es que no haya parado de pensar en estas palabras durante los cuatro años, pero cuando apareciste en el pueblo anoche, que era el último día de la semana, del mes y del año de Rey de Picas, la vieja profecía me volvió a la mente. De alguna manera, se te estaba esperando, marinero...

De pronto se me ocurrió una cosa:

–«Viejo maestro recibe importante comunicado de su país» –repetí.

–¿Sí?

El viejo clavó su mirada en la mía.

–¿Dijiste que ella se llamaba Stine?

El viejo asintió con la cabeza.

–¿Y era de Lübeck?

Volvió a decir que sí.

–Mi padre se llama Otto. Se crió sin padre, pero su madre se llamaba Stine. Murió hace unos años.

–Es un nombre muy común en Alemania.

–Naturalmente... Mi padre era hijo «ilegítimo», como suelen decir, porque mi abuela lo tuvo sin estar casada. Estaba... comprometida con un marinero que desapareció en el mar. Ni él ni ella sabían que estaba embarazada cuando se vieron por última vez... Hubo muchos comentarios. Se hablaba de una fugaz relación con un marinero que había abandonado sus obligaciones...

–Hmm... ¿Y cuándo nació tu padre, chico?

–Creo...

–¡Contéstame! ¿Cuándo nació tu padre?

–Nació en Lübeck el 8 de mayo de 1791, hace algo más de 51 años.

–¿Y ese «marinero» era hijo de un maestro vidriero?

–No lo sé. La abuela no hablaba mucho de él, quizá debido a las habladurías de la gente. Lo único que nos contó a los nietos fue que él una vez, al partir de Lübeck, se subió a lo más alto de la jarcia del barco para decirle adiós, se cayó y se lastimó un brazo. Solía sonreír cuando lo contaba, porque toda la función se había hecho en honor a ella.

El viejo se quedó callado, mirando al pueblo.

–Ese brazo –dijo al final–, está más cerca de lo que piensas.

Se subió la manga de la chaqueta y me enseñó unas antiguas cicatrices en el antebrazo.

–¡Abuelo! –exclamé y me abracé a él.

–Hijo –exclamó. Y comenzó a sollozar junto a mi cuello–. Hijo... hijo...

TRES DE DIAMANTES

...fue atraída hasta aquí por su propia imagen reflejada en el espejo...

Así que también en el libro del panecillo se hablaba de una maldición de familia. Me parecía que ya empezaba a ser demasiado.

Nos paramos a comer en un merendero en el campo. Nos sentamos a una mesa, bajo unos árboles de grandes copas. A nuestro alrededor, había enormes extensiones plagadas de frondosos naranjos.

Comimos carne en pinchos y ensalada griega con queso de oveja. Cuando llegamos al postre, empecé a contar a mi viejo lo del calendario de la isla mágica. Naturalmente, no pude revelar su procedencia, así que me vi obligado a decir que me lo había inventado tumbado en el asiento de atrás.

Mi viejo estaba mudo de asombro. Empezó a hacer cálculos con un bolígrafo sobre la servilleta.

–52 cartas son 52 semanas, lo que hace un total de 364 días, exactamente como dices. Luego eran trece meses de 28 días, que también suman 364. En ambos casos, falta un día para completar el año...

–Y ese es el día de Comodín –dije.

–¡Demonios!

Mirando fijamente los naranjos, preguntó:

–¿Y cuándo naciste tú, Hans Thomas?

No entendí muy bien qué quería decir.

–El 29 de febrero de 1972 –contesté.

–¿Pero en qué día?

De pronto, se me iluminó la mente: Yo había nacido en un año bisiesto, lo que, de alguna manera, era como un día de Comodín, según el calendario de la isla mágica. ¿Cómo se me pudo haber pasado ese detalle durante la lectura?

–Día de Comodín –dije.

–¡Exactamente!

–¿Crees que es porque soy hijo de un comodín? ¿O crees que es porque yo mismo soy un comodín? –pregunté.

Mi viejo me miró muy serio y dijo:

–Por ambas cosas, claro. Yo tengo un hijo el día de Comodín. Y tú naces el día de Comodín. Todo está relacionado, ¿sabes?

No sé si le hizo mucha gracia que yo hubiera nacido el día de Comodín. Había algo en su voz que me hizo pensar que quizá empezara a tener miedo de que le hiciera la competencia en su papel de comodín.

Volvió rápidamente al calendario.

–¿Te lo acabas de inventar? –volvió a preguntar-. ¡Bueno! Cada semana tiene su carta, cada mes tiene su número de as a rey, y cada estación tiene uno de los cuatro palos. Lo puedes patentar, Hans Thomas. Que yo sepa, hasta la fecha no se ha inventado ningún calendario del bridge.

Se reía entre dientes mientras bebía el café. Dijo:

–Primero se usó el calendario juliano, y luego se pasó al gregoriano. Puede que haya llegado el momento de utilizar uno nuevo.

Al parecer, lo del calendario le había impresionado más que a mí. Siguió haciendo cálculos en la servilleta. Luego me miró con sus astutos ojos de comodín y dijo:

–Y eso no es todo...

Le miré y prosiguió:

–Si sumas todos los valores numéricos de un palo, suman 91. As es uno, rey trece, reina doce, etc. Pues sí, suman 91.

–¿91? –dije, sin entender a qué se refería.

Dejó el boli y la servilleta, y me miró fijamente.

–¿Cuántos son 91 por cuatro?

–Nueve por cuatro son treinta y seis... –dije-. ¡Jolín, tienes razón, son 364!

–¡Exactamente! La suma total de valores numéricos de una baraja es 364, además del comodín. Pero, luego, hay algunos años con dos días de Comodín. Quizá por ello hay dos comodines en la baraja, Hans Thomas. No puede ser una casualidad.

–¿Crees que la baraja está hecha así deliberadamente? –pregunté-. ¿Crees que es intencionado que haya tantos valores numéricos en la baraja como días en un año?

–No, tampoco es eso. Creo que esto es un ejemplo más de que la humanidad es incapaz de interpretar los signos visibles. Lo que ocurre es que, sencillamente, nadie se ha preocupado en sumar los valores de la baraja, aunque existan muchos millones de ellas.

Volvió a quedarse callado. De repente, su rostro se ensombreció.

–Pero veo un grave problema –dijo-. No va a ser fácil pedir comodines a la gente, si éste va a jugar un papel en el calendario.

Soltó una carcajada. Por lo visto, no estaba tan serio como yo había pensado.

En el coche, seguía riéndose entre dientes. Creo que todavía estaba pensando en el calendario.

Ya cerca de Atenas, vi de repente una gran señal de tráfico. Supongo que había visto

la misma señal en otras ocasiones, pero ahora hizo que el corazón me diera un vuelco.

–¡Para! –grité–. ¡Para!

Mi viejo se asustó tanto que se echó a un lado de la carretera y frenó bruscamente.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó, volviéndose a mirarme.

–¡Sal! –dije–. ¡Tenemos que salir del coche!

Mi viejo abrió la puerta del coche y salió apresuradamente.

–¿Te mareas? –preguntó.

Señalé el cartel, que se encontraba sólo a unos metros de nosotros.

–¿No ves ese cartel?

Mi viejo estaba tan aturdido que debería haber sido más condescendiente con él, pero yo sólo pensaba en lo que ponía en el cartel.

–¿Qué pasa con ese cartel? –dijo mi viejo, pensando, seguramente, que me había vuelto completamente loco.

–Léelo.

–ATINA –leyó mi viejo algo más tranquilo–. Es griego, y significa Atenas.

–¿Eso es todo lo que ves? ¿Quieres hacerme el favor de leerlo al revés?

–ANITA –leyó.

No dije nada más, simplemente le miré muy serio.

–Pues sí, es curioso –admitió. Hasta ahora no se había encendido un cigarrillo.

Se lo tomó con tanta tranquilidad que me dio rabia.

–¿Curioso? ¿Es todo lo que tienes que decir? ¿No comprendes que eso significa que ella está aquí? Quiere decir que vino aquí. Fue atraída hasta aquí por su propia imagen reflejada en el espejo. Ése fue su destino. Supongo que ya lo entiendes.

Por alguna razón, había logrado enfadar a mi viejo.

–Intenta tranquilizarte un poco, Hans Thomas.

Era evidente que no le gustó ni lo del destino, ni lo del reflejo.

Cuando volvimos al coche dijo:

–A veces te pasas de la raya con todo ese... ingenio.

No creo que se refiriera solamente al cartel, sino también a enanos y extraños calendarios. Me pareció muy injusto, pues no era él el más indicado para criticar a los demás por su «ingenio». Además, no fui yo el que había empezado a hablar de maldición de familia.

De camino a Atenas, cogí el libro del panecillo y leí el capítulo sobre los preparativos para la fiesta de Comodín en la isla mágica.

CUATRO DE DIAMANTES

...su pequeña mano estaba fría como el rocío de la mañana...

Era a mi propio abuelo paterno a quien había encontrado en la isla mágica, porque mi padre era aquel hijo, aún no nacido, que él había dejado en Alemania, antes de enrolarse y naufragar en el Atlántico.

¿Qué era lo más extraño de todo? ¿Que una semillita pudiera crecer y al final convertirse en un ser humano bajo el cielo? ¿O que un ser humano pudiera tener imaginaciones tan vivas que éstas comenzaran, finalmente, a introducirse en el mundo real? ¿Pero no eran también los seres humanos figuras vivas de la imaginación? ¿Quién nos había puesto en este mundo?

Frode llevaba cincuenta años viviendo en la isla. ¿Viajaríamos en un futuro juntos a Alemania? ¿Entraría yo algún día en la panadería de mi padre en Lübeck, para presentarle al anciano que iría conmigo y decir: «Aquí estoy, padre. He vuelto del extranjero. Traigo conmigo a Frode. Es tu padre»?

Por mi cabeza pasaron mil pensamientos sobre el mundo, la historia y todas las generaciones, mientras agarraba a Frode por la espalda. Pero no tuve mucho tiempo para pensar, porque descubrí un montón de enanas vestidas de rojo, que estaban subiendo a toda prisa la cuesta desde el pueblo.

–¡Mira! Tenemos visita.

–Son los corazones –contestó, todavía con un nudo en la garganta–. Siempre vienen a buscarme para la fiesta de Comodín.

–Estoy impaciente por verlo todo.

–Yo también, hijo. ¿Te dije que fue Jota de Picas quien pronunció la frase sobre el importante comunicado del país?

–No. ¿Cómo es eso?

–Los picas siempre traen mala suerte. Eso lo aprendí ya en las tascas de los puertos, mucho tiempo antes del naufragio. Y también ha sido así aquí en la isla. Cada vez que me tropiezo con un pica abajo en el pueblo, puedo estar seguro de que va a ocurrir una desgracia.

No le dio tiempo a decir nada más, porque llegaron bailando ante la cabaña todos los corazones, del dos al diez. Todas tenían el pelo rubio, largo y llevaban vestidos rojos con corazones. Comparados con la ropa marrón de Frode y con mi propio traje de marinero, muy desgastado, los vestidos rojos brillaban tanto que tuve que frotarme los ojos.

Nos acercamos a las enanas, que enseguida formaron un apiñado círculo rodeándonos.

–¡Buen comodín! –gritaron entre risas.

Empezaron a moverse a nuestro alrededor, agitando sus vestidos y cantando.

–¡Vale! Ya basta –dijo el viejo.

Entonces, las muchachas empezaron a empujarnos ladera abajo. Cinco de Corazones me cogió de la mano y me arrastró con ella. Su pequeña mano estaba fría como el rocío de la mañana.

Abajo en el pueblo, reinaba la calma en la plaza y en las calles. Pero de algunas casas salían ruidos de voces. También los corazones desaparecieron dentro de una cabaña.

Fuera de la carpintería, colgaban lámparas de aceite encendidas, aunque el sol todavía estaba alto en el cielo.

–Aquí es –dijo Frode.

Y entramos en la sala donde se celebraba la fiesta.

Aún no había llegado ninguno de los enanos, pero ya estaban preparadas cuatro mesas con platos de vidrio, grandes fuentes repletas de fruta, y muchas botellas y licoreras que contenían la bebida centelleante. Alrededor de cada mesa había trece sillas.

Las paredes estaban hechas de troncos de una madera clara y, de las vigas del techo, colgaban lámparas de aceite de vidrio policromado. En una de las largas paredes habían hecho cuatro ventanas. En las jambas de las mismas, y en las cuatro mesas, se veían peceras con pececillos rojos, amarillos y azules. Por las ventanas entraban suaves rayos de sol que se reflejaban en las botellas y peceras, de manera que minúsculas franjas de arco iris resplandecían sobre el suelo y por las paredes. En medio de la larga pared sin ventanas, había tres sillas altas puestas en fila. Me recordaban los sillones de los jueces en los juzgados.

Seguía absorto en la contemplación cuando se abrió la puerta y Comodín entró de un salto.

–¡Os doy la bienvenida! –dijo con una sarcástica sonrisa.

Cada vez que hacía el más leve movimiento, sonaban los cascabeles de su traje violeta y, cuando sacudía la cabeza, su gorra roja y verde con orejas de asno también se movía.

De repente, vino hacia mí, dio un pequeño salto y me pellizcó la oreja. Los cascabeles sonaron como los de un trineo tirado por un caballo desbocado.

–¿Bien? –dijo–. ¿Se siente uno complacido por haber sido invitado a la gran representación?

–Gracias por la invitación –dije. Ese pequeño gnomo me inspiraba cierto miedo.

–¡Vaya, vaya! ¿Conque se ha aprendido el arte de dar las gracias? No está mal –dijo Comodín.

–Intenta tranquilizarte un poco, bufón –dijo Frode severamente.

Pero el pequeño comodín se contentó con echar una mirada desconfiada al viejo marinero.

–Supongo que se sentía intranquilo ante el gran espectáculo. Pero ahora es demasiado tarde para arrepentirse –dijo Comodín–, porque hoy se pondrán todas las cartas boca arriba. Y la verdad está en las cartas. No diré más. ¡Listo!

El pequeño payaso volvió a salir corriendo por la puerta. Frode se limitó a menear la cabeza.

–¿Quién es, en el fondo, la máxima autoridad de la isla? –pregunté–. ¿Tú o ese bufón?

–Hasta ahora he sido yo –contestó perplejo.

Al cabo de un rato, volvió a abrirse la puerta. Primero entró Comodín y se sentó solemnemente en una de las sillas altas junto a la pared larga. Nos hizo una señal, a Frode y a mí, para que nos sentáramos a su lado: Frode en el centro, con Comodín a su derecha, y conmigo a su izquierda.

–¡Silencio! –ordenó Comodín cuando nos sentamos, aunque ninguno de nosotros habíamos dicho ni pío.

Oímos de repente acercarse una hermosa música de flauta. Por la puerta, entraron con paso ligero todos los diamantes. En primer lugar, entró el pequeño Rey, le seguían Reina y Jota. Luego, todos los demás diamantes y, por último, hizo su entrada As. Todos, excepto Rey, tocaron un extraño vals con sus pequeñas flautas de vidrio. El sonido de estas flautas era tan tenue y frágil como el de los tubos más pequeños de un órgano. Todos llevaban ropa de color rosa, tenían el pelo fino y plateado, y los ojos azules y brillantes. Salvo Rey y Jota, todas eran muchachas.

–¡Bravo! –exclamó Comodín, y aplaudió. También lo hizo Frode, y yo me uní al aplauso.

Los diamantes se quedaron de pie en un rincón de la sala formando la cuarta parte de un círculo. Luego llegaron los tréboles, vestidos con uniformes azul marino. Reina y As llevaban vestidos del mismo color. Todos tenían el pelo rizado y marrón, la piel oscura y los ojos también marrones. Eran menos estilizados que los diamantes. De los tréboles, todos eran varones, excepto Reina y As.

Los tréboles se colocaron junto a los diamantes, formando así un semicírculo. A continuación entraron los corazones, con trajes color sangre. Entre ellos, sólo había dos varones: Rey y Jota, que llevaban un uniforme de color rojo oscuro. Los corazones tenían el pelo rubio, un sonrosado color de piel y los ojos verdes. Únicamente se distinguía de los demás As de Corazones. Llevaba el mismo vestido amarillo que cuando me encontré con ella en el bosque. Se colocó al lado de Rey de Tréboles. Los enanos formaron ya las tres cuartas partes de un círculo.

Finalmente, entraron las picas. Tenían el pelo negro y raído, los ojos muy negros y llevaban uniformes también negros. Sus hombros eran un poco más anchos que los de los demás enanos, y todos tenían una expresión de cara muy fiera. Solamente Reina y As eran mujeres. Ambas llevaban vestidos de color violeta.

As de Picas se colocó junto a Rey de Corazones y, así, los 52 enanos formaron un círculo completo.

–Qué extraño –murmuré.

–Así comienza todos los años la fiesta de Comodín –replicó Frode en voz baja–. Constituyen el año con las 52 semanas.

–¿Por qué As de Corazones lleva un vestido amarillo?

–Ella es el sol cuando está en el zenit, en pleno verano.

Entre Rey de Picas y As de Diamantes había un pequeño espacio vacío. Comodín se bajó de la silla y se colocó entre ellos. Con eso se completaba el círculo. Cuando Comodín miraba de frente, tenía ante sí a As de Corazones en el extremo opuesto del círculo.

Los enanos se cogieron de las manos y dijeron:

–¡Buen comodín! ¡Feliz año nuevo!

El pequeño bufón hizo una reverencia con un brazo, haciendo tintinear los cascabeles.

–¡No sólo ha finalizado un año! –dijo en voz muy alta–. Además, finalizamos una baraja entera de 52 años. El futuro es de Comodín. ¡Felicidades, hermano Comodín! ¡Es todo lo que tengo que decir! ¡Listo!

Y con ello, se dio la mano como felicitándose a sí mismo. Todos los enanos aplaudían, aunque, aparentemente, ninguno de ellos había entendido el discurso de Comodín. Finalmente, se sentaron alrededor de las cuatro mesas, de modo que cada familia estaba reunida en torno a una de ellas.

Frode puso una mano sobre mi hombro.

–No entienden gran cosa de todo esto –susurró–. Simplemente repiten, año tras año, la manera en la que yo solía colocar las cartas, formando un círculo, al comienzo de un nuevo año.

–Pero...

–¿Has visto cómo los caballos y los perros dan vueltas y vueltas en la pista de un circo, hijo mío? Lo mismo ocurre con estos enanos. Son como animalitos domados. Solamente Comodín...

–¿Sí?

–Nunca le había visto tan seguro y tan engreído como hoy.

CINCO DE DIAMANTES

**...lo malo fue que lo que echaron en mi vaso
resultó ser una bebida tan rica y dulce...**

Mi viejo me anunció que estábamos entrando en Atenas, y ya no me pareció muy correcto seguir en una isla desierta en otro lugar del planeta.

Con una buena dosis de paciencia, y sin soltar el mapa, el jefe logró encontrar una agencia de viajes. Yo me quedé en el coche, observando a los pequeños griegos, mientras mi viejo entró en la agencia para buscar un hotel adecuado.

Cuando volvió, tenía una sonrisa de oreja a oreja.

–Hotel Titania –dijo al sentarse de nuevo al volante–. Tienen garaje y habitación libre, y, por si fuera poco, les dije que ya que voy a estar unos días en Atenas, quiero ver la Acrópolis, así que nos buscaron este hotel, que tiene una terraza con magníficas vistas sobre toda Atenas.

No había exagerado. Nos dieron una habitación en el duodécimo piso, e incluso desde la habitación había una vista inmejorable. Sin embargo, lo primero que hicimos fue coger el ascensor hasta la terraza, desde donde pudimos ver la Acrópolis.

Mi viejo contempló los viejos templos en silencio.

–Es increíble, Hans Thomas. Es verdaderamente increíble.

Empezó a dar vueltas por la terraza. Poco a poco, se fue tranquilizando. Pidió una cerveza. Nos sentamos junto a la barandilla en la parte que daba a la Acrópolis. Pronto se encendieron los focos que iluminaban el recinto de los antiguos monumentos, y mi viejo se puso como loco.

Cuando empezó a hartarse de tanto mirar, dijo:

–Mañana iremos allí, Hans Thomas. Ahora bajaremos hasta la vieja plaza de Atenas, donde te enseñaré por dónde anduvieron los filósofos hablando sobre muchas cuestiones importantes que, desgraciadamente, han sido olvidadas por la Europa de hoy.

Ése fue el principio de una conferencia bastante larga sobre los filósofos de Atenas. Al cabo de un rato, me vi obligado a interrumpirle:

–Creía que habíamos venido aquí a buscar a mamá –dije–. ¿No lo habrás olvidado, verdad?

Él iba ya por la segunda o tercera cerveza.

–No, no –dijo–. Pero si no vemos la Acrópolis antes, no tendremos nada de qué hablar

con ella. Y eso sería muy triste después de tantos años. ¿No estás de acuerdo, Hans Thomas?

Cuando estábamos tan cerca de la meta, comprendí por primera vez, que, en realidad, mi viejo tenía miedo de encontrarse con ella. Fue un descubrimiento tan doloroso que tuve la sensación de convertirme en adulto en ese mismo instante.

Hasta entonces, había dado más o menos por sentado que el llegar a Atenas significaba encontrar a mamá. Y que si la encontrábamos, se solucionarían todos los problemas. De repente, comprendí que no era así.

Mi viejo no tenía la culpa de que yo fuera tan tonto como para no haberlo entendido. Varias veces me había dicho que no era seguro que ella quisiera venirse a casa con nosotros. Pero yo no le había hecho caso, porque me negaba a aceptar que eso pudiera suceder, después de tantos esfuerzos por nuestra parte para encontrarla.

Me di cuenta de lo ingenuo que había sido y, de pronto, mi viejo me dio muchísima pena. Y, naturalmente, también yo mismo me daba pena.

Creo que todo eso fue, en cierto modo, la causa de lo que sucedió a continuación.

Después de decir algunas tonterías más sobre mamá y los viejos griegos, me preguntó:

–Puede que quieras probar una copa de vino, Hans Thomas. Por lo menos, yo sí que quiero, y es un poco aburrido beber vino sin compañía.

–En primer lugar, no me gusta el vino –dije–. Y en segundo lugar no soy adulto.

–Te pediré algo que te guste –dijo muy seguro de sí mismo–. Ya no te queda tanto para ser adulto.

Llamó al camarero y pidió un Martini rojo para mí, y un vaso de Metaxa para él.

El camarero me miró sorprendido, luego miró a mi viejo.

–*Really?*

Mi viejo asintió con la cabeza.

Lo malo fue que lo que echaron en mi vaso resultó ser una bebida tan rica y dulce, además de refrescante, con todos esos cubitos de hielo, que me tomé dos o tres vasos, antes de que ocurriera lo que tuvo que ocurrir.

De repente, me quedé blanco, y estuve a punto de desmayarme sobre el suelo de la terraza.

–¡Pero hijo mío! –se quejó mi viejo.

Bajó conmigo a la habitación, y no recuerdo nada más hasta que me desperté a la mañana siguiente. Lo que sí recuerdo es que, cuando me dormí, me sentía bastante asqueroso, y creo que mi viejo tenía la misma sensación.

SEIS DE DIAMANTES

...de vez en cuando bajaban y se mezclaban con la gente...

Lo primero que pensé al despertarme fue que ya estaba bien de hacer tanto el tonto con la bebida.

Yo tenía un padre cuya mente posiblemente fuera de lo más lúcida que había al norte de los Alpes y, sin embargo, veía cómo, a causa de la bebida, estaba corriendo el riesgo de trastornarse. Decidí que habría que dar por zanjado este tema, de una vez por todas, antes de encontrar a mamá.

Pero, cuando mi viejo saltó de la cama y empezó a hablar de la Acrópolis, opté por esperar hasta el desayuno.

De hecho, esperé hasta haber acabado de desayunar. Mi viejo había pedido otro café al camarero, y se encendió un cigarrillo mientras desplegabá un gran mapa de Atenas.

–¿No te parece que te estás pasando de la raya? –pregunté.

Mi viejo me miró.

–Sabes a qué me refiero –continué–. Hemos hablado antes de esa horrible afición tuya a la bebida, pero si ahora quieres que también te acompañe tu hijo, me parece que estás yendo demasiado lejos.

–Lo siento, Hans Thomas –admitió enseguida–. Creo que aquellas copas no te sentaron nada bien.

–Ésa es otra cuestión. Tú eres el que tiene que parar un poco. Sería una pena que el único comodín de Arendal acabara como uno de esos borrachos que andan por ahí.

Estaba claro que le remordía la conciencia, y me daba mucha pena, pero no podía seguirle siempre la corriente.

–Lo pensaré.

–Pues ya puedes darte prisa en pensarlo, porque puede que a mamá tampoco le gusten los filósofos desgredados y que están borrachos a todas horas.

No paraba de moverse en la silla. No debía de ser muy agradable que tu hijo te regañara de ese modo, por eso me sorprendió un poco oírle decir:

–Para ser sincero, Hans Thomas, te diré que yo también he pensado en eso.

Esa respuesta fue tan contundente que decidí no seguir insistiendo sobre el tema. Y,

sin embargo, de repente tuve la sensación de que mi viejo no me había contado todo lo que sabía sobre por qué mamá nos abandonó.

–¿Cómo vamos a ir hasta la Acrópolis? –pregunté mirando el mapa.

Para ahorrar tiempo, cogimos un taxi hasta la entrada. Desde allí fuimos andando por una arboleda que había en la ladera, antes de subir al recinto de los templos.

Cuando por fin nos encontramos ante el gran templo llamado Partenón, mi viejo no paraba de decir:

–Fantástico... Es fantástico.

Primero nos paseamos un buen rato por allí, y luego nos quedamos mirando los dos teatros que estaban justo debajo del monte sobre el que nos encontrábamos. En el teatro más antiguo, se había representado la tragedia sobre el rey Edipo.

Al final, mi viejo, señalando una gran piedra, dijo:

–Siéntate aquí.

Y así empezó una larga conferencia sobre los atenienses.

Cuando por fin terminó, y el sol estaba tan alto que apenas se dibujaban las sombras, nos pusimos a recorrer templo por templo. Mi viejo me iba señalando y explicando todo, como la diferencia entre columnas jónicas y dóricas. También me demostró que el Partenón no tenía ni una sola línea recta. Lo único que había albergado el enorme edificio, era una estatua de Atenea de doce metros de altura, que era la patrona de Atenas.

Aprendí que los dioses griegos vivían en el Olimpo, un gran monte que estaba más al norte, pero que de vez en cuando bajaban y se mezclaban con la gente. En esas ocasiones, eran como grandes comodines en la baraja de los seres humanos, opinaba mi viejo.

También allí había un pequeño museo, pero de nuevo pedí clemencia. Obtuve el permiso inmediatamente, y nos pusimos de acuerdo sobre el lugar donde lo esperaba.

Con un guía tan bueno, si no hubiera sido porque tenía algo en el bolsillo del pantalón que no me dejaba pensar en otra cosa, seguro que habría entrado en el museo.

Había escuchado todo lo que mi viejo me había contado sobre los viejos templos, pero también había estado pensando en lo que pasaría en la gran fiesta de Comodín. En la sala donde se celebraba la fiesta, los 52 enanos se habían colocado formando un gran círculo y cada uno de ellos iba a recitar su frase.

SIETE DE DIAMANTES

...una gran fiesta de disfraces a la que todo el mundo debía acudir disfrazado de naipe...

Los enanos hablaban por los codos, y todos a la vez, pero Comodín empezó a dar palmadas para que se callaran.

–¿Todos tienen ya preparadas sus palabras para el juego de Comodín? –preguntó a la audiencia.

–¡Sííí!... –contestaron al unísono todos los enanos.

–¡Pues que se reciten las frases!

Al momento, todos los enanos se pusieron a recitar sus frases. 52 voces zumbaron simultáneamente durante unos instantes. Luego, se hizo el silencio, como si todo el espectáculo hubiese terminado.

–Esto sucede todos los años –murmuró Frode–. El resultado es, como ves, que nadie oye más que su propia voz.

–Gracias por vuestra atención –dijo Comodín–. Ahora, nos concentraremos en una frase cada vez. Empecemos con As de Diamantes.

La pequeña princesa se puso de pie, se apartó el pelo plateado de la frente y dijo:

–*El destino es una coliflor que crece por igual en todas las direcciones.*

Dicho esto, se volvió a sentar, con sus mejillas encendidas destacando sobre su pálido rostro.

–Conque una coliflor..., ¿eh? –Comodín se rascó la cabeza–. Han sido..., ¿eh?, unas palabras muy sabias. Ahora le toca a Dos de Diamantes.

Dos se levantó inmediatamente y dijo:

–*La lupa coincide con el trozo roto de la pecera.*

–¿Ah sí? –comentó Comodín–. Lo más práctico hubiera sido que también hubieras revelado de qué lupa y de qué pecera se trata. Pero todo llega, todo llega. Porque dos diamantes no pueden encerrar toda la verdad. ¡La siguiente!

Ahora se levantó Tres de Diamantes:

–*Padre e hijo buscan a la mujer hermosa que no se encuentra a sí misma*, recitó gimoteando y, al final, se echó a llorar. Me acordé de que también la había visto llorar en otra ocasión. Mientras Rey de Diamantes la consolaba, Comodín dijo:

–¿Y por qué no se encuentra a sí misma? Eso no lo sabremos hasta que todas las cartas del solitario estén sobre la mesa. ¡La siguiente!

Y todos los demás diamantes fueron, uno a uno, recitando su frase:

–*El hijo del maestro vidriero se ha burlado de sus propias imaginaciones* –dijo Siete. Me acordé de que en la fábrica de vidrio había dicho exactamente lo mismo.

–*Las figuras salen de la manga del mago y se pellizcan en el aire para comprobar que están vivas* –exclamó Nueve. Era la que había dicho que le hubiera gustado pensar un pensamiento tan difícil que no fuera capaz de pensarlo. Me pareció que lo había conseguido bastante bien.

Al final, Rey de Diamantes dijo:

–*El solitario es una maldición de familia.*

–¡Muy interesante! –exclamó Comodín–. Después de este primer trimestre, se han colocado ya muchas fichas importantes. ¿Se es consciente de la profundidad de todo esto?

Se oyeron susurros y conversaciones en voz baja, pero Comodín prosiguió:

–Aún nos quedan tres cuartas partes del círculo del destino. ¡Ahora les toca a los tréboles!

–El destino es una serpiente tan hambrienta que se devora a sí misma –dijo As de Tréboles.

–El pez de colores no revela el secreto de la isla, pero sí el panecillo –dijo Dos. Comprendí que llevaba tanto tiempo con esta frase en la punta de la lengua que la había repetido justo antes de quedarse dormido en el campo, por temor a olvidarse de ella.

Siguieron por turno todos los demás enanos. Primero, acabaron todos los tréboles, luego todos los corazones y finalmente los picas.

–La cajita de dentro desembala a la de fuera, a la vez que la de fuera desembala a la de dentro –dijo As de Corazones, que fue exactamente lo mismo que había dicho cuando me encontré con ella en el bosque.

–*Un buen día, un rey y un jota escapan trepando de la cárcel de la conciencia* –dijo alguien.

–*El bolsillo de la camisa esconde una baraja que se pone a secar al sol.*

Así fueron levantándose uno por uno los 52 enanos. Todos recitaron su frase, a cual más disparatada. Algunos la susurraron, otros la dijeron riéndose, y otros llorando o sollozando. La impresión general de este discurso, si se puede emplear esta palabra para algo tan confuso e inconexo, era que todo carecía por completo de cualquier significado o contexto. Y, sin embargo, Comodín se molestó en anotar todos los enunciados y el orden en el que se recitaron.

Al final de todo, Rey de Picas, clavando la mirada en Comodín dijo:

–*El que va a descubrir el destino tiene que sobrevivirlo.*

Él era el último. Recuerdo que esa última frase me pareció la más inteligente de todas las que se dijeron en la velada. Al parecer, Comodín opinaba lo mismo, porque aplaudió tanto que sus cascabeles sonaron como toda una orquesta de cacharros. Frode sacudió la cabeza resignado.

Nos bajamos de las sillas al suelo, donde los enanos estaban ya corroteando entre las mesas.

Durante un instante, tuve de nuevo la sensación de que este lugar era un reducto para locos incurables. Quizá Frode fuera el enfermero y se hubiera vuelto tan loco como sus pacientes. Entonces, no serviría de nada que al mes siguiente llegara la visita del médico.

Todo aquello que me había dicho del naufragio y la baraja, y de las figuras imaginarias que de repente se habían vuelto reales, podían ser las lunáticas ideas de un hombre que había perdido la razón. Yo sólo tenía un verdadero punto de referencia: el nombre de mi abuela materna era realmente Stine, y mis padres habían contado alguna vez que mi abuelo, al caerse de la jarcia, se había lastimado un brazo.

Quizá fuera verdad que Frode había vivido durante cincuenta años en la isla. No era la primera vez que oía hablar de alguien que había sobrevivido mucho tiempo después de un naufragio. También sería verdad que se había traído una baraja. Pero no podía creer que los enanos fueran producto de su imaginación.

Sabía que también había otra posibilidad: Que todas esas cosas extrañas ocurrieran sólo en mi propia conciencia. Podía ser yo el que, de repente, se hubiera vuelto loco. ¿Qué contenían, por ejemplo, las bayas que me comí junto a la laguna de los peces? De cualquier modo, ya era tarde para pensar en esas cosas...

Un sonido que recordaba al de una campana de barco me sacó de mis pensamientos. Alguien me estaba tirando del traje de marinero. Era Comodín, y la campana de barco eran los cascabeles de su traje.

–¿Qué se opina de la colocación de las cartas? –preguntó.

Se quedó mirándome con una expresión que mostraba claramente que él sabía más que yo. No contesté.

–Dime –prosiguió el pequeño bufón–, ¿no parece poco probable que algo que uno *piensa* empiece de repente a danzar por el espacio, fuera de la cabeza que lo pensó?

–Pues sí, definitivamente –contesté–. Es... es completamente imposible, claro está.

–Sí, es imposible –admitió–. Y sin embargo parece ser un hecho.

–¿Qué quieres decir?

–Lo que he dicho. Porque estamos en este momento aquí, mirándonos. Bajo el cielo, por así decirlo... completamente vivos. ¿Cómo es posible «escapar trepando de la cárcel de la conciencia»? ¿Qué clase de escalera se utiliza para eso?

–Quizá hayamos estado siempre aquí –dije, intentando quitármelo de encima.

–Naturalmente; pero, de todas formas, la pregunta queda sin respuesta. ¿Quiénes somos, marinero? ¿De dónde venimos?

No me gustó que me incluyera en sus reflexiones filosóficas. Pero tuve que admitir que no tenía respuesta a algunas de las preguntas que me había hecho.

–Fuimos sacados de la manga del mago, y nos pellizcamos en el aire, para comprobar que estábamos vivos –exclamó–. Extraño, dice Comodín. ¿Qué dice el marinero?

Hasta ahora no me había dado cuenta de que Frode había desaparecido.

–¿Dónde está Frode? –pregunté.

–Se suele contestar a la pregunta del otro, antes de preguntar uno mismo –dijo. Y soltó una carcajada.

–¿Qué ha pasado con Frode? –volví a preguntar.

–Ha tenido que salir a tomar el aire. Siempre le pasa en esta fase del juego de Comodín. Le da tanto miedo lo que se recita que a veces se hace pis encima. Entonces es mejor salir, opina Comodín.

En esa sala, rodeado de todos los enanos, me sentí terriblemente solo. Las pintorescas figuras correteaban por todas partes, como niños en una fiesta de cumpleaños que les venía demasiado grande. No hacía falta invitar a todo el pueblo, pensé.

Pero al volver a mirarlos, me di cuenta de que esto, al fin y al cabo, no era una fiesta normal de cumpleaños. Se parecía más a una gran fiesta de disfraces, a la que todo el mundo debía acudir disfrazado de naípe y en la que se había servido a la entrada una bebida que hacía disminuir de tamaño, para que todo el mundo cupiera. Yo había acudido a la fiesta un poco tarde y no había podido saborear el misterioso aperitivo.

–¿Acaso se desea probar la bebida centelleante? –preguntó Comodín con una sarcástica sonrisa.

Me alcanzó una botellita, y yo estaba tan aturdido que la cogí y bebí un poco. Un pequeño sorbo no me haría ningún mal.

Pero, aunque el sorbo fue muy pequeño, me venció por completo. Todos los sabores que había conocido durante mi vida entera pasaron velozmente por mi cuerpo como un maremoto de placer. En uno de los dedos del pie sentí un fuerte sabor a fresa, en un mechón de pelo un sabor a plátano o melocotón, debajo del codo izquierdo a zumo de pera y en la nariz noté una deliciosa mezcla de perfumes. Fue tan delicioso que me quedé inmóvil durante muchos minutos. Cuando contemplé al grupo de enanitos con sus pintorescos trajes, tuve la sensación de que eran producto de mi imaginación. Por un instante, me pareció haberme perdido dentro de mi propia cabeza. A continuación, pensé que mis imaginaciones quizá habían escapado de mi mente como represalia por estar retenidas por las limitaciones de mis propios pensamientos.

Se me ocurrieron otras muchas ideas extrañas y audaces, era como si tuviera cosquillas en la cabeza. Decidí inmediatamente que jamás devolvería la botellita y que la volvería a llenar en cuanto se vaciara. Porque nada importaba más que tener siempre a mano esa bebida centelleante.

–¿Te ha sabido... bien o mal? –preguntó Comodín con una amplia sonrisa.

Hasta ahora no me había fijado en sus dientes. También cuando sonreía sonaban débilmente los cascabeles de su traje de payaso, como si cada uno de sus pequeños dientes tuviese alguna misteriosa conexión con cada uno de los cascabeles.

–Beberé un poco más –dije.

Justo en ese momento, entró Frode corriendo. Tropezó con Diez y Rey de Picas, antes de arrebatar la botella a Comodín.

–¡Sinvergüenza! –gritó.

Por un instante, las figuras de la sala levantaron la cabeza para ver qué pasaba, pero enseguida se abandonaron de nuevo a los placeres de la vida social.

Descubrí de repente que el libro del panecillo estaba echando humo, y que me quemaba la piel de las yemas de los dedos. Tiré el libro y la lupa al suelo, y la gente me miró como si me acabara de morder una serpiente venenosa.

–*No problem!* –dije, y volví a coger el libro y la lupa.

La lupa de repente había empezado a absorber los rayos del sol, produciendo calor. Abrí de nuevo el libro del panecillo y descubrí que se había quemado en la última página que había estado leyendo.

Cada vez iba viendo más claro: ya no podía ignorar el hecho de que muchas de las partes que leía en el librito eran como un reflejo de cosas que yo mismo había vivido.

Me quedé susurrando algunas de las frases pronunciadas por los enanos de la isla:

–Padre e hijo buscan a la mujer hermosa que no se encuentra a sí misma... La lupa coincide con el trozo roto de la pecera... El pez de colores no revela el secreto de la isla, pero sí el panecillo... El solitario es una maldición de familia...

Ya no cabía duda: Había una misteriosa conexión entre mi propia vida y el libro del panecillo, aunque no tenía ni idea de cómo eso podía ser posible. Pero no sólo la isla de Frode era mágica. El libro del panecillo era, en sí, una obra mágica.

Primero me pregunté si el libro se estaría escribiendo a sí mismo sobre la marcha, conforme yo iba viviendo el mundo que me rodeaba. Pero, cuando lo miré, vi que estaba escrito hasta la última página.

Sentí escalofríos a pesar del calor.

Cuando mi viejo volvió, me levanté apresuradamente de la piedra y le hice a la vez tres o cuatro preguntas sobre la Acrópolis y los griegos. Tenía que pensar en otra cosa.

OCHO DE DIAMANTES

...se nos hace aparecer y desaparecer por arte de magia...

Volvimos a pasar por la entrada de la Acrópolis. Mi viejo permaneció un largo rato contemplando la ciudad.

Señaló hacia abajo, a un monte llamado Areópago. En ese monte, el apóstol Pablo pronunció en una ocasión un gran discurso a los atenienses sobre un dios desconocido, que no habitaba en los templos levantados por los seres humanos.

Más abajo del Areópago se encontraba la vieja plaza de Atenas. Se llamaba ágora, y bajo sus pórticos meditaron los filósofos. Pero donde antaño se habían levantado elegantes templos y otros edificios públicos sólo quedaban ruinas. Lo único que seguía en pie sobre una pequeña colina, era el viejo templo de mármol dedicado a Hefesto, dios de los herreros.

–Tenemos que ir bajando, Hans Thomas –dijo mi viejo–. Para mí esto es, más o menos, lo que para un musulmán llegar a La Meca. La única diferencia es que mi Meca está en ruinas.

Creo que tenía miedo de llevarse una gran desilusión al ver el ágora, pero cuando entramos en la plaza, y empezamos a andar entre los bloques de mármol, enseguida dio vida a la cultura de la antigua ciudad-estado, ayudado por varios libros sobre Atenas.

No había mucha gente. En cambio arriba, en la Acrópolis, había miles de personas. A esta plaza sólo acudía algún que otro comodín.

Recuerdo que pensé que si era verdad lo que dicen algunos, sobre que los seres humanos viven varias vidas, mi viejo se habría paseado por esta plaza hacía más de dos mil años, porque cuando describía la vida en la antigua Atenas era como si lo fuera «recordando».

Vi reforzada mi sospecha cuando de repente se detuvo señalando las ruinas y dijo:

–Un niño está sentado en un cajón de arena haciendo un castillo. El niño construye continuamente algo nuevo, lo mira con gran entusiasmo, y lo vuelve a aplastar. De la misma forma actúa el tiempo con el planeta. Aquí está escrita la historia del mundo, aquí están grabados, y luego borrados de nuevo, todos los acontecimientos. Aquí bulle la vida como en un hervidero. Y aquí también nos modelarán a nosotros un buen día, con el mismo material frágil que a nuestros antepasados. Aquí el viento del tiempo nos mece,

aquí nos lleva puestos, aquí es nosotros, pero nos vuelve a soltar para que nos caigamos de bruces. Se nos hace aparecer y desaparecer por arte de magia. Siempre hay algo fermentando, algo esperando ocupar nuestro puesto. Porque carecemos de tierra firme bajo los pies. Ni siquiera tenemos arena. *Somos arena.*

Lo que dijo me asustó tanto que retrocedí unos pasos. No sólo me asustaron sus palabras, sino también la fuerza con que las pronunció.

Continuó:

—No existe ningún escondite para el tiempo. Podemos escondernos de reyes y emperadores, quizá también de Dios. Pero no podemos escondernos del tiempo. El tiempo nos ve en todas partes, porque todo lo que nos rodea está impregnado de ese inquieto elemento.

Muy serio, asentí con la cabeza, y mi viejo empezó una conferencia sobre los efectos devastadores del tiempo.

—El tiempo no pasa, Hans Thomas. El tiempo no hace tictac. Nosotros somos los que nos movemos, nuestros relojes son los que hacen tictac. Tan silenciosamente como el sol sale por el este, y se pone por el oeste, el tiempo devora su camino a través de la historia. Echa por tierra grandes civilizaciones, corroe antiguos monumentos y devora generación tras generación de seres humanos. Por eso se dice eso de «diente del tiempo». Pues el tiempo mastica y mastica, y es a nosotros a quienes tiene atrapados entre sus fauces.

—¿Los griegos discutían sobre esto? —pregunté.

Apenas asintió con la cabeza, antes de proseguir.

—Durante un breve instante, formamos parte de vertiginosas actividades. Corremos de un lado para otro como si eso fuera lo más natural del mundo. Ya has visto a las hormigas allá arriba, en la Acrópolis. Pero todo esto va a desaparecer. Desaparecerá y será sustituido por un nuevo hormiguero. Porque hay gente aguardando cola. Las formas vienen y van. Las máscaras vienen y van. Siempre surge algún nuevo invento. Ningún tema se repite, ninguna composición aparece dos veces... No hay nada tan complicado ni tan costoso como un ser humano, hijo mío. ¡Pero somos tratados como baratijas!

La conferencia me pareció tan pesimista que al final me atreví a hacer un pequeño comentario.

—¿Realmente lo ves todo tan negro? —pregunté.

—Calla —me interrumpió, sin dejarme decir lo que quería—. Andamos sobre la tierra como figuras en un gran cuento —prosiguió—. Nos saludamos y nos sonreímos. Es como si dijéramos: Hola, ¡vivimos juntos y en el mismo momento! Estamos dentro de la misma realidad, o del mismo cuento... ¿No te parece increíble, Hans Thomas? Vivimos juntos en un planeta del universo. Pero pronto nos sacarán de la pista. Por arte de birlibirloque, habremos desaparecido.

Me quedé mirándole. No había en el mundo ninguna persona a quien conociera mejor. Tampoco había nadie a quien quisiera más. Pero en ese momento, mientras contemplaba los bloques de mármol de la vieja plaza de Atenas, vi que había en él algo extraño. No

me parecía que fuera mi viejo el que hablaba de esa forma. Creo recordar que pensé que quizá Apolo, o algún demonio, se había apoderado de él.

–Si hubiéramos vivido en otro siglo –continuó– habríamos compartido la vida con otras personas. Ahora nos limitamos a sonreír y saludar a miles de contemporáneos: ¡Hola! ¡Qué extraño que nos haya tocado vivir en la misma época! Quizá tropiece con una persona, abra una puerta y grite hacia dentro: ¡Hola, alma!

Con las dos manos, mostraba cómo abría la puerta al alma.

–Vivimos, ¿oyes? Pero sólo vivimos exactamente ahora. Abrimos los brazos y decimos que existimos. Pero se nos aparta y se nos mete dentro del oscuro saco de la historia. Porque somos *de una vez, de usar y tirar*. Participamos en un eterno baile de disfraces, en el que las máscaras van y vienen, hoy por mí, mañana por ti, el viejo desaparece de la fila... Nos habríamos merecido algo mejor, Hans Thomas. Tú y yo habríamos merecido que nuestros nombres se grabaran en algo eterno, en algo que no se borra en el gran cajón de arena.

Se quedó descansando sobre el bloque de mármol. Entonces comprendí que, durante mucho tiempo, había estado preparando este discurso que daría en la vieja plaza de Atenas. De esta forma, también tuvo la oportunidad de participar en las discusiones de los viejos filósofos.

En realidad, no era a mí a quien hablaba. Sus palabras iban dirigidas a los grandes filósofos griegos. El discurso de mi viejo tenía como destinatario un remoto pasado.

Yo aún no había tenido tiempo de convertirme en un filósofo completo, pero pensé que, de todos modos, tenía derecho a opinar y por eso dije:

–¿Crees que hay algo que no se borre en el gran cajón de arena?

Él me miró. Ahora por fin me hablaba *a mí*. Creo que le desperté de un profundo trance.

–*Aquí* –dijo señalando su propia cabeza–. Aquí hay algo que no se borra.

Por un momento, temí que le hubieran entrado delirios de grandeza, pero, a la vez, tuve la sensación de que no sólo señalaba su propia cabeza.

–El pensamiento no fluye. Sólo he recitado el primer verso, ¿sabes? Los filósofos de Atenas opinaron también que hay algo que no se borra. Platón lo llamó «el mundo de las ideas». Porque lo más importante no es ese castillo de arena, lo más importante es la imagen de un castillo de arena que el niño tenía en la mente *antes* de empezar a construirlo. ¿Por qué crees, si no, que el niño lo aplasta en cuanto acaba de hacerlo?

Tuve que admitir que había entendido el primer verso mejor que el segundo, pero él continuó:

–¿Nunca has querido dibujar o hacer algo que no has conseguido del todo? Lo intentas una y otra vez, pero no te resignas nunca. Es porque la imagen que tienes en tu interior, es siempre más perfecta que las copias que intentas hacer con tus manos. Así ocurre con todo lo que nos rodea. Llevamos dentro la idea de que todo lo que vemos a nuestro alrededor podría ser *mejor*. ¿Y sabes por qué, Hans Thomas?

Sólo pude negar con la cabeza. Él estaba ya tan excitado que empezó a susurrar:

–Porque todas las imágenes que llevamos dentro son algo que traemos del mundo de las ideas. Allí es adonde realmente pertenecemos, ¿sabes?, y no aquí, a este cajón de arena donde el tiempo intenta acabar con todo lo que amamos y apreciamos.

–¿Entonces existe otro mundo, quieres decir?

Mi viejo asintió con cara de misterio.

–Allí estuvo nuestra alma antes de entrar en nuestro cuerpo. Y a allí regresará cuando el cuerpo se rinda ante los efectos devastadores del tiempo.

–¿De verdad?

Seguí mirándole asombrado.

–Eso pensaba Platón. A nuestros cuerpos les pasará lo mismo que a los castillos de arena, eso no tiene remedio. Pero tenemos algo dentro que el tiempo no logra corroer, porque, en realidad, no pertenece a este mundo. Hay que levantar la vista por encima de todo lo que flota a nuestro alrededor. Hay que ver aquello de lo que todo lo que nos rodea es una simple imitación.

No entendí todo lo que estaba diciendo, pero comprendí que la filosofía era algo grande y que mi viejo era un gran filósofo. También tuve la sensación de haberme acercado más a los antiguos griegos. Entendí que aunque no se conservaba gran cosa de las riquezas materiales que nos habían dejado, sus pensamientos seguían teniendo la misma fuerza.

Finalmente, mi viejo señaló el lugar donde había estado encarcelado Sócrates antes de que le obligaran a vaciar el cáliz de veneno. Le acusaron de que llevaba a la juventud por los caminos de la perdición. La verdad es, naturalmente, que él fue el único comodín de Atenas en aquella época.

NUEVE DE DIAMANTES

...todos procedemos de la misma estirpe...

Dejamos atrás la Acrópolis y el ágora, pasamos por unas estrechas calles llenas de tiendas, y llegamos a la plaza Sintagma, delante del gran edificio del parlamento. De camino, mi viejo compró una interesante baraja, que abrió inmediatamente para sacar el comodín antes de darme el resto.

Comimos en una de las muchas tabernas que había en la gran plaza. Después de tomarse el café, mi viejo dijo que haría algunas averiguaciones para localizar a mamá. Me dolían las piernas después de tanto andar siguiendo las huellas de los antiguos griegos, así que acordamos que yo me quedaría un rato sentado en el café, mientras él hacía algunas llamadas telefónicas y visitaba una agencia de modas que al parecer estaba por allí cerca.

Cuando mi viejo se marchó, me quedé solo en una gran plaza llena de pequeños griegos. Lo primero que hice fue colocar sobre la mesa todas las cartas de la baraja. Asigné a cada una de ellas una pequeña frase. Luego intenté unir todas las frases para formar un gran cuento. Pero resultaba muy complicado sin papel y lápiz, de modo que, tras uno o dos intentos, lo dejé.

Opté por sacar la lupa y el libro del panecillo, y seguir leyendo sobre la isla mágica. Estaba seguro de encontrarme en un punto crucial del libro, porque había llegado el momento en que Comodín tenía que unir todas las frases dichas por los enanos. Puede que llegara a entender mejor la conexión que había entre mí mismo y todo eso tan extraño que Hans el Panadero había contado a Albert hacía muchísimo tiempo.

Lo que había bebido era tan bueno para todo el cuerpo que noté cómo el suelo se mecía bajo mis pies. Fue como si estuviera de nuevo en el mar.

Oí decir a Frode:

–¿Cómo se te ha ocurrido ofrecerle esa bebida?

Oí contestar a Comodín:

–Porque me rogó muy encarecidamente que se la dejara probar.

No estoy totalmente seguro de que eso fuera exactamente lo que dijo, porque en ese instante me dormí. Cuando volví a despertarme, Frode estaba a mi lado, dándome pequeños golpes en el costado.

–¡Despierta! –dijo–. Comodín está a punto de descifrar el gran misterio.

Me incorporé de un salto.

–¿Qué misterio?

–El juego de Comodín, ¿no te acuerdas? Está formando una sola historia con todas las frases.

Al levantarme, vi que Comodín estaba pidiendo a los enanos que se colocaran en un determinado orden. Formaban un círculo, como antes, pero ahora los distintos palos estaban entremezclados. Me di cuenta rápidamente de que todos los números iguales estaban en un mismo grupo.

Comodín volvió a trepar a la silla alta, y Frode y yo le seguimos.

–¡Jotas! –gritó Comodín–. Que se coloquen entre los reyes y los dieces. Las reinas entre los reyes y ases. Se rascó la cabeza un par de veces antes de proseguir:

–¡Nueve de Tréboles y Nueve de Diamantes que se cambien de lugar!

Salió un rechoncho trébol y se colocó en el lugar de un frágil diamante que, a su vez, fue a ocupar el lugar del trébol.

Comodín hizo algunos ajustes más, antes de darse por satisfecho.

–Esto se llama dispersión –susurró Frode a mi lado–. Primero se le da un significado a cada carta, luego se barajan y se reparten de nuevo.

Apenas pude captar sus palabras porque, en ese instante, noté en una pierna un fuerte sabor a limón, a la vez que un delicioso olor a lilas comenzó a jugar en mi oreja izquierda.

–Que todos repitan su frase –dijo Comodín–. Pero el solitario no será coherente hasta que las partes se hayan reunido en un conjunto. Pues todos procedemos de la misma estirpe.

Reinó un silencio total durante unos instantes. Entonces dijo Rey de Picas:

–¿Quién empieza?

–Siempre es igual de impaciente –susurró Frode.

Comodín hizo una reverencia con ambos brazos.

–Naturalmente, el principio de la historia determina el resto –exclamó–. Y nuestra historia empieza con Jota de Diamantes. Por favor Jota del Vidrio, tienes la palabra.

–*Bergantín de plata naufraga en mar embravecido* –dijo Jota de Diamantes.

A la derecha de Jota de Diamantes estaba Rey de Picas, que dijo:

–*El que va a descubrir el destino tiene que sobrevivirlo.*

–¡No, no! –exclamó Comodín desalentado–. Este juego sigue el sentido del sol. A Rey de Picas le toca el último.

Vi que Frode se puso tenso.

–Entonces es como me había temido –murmuró.

–¿Cómo?

–Que a Rey de Picas le tocará al final.

No tuve tiempo de asimilar lo que me dijo porque, de repente, noté fluir por mi cabeza un abrumador sabor a yema batida con azúcar, delicia de la que no se había podido disfrutar muy a menudo en mi casa de Lübeck.

–Empecemos de nuevo –dijo Comodín–. Primero todos los jotas, luego todos los dieces y luego todos los demás en el sentido del giro del sol. ¡Por favor, jotas!

Todos los jotas pronunciaron uno por uno sus frases:

–*Bergantín de plata naufraga en mar embravecido. El marinero es lanzado a la playa de una isla que crece y crece. El bolsillo de la camisa esconde una baraja que se pone a secar al sol. Las 53 imágenes serán la compañía del hijo del maestro vidriero durante muchos y largos años.*

–Así está mejor –dijo Comodín–. Así empieza nuestra historia. Quizá no sea gran cosa, pero al fin y al cabo, es un principio. ¡Por favor dieces, os toca!

Y continuaron los dieces:

–*Antes de que palidezcan los colores, las 53 figuras se forjan en la imaginación del solitario marinero. Las extrañas figuras danzan en la conciencia del maestro. Cuando el maestro duerme, los enanos viven su propia vida. Un buen día, un rey y un jota escapan trepando de la cárcel de la conciencia.*

–¡Bravo! Seguramente, no se podría haber dicho de un modo más escueto. ¡Nueves!

–*Las imaginaciones abandonan el espacio creativo y entran en el espacio creado. Las figuras salen de la manga del mago y se pellizcan en el aire para comprobar que están vivas. Las imaginaciones tienen un aspecto muy hermoso, pero todas menos una han perdido la razón. Sólo el comodín de la baraja desenmascara el espejismo.*

–¡Cierto, cierto! Pues la verdad es algo solitario. ¡Ochos!

–La bebida centelleante paraliza los sentidos de Comodín. Comodín escupe la bebida mágica. Sin el suero de la mentira, el pequeño bufón piensa con más claridad. Tras 52 años, el nieto del naufrago llega al pueblo.

Comodín me dirigió una mirada de asentimiento.

–¡Sietes! –ordenó.

–La verdad está en las cartas. El hijo del maestro vidriero se ha burlado de sus propias imaginaciones. Las imaginaciones se rebelan contra el maestro. El maestro morirá pronto, y los enanos habrán sido sus asesinos.

–¡Ay, ay! ¡Seises!

–La princesa del sol encuentra camino al mar. La isla mágica se destruye desde dentro. Los enanos fracasan de nuevo. El hijo del panadero logra escapar del cuento antes de que se desplome.

–Mejor. Cincos, os toca a vosotros. Tenéis que hablar alto y claro, porque un error de pronunciación, por pequeño que fuera, podría tener dramáticas consecuencias.

Lo que dijo sobre las consecuencias dramáticas me dejó tan confundido que me perdí la primera frase.

–...El hijo del panadero se refugia en las montañas y se establece en un recóndito pueblo. El panadero esconde los tesoros de la isla mágica. Lo que va a suceder está en las cartas.

Comodín empezó a dar nerviosas palmadas.

–Aquí se le cantan las cuarenta al uno y al otro –dijo–. La ventaja de este juego es que no sólo refleja lo que ha sucedido, sino también lo que va a suceder. Y aún no hemos hecho más que la mitad del solitario.

Me volví hacia Frode. Puso su brazo sobre mi hombro, y me susurró tan bajo que apenas pude oírle:

–Él tiene razón, hijo.

–¿Qué quieres decir?

–No me queda mucho tiempo de vida.

–¡Tonterías! –dijo irritado–. No vas a tomar en serio un ridículo juego.

–No sólo es un juego, hijo mío.

–¡No dejaré que te mueras! –dijo tan alto que varias de las figuras del círculo nos miraron.

–Toda la gente mayor tiene que morir, hijo mío. Pero es bueno saber que ha llegado alguien que puede seguir donde el viejo lo dejó.

–Supongo que yo también me moriré aquí en la isla.

Con voz indulgente, me contestó:

–¿Pero no has oído? «El hijo del panadero se refugia en las montañas y se establece en un recóndito pueblo». ¿No eres tú hijo de panadero?

Comodín volvió a dar palmadas, hasta que la enorme habitación se llenó del ruido de los cascabeles.

–¡Silencio! –ordenó–. ¡Seguid, Cuatros!

Yo estaba tan aturdido por la posibilidad de que Frode fuera a morir que sólo capté las frases de Cuatro de Tréboles y Cuatro de Diamantes.

–...El pueblo aloja al niño abandonado que ha perdido a su madre enferma. El panadero le da la bebida centelleante y le enseña los hermosos pececillos.

–Y ahora les toca a los treses. ¡Adelante!

También esta vez capté solamente dos de las frases:

–...El marinero se casa con una hermosa mujer que le da un hijo varón antes de irse al país del sur para encontrarse a sí misma. Padre e hijo buscan a la hermosa mujer que no se encuentra a sí misma.

Cuando los treses dijeron sus frases, Comodín volvió a interrumpir:

–¡Una buena baza! Estamos entrando en el País del Mañana.

Me volví hacia Frode y descubrí que tenía los ojos humedecidos.

–No entiendo nada de todo esto –dijo irritado.

–¡Calla! –susurró Frode–. Tienes que escuchar la historia, hijo.

–¿La historia?

–O el futuro, también el futuro pertenece a la historia. Este juego nos conduce hasta muchas generaciones más adelante. Eso es lo que quiere decir Comodín con el País del Mañana. Nosotros no entendemos todo lo que está en las cartas, pero, detrás de nosotros, viene más gente.

–¡Doses! –dijo Comodín.

Intenté recordar todo lo que decían, pero sólo capté:

–...*El enano de manos frías señala el recóndito pueblo y regala al niño del país del norte una lupa para el viaje. La lupa coincide con el trozo roto de la pecera. El pez de colores no revela el secreto de la isla, pero sí el panecillo.*

–¡Elegante! –exclamó Comodín–. Sabía que lo de la lupa y la pecera eran la clave de toda la historia. Ha llegado el turno a los ases. ¡Por favor, princesa!

De nuevo, sólo capté tres frases:

–...*El destino es una serpiente tan hambrienta que se devora a sí misma. La cajita de dentro desembala a la de fuera, a la vez que la de fuera desembala a la de dentro. El destino es una coliflor que crece por igual en todas las direcciones.*

–¡Reinas!

Estaba ya tan aturdido que sólo logré tomar nota de dos frases:

–...*El hombre del panecillo grita por un tubo mágico y su voz alcanza gran distancia. El marinero escupe bebida fuerte.*

–Ahora los reyes finalizarán el solitario con algunas verdades bien fundadas –dijo Comodín–. ¡Vamos reyes! Somos todo oídos.

Capté a todos, menos a Rey de Tréboles:

–...*El solitario es una maldición de familia. Siempre hay algún comodín que desenmascara el espejismo. El que va a descubrir el destino, tiene que sobrevivirlo.*

Era la tercera vez que Rey de Picas decía lo de sobrevivir al destino. Comodín y todas las demás figuras aplaudieron.

–¡Bravo! –exclamó Comodín–. Todos podemos estar orgullosos de este solitario, porque todos hemos aportado algo.

Los enanos volvieron a aplaudir y Comodín se dio golpes en el pecho:

–¡Bien por Comodín en el día de Comodín! –dijo–. ¡Porque el futuro le pertenece!

DIEZ DE DIAMANTES

...un hombrecillo que salió de detrás de un quiosco de periódicos...

Levanté la vista, mientras infinidad de pensamientos pasaban por mi cabeza.

Allí en la plaza Sintagma, donde los griegos corrían de un lado para otro con sus carteras y sus periódicos, vi claro que el libro del panecillo era una especie de libro de oráculo, que ponía en relación mi propio viaje, con lo que había sucedido en la isla mágica ciento cincuenta años antes.

Volví a hojear las últimas páginas que había leído.

Aunque Hans el Panadero no había captado toda la profecía, muchas de las frases estaban claramente relacionadas.

«El hijo del panadero se refugia en las montañas y se establece en un recóndito pueblo. El panadero esconde los tesoros de la isla mágica. Lo que va a suceder está en las cartas. El pueblo aloja al niño abandonado que ha perdido a su madre enferma. El panadero le da la bebida centelleante y le enseña los hermosos pececillos...»

Era evidente que el hijo del panadero era Hans el Panadero; Frode también lo había entendido así. El pueblo recóndito tenía que ser Dorf, y el muchacho que había perdido a su madre no podía ser otro que Albert.

Hans el Panadero se había perdido las frases de dos de los treses, pero entre las frases de los otros dos treses y las que había podido captar de los doses, también se veía una clara relación:

«El marinero se casa con una hermosa mujer que le da un hijo varón antes de irse al país del sur para encontrarse a sí misma. Padre e hijo buscan a la hermosa mujer que no se encuentra a sí misma. El enano de manos frías señala el camino al recóndito pueblo y regala al niño del país del norte una lupa para el viaje. La lupa coincide con el trozo roto de la pecera. El pez de colores no revela el secreto de la isla, pero sí el panecillo...»

Todo eso estaba claro, pero también había un montón de frases que no entendía:

«La cajita de dentro desembala a la de fuera, a la vez que la de fuera desembala a la de dentro....» «El hombre del panecillo grita por un tubo mágico y su voz alcanza gran distancia. El marinero escupe bebida fuerte...»

Si esto último significaba que mi viejo dejaría de empinar el codo cada noche, yo quedaría muy impresionado, tanto con él, como con la vieja profecía.

El problema era que Hans el Panadero sólo había escuchado a 42 de las cartas, ya que le costaba mucho concentrarse, sobre todo al final, lo cual no era de extrañar porque, cuanto más se avanzaba en el juego de Comodín, más se alejaba de su propia época. Tanto a Frode, como a Hans el Panadero, les sonaría a chino, y las cosas confusas siempre se recuerdan peor que las que están claras.

A la mayoría de la gente de hoy en día, la profecía también le hubiera sonado a chino. Sólo yo sabía quién era el enano de las manos frías. Era yo, y solamente yo, el que controlaba la lupa. Y no habría nadie más que entendiera el significado de que el panecillo revelaba el secreto de la isla.

Y, sin embargo, me irritaba que Hans no hubiera captado todas las frases. Debido a sus problemas de memoria, gran parte de la vieja profecía sería para siempre un tesoro escondido, y precisamente esa parte era la que trataba de mi viejo y de mí. Estaba convencido de que los enanos también habían dicho algo sobre nuestro encuentro con mamá, y sobre si se vendría con nosotros a Noruega...

Mientras estaba hojeando el libro, descubrí de repente a un hombrecillo que salió de detrás de un quiosco de periódicos. Primero pensé que era un niño que estaba jugando a espiarme, porque allí no había nadie más que yo, pero luego me di cuenta de que se trataba, una vez más, del enano de la gasolinera. Hizo acto de presencia un breve instante, y luego desapareció.

Durante unos segundos, me sentí paralizado por el susto, pero enseguida empecé a pensar: ¿Por qué tengo tanto miedo a ese enano? Era evidente que me seguía, pero no era seguro que quisiera hacerme daño.

Puede que el enano también conociera el secreto de la isla mágica. Quizá me dio la lupa y me envió a Dorf precisamente para que yo leyera sobre ella. En ese caso, no era de extrañar que quisiera saber cómo me iba.

Me acordé de que mi viejo había dicho en broma que el enano era un ser artificial, creado hacía siglos por un mago judío. Eso era, evidentemente, una broma; pero si fuera verdad, a lo mejor había conocido a Albert y a Hans el Panadero.

No me dio tiempo ni a seguir pensando, ni a leer más porque, en ese instante, llegó mi viejo corriendo, destacando por encima de las demás personas. Tuve que darme prisa en meter el librito en el bolsillo.

—¿He tardado mucho? —preguntó casi sin aliento.

Le dije que no.

Había decidido no contarle nada más sobre las apariciones del enano. El hecho de que un enano estuviera paseándose por Europa a la vez que nosotros no era, al fin y al cabo, nada, en comparación con lo que había leído en el libro del panecillo.

—¿Y tú que has hecho mientras tanto? —preguntó.

Le enseñé las cartas, y le dije que había hecho un solitario.

En ese momento, vino el camarero para que le pagáramos la última coca-cola que había pedido.

–*It's very small!* –dijo.

Mi viejo no entendió nada.

Yo sabía, claro está, que el camarero se refería al libro del panecillo, y tuve miedo de que se descubriera todo. Por eso volví a sacar la lupa, se la enseñé al camarero y dije:

–*It's very smart.*

–*Yes, yes!* –contestó, y, de esa forma, evité una situación embarazosa.

Cuando nos íbamos, dije:

–He estado estudiando las cartas de la baraja, para ver si descubría en ellas algo más de lo que se puede ver a simple vista.

–¿Y cuál ha sido el resultado de la investigación? –preguntó mi viejo.

–Si tú supieras... –contesté lleno de misterio.

JOTA DE DIAMANTES

**...todo lo que mi viejo tenía de vanidad,
estaba relacionado con el hecho
de sentir se un comodín...**

Ya en la habitación, le pregunté si había hecho más averiguaciones sobre mamá.

Primero dijo:

–Fui a ver a uno de esos agentes publicitarios. Me aseguró que en Atenas no trabajaba ninguna modelo con el nombre de Anita Torå. Estaba muy seguro de ello; dijo que conocía a todas las modelos que trabajaban aquí, y sobre todo a las extranjeras.

Debí de adquirir el aspecto de una puesta de sol en septiembre. Y creo que empezó a llover, porque noté las lágrimas presionar detrás de los párpados. Supongo que, por eso, mi viejo se apresuró a añadir:

–Entonces le enseñé la foto de la revista de modas, y el griego dijo que se llamaba Sol Strand, pero que ése era su nombre artístico. Al final, me contó que había sido una de las modelos más cotizadas en Atenas durante varios años.

–¿Y ahora? –pregunté mirándole fijamente.

Hizo un gesto con el brazo y dijo:

–Le llamaré mañana después de comer.

–¿Y eso es todo?

–Pues sí. Tendremos que esperar, Hans Thomas. Nos quedamos en la terraza del hotel esta noche, ¿vale?, y mañana cogemos el coche y vamos a El Pireo. Allí habrá algún teléfono desde el que poder llamar.

Al decir lo de la terraza, me acordé de algo. Me armé de valor y dije:

–Hay una cosa más.

Mi viejo me miró, sin saber a lo que me refería, aunque quizá sí lo supiera.

–Tenemos algo pendiente –dije–, y me prometiste que ibas a pensar en ello.

Intentó parecer muy macho al reírse, pero no lo consiguió del todo.

–¡Ah sí! Como ya te dije esta mañana, Hans Thomas, estoy en ello. Pero, precisamente hoy, he tenido otras cosas en que pensar.

De repente, tuve una brillante idea. Me lancé a su bolso de viaje, y encontré media botella de coñac entre calcetines y camisetas. En un abrir y cerrar de ojos, me la llevé al baño y la vacié en el váter.

Mi viejo me siguió y, cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se quedó mirando fijamente dentro de la taza del váter. Quizá estaba pensando en agacharse y sorber los restos antes de que tirase de la cadena. Pero, afortunadamente, aún no había caído tan bajo. Se volvió hacia mí, sin saber todavía qué hacer, si rugir como un león o mover el rabo como un perro. Al final, dijo:

–Vale, Hans Thomas, tú ganas.

Subimos a la habitación y nos sentamos frente a la ventana. Alcé la vista hacia mi viejo, y él alzó la vista hacia la Acrópolis.

–La bebida centelleante paraliza los sentidos de Comodín –dije.

Mi viejo me miró asombrado.

–¿Estás delirando, Hans Thomas? ¿Aún te dura el efecto del Martini de ayer?

–¡Claro que no! Sólo quiero decir que un verdadero comodín no toma bebidas fuertes. Sin bebidas fuertes, Comodín piensa mejor.

–Estás un poco chiflado –dijo–. Supongo que es hereditario.

Yo sabía que le había atacado en su punto más débil, porque todo lo que mi viejo tenía de vanidad estaba relacionado con el hecho de sentirse un comodín.

Me preguntaba si todavía estaría pensando en lo que había ido a parar a la taza del váter, así que dije:

–Vamos a la terraza. Allí podremos probar todas las bebidas gaseosas y refrescantes que hay en la carta: coca-cola, zumo de naranja, zumo de tomate, refresco de pera... ¿O quieres, mejor, probar todos esos sabores a la vez? Puedes llenarte el vaso de maravillosos cubitos de hielo y moverlos con una gran cuchara...

–Gracias, ya vale –me interrumpió.

–Pero hemos llegado a un acuerdo, ¿no?

–Así es. Y un viejo lobo de mar no rompe nunca un acuerdo.

Subimos a la terraza y nos sentamos a la misma mesa que el día anterior. Al cabo de mucho rato, también vino el mismo camarero del día anterior.

Le pregunté en inglés qué refrescos tenían, y acabamos por pedir dos vasos y cuatro bebidas diferentes. El camarero sacudía la cabeza murmurando algo así como que un día padre e hijo tomaban vino, y al día siguiente los dos pensaban emborracharse con agua mineral con gas. Mi viejo contestó que era para compensar, y que hay que buscar una especie de equilibrio en todo.

Cuando el camarero se marchó, mi viejo dijo:

–Es bastante increíble, Hans Thomas. Estamos en una gran ciudad donde viven varios millones de personas, y resulta que estamos buscando a una determinada hormiga en este enorme hormiguero.

–Sí, pero es justo la reina –repliqué.

Me pareció un comentario bastante logrado. Creo que mi viejo opinaba lo mismo. Me dedicó una amplia sonrisa y dijo:

–Pero este hormiguero está tan bien organizado que es posible localizar a la hormiga número tres millones doscientos treinta y ocho mil novecientos cinco.

Se quedó un momento pensando, antes de proseguir:

–En realidad, Atenas es sólo una pequeñísima parte de un hormiguero mucho más grande, que cuenta con más de cinco mil millones de hormigas. Pero casi siempre es posible contactar con una determinada hormiga entre esos más de cinco mil millones. Sólo tienes que enchufar un teléfono en la pared y marcar un número. Porque este planeta tiene varios miles de millones de teléfonos, Hans Thomas. Los encuentras en lo alto de los Alpes y en lo más profundo de la selva africana; los encuentras en el Tíbet y en Alaska, y los puedes alcanzar desde tu propia casa.

Sus palabras, me hicieron dar un salto en la silla.

–El hombre del panecillo grita por un tubo mágico y su voz alcanza gran distancia –susurré muy agitado.

De repente, había entendido el significado de esa frase del juego de Comodín.

Mi viejo suspiró resignado.

–¿Qué te pasa ahora?

No sabía qué decirle, pero algo tenía que contestar.

–Al decir lo de los Alpes, me he acordado de aquel panadero que me dio panecillos y refrescos en el pequeño pueblo alpino que visitamos. Me fijé en que él también tenía teléfono. Con ese aparato, puede contactar con gente en todo el mundo. Lo único que tiene que hacer es llamar a información y pedir el número de cualquier persona del planeta.

Aparentemente, no le sorprendió mucho la respuesta, porque se quedó mirando la Acrópolis durante un buen rato sin decir nada.

–Estaba pensando en que a lo mejor no te sienta bien tanto filosofar –dijo finalmente.

Le dije que no era eso. La verdad es que estaba tan impresionado por todo lo que había leído en el libro del panecillo que me estaba resultando ya muy difícil mantenerlo en secreto.

Cuando la oscuridad se había posado sobre la ciudad y los focos iluminaban la Acrópolis, dije:

–Te prometí contarte un cuento.

–Vale –dijo mi viejo.

Y empecé mi cuento. Conté casi todo lo que había leído en el libro del panecillo sobre Albert y Hans el Panadero, sobre Frode y los naipes en la isla mágica. Me parecía que así no rompía la promesa que había hecho al viejo panadero de Dorf, porque contaba todo como si lo estuviera inventando sobre la marcha. Cambié ligeramente algunas cosas y procuré no mencionar nunca el libro del panecillo.

Era evidente que mi viejo estaba impresionado.

–¡Tienes una imaginación cojonuda, Hans Thomas! Quizá no deberías ser filósofo, sino más bien escritor.

De nuevo recibí alabanzas por algo que, en el fondo, no era mérito mío.

Aquella noche, yo me dormí primero. Me quedé despierto, pensando, bastante rato; pero mi viejo estuvo más tiempo aún. Lo último que recuerdo es que se levantó de la cama y se puso a mirar por la ventana.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, mi viejo seguía durmiendo. Parecía un oso que acabara de entrar en la larga hibernación.

Cogí la lupa y el libro del panecillo y seguí leyendo sobre lo que ocurrió en la isla mágica tras el gran juego de Comodín.

REINA DE DIAMANTES

...el pequeño payaso rompió a llorar..

El gran círculo se disolvió inmediatamente después de que Comodín se golpeará el pecho diciendo unas solemnes palabras en honor a sí mismo. Y el carnaval comenzó de nuevo. Algunos enanos cogieron frutas de las fuentes, otros tomaban bebida centelleante. Al cabo de un rato, empezaron a gritar los nombres de todos los sabores que les proporcionaba la extraña bebida:

- ¡Miel!
- ¡Espliego!
- ¡Curibayas!
- ¡Raíz redonda!
- Gramíneas...

Frode me estaba mirando. A pesar de ser un anciano con pelo blanco y profundas arrugas en la cara, sus ojos brillaban todavía como dos diamantes pulidos. Pensé que era verdad eso de que los ojos son el espejo del alma.

Comodín daba palmadas.

-¿Se percibe la profundidad del juego de Comodín? -preguntó a la audiencia.

Al no recibir ninguna respuesta, le dio por agitar los brazos impacientemente.

-¿Se ha entendido ya que Frode era el marinero con la baraja y que nosotros somos los naipes de la misma? ¿O se sigue igual de obcecado?

Era evidente que los enanos de la sala no entendían a qué se refería, y tampoco daban la impresión de tener mucho interés por entenderlo.

-¡Uf, qué pesado! -exclamó Reina de Diamantes.

-Es inaguantable -añadió otra.

El pequeño comodín durante unos segundos pareció muy triste.

-¿No hay nadie que lo entienda? -repitió, tan tenso que hacía sonar todos sus cascabeles aunque se esforzaba por estar quieto.

-¡No! -dijeron todos al unísono.

-¿No se entiende que Frode se ha burlado de todos nosotros y que yo soy el burlador?

Muchos enanos se taparon los oídos con las manos. Algunos también se taparon los ojos. Otros se apresuraron a llenarse la boca de bebida púrpura. Daban la impresión de hacer todo lo posible por no entender lo que les estaba diciendo Comodín.

Rey de Picas se acercó a una de las mesas para coger una botella. La levantó delante de Comodín y dijo:

-¿Hemos venido aquí para resolver adivinanzas o para beber la bebida púrpura?

-Hemos venido para escuchar la verdad -dijo Comodín.

Frode me agarró del brazo y me susurró al oído:

-No sé lo que va a quedar de todo lo que he creado en esta isla, cuando esta fiesta haya acabado.

-¿Quieres que intente detenerle? -pregunté.

Frode negó con la cabeza.

-No, no. A partir de ahora este solitario tiene que seguir sus propias leyes.

En ese instante, Jota de Picas se acercó corriendo a Comodín y le tiró de la silla alta. Los demás jotas

acudieron a ayudarlo. Tres de ellos se echaron encima del pequeño bufón, mientras Jota de Tréboles intentaba meterle en la boca el cuello de una botellita.

Comodín se defendió como pudo, a la vez que escupía lo que intentaban darle a la fuerza.

–Comodín escupe la bebida mágica –dijo secándose la boca–. Porque, sin el suero de la mentira, el pequeño bufón piensa mejor.

Dicho esto, se levantó apresuradamente, arrebató a Jota de Tréboles la botella que tenía en las manos y la tiró al suelo. A continuación, fue por las cuatro mesas rompiendo todas las botellas y licoreras. El enorme local se llenó de un estrépito de cristales. Aunque los restos de vidrio llovían encima de los enanos, ninguno de ellos se cortó. Sólo Frode se hizo un pequeño rasguño en la mano.

En el suelo, el brillante líquido formaba grandes y pegajosos charcos. Algunos doses y treses se agacharon para sorber la bebida púrpura de entre los restos de vidrio. A varios de ellos les entraron trocitos de vidrio en la boca, pero los volvieron a escupir sin sufrir daño alguno. Otros estaban mirando boquiabiertos y con cara de indignación.

El primero en tomar la palabra fue Rey de Picas.

–¡Jotas! Os ordeno que decapitéis inmediatamente a ese bufón.

No hizo falta que dijera más. Los cuatro jotas desenvainaron al instante sus espadas y se acercaron a Comodín.

No podía quedarme mirando, sin hacer nada; pero, cuando estaba a punto de intervenir, una mano firme me retuvo.

Comodín tenía ya una expresión de resignación en su pequeño rostro.

–Sólo es Comodín –murmuró–. Nadie más... nadie más...

Y el pequeño payaso rompió a llorar.

Los jotas cambiaron de actitud. También los que se habían tapado los oídos o los ojos miraron con curiosidad. En el transcurso de los años, habían visto muchas jugarretas por parte de Comodín, pero era la primera vez que lo veían llorar.

Vi que Frode tenía los ojos humedecidos, y en ese momento comprendí que, a pesar de todo, no había ninguna figura a la que quisiera más que al pequeño guasón. Intentó poner un brazo alrededor del hombro de Comodín.

–Vamos, vamos... –dijo, queriendo consolarle.

Comodín se sacudió para que Frode quitara el brazo. Rey de Corazones se colocó delante de Comodín y dijo:

–Me veo obligado a recordaros que no se puede decapitar a alguien que está llorando.

–¡Senilój! –exclamó Jota de Picas.

Y Rey de Corazones prosiguió:

–Una regla muy antigua dice que no está permitido decapitar a alguien antes de que haya acabado de hablar. En ese caso, faltan todavía varias cartas en la mesa. Ordeno, por lo tanto, que se coloque a Comodín sobre la mesa antes de que hagamos caer su cabeza.

–Gracias, querido rey –dijo Comodín sollozando–. Tú eres el único en este solitario que tiene trece buenos corazones.

A continuación, los cuatro jotas levantaron a Comodín del suelo y lo colocaron sobre una de las mesas, donde se quedó tumbado boca arriba, con la cabeza sobre las manos. Cruzó las piernas y en esta postura dio un largo discurso, mientras los enanos se iban agrupando en torno a él.

–Yo fui el último que llegué a este pueblo –empezó a decir–. Todos sabéis que soy diferente a los demás, razón por la cual siempre me he mantenido bastante apartado del resto.

De repente, los enanos empezaron a escuchar a Comodín. ¿Se preguntarían por qué era tan diferente?

–Yo no pertenezco a ninguna parte –prosiguió–. No soy corazón ni diamante, ni trébol ni pica. Tampoco soy rey, ni jota, ni ocho, ni as. Sólo soy Comodín, y he tenido que averiguar por mi cuenta quién soy. Cada vez que muevo la cabeza, el tintineo de mis cascabeles me recuerda que no tengo familia. Tampoco tengo ningún número o profesión. No puedo compartir el arte del vidrio con los diamantes, ni el arte de hacer pan con los corazones, tampoco tengo las hábiles manos de los tréboles, ni la fuerza muscular de los picas. Por eso he estado contemplando su actividad desde fuera. Pero también por eso he podido ver alguna que otra cosa a la que vosotros habéis estado ciegos.

Comodín seguía tumbado sobre la mesa, balanceando un pie mientras hablaba. Los cascabeles sonaban débilmente.

–Cada mañana se ha acudido a la tarea, pero nunca se ha estado despierto del todo. Cierto es que se ha visto el sol y la luna, las estrellas en el cielo y todo lo que se mueve y, sin embargo, nada se ha mirado bien. Eso no ocurre con Comodín, porque él nació con el defecto de ver demasiado y demasiado profundamente.

Reina de Diamantes le interrumpió:

–¡Dilo ya, Bufón! Si has visto algo que los demás no hemos visto, debes decírnoslo ya.

–*Me he visto a mí mismo* –exclamó Comodín–. He visto cómo voy gateando entre arbustos y árboles por un gran jardín.

–¿Te puedes ver a ti mismo desde el aire? –se le escapó a Dos de Corazones–. ¿Tus ojos tienen alas como los pájaros?

–En cierto modo sí. Porque no basta con mirarse a sí mismo a través de un pequeño espejo que se saca del bolsillo, como hacen constantemente las cuatro reinas de este pueblo. Están tan preocupadas por su aspecto que no descubren que están vivas.

–¡Qué tipo tan descarado! –exclamó Reina de Diamantes–. ¿Cuánto tiempo tenemos que tolerar aún a este bufón?

–Pero no es sólo algo que veo –continuó Comodín–. Es algo que noto desde dentro. Noto que soy una persona muy... muy viva... una planta extraña... con piel y pelo y uñas y todo... un muñeco muy vivo... concreto como la goma... ¿De dónde viene este hombre de goma?, pregunta Comodín.

–¿Vamos a permitir que continúe? –preguntó Rey de Picas.

Rey de Corazones asintió con la cabeza.

–¡Estamos vivos! –exclamó Comodín con un gesto que hizo sonar ruidosamente los cascabeles–. Vivimos bajo el cielo en medio de un cuento misterioso. Extraño, dice Comodín. Ha tenido que pellizcarse en el brazo para estar seguro de que era verdad.

–¿Duele? –preguntó Tres de Corazones.

–Ahora noto que estoy vivo cada vez que suena uno de mis cascabeles; es decir, cada vez que hago el más leve movimiento.

Con ello, levantó un brazo y lo sacudió con tanta fuerza que varios enanos se asustaron y retrocedieron unos pasos.

Rey de Corazones carraspeó y dijo:

–¿También has descubierto de dónde viene el hombre de goma?

–Ése es un enigma que ya se ha resuelto –replicó Comodín–. Pero cada uno sólo ha adivinado una pequeña parte, porque se tiene tan poca razón en la cabeza que hay que juntarlas todas para pensar el pensamiento más sencillo. Y la razón es que se ha tomado demasiada bebida púrpura. Comodín dice que es un muñeco misterioso, y vosotros sois tan misteriosos como él, pero no lo veis. Y tampoco lo notáis, porque cuando se toma la bebida púrpura sólo se nota el sabor a miel y espliego, curibayas, raíz redonda y gramíneas. De ese modo, se ha formado parte del jardín sin notar que se existe. Porque el que tiene todo el mundo en la boca, se olvida de que tiene boca. Y el que tiene todos los sabores en brazos y piernas olvida que es un muñeco misterioso. Comodín ha intentado muchas veces decir la verdad, pero no se han tenido oídos para escuchar. Se han tenido pliegues de piel a ambos lados del rostro, pero los oídos han estado taponados con manzanas y peras, fresas y bananas. Lo mismo ocurre con la vista. Seguramente se han tenido ojos con los que mirar, pero de qué han servido si sólo han buscado más bebida. Así es, dice Comodín, porque sólo Comodín conoce la verdad.

Los enanos de la sala se miraron unos a otros.

–¿De dónde viene el hombre de goma? –insistió Rey de Corazones.

–Somos imaginaciones de Frode –dijo Comodín y abrió los brazos–. Pero un día las imaginaciones se hicieron tan vivas que empezaron a salir a saltos de su cabeza. Imposible, dice Comodín. Tan imposible como el sol y la luna, dice. Pero también el sol y la luna son verdad.

Los enanos de la sala miraron extrañados a Frode, y el anciano me agarró más fuerte del brazo.

–Pero no he terminado todavía –continuó Comodín–. Porque ¿quién es Frode? También él es un extraño muñeco, dice Comodín. Muy vivo bajo el cielo, dice. Ha sido el único aquí en la isla, pero en realidad, pertenece a otra baraja, que no se sabe cuántas cartas tiene. Tampoco se sabe quién reparte las cartas de esa

baraja. Comodín sólo sabe una cosa: también Frode es un muñeco que, de repente, un día se pellizó para comprobar que estaba vivo. ¿De qué frente salió ese muñeco?, pregunta Comodín. Y sigue preguntando, hasta que un día encuentre la respuesta.

Fue como si los enanos empezaran a despertar tras un largo letargo. Dos y Tres de Corazones habían cogido cada una su escoba y estaban barriendo el suelo.

Los cuatro reyes se colocaron en un apiñado círculo enlazados por los hombros. Así permanecieron conversando en voz baja hasta que Rey de Corazones se volvió hacia Comodín y dijo:

–Con gran pesar, los reyes de este pueblo han llegado a la conclusión de que el pequeño bufón está diciéndolo la verdad.

–¿Y por qué es tan triste que diga la verdad? –preguntó Comodín. Seguía tumbado sobre la mesa, pero entonces se apoyó sobre un brazo y miró a Rey de Corazones. Esta vez tomó la palabra Rey de Diamantes:

–Es muy triste que Comodín nos haya dicho la verdad –dijo–, porque eso significa que el maestro tiene que morir.

–¿Y por qué debe morir el maestro? –preguntó Comodín–. Siempre hay que remitirse a una regla antes de matar.

Rey de Tréboles contestó:

–Mientras Frode siga en el pueblo, siempre nos recordará que somos seres artificiales. Por eso tendrá que morir bajo la espada de los jotas.

Comodín se levantó de la mesa y bajó a gatas al suelo. Primero señaló a Frode, y luego se dirigió de nuevo a los reyes:

–Nunca es conveniente que la obra y el maestro vivan demasiado cerca el uno del otro, porque de esa manera es fácil que acaben por enfurecerse los unos con los otros. Por otra parte, no se puede culpar a Frode de tener una imaginación tan fecunda que sus imaginaciones acaben por salirse de su cabeza.

Rey de Tréboles enderezó su pequeña corona y dijo:

–Cada uno tiene derecho a imaginarse lo que quiera. Pero, en ese caso, está obligado a informar a sus imaginaciones de que sólo son eso: imaginaciones. Si no, se está burlando de ellas, y, en ese caso, las imaginaciones tienen derecho a matarle.

El sol se escondió de repente detrás de una gran nube. La sala se oscureció inmediatamente.

–¿Estáis escuchando, jotas? –preguntó Rey de Picas–. ¡Decapitad al maestro!

Yo bajé de la silla de un salto y, en ese mismo instante, tomé la palabra Jota de Picas:

–No hará falta, Señor Rey, porque el maestro Frode acaba de morir.

Me volví y descubrí que Frode se había deslizado de la silla y yacía muerto en el suelo. Supe que Frode ya no volvería a mirarme con sus brillantes ojos.

Me sentí tremendamente vacío y desolado. De repente, me había quedado solo en esa extraña isla. Y estaba rodeado de una baraja viva, pero ninguna de las cartas de la baraja era una persona como yo.

Los enanos formaron un apiñado círculo alrededor de Frode. Tenían una expresión de cara ausente, aún más ausente que cuando yo me había acercado al pueblo el día anterior.

Me fijé en que As de Corazones susurraba algo al oído de Rey de Corazones, luego salió corriendo de la sala.

–Ahora tendremos que valernos por nosotros mismos –dijo Comodín finalmente–. Frode ha muerto y sus propias criaturas hemos sido sus asesinos.

Yo estaba tan triste, pero también tan enfurecido, que me acerqué a Comodín, lo levanté del suelo y le sacudí con tanta fuerza que todos sus cascabeles sonaron a la vez.

–Tú lo has asesinado –grité–. Porque tú fuiste el que robó la bebida mágica de su cabaña, y tú has sido el que ha revelado los conocimientos sobre su baraja.

Lo volví a dejar en el suelo, y entonces habló Rey de Picas:

–Nuestro huésped tiene razón. Por lo tanto, estamos en nuestro derecho si ahora decapitamos a ese bufón. No nos libramos del que se burló de todos nosotros hasta que no nos hayamos librado de su burlador. ¡Jotas! ¡Decapitadle inmediatamente!

Comodín cruzó la sala y sólo tuvo que empujar a algunos sietes y ochos para salir disparado por la misma puerta por la que había desaparecido As de Corazones un momento antes. Comprendí que mi visita había

llegado a su fin. Salí a toda prisa y me escabullí entre las casas del pequeño pueblo. Un velo amarillo de sol tardío reposaba aún sobre las casas, pero no se veía ni a Comodín, ni a As de Corazones.

REY DE DIAMANTES

...deberíamos llevar un cascabel al cuello...

Ya antes de morir Frode, mi viejo empezó a moverse en la cama, pero yo estaba tan absorto en la lectura que fui incapaz de dejar el libro, aunque cuando empezó a gruñir lo guardé corriendo en el bolsillo del pantalón.

–¿Has dormido bien? –pregunté cuando se incorporó en la cama.

–Maravillosamente –dijo. Sus ojos estaban a punto de salir de sus órbitas–. He soñado con cosas rarísimas –continuó.

–¡Cuéntame!

Aún no había salido de la cama. Puede que tuviera miedo de perder el sueño al poner los pies en el suelo.

–He soñado que los seres humanos éramos unos enanos como los que describiste ayer. Pero aunque todos estábamos vivos, tú y yo éramos los únicos a los que nos sorprendía. Y luego había un viejo médico que de repente descubrió que todos los enanos llevábamos una marca debajo de la uña del dedo gordo del pie. Hacía falta una lupa o un microscopio para verla. La marca constaba de los cuatro palos de los naipes y de un número de uno a muchos millones. Uno tenía un corazón y el número 728.964, otro tenía un trébol y el número 60.143, y otro un diamante y el número 2.659. Después de hacer una especie de censo, se descubrió que nadie tenía el mismo número. De esa manera, toda la humanidad se convirtió en un gran solitario. Pero entonces resultó (y éste es el punto clave) que dos de los enanos no tenían esa marca. Y eran Hans Thomas y su viejo. Por esa razón, los enanos tuvieron miedo de nosotros, y al final decidieron que deberíamos llevar un cascabel al cuello para que todos supieran dónde estábamos.

Tuve que admitir que era un sueño muy interesante, pero me pareció que simplemente había continuado el cuento que yo le había contado la noche anterior.

Finalmente dijo:

–Es increíble la cantidad de pensamientos e ideas que llevamos dentro. Pero las ideas más profundas sólo afloran mientras dormimos.

–Sobre todo cuando no se tiene demasiado alcohol dentro.

Por una vez, me miró sonriente sin hacer un comentario que superara al mío. Además, no fumó hasta después del desayuno, algo poco habitual en él. El desayuno del hotel Titania era muy austero o muy espléndido. El que estaba incluido en el precio de la

habitación, era una auténtica porquería, pero también había un gran buffet donde uno podía servirse cosas maravillosas, si era rico y podía pagarlas.

Mi viejo no era muy glotón, pero ese día quería zumo de naranja, yogur, huevos, tomate, jamón y espárragos. Yo comí lo mismo.

–Creo que tienes razón en lo de empinar el codo –admitió, mientras abría el huevo pasado por agua–. Casi había olvidado que el mundo era tan nítido.

–Pero no dejarás de filosofar, ¿verdad? –pregunté.

Siempre había tenido cierto miedo de que sus pensamientos inteligentes estuvieran, de alguna manera, relacionados con la bebida, y de que se convirtiera en una persona completamente normal cuando dejara de empinar el codo.

Me miró asombrado y dijo:

–No, claro que no. Ahora me voy a convertir en un *peligroso* filósofo.

Suspiré aliviado, y al poco rato estaba ya lanzado de nuevo:

–¿Sabes por qué la mayoría de la gente se pasea por el mundo sin extrañarse de todo lo que ve a su alrededor?

Yo no lo sabía.

–Es porque el mundo se ha convertido en una costumbre.

Mientras echaba sal al huevo añadió:

–Nadie habría creído en el mundo si no hubiese dedicado muchísimos años a acostumbrarse a él. Eso es fácil de observar en los niños pequeños. Están tan impresionados con todo lo que ven a su alrededor que no se fían de sus propios ojos. Por eso señalan todo y preguntan sobre todo lo que ven. Con los adultos es diferente. Nosotros hemos visto todo tantas veces que al final damos por sentada toda la realidad.

Tardamos bastante en desayunar. Cuando los platos ya estaban vacíos, mi viejo dijo:

–¿Nos prometemos una cosa, Hans Thomas?

–Depende –repliqué.

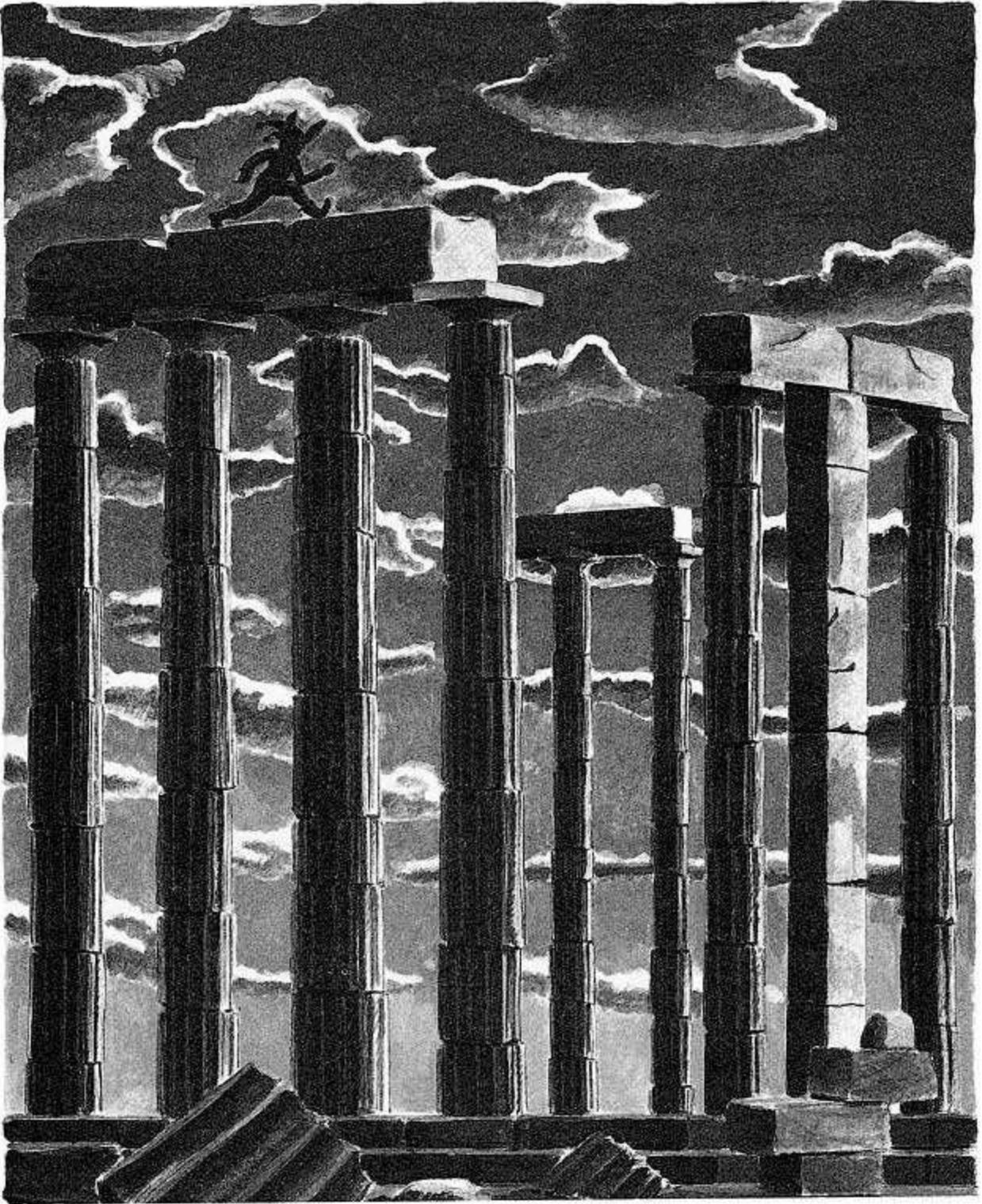
Me miró fijamente a los ojos.

–¿Nos prometemos no abandonar este planeta antes de haber encontrado algunas pistas más sobre quiénes somos y de dónde venimos?

–De acuerdo –dije, y le tendí la mano derecha por encima de la mesa–. Pero primero tenemos que encontrar a mamá. No creo que podamos hacerlo sin ella.

Corazones





AS DE CORAZONES

...al darle la vuelta, vi que era el as de corazones...

Mi viejo estaba muy excitado cuando nos metimos en el coche para ir a El Pireo.

No sabía muy bien si la excitación se debía a que íbamos allí o a que esa misma tarde iba a llamar a ese agente que tal vez supiera decirnos dónde encontrar a mamá.

Después de aparcar el coche en el centro de la gran ciudad portuaria, buscamos el puerto internacional.

–Aquí estuvimos amarrados hace diecisiete años –dijo mi viejo finalmente señalando un barco mercante ruso. Y empezó un largo discurso sobre cómo la vida está formada por círculos que se van cerrando.

–¿A qué hora vas a llamar? –pregunté.

–Después de las tres –replicó.

Miró el reloj y yo hice lo mismo. Sólo eran las doce y media.

–El destino es una coliflor que crece por igual en todas las direcciones –dije.

Mi viejo hizo un gesto de enfado.

–¿De qué estás hablando, Hans Thomas?

Comprendí que estaba bastante nervioso por el encuentro con mamá.

–Tengo hambre –dije.

No era del todo verdad, pero no era fácil pensar en otra cosa que tuviera que ver con una coliflor. En cualquier caso, fuimos al famoso puerto Mikrolímno a almorzar.

De camino, vimos pasar un barco que iba a una isla llamada Santorini. Mi viejo me dijo que en los tiempos prehistóricos esa isla había sido mucho más grande de lo que es hoy, pero que, debido a una tremenda erupción volcánica, casi toda la isla se había hundido en el mar.

Para comer pedimos moussaka. Mi viejo hizo algún comentario sobre unos pescadores que estaban trabajando con sus redes justo debajo del restaurante, y no hablamos mucho más durante toda la comida, aunque los dos miramos el reloj tres o cuatro veces. Tanto él como yo, intentábamos hacerlo sin que lo viera el otro, pero a ninguno de los dos se nos daba bien eso de mirar a hurtadillas.

Por fin, mi viejo dijo que iba a llamar por teléfono. Eran las tres menos cuarto. Al irse,

me pidió una gran ración de helado, pero antes de que me lo trajeran yo ya había sacado la lupa y el libro del panecillo.

Esta vez escondí el librito debajo del canto de la mesa e intenté leer sin que nadie lo viera.

Subí corriendo la cuesta hasta la cabaña de Frode. Mientras corría, me pareció oír una especie de rugido lejano, como si la tierra estuviera cediendo bajo mis pies.

De nuevo ante la cabaña de Frode, me volví para mirar al pueblo. Muchos enanos habían abandonado ya la sala de la fiesta e iban corriendo por las calles. Uno de ellos gritó:

–¡Matadle!

–¡Mataremos a los dos! –replicó otro.

Abrí apresuradamente la puerta de la cabaña. Me pareció muy vacía porque sabía que Frode nunca volvería a poner sus pies en ella. Jadeante, me dejé caer encima de un banco.

Cuando volví a ponerme de pie, me quedé contemplando un pececillo que nadaba en una gran pecera que había sobre la mesa que tenía delante. Al mismo tiempo, descubrí en un rincón un saco blanco, quizá estuviera hecho de la piel de los animales hexápodos. Metí el agua, con el pez dentro, en una botella vacía que encontré sobre un banco delante de la ventana y puse la botella y la pecera con mucho cuidado dentro del saco. En una repisa encima de la puerta encontré la cajita vacía de madera donde Frode había guardado sus naipes durante sus primeros años en la isla. También metí la cajita en el saco. A una velocidad vertiginosa, me puse a meter en él distintos objetos de la cabaña de Frode. Justo en el momento de coger una figura de vidrio que representaba un moluco, oí de repente que habían roto un cristal en el exterior de la cabaña. Al instante entró por la puerta Comodín.

–Tenemos que bajar al mar inmediatamente –dijo sin aliento.

–¿Nosotros? –pregunté extrañado.

–Los dos sí. Pero hay que darse prisa, marinero.

–¿Por qué?

–«La isla mágica se destruye desde dentro» –dijo. Y yo me acordé entonces del juego de Comodín.

Mientras estaba cerrando el saco, Comodín buscaba algo en un armario. Pronto volvió con una botella brillante. Estaba llena hasta la mitad con bebida púrpura.

–Y esto también –dijo.

Salimos y nos encontramos con un panorama aterrador. Todos los enanos estaban subiendo la cuesta, unos a pie, otros montados en molucos. Delante de todos, iban los jotas con las espadas en alto.

–¡Por aquí! –dijo Comodín–. ¡Rápido!

Nos fuimos por detrás de la cabaña y cogimos un pequeño sendero que desaparecía entre los árboles del bosque. Cuando nos internamos en él, vimos que los enanos ya habían subido la cuesta.

Comodín daba saltos como una cabra delante de mí en el sendero. Recuerdo haber pensado que era una pena, en este caso, que la cabra tuviera cascabeles, porque su tintineo facilitaría mucho al resto del rebaño nuestra localización.

–El hijo del panadero debe buscar el camino hacia el mar –dijo mientras corríamos.

Explicé que había descendido sobre una gran meseta donde había visto las abejas gigantes y los molucos, antes de encontrarme con Dos y Tres de Tréboles, que estaban trabajando en el campo.

–Entonces es por aquí –dijo Comodín señalando un sendero a la izquierda.

Al cabo de un rato, salimos del bosque y nos encontramos sobre una pequeña roca contemplando la meseta donde me había topado con los primeros enanos.

Justo cuando Comodín se disponía a bajar la roca, tropezó y se cayó encima de las afiladas piedras. Los cascabeles de su traje hicieron tanto ruido que temí que se hubiera lastimado. Pero, una vez abajo, se levantó enseguida, hizo un gesto con el brazo y se rió con voz ronca. El pequeño bufón no se había hecho absolutamente nada.

Yo tuve un poco más de cuidado. Ya abajo, noté de nuevo cómo la tierra temblaba bajo mis pies.

Cruzando la meseta, tuve la impresión de que ésta era más pequeña ahora que la última vez que había

estado allí. Pronto descubrimos también las abejas gigantes. Seguían siendo más grandes que las abejas alemanas, pero no me parecieron tan enormes como en la ocasión anterior.

–Creo que éste es el camino –dije señalando hacia una alta montaña.

–¿Hay que escalarla? –preguntó Comodín desanimado.

Negué con la cabeza.

–Salí por una pequeña oquedad en una gruta de la montaña.

–Entonces habrá que encontrar esa oquedad, marinero.

Señaló la meseta. Todos los enanos nos estaban persiguiendo. Primero venían ocho o diez montados en molucos. Corrían tanto que los hexápodos levantaban el polvo del suelo.

De nuevo, oí un extraño ruido, como unos truenos lejanos, y no era el sonido del galope de los molucos. Al mismo tiempo, me pareció como si los enanos tuvieran menos camino por cruzar del que habíamos tenido Comodín y yo. Cuando sólo nos separaban algunos metros de los molucos, descubrí la pequeña oquedad en la montaña.

–¡Aquí es! –dije.

Primero pasé yo, con dificultad porque era muy estrecha. Cuando estaba dentro de la gruta, Comodín intentó seguirme pero, aunque era mucho más pequeño que yo, tuve que tirarle de los brazos para meterlo dentro. Yo estaba sudando, pero los brazos de Comodín estaban tan fríos como la montaña.

Oímos llegar a los primeros molucos, que se detuvieron delante de la gruta, y vimos un rostro asomarse por el agujero. Era Rey de Picas. Apenas tuvo tiempo de echar un vistazo hacia el interior, antes de que la montaña se cerrara del todo. Vimos cómo retiró el brazo en el último momento.

–Creo que esta isla está a punto de encogerse –dije.

–O de destruirse desde dentro –replicó Comodín–. Habrá que marcharse de aquí antes de que desaparezca del todo.

Cruzamos corriendo la gruta, y no tardamos mucho en salir de ella. Nos encontramos en ese profundo valle que no tenía salida. Aún se veían por allí ranas y lagartos, pero ya no eran tan grandes como conejos.

Corrimos por el valle. Era como si saltáramos cien metros por cada paso que dábamos, por lo que no tardamos casi nada en llegar hasta los rosales amarillos y las mariposas cantarinas. Había tantas mariposas como la primera vez pero, excepto alguna que otra, era como si hubiesen disminuido de tamaño. Tampoco pude comprobar si estaban cantando, pero eso quizá se debía al tintineo de los cascabeles de Comodín cuando corría.

Al cabo de poco tiempo, nos encontramos en ese pico de la montaña desde el que había contemplado la salida del sol el día siguiente al naufragio. Teníamos la sensación de estar volando por encima del paisaje con sólo levantar los pies del suelo. Abajo, vimos la laguna en la que yo había nadado entre montones de pececillos de todos los colores del arco iris. Me pareció mucho más pequeña de lo que recordaba. Y entonces sí pudimos ver el mar. Muy a lo lejos, vimos una espuma blanca que inundaba la isla.

Comodín comenzó a dar brincos como un niño.

–¿Eso es el mar? –preguntó asombrado–. ¿Se ve el mar, marinero?

No me dio tiempo a contestarle porque, de nuevo, oímos los truenos y el ruido de la tierra bajo nuestros pies. Crujía como si alguien estuviera masticando piedra.

–Es la montaña, que se come a sí misma –dijo Comodín.

Bajamos corriendo por la ladera y llegamos a la laguna donde yo me había bañado. Ahora no era mayor que una piscina. Pero los pececillos seguían allí, nadando aún más apiñados que antes. Fue como si el arco iris entero se hubiese caído del cielo y estuviera hirviendo en el pequeño charco.

Mientras Comodín estudiaba el panorama, abrí el saco que llevaba en la espalda. Saqué cuidadosamente la pecera y la llené de pececillos de colores. Cuando me disponía a levantarla del suelo, se volcó. Apenas la había tocado, fue como si una fuerza interior la hubiera empujado. Me di cuenta de que se había roto un trozo. Pero Comodín se volvió hacia mí y dijo:

–Hay que darse prisa, marinero.

Me ayudó a llenar la pecera de nuevo. Yo me quité la camisa para envolverla, me eché el saco al hombro y me coloqué la pecera con todos los pececillos apretada contra el cuerpo.

De repente, oímos un sonido tan agudo y tan terrorífico que parecía que la isla estuviera a punto de reventar. Corrimos entre altas palmeras y pronto llegamos a la laguna que había sido mi salvación dos días

antes. Lo primero que vi fue el bote salvavidas. Estaba retirado del agua, entre dos palmeras, exactamente como lo había dejado. Al darme la vuelta, vi que la isla no era más que una isleta en el gran mar. Sólo había en la laguna una cosa distinta al día en que yo llegué. El gran mar estaba igual de tranquilo, pero hacía espuma en la orilla. Comprendí que la isla estaba a punto de hundirse.

De repente, descubrí algo amarillo y flameante bajo una gran palmera. No tardé mucho en ver que era As de Corazones. Dejé el saco y la pecera en el bote y me acerqué a ella, mientras Comodín empezó a bailar alrededor de la barca como un niño.

–As de Corazones –susurré.

Se volvió hacia mí y me miró con unos ojos tan llenos de cariño y añoranza que temí que se me echara al cuello.

–Por fin he encontrado el camino para salir del laberinto –dijo–. Ahora sé que pertenezco a la otra orilla... ¿No oyes cómo las olas golpean la orilla que se encuentra a años y millas de aquí?

–No sé a qué te refieres –dije.

–Hay un niño que piensa en mí –dijo–. No lo veo por aquí..., pero él quizá me encuentre. Me he alejado demasiado de él, ¿sabes? He cruzado mares y almas, altas montañas y pensamientos difíciles. Pero hay alguien que ha vuelto a barajar las cartas...

–Allí vienen –gritó Comodín de repente.

Me volví y vi que todos los enanos venían corriendo hacia nosotros por donde estaban las palmeras. Primero llegaron cuatro jinetes montando otros tantos molucos –esta vez los jinetes eran los reyes.

–¡Capturadlos! –gritó Rey de Picas–. ¡Volved a meterlos dentro del solitario!

Sonó un tremendo estallido dentro de la isla, y de pronto ocurrió algo que me hizo caer hacia atrás de espanto. Como por arte de magia, desaparecieron los molucos y los enanos. Me volví hacia As de Corazones, pero también se había esfumado. Fui corriendo hasta la palmera en la que había estado apoyada y, exactamente en ese lugar, encontré un naipe en el suelo boca abajo. Al darle la vuelta, vi que era el as de corazones.

Se me saltaron las lágrimas, a la vez que me subía por la garganta una extraña cólera. Me acerqué corriendo hacia el hueco entre las palmeras por el que habían entrado los molucos y los enanos. Justo cuando estaba llegando, un fuerte remolino hizo levantar del suelo un montón de naipes. El as de corazones ya lo tenía en la mano, así que recogí el resto de las cartas, hasta completar las 52. Todas estaban tan gastadas y rotas que apenas se podían distinguir las imágenes. Me metí las 52 cartas en el bolsillo.

Al mirar de nuevo al suelo, descubrí cuatro escarabajos blancos, todos tenían seis patas. Intenté cogerlos, pero se metieron debajo de una piedra y desaparecieron.

Volví a oír un tremendo estallido en el centro de la isla, a la vez que grandes olas me subían por las piernas. Vi que Comodín ya estaba en el bote, y que se alejaba de la isla remando. Me fui tras él, y cuando por fin lo alcancé y pude meterme dentro, el agua me llegaba hasta la cintura.

–De modo que el hijo del panadero al final se escapa –dijo Comodín–. En realidad, uno había pensado huir de aquí solo.

Me dio un remo y, mientras remábamos al máximo de nuestras fuerzas, vimos hundirse la isla en el mar. El agua hervía y se arremolinaba en torno a las palmeras. Cuando desapareció la última palmera entre las olas, un pajarillo echó a volar desde su copa.

Tuvimos que luchar a muerte para no ser arrastrados por la resaca de la isla, que desapareció en lo profundo del mar. Cuando por fin pudimos dejar de remar, mis manos estaban sangrando. Comodín también había remado como un hombre, pero sus manos estaban tan limpias y tan blancas como cuando el día anterior me las tendió delante de la cabaña de Frode.

Poco después, el sol se puso sobre el mar. Nos quedamos a la deriva toda la noche y todo el día siguiente. Varias veces intenté iniciar una especie de conversación con mi acompañante, pero no pude sacarle casi nada. Siempre estaba callado, con una sonrisa irónica en la boca.

Al día siguiente, por la noche, nos recogió una goleta de Arrendal. Les contamos que íbamos a bordo del *María*, que había naufragado unos días antes y que seguramente éramos los únicos supervivientes.

La goleta se dirigía a Marsella. Durante toda la travesía hacia Europa, Comodín seguía tan callado como había estado en el bote salvavidas. Los marineros pensarían que era un extraño personaje, pero nadie dijo nada.

Cuando nos bajamos en el puerto de Marsella, el pequeño bufón se metió entre unos edificios del muelle y desapareció sin despedirse.

Más tarde aquel mismo año, llegué aquí a Dorf. Lo que me había sucedido era tan extraño que me pareció que necesitaría el resto de mi vida para pensar en ello. Para eso, Dorf era el sitio ideal. Llegué aquí de pura casualidad hace 52 años.

Al saber que no había ningún panadero en el pueblo, abrí una pequeña panadería. Había sido aprendiz de panadero en Lübeck antes de ser marinero. Desde entonces, este lugar ha sido mi hogar.

Nunca conté a nadie lo sucedido. De todos modos, nadie me hubiera creído.

Tengo que admitir que yo mismo he dudado, alguna que otra vez, de la historia sobre la isla mágica. Pero, cuando desembarqué en Marsella, llevaba un saco blanco al hombro, y durante todos estos años, he guardado celosamente tanto el saco como todo lo que había en él.

DOS DE CORAZONES

...estará en una gran playa mirando al mar..

Levanté un momento la vista del libro del panecillo. Eran más de las tres y media. Descubrí que mi helado se había derretido.

Por primera vez se me ocurrió una terrible idea: Frode había dicho que los enanos de la isla mágica no se hacían viejos como los seres humanos. Si eso era cierto, entonces Comodín seguiría en algún lugar del mundo.

Me acordé de lo que había dicho mi viejo sobre los efectos devastadores del tiempo cuando estuvimos en la plaza de Atenas. Pero el tiempo no había tenido ningún poder sobre los enanos de la isla porque, aunque habían estado viviendo en la tierra, no eran de carne y hueso como nosotros. En varios puntos del libro del panecillo se insinuaba que los enanos eran invulnerables. Ninguno de ellos se cortó cuando Comodín empezó a romper botellas y vasos en su fiesta. Comodín tampoco se hizo nada cuando se cayó por la roca, y sus manos no se resintieron cuando tuvo que remar con todas sus fuerzas para alejarse de la isla que se hundía. Pero aún había algo más: Hans el Panadero había dicho que los enanos tenían las manos frías...

Sentí un escalofrío en la espalda.

¡El enano!, pensé. ¡Él también tenía las manos frías!

¿Sería posible que ese extraño personaje que conocimos en la gasolinera fuera el mismo enano que hace más de ciento cincuenta años había desaparecido en el muelle de Marsella? ¿Fue el propio Comodín el que me regaló la lupa y me indicó el camino al libro del panecillo que estaba leyendo?

¿Fue Comodín el que apareció en la feria de Como, en el puente de Venecia, en el barco camino a Patras y en la gran plaza Sintagma de Atenas?

El solo hecho de pensarlo era tan inquietante que el helado derretido delante de mí me daba náuseas.

Miré a mi alrededor. No me hubiera sorprendido demasiado que el enano apareciera de repente también allí, en El Pireo. Pero en ese momento llegó mi viejo bajando a toda prisa por la calle de enfrente del restaurante.

Por su cara me di cuenta de que no había perdido la esperanza de encontrar a mamá.

Por alguna extraña razón me acordé de que As de Corazones había mirado al mar diciendo algo de una orilla que estaba a años y millas de distancia.

–Me he enterado de dónde va a estar esta tarde –dijo mi viejo.

Asentí muy serio. De alguna manera, nos encontrábamos al final del camino.

–Estará en una gran playa mirando al mar –dije.

Mi viejo se había sentado delante de mí.

–Sí, puede ser. ¿Pero cómo lo sabes?

Me limité a encogerme de hombros.

Mi viejo contó que a mamá le estaban haciendo fotografías en un cabo del mar Egeo. Cabo Sunion se llamaba. Estaba en la punta más al sur de Grecia, a setenta kilómetros de Atenas.

–En la punta de ese cabo están las ruinas del templo de Poseidón –prosiguió–. Poseidón era el dios griego del mar. Iban a hacer fotos a Anita delante del templo.

–Joven de país lejano se encuentra con hermosa mujer cerca del viejo templo –dije.

–¿De qué estás hablando, Hans Thomas?

–Del oráculo de Delfos –repliqué–. ¡Tú mismo hiciste de Pitia!

–Ah sí, claro. Pero yo pensaba que se refería a la Acrópolis.

–¡Tú sí, pero Apolo no, joder!

No me resultó fácil interpretar su risa.

–Pitia estaría tan aturdida que no se acuerda de lo que dijo –admitió por fin.

Mucho de lo que me sucedió en aquel largo viaje ha sido difícil de recordar, pero jamás olvidaré el viaje a Cabo Sunion.

Después de pasar todos los pueblos turísticos del sur de Atenas, el Mediterráneo, de un azul helado, quedó a nuestra derecha.

Aunque ninguno de los dos podíamos dejar de pensar en el posible reencuentro con mamá, mi viejo intentó cambiar de tema.

Creo que lo hizo para que no me hiciera demasiadas ilusiones. Incluso llegó a preguntarme si me estaban gustando las vacaciones.

–Hubiera preferido llevarte al Cabo de Hornos o al Cabo de Buena Esperanza –dijo–. Pero por lo menos verás Cabo Sunion.

El viaje tenía la duración exacta para que mi viejo necesitara un descanso para fumar. Salimos a un árido paisaje lunar con el mar embravecido que golpeaba una roca escarpada sobre la que estaban tumbadas dos ninfas como focas perezosas sobre las cálidas piedras.

El agua estaba tan azul y transparente que se me saltaron las lágrimas al contemplarla. Yo dije que se podía ver el fondo a veinte metros de profundidad, pero mi viejo dijo que sólo había unos ocho o diez.

Y apenas dijimos nada más. Creo que fue el descanso para fumar más silencioso de todo el viaje.

Mucho antes de llegar, divisamos el gran templo de Poseidón sobre un alto cabo, delante de nosotros a la derecha.

–¿Tú qué crees? –preguntó mi viejo.

–¿Si ella está allí, quieres decir?

–En general –contestó.

–Sé que estará allí. Y que vendrá con nosotros a Noruega.

Soltó una carcajada.

–No es tan fácil, Hans Thomas. Tienes que comprender que alguien que abandona a su familia y desaparece durante ocho años, no se deja arrastrar a casa sin oponer alguna resistencia.

–No tiene elección.

Creo que ninguno de los dos dijimos nada más, hasta que un cuarto de hora después aparcamos el coche cerca del gran templo.

Nos abrimos camino entre un par de autocares extranjeros y unos cuarenta o cincuenta italianos. Tuvimos que pasar por turistas y pagar unos cuantos dracmas para entrar a ver las ruinas del templo. Mi viejo se quitó un ridículo sombrero que había comprado en Delfos, y sacó un peine.

TRES DE CORAZONES

...una señora muy emperifollada, con un sombrero de ala ancha...

A partir de entonces, todo ocurrió tan rápidamente que siempre he tenido problemas para ordenar los acontecimientos.

En un extremo de la explanada, mi viejo descubrió a dos fotógrafos y a un grupo de personas que aparentemente no eran turistas corrientes. Al acercarnos un poco más, vimos a una señora muy emperifollada, con un sombrero de ala ancha, gafas de sol y un largo vestido amarillo. Resultaba evidente que ella era el centro de atención.

–Ahí está –dijo mi viejo.

Se quedó inmóvil como una estatua, pero yo me fui derecho hacia ella y entonces mi viejo me siguió.

–Más vale que os toméis un descanso –dije tan alto que los dos fotógrafos griegos se volvieron bruscamente, aunque no entendían lo que estaba diciendo.

Recuerdo que estaba algo cabreado en ese momento. Me parecía exagerado que tanta gente estuviera sacando fotos a mamá desde todos los ángulos posibles, cuando *nosotros* no le habíamos visto el pelo en más de ocho años.

Entonces fue mamá la que se quedó inmóvil como una estatua. Se quitó las gafas de sol y me miró a una distancia de diez o veinte metros. A continuación miró a mi viejo y luego de nuevo a mí.

Estaba tan sorprendida que tuve tiempo de pensar un montón de cosas antes de que sucediera algo más.

Primero pensé que no la conocía. Y sin embargo supe que era mi madre, porque eso es algo de lo que un hijo se da cuenta inmediatamente. También me pareció increíblemente bonita.

El resto ocurrió a cámara lenta. Aunque fue a mi viejo al que reconoció primero, fue a mí a quien se acercó corriendo. Por un momento, mi viejo me dio mucha pena, porque parecía que mamá sólo tenía ojos para mí.

Cuando llegó a mi lado, lanzó lejos el elegante sombrero, e intentó cogerme en brazos, pero no pudo, porque no sólo en Grecia ocurren cosas en el transcurso de ocho años. Optó por abrazarme y apretarme contra ella.

Recuerdo que reconocí su olor y que me sentí más feliz de lo que me había sentido en

muchos años. No era la clase de felicidad que sientes cuando comes o bebes algo rico, porque esa felicidad no se encontraba solamente en la boca, sino que vibraba por todo el cuerpo.

–Hans Thomas... –susurró varias veces, pero no le salían las palabras, y se echó a llorar.

Cuando volvió a levantar la vista, se acercó mi viejo. Dio un par de pasos hacia nosotros y dijo:

–Hemos atravesado toda Europa para encontrarte.

Esas palabras fueron suficientes, porque mamá se le echó al cuello y siguió llorando junto a él.

No sólo los fotógrafos fueron testigos de ese espectáculo melodramático. Varios turistas se quedaron mirándonos sin sospechar que habían sido necesarios más de doscientos años para preparar ese reencuentro.

Cuando mamá había llorado lo suficiente, volvió a su papel de moderna modelo. Se dirigió a los fotógrafos y les dijo algo en griego. Ellos se encogieron de hombros y contestaron algo que aparentemente cabreó muchísimo a mamá, porque empezaron a discutir. Al final, los estúpidos fotógrafos comprendieron que no tenían otra alternativa que largarse, así que recogieron sus cosas y se marcharon. Uno de ellos, incluso cogió el sombrero que mamá había tirado al correr hacia mí. Al salir de la explanada, señalaron el reloj, gritándonos de mala manera en griego.

Estábamos abandonados a nuestra suerte, y nos sentíamos tan cortados los tres que no sabíamos qué hacer ni qué decir. Es relativamente fácil volver a encontrarse con una persona a la que no has visto en varios años, pero, pasado ese primer momento, todo se vuelve más complicado.

El sol estaba ya muy bajo. Las columnas de una de las paredes dibujaban largas sombras sobre la explanada. Me asombré muchísimo al descubrir un corazón rojo en la parte de abajo del vestido de mamá.

No sé cuantas vueltas dimos alrededor del templo. Al final comprendí que mamá y yo no éramos los únicos que necesitábamos volver a conocernos. Tampoco era fácil para un viejo marinero de Arendal encontrar la forma adecuada de dirigirse a una experimentada modelo, que hablaba perfectamente griego y que había vivido durante muchos años en Grecia. Y no creo que a ella le resultara más fácil. Pero mamá hablaba del templo del dios del mar y mi viejo habló del mar. Una vez hace muchos años había pasado por Cabo Sunion en barco camino a Estambul.

Cuando el sol desapareció por el horizonte y la silueta del viejo templo se hacía cada vez más nítida, nos dirigimos hacia la salida. Al final me mantuve un poco alejado, porque los que tenían que decidir si ése sólo sería un breve reencuentro o el final de una larga separación, eran esos dos adultos que se habían perdido.

Lo que estaba claro era que, de momento, mamá tenía que volver con nosotros a Atenas, porque sus fotógrafos no la estaban esperando en el aparcamiento. Mi viejo abrió

la puerta del Fiat como si se tratara de un Rolls Royce y mi madre fuera la mujer de un presidente o algo por el estilo.

Antes de que mi viejo arrancara el coche, no parábamos de hablar los tres a la vez. Nos dirigíamos a Atenas. Al pasar el primer pueblo, me dijeron que tenía que hacer de moderador.

Ya en Atenas, aparcamos el coche en el garaje del hotel y salimos a la acera delante de la entrada. De pronto, los tres nos callamos.

La verdad es que no habíamos dejado de hablar desde que salimos del templo de Poseidón, pero nadie había dicho ni una sola palabra del tema fundamental.

Fui yo quien rompió por fin ese silencio tan embarazoso.

—Y, ahora, ha llegado el momento de hacer planes para el futuro —dije.

Mamá me rodeó con su brazo, y el hipócrita de mi viejo soltó algo así como que cada cosa a su debido tiempo.

Tras algunas vacilaciones, los tres subimos al bar de la azotea, con el fin de celebrar el reencuentro con algo refrescante. Mi viejo llamó al camarero y pidió un refresco para padre e hijo y el champán más caro de la casa para *madame*.

El camarero se rascó la cabeza y suspiró con resignación.

—Primero los dos caballeros hacen una fiesta por su cuenta —dijo—. Luego se arrepienten. Y esta noche es la noche de las damas, ¿no?

Como no le contestamos, anotó el pedido y volvió al bar. Mamá, que no sabía de qué iba, miró sorprendida a mi viejo. Y aún se sorprendió más cuando mi viejo me echó una severa mirada de Comodín.

Después de hablar de todo y de nada durante una hora, sin que nadie se atreviera a tocar el tema que a todos nos obsesionaba, mamá sugirió que abandonara la fiesta y bajara a la habitación a acostarme. Ésa fue su aportación a la educación de su hijo, después de haberle dejado solo durante ocho años.

Mi viejo me lanzó una mirada de complicidad, como queriendo decirme «haz lo que te manda», y entonces me di cuenta de que seguramente era por mí por lo que no hablaban con claridad. Entendí que los mayores necesitaban hablar a solas. Al fin y al cabo, ellos eran los que habían provocado esa caótica situación; yo sólo era algo que había complicado el asunto.

Abracé cariñosamente a mamá y ella me susurró al oído que al día siguiente me llevaría a la mejor chocolatería de la ciudad. Ya empezábamos a tener pequeños secretos entre nosotros...

En cuanto llegué a la habitación me desnudé y me metí en la cama a leer el libro del panecillo, mientras esperaba a mi viejo. Ya no quedaban muchas páginas del minúsculo libro.

CUATRO DE CORAZONES

...tampoco sabemos quién reparte las cartas...

Hans el Panadero se quedó un rato con la mirada perdida. Sus ojos, de un azul profundo, habían tenido un brillo especial mientras hablaba de la isla mágica, ahora fue como si la chispa se hubiese apagado.

La pequeña sala estaba ya casi a oscuras, era de noche. Sólo había un débil resplandor que procedía de la chimenea, donde no quedaban más que los restos de lo que antes había sido un magnífico fuego. Hans se levantó y comenzó a mover las brasas con un atizador. En pocos instantes, el fuego se volvió a avivar e iluminó las peceras y todos los extraños objetos de la sala.

Durante toda la noche, yo había absorbido cada palabra pronunciada por el viejo panadero. Desde que comenzó su relato sobre los naipes del solitario de Frode, estaba tan abstraído que apenas había respirado. Varias veces me había sorprendido a mí mismo con la boca abierta. No me había atrevido a interrumpirle, y aunque sólo habló de Frode y de la isla mágica esa vez, estoy seguro de que recuerdo todo lo que dijo.

–Así Frode, a pesar de todo, regresó en cierto modo a Europa –terminó diciendo.

No estaba seguro de si me lo decía a mí o si se lo estaba diciendo a sí mismo. Al menos no entendí muy bien lo que quiso decir.

–¿Te refieres a las cartas? –pregunté.

–Sí, a las cartas también.

–Porque eran las que estaban arriba en el desván, ¿verdad?

El viejo asintió con la cabeza, y se fue al dormitorio. Al volver, traía la cajita de los naipes en la mano.

–Éstas son las cartas del solitario de Frode, Albert.

Colocó la caja delante de mí. Noté cómo el pulso me latía más deprisa cuando, con mucho cuidado, saqué la baraja de la caja y la puse sobre la mesa. La primera carta era Cuatro de Corazones. Repasé el resto de las cartas mirándolas una por una. Estaban tan descoloridas que no siempre se reconocía la figura. Pero algunas se veían muy bien. Encontré a Jota de Diamantes, Rey de Picas, Dos de Tréboles y As de Corazones.

–¿Eran estas cartas las que... vivían en la isla? –logré preguntar por fin.

El viejo asintió de nuevo.

Me pareció que cada carta que tenía en la mano era como un ser humano vivo. Levantando a Rey de Corazones ante el fuego de la chimenea, me acordé de lo que había dicho en la isla extraña y pensé que una vez estuvo vivo bajo el cielo. Durante un tiempo, vivió entre flores y árboles en un gran jardín. Retuve durante un rato la carta de As de Corazones en la mano. Recordé que ella había dicho algo sobre que no pertenecía a este solitario.

–Sólo falta Comodín –dije, cuando comprobé que no había más que 52 naipes en la baraja.

–Así es –replicó Hans–. Él vino conmigo al *gran* solitario, ¿comprendes, hijo? También nosotros somos enanos vivos bajo el cielo. Y nosotros tampoco sabemos quién reparte las cartas.

–¿Crees que él... sigue en el mundo todavía?

–Sí, de eso puedes estar seguro, hijo mío. No hay nada que pueda hacer daño a Comodín.

Hans se puso de espaldas a la chimenea y su enorme sombra me cubrió. Por un momento, tuve un poco de miedo. No tenía más que doce años. Quizá mi padre estaba enfurecido porque me había quedado hasta muy tarde con Hans, y aún no había llegado a casa. Bueno, él casi nunca me esperaba. Lo más probable era que estuviese durmiendo por algún sitio, hasta que se le pasara la borrachera. En cierto modo, Hans el Panadero era la única persona en quien yo podía confiar en este mundo.

–Pero entonces tiene que ser muy viejo –objeté.

Hans negó enérgicamente con la cabeza.

–¿Pero no te acuerdas? –dijo–. Comodín no envejece como nosotros.

–¿Lo has visto alguna vez desde que regresasteis a Europa?

Esta vez Hans asintió casi imperceptiblemente.

–Una sola vez... no hace más de medio año. Me pareció ver al pequeño cuerpo aparecer en la calle delante de la panadería durante un instante. Pero, cuando salí, fue como si se lo hubiera tragado la tierra. Fue cuando tú entraste en esta historia, Albert. Aquella tarde en que tuve el gusto de pegar a unos chicos que te hacían la vida imposible. Y eso... eso ocurrió exactamente 52 años después de que la isla de Frode se hundiera en el mar. Lo he contado y calculado una y otra vez... y estoy bastante seguro de que fue en el día de Comodín...

Lo miré asombrado.

–Entonces, ¿el viejo calendario aún es válido? –pregunté.

–Eso parece, hijo. Ese día comprendí que tú eras aquel chico abandonado cuya madre había muerto. Y por eso pude darte la bebida púrpura y enseñarte los hermosos pececillos...

Yo estaba mudo de asombro. Por primera vez, entendí que lo que habían dicho los enanos en el pueblo también trataba de mí.

–¿Cómo... cómo sigue el cuento? –pregunté.

–Como sabes, no me enteré de todo lo que se dijo en

la isla. Pero todo lo que los seres humanos oímos, lo conservamos en la conciencia aunque no nos acordemos de ello. Y luego, puede aflorar de nuevo. Y ahora, al hablar de nuevo de la isla mágica, y recordar lo que Cuatro de Diamantes dijo sobre enseñar al chico la bebida púrpura y los hermosos pececillos, me estoy acordando de lo que dijo Cuatro de Corazones.

–¿Y qué fue lo que dijo?

–«El chico se vuelve un viejo de pelo blanco, pero antes de morir llega un soldado infeliz del país del norte» –dijo Hans.

Me quedé mirando el fuego de la chimenea, lleno de veneración por la vida –una sensación que no he vuelto a perder desde entonces–. Mi vida había sido encuadrada en una sola frase. Comprendí que Hans moriría pronto, y que yo sería el próximo panadero de Dorf. También entendí que yo era el que, a partir de entonces, guardaría el secreto de la bebida púrpura y de la isla mágica. Pasaría mi vida en esa cabaña en la que estaba sentado en ese momento. Ahí cuidaría de los pececillos de la isla mágica. Y un día... un día llegaría un soldado infeliz del país del norte. Supe que para eso faltaba muchísimo tiempo, que pasarían 52 años antes de que el próximo panadero llegara a Dorf.

–Y los peces de colores constituyen una larga cadena de generaciones que se remonta a los que me traje de la isla –dijo Hans–. Algunos sólo viven unos meses, pero la mayoría vive años y años. Me pongo muy triste cada vez que alguno de ellos deja de moverse en la pecera, porque ninguno es idéntico a otro. Y ése es el secreto de los pececillos, Albert: que incluso un pececillo es un individuo insustituible. Por eso los entierro bajo un árbol arriba en el bosque. Y, sobre las sigilosas tumbas, pongo una piedrecita blanca, porque opino que cada uno de los pececillos se merece un pequeño monumento hecho de un material más duradero que ellos mismos.

Hans el Panadero murió sólo un par de años después de revelarme el secreto de la isla mágica. Mi padre había muerto el año anterior. Hans llegó a adoptarme, así que todos sus bienes fueron para mí. Lo último que dijo fue:

–«El soldado no sabe que la muchacha rapada da a luz un hermoso niño.»

Comprendí que ésta era una de las frases no captadas del juego de Comodín, que, de repente, pasó velozmente por su conciencia en el momento de su muerte.

Estaba mirando al techo cuando mi viejo llamó a la puerta, alrededor de la medianoche.

–¿Vuelve con nosotros a Arendal? –dije casi antes de darle tiempo a entrar.

–Ya veremos.

Ví que una sonrisa misteriosa iluminó su cara.

–Pero mañana mamá y yo iremos a una chocolatería.

Mi viejo asintió con la cabeza.

–Estará en la recepción a las once. La señora ha decidido cancelar todas sus citas.

Tanto mi viejo como yo nos quedamos mirando al techo un buen rato antes de dormirnos. Lo último que me dijo mi viejo –o quizá se lo dijera a sí mismo– fue:

–No es posible girar un barco en marcha en un abrir y cerrar de ojos.

–Puede que no –repliqué–. Pero el destino está de nuestra parte.

CINCO DE CORAZONES

...tuve que hacer de tripas corazón para no rendir me antes de tiempo...

A la mañana siguiente, cuando me desperté, me incorporé en la cama intentando recordar exactamente lo que Hans el Panadero había dicho sobre la muchacha rapada al morir. Pero mi viejo empezó a moverse, y amaneció un nuevo día.

Después del desayuno, nos encontramos con mamá en la recepción, y ahora le tocó a mi viejo meterse en la habitación a esperar, porque mamá insistió en llevarme a mí solo a la chocolatería. Quedamos con él en que acudiría dos horas más tarde.

Cuando nos marchamos, le guiñé un ojo para decirle que ésta era la recompensa por lo del día anterior. Intenté hacerle entender que haría lo posible para convencer a la señora.

Cuando habíamos pedido lo que queríamos en la gran chocolatería, mamá me miró fijamente y dijo:

–Supongo que no puedes entender por qué os dejé, Hans Thomas.

Yo no me dejé derrotar por ese comienzo, sólo me limité a preguntar:

–¿Quieres decir que tú misma no lo entiendes?

–Quizá no del todo...

Pero esa respuesta no me valía.

–Supongo que una no puede entender por qué hace la maleta y abandona al hijo y al marido, sin dejar más huella que unas pegajosas fotos en una revista griega de modas.

Nos trajeron el café, el refresco y una succulenta fuente de pasteles, pero no me dejé sobornar por todo eso.

–Si vas a decirme que entiendes por qué no has enviado ni una sola postal a tu propio hijo durante ocho años, entonces también entenderás que yo me levante, te dé las gracias por todo y te deje aquí sola con tu café.

Se quitó las gafas de sol y se restregó los ojos, aunque yo no vi ni rastro de lágrimas, pero a lo mejor estaba intentando provocarlas por cuestión de apariencias.

–No es tan sencillo, Hans Thomas –dijo, y su voz estaba a punto de quebrarse.

–Un año tiene 365 días. Ocho años suman 2.920 días, sin contar el 29 de febrero. Pero ni siquiera en los dos años bisiestos recibí algo de mi madre. Según mis cálculos, es así de sencillo. Y soy bastante bueno en matemáticas.

Creo que eso de los años bisiestos fue el golpe de gracia. La forma de mencionar mi

cumpleaños, hizo que cogiera mis manos entre las suyas, con las lágrimas cayendo por sus mejillas incluso cuando no se restregaba los ojos.

–¿Vas a poder perdonarme, Hans Thomas?

–Depende –contesté–. ¿Has pensado en cuántos solitarios puede hacer un chico en ocho años? No estoy del todo seguro, pero sé que son muchísimos. Al final, las cartas se convierten en una especie de sustituto de una familia de verdad. Pero cuando piensas en tu mamá cada vez que ves un as de corazones, hay algo que no funciona.

Dije lo de as de corazones para ver si reaccionaba. Pero sólo me miró con cara de asombro.

–¿As de corazones?

–As de corazones, sí. ¿No había un corazón rojo en el vestido que llevabas ayer? La cuestión es por quién late ese corazón.

–¡Pero Hans Thomas...!

Ahora estaba realmente confusa. Puede que pensara que su hijo había enfermado mentalmente, porque ella le había abandonado durante tanto tiempo.

–Lo que pasa es que mi viejo y yo hemos tenido serios problemas para que nos saliera el solitario familiar, porque As de Corazones se había perdido en un desesperado intento de encontrarse a sí misma.

La señora no cabía en sí de asombro.

–En casa, en Hisoy, hay un cajón lleno de comodines. Pero no nos sirve de nada si tenemos que andar por Europa en busca de As de Corazones.

Lo de los comodines hizo que esbozara una pequeña sonrisa.

–¿Sigue coleccionando comodines?

–Él mismo es un comodín. Yo creo que no lo conoces bien. Es un tío muy especial, ¿sabes? Pero últimamente ya ha tenido bastante con sacar a As de Corazones del cuento de la moda.

Se inclinó por encima de la mesa e intentó acariciarme la mejilla. Pero yo me aparté. Tuve que hacer de tripas corazón para no rendirme antes de tiempo.

–Creo que entiendo lo que dices sobre As de Corazones.

–Eso está bien. Pero no vuelvas a decir que entiendes por qué nos abandonaste. La explicación de ese misterio está encerrada en algo que ocurrió con una extraña baraja hace un par de siglos.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que estaba en las cartas el que tu irías a Atenas a encontrarte a ti misma. Se trata de algo tan poco frecuente como una maldición de familia. Y eso es algo que deja huella tanto en el arte de adivinar de la gitana como en los panecillos del panadero de los Alpes.

–Me estás tomando el pelo, Hans Thomas.

Negué con la cabeza. Primero eché un vistazo al local en el que nos encontrábamos, luego me incliné sobre la mesa y añadí:

–Lo cierto es que te has mezclado en algo que sucedió en una isla muy especial en el Atlántico, muchísimos años antes de que la abuela se encontrara con el abuelo en Froland. Por eso no fue del todo una casualidad que tú te fueras justamente a Atenas para encontrarte a ti misma. Fuiste atraída por tu propia imagen reflejada en el espejo.

–¿Has dicho imagen en el espejo?

Saqué un boli y escribí ANITA en una servilleta.

–Lee esta palabra al revés –dijo, pues supuse que ella sabía griego.

–ATINA... Uf, me has asustado. ¿Sabes?, nunca se me había ocurrido.

–Claro que no –respondí condescendiente–. Al parecer, hay bastantes cosas que no se te han ocurrido. Pero eso no es lo más importante ahora.

–¿Entonces, qué es lo más importante, Hans Thomas?

–Ahora lo más importante es comprobar lo rápida que eres haciendo el equipaje. En cierto modo, mi viejo y yo te hemos estado esperando durante más de cien años, pero ya estamos a punto de perder la paciencia.

En ese momento, mi viejo entró en la chocolatería.

Mamá le miró, hizo un gesto de desánimo y dijo:

–¿Qué has hecho con él? No hace más que hablar en clave.

–Siempre ha tenido una imaginación muy fecunda –dijo mi viejo al sentarse en una silla libre–. Pero, por lo demás, es un buen chico.

Me pareció una buena contestación, porque él no estaba al corriente de la técnica de confusión que tenía planeada para poder llevarnos a mamá de vuelta a casa.

–No he hecho más que empezar. Por ejemplo, aún no he dicho nada sobre el misterioso enano que nos está espiando desde que pasamos la frontera de Suiza.

Los dos intercambiaron una mirada de complicidad, y mi viejo dijo finalmente:

–Creo que eso puede esperar, Hans Thomas.

Esa misma mañana, nos dimos cuenta de que éramos una familia que no podía estar más tiempo separada. Debí de conseguir despertar el instinto maternal en mamá.

Ya en la chocolatería, pero sobre todo después, mamá y mi viejo empezaron a abrazarse como si fueran una pareja de enamorados. Antes de acabar el día, hubo frecuentes besuqueos. Comprendí que debía tolerarlo, teniendo en cuenta los ocho años de separación, pero en varias ocasiones me vi obligado a mirar a otro sitio por mera cortesía.

En realidad, no importa cómo finalmente fuimos capaces de meter a mamá en el Fiat y dirigirnos hacia el norte.

Creo que mi viejo se extrañaba de que se hubiera dejado convencer tan fácilmente, pero yo sabía, desde hacía mucho tiempo, que los ocho tristes años se acabarían si encontrábamos a mamá en Atenas. No obstante, me llamó la atención la rapidez con que hizo el equipaje. Además, tuvo que romper un contrato, y eso es lo peor que puede hacer

uno al sur de los Alpes. Mi viejo dijo que seguro que podía firmar un nuevo contrato en Noruega.

Tras un par de días muy agitados, nos metimos en el coche y nos fuimos por el camino más directo, a través de Yugoslavia, hasta el norte de Italia. Yo seguía en el asiento de atrás como antes, con los dos adultos en los asientos de delante. Por eso tuve problemas para leer el libro del panecillo, porque mamá se volvía hacia atrás cada dos por tres, y no quise ni imaginar qué hubiera pensado si hubiese visto el librito que me había regalado el panadero de Dorf.

Cuando llegamos al norte de Italia, ya era de noche, y me dieron una habitación individual, por lo que pude leer el libro del panecillo sin interrupciones. Seguí leyendo hasta que me dormí, encima del libro, ya de madrugada.

SEIS DE CORAZONES

...tan verdad como el sol y la luna...

Albert había estado hablando durante toda la noche. En varias ocasiones, mientras hablaba, me había imaginado cómo sería con doce años.

Se quedó mirando fijamente lo que hacía mucho rato fue un fuego chisporroteante. Yo no le había interrumpido mientras hablaba, de la misma manera que él había estado callado, 52 años antes, cuando Hans el Panadero le contó la historia de Frode y de la isla mágica. Por fin me levanté y crucé la habitación hasta la ventana que daba al pueblo.

Fuera, estaba amaneciendo. La niebla matutina flotaba por encima del pequeño pueblo, y sobre el lago Waldemar se habían posado densas nubes. Arriba, en lo alto, el sol acababa de iniciar su descenso por la ladera.

Yo tenía la cabeza llena de preguntas, pero no dije nada porque no sabía por dónde empezar. Me volví a sentar delante de la chimenea, al lado de ese Albert que tan calurosamente me había acogido cuando caí agotado delante de su cabaña. Aún salían débiles restos de humo de las cenizas de la chimenea. Parecía como si, de pronto, algo de esa niebla matutina se hubiera metido también dentro de la casa.

–Tú te quedarás aquí en el pueblo, Ludwig –dijo el panadero.

Por la forma en que lo dijo, podía entenderse como una pregunta o como una orden, o quizá como ambas cosas a la vez.

–Naturalmente –repliqué. Yo ya había comprendido que sería el próximo panadero. Y que guardaría el secreto de la isla mágica para generaciones venideras–. Pero no estoy pensando en eso.

–¿En qué estás pensando, hijo?

–En el juego de Comodín. Porque si yo soy ese soldado infeliz del país del norte...

–¿Sí?

–Entonces tengo... tengo un hijo allí arriba –y, de repente, ya no pude controlarme más. Escondí mi cara entre las manos y me eché a llorar.

El anciano puso su mano sobre mi hombro.

–Así es –dijo–. «El soldado no sabe que la muchacha rapada da a luz un hermoso niño.»

Me dejó llorar. Cuando volví a levantar la vista dijo:

–Pero hay algo que no he entendido nunca; quizá tú me lo puedas explicar.

–¿Qué?

–¿Por qué raparon a la pobre muchacha?

–Yo tampoco lo sabía. Ignoraba que le hubieran hecho tanto daño. Pero sí he oído que esas cosas pasaron cuando la liberación. Las chicas que habían estado con los soldados enemigos perdieron el pelo y el honor. Por eso... sólo por eso, no he vuelto a ponerme en contacto con ella. Quizá se olvide de todo, pensaba. Quizá le causara aún más daño si intentara saber algo de ella. Creía que nadie sabía nada de lo nuestro, y así era. Pero cuando se espera un niño... no se puede esconder la verdad.

–Comprendo –se limitó a decir Albert.

Me levanté y di unas vueltas por la habitación.

¿Sería verdad todo eso?, pensé. ¿Y si Albert estaba realmente un poco chiflado, como se decía en el Schöner Waldemar?

De repente me di cuenta de que no tenía ninguna prueba de que todo lo que me había dicho Albert fuera

verdad. Cada palabra de lo que había contado sobre Hans el Panadero y Frode podían haber sido palabras de un hombre enajenado. Yo no había visto ni la bebida púrpura ni la antigua baraja.

Mi único punto de referencia eran las escasas palabras sobre el soldado del país del norte. Pero también podía haberlas inventado. Y luego lo de la muchacha rapada –mi único punto de referencia de verdad–. Me acordé de que muy a menudo hablaba en sueños. Podría haber dicho algo sobre una chica rapada, porque estaba muy preocupado por cómo le habría ido a Line. Supongo que también tenía cierto miedo de que se hubiera quedado embarazada. Y Albert podía haber ido sacando trozos sueltos de lo que yo había dicho en sueños, y haberlos incorporado a su historia. No había tardado mucho en preguntar sobre lo de la muchacha rapada...

De lo único que estaba totalmente seguro, es de que Albert no me había estado tomando el pelo durante toda una noche. Él, al menos, creía cada palabra que decía. Pero precisamente en eso podría consistir su enfermedad. Puede que fuera verdad que Albert fuese un perturbado mental que vivía en su propio mundo, de uno u otro modo, como decían en el pueblo.

Desde que llegué a Dorf, él me había llamado hijo. Quizá hubiera algo de verdad en toda esa fantástica historia. Albert había deseado tener un hijo, quería que un hombre joven se encargara de su negocio en el pueblo. Y luego, sin darse cuenta, podría haber inventado toda esa historia tan confusa. Yo había oído hablar de casos parecidos, de personas enfermas que, en algunos aspectos, podían llegar a ser genios. Entonces, el aspecto genial de Albert sería haber inventado ese cuento tan ingenioso.

De nuevo comencé a dar vueltas por la sala. El sol seguía su descenso hacia el pueblo.

–Estás muy intranquilo, hijo –dijo el viejo de repente.

Me senté a su lado y de pronto recordé cómo había empezado esa noche: Yo había estado en el Schöner Waldemar, donde Fritz André había vuelto a hablar de los peces de Albert. Yo, personalmente, sólo había visto uno, y no me extrañaba que el viejo decorara su solitaria vida con un pececillo. Al volver a la cabaña, ya muy tarde, oí que Albert andaba por el desván. Y cuando le dije que le había oído andar por arriba, nos sentamos, y así comenzó la larga noche.

–¿Y todos los peces de colores? –dije–. Me has hablado de los que se trajo Hans el Panadero de la extraña isla. ¿Están todavía aquí en Dorf? ¿O sólo tienes uno?

Albert se volvió hacia mí y me miró profundamente a los ojos.

–Qué poca fe tienes, hijo mío.

Al decirlo, su mirada se ensombreció.

Yo ya me estaba impacientando. Quizá porque estaba pensando en Line le contesté un poco más irritado de lo que era mi intención.

–¡Contéstame! ¿Qué pasó con los peces de colores?

–Ven aquí –dijo sin más.

Se levantó y entró en el pequeño cuarto que era su dormitorio. Yo le seguí. Bajó una escalera del techo, exactamente como había contado que había hecho Hans el Panadero.

–Vamos a subir al desván, Ludwig –dijo en voz baja.

Él subió delante. Si toda esa historia sobre Frode y la isla mágica es inventada, entonces Albert está enfermo de verdad, pensé.

En cuanto me asomé al desván, comprendí que lo que Albert había estado contando durante toda la noche era tan verdad como el sol y la luna. Había muchas, muchísimas peceras, dentro de las cuáles nadaban pececillos de todos los colores del arco iris. Además, el desván estaba repleto de los más extraños objetos. Reconocí el Buda, la figura de cristal en forma de moluco, las espadas, los sables... además de otros muchos objetos que estaban en la sala cuando Albert era un muchacho.

–Es... es... fantástico –balbucí al empezar a andar por el desván, pensando no ya sólo en los pececillos, porque ya no tenía ninguna duda de que toda la historia sobre la isla mágica fuera verdad.

Por la claraboya del techo entraba a raudales la luz azul de la mañana. En este lado del valle, no nos llegaba el sol hasta el mediodía, y, sin embargo, en el desván había una luz dorada que no procedía de la ventanita del tejado.

–¡Allí! –susurró Albert, señalando algo en un rincón debajo del caballete.

Entonces vi una vieja botella de la que emanaba una luz brillante que se posaba sobre todas las peceras y los demás objetos que se encontraban en el suelo, en bancos y en armarios.

–Es la bebida púrpura, hijo mío. Hace 52 años que nadie la ha tocado, pero ahora la bajaremos a la sala tú y yo.

Se agachó y cogió la botella del suelo. Al moverla, vi que lo que flotaba dentro era tan hermoso que se me humedecieron los ojos.

Cuando íbamos a atravesar el desván de nuevo para bajar por la escalera, descubrí una vieja baraja en una cajita de madera.

–¿Puedo... mirar?

El viejo asintió solemnemente con la cabeza, y yo cogí el montón de naipes desgastados. Vi a Seis de Corazones, Dos de Tréboles, Reina de Picas y Ocho de Diamantes. Conté las cartas.

–Sólo hay 51 –dije.

El anciano miró a su alrededor.

–¡Aquí! –dijo finalmente, señalando una carta que estaba debajo de una banqueta. La cogí y la puse con las demás. Era As de Corazones–. Sigue perdiéndose a menudo. Pero siempre vuelvo a encontrarla en algún lugar del desván.

Coloqué los naipes donde los había encontrado, y bajamos a la sala.

Albert cogió una copita de licor, que puso sobre la mesa.

–Habrás adivinado lo que va a ocurrir –dijo, y comprendí que me tocaba a mí probar la bebida púrpura. Antes que yo, hace exactamente 52 años, Albert había estado sentado en esta sala, saboreando la misteriosa bebida, y antes que él (52 años antes, para ser exacto) Hans el Panadero había probado la bebida púrpura en la isla mágica–. Pero, recuerda, sólo darás un pequeño sorbo. Luego se hará un solitario completo antes de que vuelvas a quitar el corcho a esta botella. Así, muchas generaciones probarán su contenido.

Eché una cantidad minúscula en la copa.

–Toma –dijo alcanzándomela.

–No sé... no sé si me atrevo.

–Sabes que tienes que probarla –dijo Albert–. Porque si estas gotitas no cumplen lo prometido, entonces puede que el viejo sea un simple perturbado mental que ha estado toda la noche contando mentiras. Pero eso es lo que no quiere el viejo panadero, ¿sabes? Y aunque ahora no dudes de la historia, ya dudarías en su momento. Por eso es tan importante que notes en todo el cuerpo el sabor de lo que te he contado. Sólo así se puede llegar a ser el panadero de Dorf.

Levanté la copa y tragué las gotas. En unos segundos, mi cuerpo se había transformado en un verdadero circo de distintos sabores.

Fue como si me encontrara al mismo tiempo en todas las plazas de mercado del mundo. En la de Hamburgo, me metí un tomate en la boca; en la de Lübeck, mordí una jugosa pera; en la de Zürich, fue un racimo de uvas lo que comí; en la de Roma, un higo; en la de Atenas nueces y almendras; y en la del Cairo, dátiles. Y aún pasaron por mi cuerpo un sinfín de otros sabores, algunos tan desconocidos y extraños que me imaginaba que estaba en la isla mágica cogiendo frutas de los árboles que allí había. Esto es fruta de tufa, pensé; y aquello raíz redonda y curibayas. Pero aún había algo más: fue como si de repente estuviera de vuelta en Arendal. Me pareció notar el olor a arándanos y el pelo de Line.

No sé cuánto tiempo me quedé saboreando la bebida delante de la chimenea. No creo que dijera nada a Albert, pero al final el viejo se levantó de la silla y dijo:

–Ahora el viejo panadero necesita dormir un poco. Primero, volveré a guardar la botella en el desván, y debes saber que siempre cierro la trampilla con llave. Bueno, ya sé que tú eres un hombre adulto. Las frutas y verduras son buenas y sanas, viejo guerrero, pero no querrás convertirte tú mismo en vegetal.

Hoy no estoy totalmente seguro de que él empleara exactamente esas palabras. Sólo sé que me hizo una advertencia antes de acostarse, y que era algo sobre la bebida púrpura y los naipes del solitario de Frode.

SIETE DE CORAZONES

...el hombre del panecillo grita por un tubo mágico...

Al despertarme, muy entrada la mañana, comprendí por primera vez que el viejo panadero a quien había conocido en Dorf era mi propio abuelo. Porque la muchacha rapada no podía ser otra que mi abuela paterna.

No podía estar completamente seguro, porque en el juego de Comodín no se decía directamente que la muchacha rapada fuera mi abuela, ni el panadero de Dorf mi abuelo. Pero no podía haber muchas «amigas de alemanes» en Noruega que se llamaran Line.

Eso quería decir que aún no se había revelado toda la verdad. Había muchas frases del juego de Comodín que Hans no recordaba y que, por tanto, no habían sido transmitidas a Albert o a otra persona. ¿Volverían a aparecer algún día esas frases para que se completara todo el solitario?

La isla mágica había borrado todas las huellas al hundirse en el mar. Y con la muerte de Hans el Panadero, se cerró la posibilidad de sacarle más información. También sería imposible intentar hacer revivir a los naipes de Frode para ver si los enanos se volvían a acordar de lo que habían dicho ciento cincuenta años antes.

Sólo quedaba una posibilidad: si Comodín seguía en este mundo, quizá recordara el juego de Comodín.

Tenía que convencer a mis padres para pasar por Dorf al volver hacia Noruega, a pesar del considerable rodeo que eso representaría y de que las vacaciones de mi viejo estaban tocando a su fin. Y tenía que convencerlos sin enseñarles el libro del panecillo.

Lo que más me gustaría hacer sería entrar en la panadería y decir al viejo panadero: Aquí estoy. He vuelto del país del sur. Traigo a mi viejo. Él es tu hijo.

El abuelo se convirtió en el gran tema de conversación durante el desayuno. Retrasé la gran revelación hasta el final. Sabía que mi credibilidad estaba algo deteriorada, después de todo lo que había ido insinuando sobre el libro del panecillo.

Cuando mamá se levantó a por la segunda taza de café, miré fijamente a mi viejo y le dije con decisión:

–Ha sido estupendo encontrar a mamá en Atenas, pero aún faltaba una carta para terminar el solitario, y la acabo de encontrar.

Mi viejo miró preocupado hacia donde estaba mamá, luego me miró a mí y dijo:

–Dime, Hans Thomas, ¿qué pasa ahora?

Le miré a los ojos y dije:

–¿Te acuerdas del panadero que me dio una botella de refresco y cuatro panecillos, mientras tú te estabas poniendo ciego de licor de los Alpes con los dorfianos en el Schöner Waldemar?

Asintió.

–Ese panadero es tu padre.

–¡Bobadas!

Arrugó la nariz como un caballo al que le hubieran hecho correr demasiado, pero yo sabía que no tenía escapatoria.

–No hace falta que lo discutamos aquí y ahora. Pero estoy completamente seguro de lo que digo.

Mamá volvió a sentarse y suspiró con resignación cuando supo de qué estábamos hablando. Mi viejo había reaccionado igual, pero él me conocía mejor, y creo que se había dado cuenta de que no podía ignorar lo que yo había dicho, antes de investigarlo más a fondo. También sabía que yo era un comodín y que a veces me enteraba de cosas de gran importancia.

–¿Y por qué crees que es mi padre? –se limitó a preguntar.

No podía decir que lo había leído en el libro del panecillo, así que dije algo que se me había ocurrido la noche anterior:

–En primer lugar, se llamaba Ludwig.

–Ése es un nombre muy corriente, tanto en Suiza como en Alemania –replicó mi viejo.

–Es posible, pero el panadero también me contó que había estado en Grimstad¹ durante la guerra.

–¿Eso te dijo?

–No exactamente en noruego. Pero cuando le conté que era de Arendal, él exclamó que había estado en «der Grimme Stadt». Yo supuse que se estaba refiriendo a Grimstad.

–No, no –dijo mi viejo–. «Grimme Stadt» significa «la ciudad terrible», o algo parecido. En ese caso, igual pudo haberse referido a Arendal... Pero, ¿sabes, Hans Thomas?, hubo muchos soldados alemanes en nuestra región durante la guerra.

–Supongo. Pero sólo uno de ellos era mi abuelo. Y ése es el panadero de Dorf. Esas cosas pueden ocurrir.

Finalmente mi viejo se levantó y fue a llamar por teléfono a mi abuela en Noruega. No sé si lo hizo por lo que yo acababa de decir, o si de pronto se acordó de que debía llamar a su madre y decirle que habíamos encontrado a mamá en Atenas. Como ella no contestaba, llamó a su tía Ingrid, que le dijo que la abuela, de repente, se había apuntado a un viaje a los Alpes.

Cuando mi viejo nos lo contó, di un silbido de asombro.

–El hombre del panecillo grita por un tubo mágico que alcanza gran distancia –dije.

Mi viejo puso cara de sorpresa:

–¿No has dicho esa misma frase en otra ocasión?

–A lo mejor. Tampoco sería tan improbable que el viejo panadero hubiera reconocido a su propio nieto. Por cierto, a ti también te vio. Y ¿sabes, viejo?, la familia es más importante que ninguna otra cosa. También puede que se le ocurriera llamar a Noruega después de tantos años, ya que acababa de visitarle un niño de Arendal. Y, si llamó, no es tan improbable que el antiguo amor resurja, tanto en Dorf como en Atenas.

De manera que emprendimos el viaje hacia el norte, en dirección a Dorf. Ni mamá ni mi viejo creían que el panadero fuese mi abuelo, pero sabían que jamás los dejaría en paz si no accedían a investigar el asunto más a fondo.

En Como, nos alojamos en el Mini Hotel Baradello, como la otra vez. La feria había desaparecido y, con ella, la adivina y todo lo demás. Pero mi consuelo fue que me volvieran a meter en una habitación individual. A pesar de encontrarme bastante cansado de tanto coche, decidí acabar de leer el libro del panecillo antes de dormirme.

OCHO DE CORAZONES

...tan fantástico que no es fácil saber si uno debe echar se a llorar o a reír..

Me levanté y salí a la pequeña explanada que había delante de la cabaña. Me resultaba difícil andar derecho, porque en mi cuerpo había un montón de distintos sabores luchando por atraer mi atención. A la vez que una deliciosa crema de fresa se posó sobre mi hombro izquierdo, una ácida mezcla de grosellas y limón me estaba picando en la rodilla izquierda. Los sabores recorrían mi cuerpo tan velozmente que no me daba tiempo a darles nombre a todos.

En todo el mundo hay gente que en este momento está comiendo algo, pensé. En conjunto, puede tratarse de muchos miles de sabores distintos. Y yo tenía la sensación de estar participando de todas esas comidas a la vez.

Me di un pequeño paseo por el bosque, que se extendía por encima de la cabaña. Conforme iba apagándose ese enorme fuego de sabores, me iba invadiendo una sensación que jamás me ha abandonado desde entonces.

Mirando a mi alrededor, fui consciente, por primera vez, del milagro que es el mundo. ¿Cómo se puede explicar, pensé, que tengamos la suerte de estar viviendo en esta tierra? Fue como descubrir algo totalmente nuevo y que, sin embargo, tenía ante mí desde que era un bebé. Me parecía haber vivido en un trance, como si mi vida en la Tierra hubiera sido una larga hibernación.

¡Existo!, pensé. Soy una persona viva en el universo. Por primera vez en mi vida entendí lo que es un ser humano. Y al mismo tiempo comprendí que, si hubiese seguido tomando la bebida púrpura, la sensación que ahora tenía hubiera desaparecido poco a poco, hasta abandonarme del todo. Habría saboreado todo en este mundo tantas veces que hubiera acabado por fundirme con él. Al final, ya no hubiera tenido la sensación de estar vivo. Me habría convertido en un tomate, o en un ciruelo.

Me senté sobre un tocón. Al cabo de un rato se me acercó un corzo que salió de entre los árboles, lo cual no era muy extraño, porque siempre había muchos corzos en los bosques alrededor de Dorf. Pero no recordaba haberme dado realmente cuenta de la maravilla que es un animal así. Claro que había visto corzos; los veía casi todos los días. Pero no había entendido que cada corzo era un misterio inescrutables. También comprendí por qué había sido así. No me había tomado el tiempo para ver de verdad los corzos, precisamente porque los veía muy a menudo.

Así ocurría con todo, así ocurría con el mundo entero, pensé. Mientras somos niños, tenemos la habilidad de sentir el mundo a nuestro alrededor. Pero, luego, el mundo en sí se convierte en una costumbre. Hacerse mayor era como emborracharse de sensaciones.

Ahora entendí exactamente lo que había pasado con los enanos de la isla mágica. Estaban como bloqueados ante los secretos más profundos de la existencia –quizá porque nunca habían sido niños–. Y cuando quisieron recuperar el tiempo perdido tomando la poderosa bebida todos los días, acabaron por fundirse totalmente con su entorno. Ahora comprendí también qué fuerza de voluntad tuvieron que tener Frode y Comodín, para no aficionarse a ella.

El corzo se quedó mirándome unos segundos, y luego desapareció. Durante un momento, sentí un silencio inconcebible. Y, de repente, un ruiseñor empezó a trinar. Me parecía increíble que un cuerpo tan minúsculo pudiera albergar tanto sonido, tanta respiración y tanta música.

Este mundo, pensé, es un milagro tan fantástico que no es fácil saber si uno debe echarse a llorar o a reír.

A lo mejor se deberían hacer las dos cosas a la vez.

Me acordé de una de las campesinas del pueblo. No tenía más de diecinueve años, pero un día, hacía poco, había entrado en la panadería con un bebé de dos o tres semanas. A mí nunca me habían llamado la atención los niños pequeños pero, al mirar el capazo, tuve la sensación de encontrarme con la asombrada mirada del bebé. No había vuelto a pensar en ello pero, ahora, sentado sobre un tocón en el bosque, escuchando cantar a un ruiseñor, mientras un velo de sol se desdoblaba sobre las colinas al otro lado del pueblo, se me ocurrió que, si el bebé hubiera sabido hablar, habría dicho que este mundo al que acababa de llegar, era algo muy extraño. Naturalmente, había felicitado a la madre por la niña pero, en realidad, era a la niña a la que habría que felicitar. Habría que inclinarse sobre cada nuevo ciudadano y decirle: ¡Bienvenido al mundo, pequeño! No sabes la suerte que has tenido en llegar aquí.

De repente, me pareció muy triste que los seres humanos nos acostumbremos a algo tan indescriptible como es el hecho de estar vivos. De pronto, un día vemos evidente que existimos, y luego no volvemos a pensar en ello hasta que estamos a punto de abandonar este mundo.

Noté cómo me subía un tremendo sabor a fresón por la parte superior de mi cuerpo. Era un sabor agradable, pero tan fuerte y poderoso que casi me dio náuseas. Pues no, yo no necesitaba que me convenciesen de no volver a probar la bebida mágica. Sabía que a mí me bastaba con los arándanos del bosque y la visita de un corzo o de un ruiseñor de vez en cuando.

De pronto oí que una rama se movía. Al levantar la vista, descubrí un pequeño ser entre los árboles.

El corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que era Comodín.

Se acercó más. A una distancia de diez o quince metros exclamó:

–¡Mmm...!

Se relamió de gusto y dijo:

–¿Se ha disfrutado de la deliciosa bebida? ¡Mmm..., dice Comodín!

No me asusté, porque llevaba aún dentro la larga historia sobre la isla mágica. El asombro que me produjo en el primer momento su visita, pronto se desvaneció. Me parecía que él y yo teníamos algo en común. Yo mismo era un comodín de la baraja.

Me levanté y fui hacia él. Ya no llevaba el traje violeta de bufón con cascabeles, sino uno marrón con rayas negras.

Le di la mano y dije:

–Sé quién eres.

Al moverse, oí un ligero tintineo de cascabeles, y me di cuenta de que se había puesto un traje normal encima del de bufón. Su mano estaba fría como el rocío de la mañana.

–Se tiene el placer de estrechar la mano del soldado del norte –dijo, sonriendo de un modo extraño y dejando al descubierto sus pequeños dientes, que brillaban como perlas.

Luego añadió:

–Porque ahora le toca vivir a este soldado. ¡Feliz cumpleaños, hermano!

–No... no es mi cumpleaños –balbucí.

–¡Calla!, dice Comodín. No es suficiente nacer una vez, dice él. Esta noche el aprendiz de panadero ha nacido de nuevo, Comodín lo sabe, y por eso le felicita.

Hablaba con una voz chillona. Solté su fría mano y dije:

–Lo sé todo... sobre ti... sobre Frode... y todos los demás...

–Naturalmente –dijo–. Porque hoy es día de Comodín, y mañana se empieza una nueva vuelta. Y pasarán 52 años hasta la próxima vez. Entonces el niño del país del norte será un hombre adulto. Pero antes llegará a Dorf. Menos mal que se le ha dado una pequeña lupa para el viaje. Una lupa muy apropiada, dice Comodín. Hecha del mejor vidrio de los diamantes. Pues pueden meterse muchas cosas en el bolsillo cuando se rompe una vieja pecera. Comodín buen chico. Pero el soldado es el que va a tener la tarea más difícil.

Yo no entendía lo que quería decir, pero se acercó más y susurró:

–Hay que acordarse de escribir un pequeño libro sobre los naipes de Frode. Y el libro tendrá que ser metido dentro de un panecillo, porque el pez de colores no revela el secreto de la isla pero sí el panecillo... Así lo dice Comodín. ¡Y no se hable más!

–Pero... la historia de los naipes de Frode no cabrá en un panecillo –objeté.

Sonrió amablemente:

–Depende de lo grande que sea el panecillo. O de lo pequeño que sea el libro.

–La historia sobre la isla mágica... y todo lo demás... es tan larga que tendrá que ser un libro muy gordo. Y también tendrá que ser un panecillo enorme.

Me miró con cara de pícaro.

–No hay que estar tan seguro, dice Comodín. Un hábito muy feo. El libro no tiene por qué ser tan grande si todas las letras son diminutas.

–No creo que ningún ser humano sea capaz de escribir con unas letras tan pequeñas –insistí–. Y si eso fuera posible, no creo que nadie fuera capaz de leerlas.

–Hay que escribir el libro, eso es todo, dice Comodín. Lo mejor será empezar ya. Cuando llegue el momento, se hará un arreglo para que las letras sean pequeñas. Quien tenga lupa verá.

Miré al valle. El velo dorado ya se había posado sobre el pueblo.

Cuando me volví, Comodín había desaparecido. Miré por todas partes, pero el pequeño bufón, tan astuto como un corzo, se había escapado entre los árboles.

Me sentía completamente agotado cuando regresé a la cabaña. En una ocasión estuve a punto de perder el equilibrio porque un sabor a cerezas me pinchó en la pierna izquierda, justo en el momento de pisar una piedra.

Pensé en mis amigos del pueblo. Si supieran... Pronto estarían sentados en el Schöner Waldemar. De algo tendrían que hablar, y no había nada más fácil que cotillear sobre el viejo panadero, que vivía solo en una cabaña alejada de los demás. A todos les parecía un poco extraño, y para justificar ese comportamiento decían que estaba loco. Pero ellos mismos formaban parte del enigma más grande. El enigma más grande estaba al descubierto. Quizá fuera verdad que Albert guardara un gran secreto, pero el mayor secreto de todos era el propio mundo.

Sabía que nunca más volvería a beber vino en el Schöner Waldemar. Y comprendí que un día sería de mí de quien se hablaría allí abajo. Dentro de unos años, yo sería el único comodín del pueblo.

Cuando por fin me acosté, dormí hasta por la tarde.

NUEVE DE CORAZONES

...el mundo no habrá madurado lo suficiente como para escuchar la historia de Frode y sus naipes...

Noté que las últimas páginas del libro del panecillo me estaban haciendo cosquillas en el dedo índice derecho, y descubrí que esas páginas estaban escritas con letra de tamaño normal. Pude dejar la lupa en la mesilla y seguir leyendo como en un libro cualquiera.

Se acerca el día en que vas a venir a Dorf para recoger el secreto de los naipes de Frode y de la isla mágica, hijo mío. Apunté todo lo que recordaba de lo que Albert me había dicho. Sólo dos meses después de aquella noche, murió el viejo panadero, y yo me convertí en el nuevo panadero del pueblo.

Anoté inmediatamente la historia sobre la bebida mágica y decidí escribirla en noruego. Lo hice en parte para que tú la entendieras, y también para que los dorfenses no pudieran leerla. Pero ahora he olvidado todo mi noruego.

Me parecía que no debía ponerme en contacto con vosotros en Noruega. Tampoco sabía cómo me recibiría Line, y no me atrevía a romper la vieja profecía, porque sabía que tú llegarías un buen día a este pueblo.

Escribí el libro en una máquina de escribir normal. No podía hacer un letra más pequeña. Pero luego me enteré –hace sólo unas semanas– de que el banco había adquirido una extraña máquina capaz de copiar una hoja reduciéndola. Haciendo ocho copias reducidas de cada hoja, la letra era tan pequeña que pude preparar un minúsculo libro. Y a ti, hijo mío, Comodín te ha facilitado una lupa, si no me equivoco.

Para escribir la historia entera, sólo contaba con las frases que había captado Hans el Panadero. Pero ayer recibí una carta en la que estaba escrito todo el juego de Comodín, y la carta la enviaba, claro está, el propio Comodín.

En cuanto te hayas marchado de Dorf, yo telefonaré a Line. Quizá algún día podamos encontrarnos todos.

Los panaderos de Dorf somos todos comodines que guardamos una historia fantástica. Y esa historia nunca debe tener alas para volar, como ocurre con otras. Pero, por nuestra condición de comodines, tanto en solitarios grandes como en pequeños, tenemos la tarea de describir a los seres humanos el maravilloso cuento que es el mundo. Sabemos que no es fácil abrirles los ojos para que vean que el mundo es algo grande e incomprensible. Pero hasta que no se den cuenta de que lo que les parece tan claro es un misterio, el mundo no habrá madurado lo suficiente como para escuchar la historia de Frode y sus naipes en la isla mágica.

Alguna vez, en el País del Mañana, todo el mundo conocerá la historia sobre el libro del panecillo, pero hasta entonces, cada 52 años caerán unas gotas de la bebida púrpura.

Hay otra cosa que nunca debes olvidar: Comodín está en el mundo. Aunque todos los naipes del gran solitario se vuelvan completamente ciegos, Comodín no dejará nunca de creer que los seres humanos lleguen a abrir los ojos algún día.

Adios, hijo. Quizá ya hayas encontrado a tu mamá en el país del sur. Y cuando seas mayor vendrás a Dorf.

Las últimas páginas de este libro recogen las anotaciones de Comodín sobre el juego representado por todos los enanos de la isla mágica hace muchísimos años.

El juego de Comodín

Bergantín de plata naufraga en mar embravecido. El marinero es lanzado a la playa de una isla que crece y crece. El bolsillo de la camisa esconde una baraja que se pone a secar al sol. Las 53 imágenes serán la compañía del hijo del maestro vidriero durante muchos y largos años.

Antes de que palidezcan los colores, las 53 figuras se forjan en la imaginación del solitario marinero. Las extrañas figuras danzan en la conciencia del maestro.

Cuando el maestro duerme, los enanos viven su propia vida. Un buen día, un rey y un jota escapan trepando de la cárcel de la conciencia.

Las imaginaciones abandonan el espacio creativo y entran en el espacio creado. Las figuras salen de la manga del mago y se pellizcan en el aire para comprobar que están vivas. Las imaginaciones tienen un aspecto muy hermoso, pero todas menos una han perdido la razón. Sólo el comodín de la baraja desenmascara el espejismo.

La bebida centelleante paraliza los sentidos de Comodín. Comodín escupe la bebida mágica. Sin el suero de la mentira, el pequeño bufón piensa con más claridad. Tras 52 años, el nieto del náufrago llega al pueblo.

La verdad está en las cartas. El hijo del maestro vidriero se ha burlado de sus propias imaginaciones. Las imaginaciones se rebelan contra el maestro. El maestro morirá pronto y los enanos habrán sido sus asesinos.

La princesa del sol encuentra el camino al mar. La isla mágica se destruye desde dentro. Los enanos fracasan de nuevo.

El hijo del panadero logra escapar del cuento antes de que se desplome.

El bufón se escabulle tras unos sucios edificios del puerto. El hijo del panadero se refugia en las montañas y se establece en un recóndito pueblo. El panadero esconde los tesoros de la isla mágica. Lo que va a suceder está en las cartas.

El pueblo aloja al niño abandonado que ha perdido a su madre enferma. El panadero le da la bebida centelleante y le enseña los hermosos pececillos. El chico se vuelve un viejo de pelo blanco, pero antes de morir llega un soldado infeliz del país del norte. El soldado guarda el secreto sobre la isla mágica.

El soldado no sabe que la muchacha rapada da a luz un hermoso niño. El niño tiene que huir al mar por ser hijo del enemigo. El marinero se casa con una hermosa mujer que le da un hijo varón antes de irse al país del sur para encontrarse a sí misma. Padre e hijo buscan a la hermosa mujer que no se encuentra a sí misma.

El enano de manos frías señala el camino al recóndito pueblo, y regala al niño del país del norte una lupa para el viaje. La lupa coincide con el trozo roto de la pecera. El pez de colores no revela el secreto de la isla, pero sí el panecillo. El hombre del panecillo es el soldado del país del norte.

La verdad sobre el abuelo está en las cartas. El destino es una serpiente tan hambrienta que se devora a sí misma. La cajita de dentro desembala a la de fuera, a la vez que la de fuera desembala a la de dentro. El destino es una coliflor que crece por igual en todas las direcciones.

El niño se da cuenta de que el hombre del panecillo es su abuelo, a la vez que el hombre del panecillo comprende que el niño del país del norte es su nieto. El hombre del panecillo grita por un tubo mágico que alcanza gran distancia. El marinero escupe bebida fuerte. La mujer hermosa que no se ha encontrado a sí misma encuentra a su amado hijo.

El solitario es una maldición de familia. Siempre hay algún comodín que desenmascara el espejismo. Las generaciones se suceden, pero por el mundo viaja un bufón que nunca es devorado por el tiempo. El que va a descubrir el destino tiene que sobrevivirlo.

DIEZ DE CORAZONES

**...por el mundo viaja un bufón que nunca
es devorado por el tiempo...**

No me resultó fácil dormirme en el Mini Hotel Baradello después de haber leído las últimas páginas del libro del panecillo. En ese momento, el hotel ya no me pareció tan «mini», y tuve la sensación de que, tanto ese hotel como la ciudad de Como, de pronto formaban parte de algo inmensamente más grande.

En cuanto a Comodín, era exactamente lo que yo había pensado. El enano de la gasolinera era el mismo pillo que había desaparecido corriendo entre los edificios portuarios de Marsella. Y, desde entonces, vagaba por el mundo sin establecerse en ninguna parte. Alguna que otra vez, se había presentado ante los panaderos de Dorf. Un día estaba en un pueblo, al día siguiente en un lugar completamente diferente. Lo único que escondía su verdadera identidad era un elegante traje, que llevaba encima del de color violeta con cascabeles que tintineaban. Así vestido no podía vivir en una ciudad dormitorio normal y corriente. Y si permanecía demasiado tiempo en un mismo sitio, acabaría levantando sospechas, porque no cambiaba ni en diez ni en veinte ni en cien años.

De la historia de la isla mágica, recordé que Comodín corría y remaba sin cansarse como nos cansamos los mortales. Quizá a mi viejo y a mí nos siguiera corriendo desde que lo vimos por primera vez en la frontera con Suiza. Pero también podía haber cogido un tren en marcha.

Estaba seguro de que Comodín disfrutaba del gran solitario de la vida, después de haber conseguido escapar del pequeño solitario en la isla mágica. Y también aquí tenía cometidos importantes: recordar con cierta regularidad a enanos grandes y pequeños que son unos seres muy extraños, que están vivos, pero que saben muy poco sobre ellos mismos.

Un año podía estar en Alaska o en el Cáucaso, al año siguiente en África o el Tíbet. Una semana podía aparecer en el puerto de Marsella, a la siguiente podía cruzar a toda prisa la plaza de San Marcos en Venecia.

Todas las piezas del juego de Comodín estaban ya colocadas. Resultó agradable

comprobar lo bien que encajaban en el conjunto las maravillosas frases que Hans el Panadero no había captado.

Una de las que había escapado a su atención, era la de uno de los reyes: «Las generaciones se suceden, pero por el mundo viaja un bufón que nunca es devorado por el tiempo».

Me hubiera gustado dejar leer a mi viejo exactamente esa frase, mostrársela como una prueba de que el panorama que me había pintado sobre los efectos devastadores del tiempo no era tan negro como él pretendía. No todo se hace trizas a su paso. Hay un comodín en la baraja que va de siglo en siglo, sin perder ni siquiera un diente de leche.

Todo eso me parecía una esperanza de que el asombro del ser humano ante la existencia no moriría nunca. Si bien ese asombro no era muy frecuente, tampoco se borraría jamás. Volvería a aparecer una y otra vez mientras existiera una historia y una humanidad, en las que los comodines pudieran jugar. La Atenas de la antigüedad tenía a Sócrates; Arendal nos tenía a mi viejo y a mí. Y seguro que había más comodines en otros lugares y en otras épocas, aunque no fuéramos muy corrientes.

Hans sí había captado la última frase del juego de Comodín. Estaría bueno, porque, a causa de la impaciencia de Rey de Picas, fue recitada tres veces: «El que va a descubrir el destino, tiene que sobrevivirlo».

Tal vez esta frase se refería sobre todo a Comodín, que sobrevivía siglo tras siglo. Pero me parecía que yo también estaba descubriendo entonces el destino, gracias a la larga historia que había leído en el libro del panecillo. ¿Y no era así para todo el mundo? Aunque nuestra vida en esta tierra pueda parecer cortísima, formamos parte de una historia común que nos sobrevive a todos. Pues no vivimos sólo nuestras propias vidas. Podemos visitar lugares antiguos como Delfos y Atenas, por donde podemos pasear y respirar el ambiente que rodeó a seres que vivieron en la Tierra antes que nosotros.

Miré por la ventana, que daba a un pequeño patio oscuro como la boca de un lobo, pero en mi cabeza brillaba una luz. Me pareció que tenía una rara visión de conjunto de la historia de los seres humanos. Ése era el gran solitario. Y en mi propio solitario familiar, ya sólo faltaba una carta.

¿Nos encontraríamos con mi abuelo en Dorf? ¿Se habría reunido ya mi abuela con el viejo panadero?

La oscuridad del patio acababa de tomar un ligero tono azulado, cuando finalmente me dormí, completamente vestido, sobre la cama.

JOTA DE CORAZONES

...un hombrecillo que estaba hurgando en el asiento de atrás...

A la mañana siguiente, de nuevo en el coche rumbo al norte, no se habló sobre el abuelo hasta que mamá dijo que ese invento del panadero de Dorf era ya el colmo de las payasadas.

Mi viejo no parecía tener más fe en el invento que mamá, pero aun así me defendió, lo que le agradecí de corazón.

–Volveremos por el mismo camino –dijo–. Y en Dorf nos compraremos una bolsa grande de panecillos. En el peor de los casos, por lo menos no nos moriremos de hambre. Y en cuanto a las payasadas, tendrás que admitir que no has tenido que aguantarlas durante muchos años.

Mamá lo suavizó todo poniendo un brazo en el hombro de mi viejo.

–No quería decir eso.

–Cuidado –murmuró él–. Estoy conduciendo.

Y mamá se volvió hacia mí:

–Lo siento, Hans Thomas, pero no debes desilusionarte demasiado si ese panadero no sabe más de tu abuelo de lo que sabemos nosotros.

Lo de los panecillos tendría que esperar hasta que llegáramos a Dorf por la noche porque, a la hora de comer, mi viejo aparcó entre dos restaurantes en una tranquila calle de Bellinzona.

Mientras comíamos pasta y ternera asada, cometí la mayor metedura de pata de todo el viaje: empecé a hablar del libro del panecillo.

Quizá lo que vino después sucedió, precisamente, porque ya no pude seguir guardando el gran secreto...

Me explayé sobre mi hallazgo de un libro de letra microscópica en uno de los panecillos que el viejo panadero me había dado, para lo que me venía de maravilla la lupa que me regaló el enano de la gasolinera. Luego conté a grandes rasgos lo que ponía en el libro.

Muchas veces después de aquello, me he preguntado cómo pude ser tan estúpido como para incumplir la solemne promesa que había hecho al viejo panadero, justo cuando estábamos a punto de llegar nuevamente a Dorf. Y creo que he encontrado la

respuesta: deseaba ardientemente que aquel hombre que había conocido en el pueblo de los Alpes fuera mi abuelo, y también deseaba que mamá lo creyera. Pero, por mi error, todo se volvió mucho más complicado.

Mamá miró primero a mi viejo y luego a mí.

–No es malo tener mucha imaginación, Hans Thomas, pero también la imaginación tiene que tener ciertos límites.

–¿No me contaste algo parecido en la terraza del hotel de Atenas? –preguntó mi viejo–. Recuerdo que sentí envidia de tu imaginación. Pero estoy de acuerdo con mamá en que lo del libro del panecillo es ir demasiado lejos.

No sé exactamente por qué, pero me eché a llorar. Me había costado mucho esfuerzo mantener todo en secreto y, cuando por fin me decidía a contarlo, ninguno de los dos me creía.

–Esperad y veréis –sollocé–. Cuando volvamos al coche os enseñaré el libro, aunque prometí al abuelo no enseñárselo a nadie.

El resto de la comida transcurrió a toda velocidad. Yo tenía la pequeña esperanza de que al menos mi viejo me creyera.

Dejamos cien francos suizos sobre la mesa y, sin esperar la vuelta, salimos disparados a la calle.

Al acercarnos al coche, vimos a un hombrecillo que estaba hurgando en el asiento de atrás. Incluso hoy sigue siendo un misterio cómo fue capaz de abrir la puerta.

–¡Oiga! –gritó mi viejo–. ¡Espere!

Y a todo correr se fue hacia el Fiat rojo. Pero el hombrecillo, que tenía medio cuerpo dentro del coche, salió a la velocidad del rayo y desapareció al doblar la esquina. En el instante en que se esfumó, me pareció oír un inconfundible tintineo de cascabeles.

Mi viejo, que sin duda era buen corredor, lo siguió. Mamá y yo nos quedamos esperando junto al Fiat cerca de media hora. Por fin mi viejo volvió doblando la misma esquina por la que había desaparecido a todo correr.

–Como si se lo hubiera tragado la tierra –dijo–. ¡El muy cabrón!

Miramos todo el equipaje.

–A mí no me falta nada –dijo mamá al cabo de un rato.

–A mí tampoco –dijo mi viejo, con una mano dentro de la guantera–. Aquí están los pasaportes, el permiso de circulación, el monedero con la calderilla y el talonario. Incluso ha dejado en paz los comodines.

Se metieron los dos en el coche, y yo me senté en el asiento de atrás.

Sentí un escalofrío al pensar que sólo había metido el libro del panecillo debajo de un jersey. ¡El libro había desaparecido!

–¡El libro del panecillo! –grité–. ¡Ha robado el libro del panecillo!

Y de nuevo me eché a llorar.

–Ha sido ese enano –dije sollozando–. Lo ha robado porque no he sido capaz de guardar el secreto.

Mamá acabó por sentarse conmigo detrás y me rodeó con su brazo.

–Pobre Hans Thomas –dijo varias veces–. Todo ha sido culpa mía. Pronto estaremos en casa los tres juntos; pero, ahora, creo que debes dormir un poco.

Me levanté disparado del asiento.

–¿Pero vamos a pasar por Dorf, no?

Mi viejo se metió en la autopista.

–Claro que sí –me tranquilizó–. Un marinero siempre cumple lo que promete.

Justo antes de dormirme, oí que mi viejo susurraba a mamá:

–Es curioso, pero todas las puertas estaban cerradas. Y estarás de acuerdo en que desde luego era un enano.

–Ese bufón seguro que puede atravesar las puertas cerradas –dije–. Y es tan pequeño porque es un ser artificial.

Y me dormí sobre las rodillas de mamá.

REINA DE CORAZONES

...de repente, vimos salir de la vieja fonda a una señora mayor..

Me desperté un par de horas más tarde, incorporándome de un salto en el asiento, y descubrí que ya estábamos en los Alpes.

–¿Ya te has despertado? –dijo mi viejo–. Llegaremos a Dorf en media hora, y allí dormiremos en el Schöner Waldemar.

Al entrar en el pequeño pueblo –que yo de alguna manera conocía mucho mejor que ellos– mi viejo paró el coche delante de la panadería. Mis padres se cruzaron miradas furtivas, pero yo me di cuenta.

La panadería estaba completamente vacía. La única señal de vida era un pequeño pez de colores que nadaba dentro de una pecera a la que le faltaba un trozo. Yo mismo me sentí como un pez en una jaula de cristal.

–Mirad –dije, y saqué la pequeña lupa del bolsillo del pantalón–. ¿No veis que coincide exactamente con el trozo de pecera que falta?

Ésa era la única prueba material de que mi historia no era mentira.

–Sí que es verdad –dijo mi viejo–. Pero parece que no va a ser fácil encontrar al panadero.

Yo no estaba seguro de si dijo eso sólo por quedar bien o si, en el fondo, había creído todo lo que le había contado y estaba desilusionado porque no había encontrado enseguida a su padre.

Aparcamos el coche y nos fuimos hacia el Schöner Waldemar. Mamá empezó a preguntarme con quién solía jugar en Arendal. Yo intenté librarme de ella, porque lo del panadero y el libro del panecillo no era ningún juego.

De repente, vimos salir de la vieja fonda a una señora mayor. Al vernos, vino corriendo hacia nosotros.

¡Era mi abuela!

–¡Madre! –gritó mi viejo asustado.

La abuela nos abrazó a todos. Mamá estaba tan desconcertada que no sabía dónde meterse. Al final, la abuela me abrazó fuertemente contra ella y se echó a llorar.

–¡Ay, hijito! –dijo–. Hijito mío.

Y siguió llorando.

–Pero... por qué... cómo... –balbució mi viejo al cabo de un rato.

–Ha muerto esta noche –dijo la abuela mirándonos a todos.

–¿Quién ha muerto? –preguntó mamá.

–Ludwig –susurró la abuela–. Me llamó la semana pasada. Y pasamos unos días juntos aquí. Me dijo que había recibido la visita de un niño en su panadería. Cuando el niño ya se había marchado, hubo algo que le hizo pensar que podía tratarse de su nieto, y que el hombre que conducía el Fiat rojo podía ser su hijo. Todo ha sido maravilloso y triste a la vez. Me hizo mucho bien volver a verlo. Le dio un infarto y... murió en mis brazos en el pequeño hospital del pueblo.

En ese momento, yo perdí el control por completo y me eché a llorar. Me pareció que mi desgracia era mucho mayor que la de los demás. Los tres hicieron todo lo posible por consolarme, pero no pudieron.

No sólo había desaparecido mi abuelo. Tuve la sensación de que el mundo entero se había ido con él. Él ya no podía confirmar todo lo que yo había contado sobre la bebida púrpura y la isla mágica. Pero quizá era cosa del destino. Mi abuelo era muy mayor, y yo sólo había tenido el libro del panecillo en préstamo.

Cuando dejé de llorar en el Schöner Waldemar, unas horas más tarde, estábamos sentados en el pequeño comedor donde sólo cabían cuatro mesas. De vez en cuando, la señora gorda se me acercaba y me decía:

–Hans Thomas, ¿verdad?

–¿No os parece un misterio cómo pudo ocurrírsele de repente que Hans Thomas podía ser su nieto? –preguntó la abuela–. Ni siquiera sabía que tenía un hijo.

Mamá asintió con la cabeza.

–Es increíble.

Para mi viejo no era tan sencillo:

–A mí me parece aún más misterioso cómo Hans Thomas pudo pensar que se trataba de su abuelo.

Los tres me miraron.

–El niño se da cuenta de que el hombre del panecillo es su abuelo, a la vez que el hombre del panecillo comprende que el niño del país del norte es su nieto –dije.

Todos me miraron con rostros serios y algo preocupados. Yo continué:

–El hombre del panecillo grita por un tubo mágico y su voz alcanza gran distancia.

De esa forma conseguí vengarme por la falta de confianza que habían tenido en mí. Además, en ese instante comprendí que el libro del panecillo sería para siempre mi gran secreto.

REY DE CORAZONES

**...los recuerdos se alejan cada vez más
del instante que los creó...**

Cuando continuamos el viaje hacia el norte, éramos ya cuatro personas en el coche, dos más que cuando nos dirigíamos al sur. No me pareció una mala baza, pero echaba en falta a Rey de Corazones.

De nuevo pasamos por la pequeña gasolinera que sólo tenía un surtidor, y creo que mi viejo sentía enormes deseos de volver a ver al enano misterioso. Pero no apareció por ninguna parte. A mí no me sorprendió, pero él estaba furioso.

Hicimos algunas averiguaciones en la vecindad, pero sólo nos dijeron que la gasolinera estaba cerrada desde la crisis del petróleo, en los años setenta.

Así terminó el gran viaje al país de los filósofos. Habíamos encontrado a mamá en Atenas, y a mi abuelo en el pueblo de los Alpes. Pero yo también había recibido una herida en el alma, y me pareció que esa herida tenía sus raíces en la vieja historia de Europa.

Mucho tiempo después de nuestra vuelta a Noruega, la abuela me confesó que Ludwig había tenido tiempo de hacer testamento y me había dejado todo lo que tenía. También me dijo que había estado bromeando con que yo un día me quedaría con la pequeña panadería.

Han pasado algunos años desde que mi viejo y yo tuvimos que ir de Arendal a Atenas en busca de mamá, que se había perdido en el cuento de la moda.

Recuerdo como si fuera ayer, cuando iba sentado en el asiento de atrás del viejo Fiat. Estoy totalmente seguro de que, en la frontera con Suiza, un enano me dio una pequeña lupa. Todavía la conservo, y también mi viejo puede corroborar que me la dio el enano de la gasolinera.

Puedo jurar que el abuelo tenía un pececillo de colores en su panadería de Dorf; todos lo vimos. Además, mi viejo y yo nos acordamos de las piedras blancas que vimos en el bosque de Dorf. El tiempo que ha transcurrido no ha conseguido borrar el hecho de que el viejo panadero me regalara una bolsa con cuatro panecillos. El sabor a refresco de pera aún sigue en mi cuerpo, y nunca olvidaré que el abuelo me habló de una bebida que era aún mejor.

¿Pero hubo realmente un minúsculo libro en uno de los panecillos? ¿Iba sentado en el asiento de atrás leyendo la historia sobre la bebida púrpura y la isla mágica? ¿O estaba, simplemente, imaginándomela?

Cuando el tiempo transcurre, y los recuerdos se alejan cada vez más del instante que los creó, la duda de la memoria siempre nos acecha sigilosamente.

Ya que Comodín nos robó el libro del panecillo, he tenido que escribir la historia de memoria. Si lo he anotado todo correctamente, o si alguna vez me he inventado algo, sólo puede saberlo el oráculo de Delfos.

Tuvo que haber sido la vieja profecía de la isla mágica la que hizo que yo comprendiera que el panadero que conocí en Dorf era mi abuelo. Pues no lo supe hasta después de haber encontrado a mamá en Atenas. ¿Pero cómo lo supo él?

Sólo tengo una respuesta: fue el abuelo el que escribió el libro del panecillo. Conocía la vieja profecía desde los tiempos de la Gran Guerra.

Quizá el misterio más grande fuera que nos encontráramos en la pequeña panadería de un pueblo de montaña en Suiza. Pero ¿cómo llegamos allí? Porque nos engañó un enano de manos frías.

¿O el misterio más grande fue que nos encontráramos con la abuela en ese mismo pueblo, en el camino de vuelta?

Puede que el enigma más grande de todos fuera que lográramos librar a mamá del cuento de la moda. Porque lo más grande de todo es el amor, que es capaz de hacer palidecer el tiempo, con la misma facilidad que el tiempo borra los viejos recuerdos.

Ahora vivimos los cuatro felices en Hisoy. Digo cuatro, porque he tenido una hermanita. Es la que paseaba entre las hojas y castañas caídas en la carretera. Se llama Tone Angelika, tiene casi cinco años y habla por los codos todo el día. Quizá ella sea el filósofo más grande.

El tiempo hace que nos hagamos mayores. El tiempo también hace que se derrumben los viejos templos y que islas aún más viejas se hundan en el mar.

¿Encontré realmente un libro dentro del panecillo más grande de los cuatro que había en la bolsa? No hay ninguna pregunta que me venga más a menudo a la mente. Podría decir como Sócrates: sólo sé que no sé nada.

Pero estoy completamente seguro de que, por algún lugar bajo el cielo, aún sigue viajando un comodín. Él se ocupará de que el mundo jamás se quede tranquilo. En cualquier momento, y en cualquier lugar, puede salir disparado un pequeño bufón con largas orejas de burro y cascabeles tintineantes. Nos mira fijamente a los ojos y pregunta: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos?

1 Juego de palabras en noruego: la cámara de las ruedas de las bicicletas se llama también «serpiente». (*N. de las T.*)

2 La legislación noruega es muy severa con el consumo de alcohol. Ya desde pequeños, los noruegos saben que conducir bebido está penalizado con cárcel. (*N. de las T.*)

1 Juego de palabras en noruego: la palabra noruega «bolle» significa «panecillo» y también «pecera». (*N. de las T.*)

2 Famosa batalla que tuvo lugar en la localidad noruega de Stiklestad, en 1030, en la que murió el rey Olav el Santo. (*N. de las T.*)

3 Se refiere al examen obligatorio de filosofía que hay que aprobar para entrar en cualquier universidad en Noruega. (*N. de las T.*)

1 Pequeña ciudad en el sur de Noruega, próxima a Arendal. (*N. de las T.*)

Título original: *Kabalmysteriet*

Edición en formato digital: octubre de 2010

© Jostein Gaarder y H. Aschehoug & Co.
© De las ilustraciones, Pablo Álvarez de Toledo, 1995
© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 1995
© Ediciones Siruela, S. A., 1995, 2004, 2010
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-759-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	4
EL MISTERIO DEL SOLITARIO	5
EN ESTA HISTORIA TE ENCONTRARÁS CON	7
EN EL LIBRO DEL PANECILLO TE ENCONTRARÁS ADEMÁS CON	8
PICAS	10
AS DE PICAS	13
DOS DE PICAS	19
TRES DE PICAS	23
CUATRO DE PICAS	27
CINCO DE PICAS	31
SEIS DE PICAS	34
SIETE DE PICAS	38
OCHO DE PICAS	42
NUEVE DE PICAS	46
DIEZ DE PICAS	50
JOTA DE PICAS	53
REINA DE PICAS	58
REY DE PICAS	63
TRÉBOLES	67
AS DE TRÉBOLES	70
DOS DE TRÉBOLES	74
TRES DE TRÉBOLES	77
CUATRO DE TRÉBOLES	81
CINCO DE TRÉBOLES	86
SEIS DE TRÉBOLES	89
SIETE DE TRÉBOLES	94
OCHO DE TRÉBOLES	97
NUEVE DE TRÉBOLES	101
DIEZ DE TRÉBOLES	105
JOTA DE TRÉBOLES	107
REINA DE TRÉBOLES	111

REY DE TRÉBOLES	116
COMODÍN	119
COMODÍN	123
DIAMANTES	127
AS DE DIAMANTES	130
DOS DE DIAMANTES	135
TRES DE DIAMANTES	139
CUATRO DE DIAMANTES	142
CINCO DE DIAMANTES	145
SEIS DE DIAMANTES	147
SIETE DE DIAMANTES	149
OCHO DE DIAMANTES	153
NUEVE DE DIAMANTES	157
DIEZ DE DIAMANTES	161
JOTA DE DIAMANTES	164
REINA DE DIAMANTES	168
REY DE DIAMANTES	173
CORAZONES	175
AS DE CORAZONES	178
DOS DE CORAZONES	183
TRES DE CORAZONES	186
CUATRO DE CORAZONES	190
CINCO DE CORAZONES	193
SEIS DE CORAZONES	197
SIETE DE CORAZONES	200
OCHO DE CORAZONES	203
NUEVE DE CORAZONES	206
DIEZ DE CORAZONES	208
JOTA DE CORAZONES	210
REINA DE CORAZONES	213
REY DE CORAZONES	215
Notas	218
Créditos	225

